

Desde
mi
Ventana



DE UN ÁTICO CON VISTAS
ELEANOR RIGBY

Desde mi Ventana

Eleanor Rigby

© 2020, Eleanor Rigby
Título: Desde mi ventana
Primera edición: marzo de 2020
Sello: Independently published
Diseño de portada: Elena Salvador
Maquetación: Elena Salvador
Imagen: Adobe Stock Images

Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en el ordenamiento jurídico, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita del titular del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamos públicos.

¡Sígueme en redes
sociales!



FACEBOOK

Eleanor Rigby



Twitter

@tontosinolees



Instagram

@tontosinolees

Creo que no te quiero, que solamente quiero la imposibilidad tan obvia de quererte, como la mano izquierda enamorada de ese guante que vive en la derecha.

Julio Cortázar

Capítulo 1

En busca de la heterosexualidad perdida

—¿Cuánto alquiler pagas por este apartamento? —pregunta Edu—. Porque nada más que por las vistas que tienes desde esta ventana, ya tendría que costar más que el casoplón de George Clooney en el Lago di Como.

—No pagamos alquiler. Es propiedad de Eli y yo me aprovecho de ella —exclama Tay, satisfecha. Y delante de mis narices. Nunca ha tenido demasiada vergüenza—. Pero estoy de acuerdo. Esta vista no tiene abuela, y eso que estamos en el cuarto.

—¿En el cuarto? Pues yo estoy en el séptimo cielo.

Los dos se echan a reír como idiotas delante de la rendija medio abierta de la ventana.

Pongo los ojos en blanco por sexta vez. A este paso voy a verme el cerebro más de lo que he visto a mi padre en los últimos diez meses.

—Su madre debe ser una paisajista profesional, porque tremenda visión —gimotea Edu, mordiéndose el labio.

—O arquitecta. Ese monumento no se construye solo.

—O pastelera... que ese bombón no lo hace cualquiera.

Creo que ya ha quedado claro que con las «magníficas vistas de mi piso» no se refieren a una extraordinaria panorámica de la capital española. Las ventanas de la cocina no solo no dan al centro de Madrid, sino que ofrecen una perspectiva desoladora de la terracita interior donde solemos tender... y, a veces, del macizo y sudoroso cuerpo desnudo del galán que se mudó al edificio hace unas semanas.

Edu, el cotilla número uno —aunque Tamara está continuamente disputándole el podio—, ya nos lo describió unos días antes de que se presentara de forma oficial.

—Dos minutos hablando con él y tengo las bragas como una pavesa de papel quemado —anunció en su momento—. Te juro que durante mi época de soltero habría dado todo lo que tengo porque me enchufara el pito. Lo habría cabalgado como Xena la Guerrera hasta la llegada de Gandalf, no lo habría soltado a menos que me diera la primera luz del quinto día.

—Y entonces habrías mirado al alba —le dije yo, por seguir la broma friki.

—Prefiero mirar a Cuenca, tú me entiendes... pero me vale.

Una señora que justo pasaba por nuestra mesa de la cafetería de la esquina, un lugar de confianza desde que Tay y yo les endosamos nuestra repostería, lo miró consternada y se fue santiguándose.

—Buena suerte si se cree que echándome la maldición de Cristo va a curarme —bufó después—. Me he pasado media vida siendo maricón en la sombra. Ya pueden volver a poner la mili obligatoria y condenar la homosexualidad que voy a hablar de pollones todo lo que me dé la gana.

Y en efecto habló de uno de sus temas preferidos —que no el único, porque Edu tiene lengua para ti, para mí y para nuestras abuelas— durante el resto de la tarde, dando detalles enfermizamente concretos de la anatomía masculina del pobre vecino.

Yo pensaba que Edu exageraba. Es a lo que tiende. Y no voy a decir que, al igual que su afán de chismorrear, eso esté en su ADN como gay —no me gusta generalizar tan a la ligera—, pero uno no es peluquero si no le encantan los cócteles prototípicamente femeninos ni está al día de todos los cotilleos que son primicia en el *Hola!*.

Edu no solo corta el pelo, sino que regenta el negocio de capilares más famoso de todo el barrio: *The Pelu King - ULTRAHAIR*, porque no pudo decidirse por un solo nombre. Como el pobre echa más horas que un reloj, tiene tan interiorizado lo de sacar de quicio las cosas para hacer reír a sus clientes, que cuando llega a casa sigue jugando con los extremos. «El hombre más guapo de la historia de la humanidad» debió ser, claramente, una forma de ensalzar a un tipo solo atractivo. O eso fue lo que pensé en su momento. Ahora que es el sex symbol del edificio entero, ves a las vecinas de otros bloques asomándose al portal y te enteras de que Virtudes Navas, la escritora romántica del momento —y dulce ancianita que vive justo enfrente de mí—, lo ha tomado de inspiración para su antología de relatos eróticos, no te queda otro remedio que aceptar que a lo mejor estabas equivocada... y sí que es el hombre más guapo de la historia de la humanidad.

De todos modos, no es solo que sea un macho ibérico a valorar. Como dice el propio Edu, «no es lo que tengas, sino cómo lo manejes». En este caso, el atractivo misterio del vecino, digno de *Cuarto Milenio*, es *con quién lo maneje*. ¿Hombres? ¿Mujeres? ¿Perros? Cada uno tiene una opinión distinta.

—Qué bien le sienta esa camisa —dice Edu, estudiándolo en la distancia—. Y que conste que no solo me gusta porque quien la lleve sea claramente maricón.

—Venga ya —rezonga Tay—. Ahora se lleva mucho el color salmón y el estampado hawaiano. Si me dijeras que lo combina con unas cangrejas o unas bermudas, te daría la razón, pero los Levi's desgastados solo se los pone un heterazo como un sol de grande.

—Como un sol de grande tiene el agujero del culo de tanto morder la almohada. Ese hombre es una pasiva, te lo digo yo que el *gaydar* huele estas cosas a diez kilómetros.

—Pues tu *gaydar* debe haber olido mal, porque se echa *Invictus*, una colonia fulmina-bragas. El otro día se lo pregunté.

—¿Le has preguntado qué colonia se echa? —me meto yo, perpleja. Pretendía mantenerme al margen y terminar los *brownies* para la fiesta de cumpleaños de esta tarde, pero en vista de que mis amigos no saben hacer lo mismo con el pobre vecino, me veo en el deber de recordarles lo que es la intimidad—. Tay, cielo...

Ella levanta la mano para cerrarme el pico.

—No, Eli. Esto se ha vuelto personal. Tengo que demostrarle a Edu como sea que a Óscar Calero le va el pescado, y si para ello debo meter la mano en su baño, así sea.

La miro alarmada.

—¿Has metido la mano en su baño?

—No, pero estoy planeando una excursión a su apartamento. Tengo la cámara cargando para hacer foto de la escena del crimen.

—¿El crimen que tú vas a cometer al allanar su morada? Te quedaría un *selfie* de lo más mono —ironizo.

—El crimen de ser tan pinche sexy —corrige Tay, de nuevo pendiente de la rendija de la ventana. Por lo menos esta vez no la ha abierto de par en par, lo que suele hacer para atender sin ningún disimulo a los ajenos *striptease* de Óscar.

Edu levanta la barbilla y me observa con un brillo ambicioso en los ojos.

—¿No estabas con nosotros cuando hicimos la apuesta?

—¿Qué apuesta?

—Ella dice que es hetero. —Señala a Tamara—. Yo digo que es marica. Anita y Matilda están conmigo. Susana y Gloria van con Tay, pero porque les daría rabia que no estuviera disponible para el público femenino. Virtudes es Suiza: se mantiene neutral.

Genial. Los gustos de Óscar se han convertido en tema principal para la mesa de debate de las marujas del edificio: todas esas son mis vecinas, y sus edades oscilan entre los veintisiete y los sesenta y cinco.

No sé de qué me sorprende, viviendo donde vivo.

—¿Estáis buscando a alguien que desempate?

—Qué va. Cada uno ha apostado una cantidad de pasta —explica—. Si resulta ser gay, Tamara y sus seguidoras me tienen que invitar a copas durante tres meses consecutivos.

—¿Y si no? ¿Tú pagas las copas a ellas?

—De eso nada. ¿Te parece poco saber que tienen una posibilidad con el buenorro del cuarto? —jadea, ofendido. Luego mueve la mano—. Cosa de la que deberían ir olvidándose, por cierto, porque ve *RuPaul's Drag Race*, colecciona zapatos y no sabe conducir.

Pestaño una vez.

—¿Qué tiene que ver que no sepa conducir?

—Todo el mundo sabe que ningún gay sabe hacer estas tres cosas a la vez: conducir, cocinar y ser bueno en matemáticas. Me dijo que estuvo a punto de estudiar una ingeniería y él mismo se hace los almuerzos con comida orgánica y en envases reutilizables (marica, marica y más marica), pero va andando a todas partes.

—¿Y cómo explicas que le guste tanto el *basket*, se pase el día jugando a la *Play Station* con Álvaro y sepa de mecánica? —replica Tamara, orgullosa—. El otro día entró a arreglarnos la caldera porque el agua salía helada. Todo un manitas.

—Solo que las manitas no las hará contigo —se regodea Edu—. Las usa todas las noches para echarse una crema facial de ochenta y cinco euros, de nada más y nada menos que Moss. Y me ha recomendado una que está promocionando Gemma Arterton.

—¿Y qué? ¡Se le oye aullar cuando hay partido!

—Viste de maravilla. Un hetero no cuida tanto su aspecto.

—Te acabas de cargar de un plumazo a toda la población metrosexual —apunto yo.

—Le gusta el heavy metal —bufa Tamara, cada vez más ofuscada.

—Eso solo descarta que huela mal, no que le truene la reversa.

—¿A qué gay le gusta el heavy metal? Os gusta Lady Gaga y las divas del pop.

—Bueno, vale, ¡pero hace yoga!

—¡Y también lucha libre!

Dejo de batir los huevos y me acerco con las palmas alzadas para tranquilizar a las fieras. Los dos tienen un temperamento de temer, pero me parece exagerado que lo saquen por la orientación sexual de un perfecto desconocido. Están gruñéndose a la cara como dos perros cuando uno mete el hocico en el cuenco de la comida del otro.

Y justo porque es la hora de la comida, alguien toca a la puerta. Akira, el prometido de Edu, veterinario y tocador de guitarra acústica profesional, asoma sus ojitos rasgados.

—¿Por qué tenéis la puerta abierta?

—Porque quieren que todo el mundo se entere de lo mucho que les importa en qué equipo juega el vecino —le explico. Él, que había entrado con esa sonrisa escueta tan característica, cambia de expresión al mirar a su novio.

—¿En serio sigues con eso, Eduardo? ¿Qué más te da? —Se cruza de brazos. Tamara y yo nos miramos. «Lo ha llamado Eduardo. Eso significa *movida*»—. Vamos, que ya llegamos tarde a la comida de Olga.

Antes de coger su chaqueta del brazo del sofá y marcharse con Akira, quien con toda la razón está hasta la coronilla de conspiraciones, se gira para apuntar a Tamara con el dedo.

—Esto no quedará así —la advierte.

—El otro día me dijo que iba al gimnasio, así que ya te invitaré a nuestra boda —se regodea

Tamara.

—¿Y qué si va al gimnasio? Yo también voy y preferiría el garrote vil a cenar almeja.

Gracias al cielo, la puerta se cierra dos segundos después, librándome de un Edu orgulloso de haber tenido la última palabra y un Akira aparentemente mosqueado.

Por una parte, me dan ganas de reírme. Es increíble cómo se van de madre las cosas en esta comunidad vecinal.

He vivido en suficientes apartamentos a lo largo de mi vida para saber que no hay otro bloque de pisos como este, y no porque esté en medio del centro y sea muy asequible, sino por las curiosas criaturas que lo habitan. Hemos creado una especie de microcosmos aparte y todos orbitamos en torno a todos; conocemos los detalles de la vida de cada uno y nos entrometemos en esta siempre que se nos canta. Y no solo con consejos amables. A veces metemos tanto las narices que acabamos cayendo de cabeza al pozo. Es un milagro que aquellos cuya intimidad violamos sin compasión sean los que nos tiendan la mano para rescatarnos, y nos disculpen continuamente por algo que debería estar prohibido.

De hecho, ¿no está prohibido por ley?

Nunca se me habría ocurrido acabar rodeada de gente así, y menos todavía participando con frecuencia y de forma activa en su manera de relacionarse. Siempre he sido una persona muy introvertida. No me meto donde no me llaman, pero no porque no me interese, sino porque siempre he pensado, en mi ingenuidad, que siendo respetuosa con la intimidad del resto ellos lo serán con la mía.

No está siendo así en el número trece de la Calle Julio Cortázar, pero no me importa. Sacan una parte de mí que me gusta. Aunque sí es cierto que también me han contagiado ese afán de cotilleo, y son los únicos culpables de que, justo ahora, deje la cucharita con la que iba a verter la vainilla y me acerque en silencio a la ventana.

No estoy orgullosa de mi lado *voyeur*. Ni de toda esta exhaustiva investigación que se está llevando a cabo para conocer las preferencias de Óscar. Ser gay no es ningún insulto, y por tanto, especular sobre los gustos en la cama de un desconocido no tiene por qué verse ofensivo. Ahora bien: admirarlo mientras se cambia de ropa desde el piso de enfrente ya no me parece tan cívico. Y aunque yo he sido lo bastante discreta para que no me pillen, no soy la excepción.

Me encanta mirarlo. *Disfruto* mirándolo. No porque su madre lo esculpiera con cincel en lugar de parirlo y me flipen los monumentos, ni porque quiera investigar para cerrarle la boca a todos y tener la razón respecto a su orientación sexual —como le pasa a Edu—, sino porque... *me gusta*.

Sí, me gusta un hombre homosexual. Y sé que es un error de adolescente que da sus primeros pasos en el terreno amoroso. Uno que solo cometería una protista unicelular sin sexo y enfermizamente tímida como yo... o una de esas lectoras de *fanfictions* gais entre Sirius Black y Remus Lupin o Harry Styles y Louis Tomlinson, aunque creo que ellas lo hacen adrede y porque

tienen algún tipo de fetiche extraño, no porque a sus hormonas les pese la mala suerte cuando escogen a un maromo para procrear.

En mi caso, no puedo hacer nada para remediarlo. Me tuvo en la palma de su mano desde la primera vez que me miró.

El día en cuestión fue la única vez que he experimentado la famosa tensión sexual, y fue tan intenso que estuve una semana sin salir de casa por miedo a cruzármelo de nuevo. No me hizo ninguna insinuación, ni se sacó el manubrio delante de mis narices como algún que otro tipo del autobús. Solo se subió al ascensor conmigo después de que nos hubiera caído a ambos el diluvio universal, y... y ya está.

Qué fácil soy.

Tuvo que ser por culpa de la vergonzosa cantidad de novelas eróticas que he leído, por esa emblemática y repetida escena en la que la pareja se empotra contra el cristal del ascensor, pero estar a solas con él durante unos minutos en un espacio cerrado fue la experiencia más sexual de mis veintisiete años de vida.

Yo sentía que él me estaba mirando con curiosidad, seguramente sorprendido porque quisiera mimetizarme con la pared y culebreara para alejarme. Y entonces, el ascensor, que se supone que estaba arreglado ya, dio una tremenda sacudida que me tiró a sus brazos.

Luego se quedó varado.

Agarré sus bíceps durante diez segundos. Tuve sus ojos verdes a cinco centímetros de mi cara. No espero que nadie lo entienda, pero habría dado todo lo que tengo por ser una ancianita adorable a la que se le perdonan las miradas lujuriosas. Aunque aún no sé qué cara puse, si de haberme meado encima del gusto o de haber visto al fantasma de las Navidades cachondas.

—Perdón —balbuceé, histérica. Me aparté todo lo rápido que pude—. No estaba intentando nada.

—Tranquila, un tropiezo lo tiene cualquiera.

Esa voz. *Mmm...*

No me podía creer la cantidad de pensamientos tórridos que me estaban bombardeando de repente. Y menos aún la cantidad de majaderías que empecé a soltar cuando el silencio me taladró los oídos.

—Esto parece el principio de una novela romántica. El ascensor que se para de golpe con una sola pareja dentro... Hasta estamos mojados, como en las mejores escenas de besos de la historia del cine. *Desayuno con diamantes, El diario de Noah, Spiderman, Match Point...* aunque esa acababa fatal, así que muy romántica no es. Claro que depende de la definición que uno tenga de romántico; a mí solo me parece romántico cuando acaba bien.

Me di cuenta de lo que podía estar insinuando y mi voz se apagó. Lo miré horrorizada, y al coincidir con su mirada brillante me encogí un poco.

—No estoy diciendo con eso que quiera que me beses, ni... No insinúo nada parecido.

El silencio me violentó tanto que podría haberlo denunciado ante el tribunal de los casos por género.

—Mi favorito siempre ha sido el de *The Quiet Man*, aunque el de *Les Jeux d'enfants* es muy gratificante después de una relación tan llena de altibajos.

Habló con esa serenidad de la que solo podría fardar un auténtico psicópata en una situación como esa. ¿Qué hombre que no sea un depredador sexual parece tan complacido por haberse quedado atrapado en un espacio cerrado con una mujer emocionalmente vulnerable? Solo un psicópata, insisto.

Aparte de esa locura irracional, pensé que pronunciaba muy bien el inglés y el francés, y ahora recuerdo que Edu siempre dice que los gais hablan de maravilla otros idiomas. Es su talento no-oculto.

—No he visto *The Quiet Man* —respondí, rascándome el brazo.

—Es del cincuenta y dos, si no recuerdo mal. En las películas de antes había unos besos muy dramáticos. El de *Cantando bajo la lluvia* tampoco está nada mal. Ni el de *Cinema Paradiso*.

—Ni el de *Sweet Home Alabama*. Aunque yo, de todas las películas, me quedo con el de Charles y Carrie en *Cuatro bodas y un funeral*.

Él me sonrió y dejó caer el peso en el hombro que apoyó en la pared del ascensor. Yo sentí que me iba a desvanecer. No exagero: Óscar Calero es tan guapo que te sientes mal por no pagar antes de mirarlo. Irse de viaje es muy caro y con un vistacito te haces una imagen clara de qué es el Edén.

—No me gustó que Charles le rompiera el corazón al personaje de Kristin Scott Thomas, pero es verdad que Hugh Grant es muy bueno en su estilo cinematográfico. Él siempre se define como una «anti-estrella», y dice que actuar no es su trabajo sino «algo que se le da bien». —Metió una mano en el bolsillo y ladeó la cabeza—. ¿Y por qué dices que solo lo que acaba bien es romántico? ¿No te pareció romántico *El Diario de Noa*? ¿No te dejó el corazón en un puño *Titanic*?

—Me dejó sumida en una depresión. Si quiero que algo me deje el corazón en un puño, veo una película de terror, y entre tú y yo no me va ese tipo de adrenalina.

Él sonrió y yo no supe dónde poner las manos. Era ridículo, pero de pronto sentía que, con solo mirarme, Óscar podía sentir la incomodidad de mi postura, aun cuando no expresaba nada.

—¿Y qué tipo de adrenalina te va?

—Ninguna —respondí enseguida, casi histérica—. Absolutamente ninguna.

Debió darse cuenta de que eso de hablar de mí no me va nada, porque retomó el tema principal.

—Pero eres consciente de que el romanticismo tal y como se inventó se caracterizaba por su trágico final, ¿verdad? Empezó en Alemania con el deprimente Goethe.

—No tiene nada que ver ese romanticismo con el de las películas que has mencionado. El término ha evolucionado.

—Sin duda. —Se me quedó mirando—. ¿Por qué crees que el beso bajo la lluvia será un recurso tan socorrido?

—Supongo que bajo el granizo sería algo más peligroso, y si está nevando debe hacer frío, así que se te quitan las ganas de ser romántico. Además, la mayoría de las películas se sitúan en Nueva York, y allí nieva tanto que hay riesgo de que te resbales y te abras la crisma. No creo que nadie quiera enfrentarse a la muerte por un beso.

Él volvió a sonreír, aunque de forma algo extraña. Yo me di una palmada mental. No estaba diciendo nada más que estupideces.

—Yo creo que sí me arriesgaría. Dependiendo de la persona, claro.

No era ninguna confesión, solo estaba opinando, pero me sorprendió que me diera una pequeña pista de cómo es.

Nos quedamos mirándonos durante un segundo. Él cambió el peso de pierna, señal de que empezaba a estar incómodo, y yo no podía ni respirar. Igual que no puedo respirar ahora al mirarlo desde la ventana.

Está casi de la misma guisa, empapado de la cabeza a los pies por la lluvia de finales de abril. No sé por qué se quita la ropa en el salón y no se molesta en correr las cortinas; o le encanta que lo miren, o es tan poco presumido que ni se le pasa por la cabeza que alguien vaya a perder el tiempo echando un ojo. En cualquier caso, y lo siento por cómo va a sonar esto, él se lo está buscando por ponerse en bandeja. Yo no me creería eso de que sea inseguro. ¿Quién, en su sano juicio, duerme todas las noches con un *six pack* bien armado y tiene la desfachatez de actuar como si no fuera la gran cosa? Debe tener el ego como la Notre Dame, y no me refiero a bien gótico o chamuscado, sino a monumental.

—¿Qué haces? —exclama alguien a mi espalda. Doy un respingo y me apresuro a correr la ventana antes de darme la vuelta. Tamara, con la larga coleta oscura reposando sobre el hombro y los pestañones de Bratz entornados, me mira como si me hubiera pillado en flagrante delito. Justamente lo que ha hecho—. ¿Estabas revisándole la palanca a Óscar?

—¡Claro que no! Estaba... Iba a recoger la ropa tendida. Estará empapada después de lo que ha llovido.

Pero el rubor me delata, y aunque no lo hubiera hecho, Tamara no es estúpida. No tarda en abrir los ojos como platos, igual que la boca, y apuntarme con un dedo acusador.

—¡Cómo eres puerca! ¡Llevas semanas diciéndonos a Edu y a mí que no tenemos respeto por nada y somos unos sucios, y mírate ahora, dándote un gustazo a toda madre con el *papapito*!

—Eso no es así, no... No saques las cosas de quicio, solo... Sentía curiosidad y...

Tamara sonrío igual que cuando ficha a su víctima en la discoteca.

—Aliviánate, *wey*, no te voy a interrogar. Lo estoy dando por hecho. Llevo una semana entera observándote —confiesa—. Está claro que Óscar te gusta.

—Bueno, una acaba sintiendo curiosidad por el hombre que tiene obsesionada a su mejor amiga —balbuceo, desesperada por defenderme. No pienso admitir ni bajo amenaza que he acampado noches enteras delante de la ventana para verlo hacer ejercicio. O atacar un snack de Doritos mientras ve una película. O simplemente echar la siesta.

Mi obsesión es preocupante, lo sé. Y no puedo permitir que se enteren de que estoy de psiquiátrico. Tengo una reputación que mantener en este sitio: se supone que soy la mente racional. Si no me comporto como cabe esperar en un ciudadano de a pie, entonces ¿quién? Los vecinos no están por la labor de solucionar sus problemas, y todos tienen unos cuantos.

—He estado obsesionada con muchos vatós a lo largo de mi existencia y nunca le has pegado las chichis al cristal para ver cómo se quitan la camiseta.

—A lo mejor es porque este es el único de tus ligues que me pillá cerca de la ventana de la cocina.

—Déjate ya de mamadas —me amenaza, alzando ese dedo acusador que me hace sentir una niña traviesa—. Te agarré con las manos en la masa, y no es la primera vez. Haces ruiditos cuando lo miras, Elisenda. Pareces *Peppa Pig*.

Intento ocultar mi incomodidad cruzándome de brazos.

Tamara tiene mejores víctimas a las que culpar de delitos contra la integridad personal —creo que Edu ha llegado a sobar a Óscar con una excusa patética—, así que rara vez soy el centro de atención en estos casos. No estoy acostumbrada a que me aborde de esa manera, y ser una mentirosa más o menos decente no me va a salvar.

—Solo me parece guapo. Si me gustara, ¿no crees que flirtearía con él como hacéis todas las demás?

—¿Por qué me tratas como si acabáramos de conocernos? Sé reconocer a simple vista cuándo babeas por un *wey*, y es precisamente cuando lo evitas.

—Yo no evito a Óscar.

—*Checas* la mirilla todos los días para asegurarte de que no sale a la vez que tú —empieza a enumerar—, y es muy sospechoso que decidas bajar por las escaleras «para hacer cardio» cuando ves que está esperando al ascensor. De todos modos, sabrás que bajando escaleras no estás estimulándote las pompas, ¿no? Eso se hará al subir, digo yo.

—Es porque me cae mal —miento.

—A ti no te cae mal ni tu padre. ¿Por qué no lo quieres admitir? —Hace un puchero—. ¿Es que no confías en mí? ¿Ya no soy tu mejor amiga?

Si lo hubiera dicho de cualquier otra forma, me habría reído. Pero Tamara sabe hacerse la víctima —y en consecuencia, convertirte en una mala pécora— con el argumento de una

adolescente.

—A lo mejor me gusta un poco...

—¡A huevo! ¡Lo sabía!

—...pero es algo puramente físico. No lo conozco y tampoco pretendo hacerlo. Mis sentimientos son platónicos y siempre lo serán —zanjo en voz baja, volviendo al abandonado *brownie* solo para darle la espalda—. Es gay y no hay nada que hacer.

Tamara se cuelga de mi espalda.

—Eso no lo sabemos —susurra en mi oído. Igualita que el diablo sobre el hombro.

—¿Y por qué no pruebas a preguntarle y se acabó?

—Edu le preguntó, bajita la mano, y él se hizo el interesante. ¡Está bueno y es misterioso! ¡Normal que te guste! —chilla—. Con más razón tenemos que averiguar qué es lo que le va. ¿Es que no sientes curiosidad? ¿No te gustaría saber si tienes alguna oportunidad?

Claro que siento curiosidad. Cuando vives rodeada de gente que no para de conspirar sobre una cuestión —y cuando la cuestión tiene la cara y el cuerpo del Capitán América— es imposible no dejarte arrastrar por su entusiasmo. Pero si tengo o no una oportunidad me da igual. Estoy cómoda disfrutando de la soltería y la soledad. No es como si fuera a entrarle con una propuesta indecente en caso de ser hetero. Y es probable que tampoco le prestara atención si él se dirigiera a mí con la intención de llevarme a la cama. Sé que solo me gusta porque me ignora, porque es imposible. Una vive más tranquila y cómoda espionando al vecino que teniendo que lidiar con una relación real.

Aunque por otro lado...

Carraspeo y me saco las uñas de gel de Tamara de encima.

—Me da igual si le gustan los hombres, las mujeres, los perros o la comida ecológica. Me gusta igual que me podría gustar Bon Jovi. Óscar ni siquiera es mi tipo. No me van los músculos, ni...

—No me irás a decir que no te has imaginado esos músculos en torno a ti, empapados de sudor, flexionándose mientras... No tengo el mismo talento que Virtu para describir el porno, pero seguro que ya te lo estás imaginando.

Sí, por desgracia me lo estoy imaginando. Me lo he imaginado tantas veces que he consultado un psicólogo online para que me ayude a desenmascarar esta patología que estoy desarrollando por culpa de un hombre de ojos verdes. El diagnóstico del especialista fue claro: necesito sexo. Pero yo no secundo su moción.

Una mujer no necesita sexo para vivir. Y aun así, todas las noches, Óscar aparece arrancándome la ropa a tirones y poniéndome contra los buzones de la entrada. Ni siquiera me va el rollo sadomasoquista, pero con el Óscar de mis sueños he descubierto que tengo el apetito sexual de una ninfómana morbosa.

—No te estás viendo la cara de pilla —dice Tamara, tan feliz que sus ojos despiden los mismos brillos que los fuegos artificiales del quince de agosto—. Te mueres de ganas de averiguarlo, igual que Edu y yo. No puedes negármelo. Es la primera vez desde que te conozco que te veo tan clavada con alguien.

»Está decidido.

Sacudo la cabeza y me giro hacia ella.

—¿Cómo que «está decidido»? ¿El qué has decidido?

—Mañana empieza la investigación profunda. Primera misión: Indiana Jones en busca de la heterosexualidad perdida —pronuncia, separando las manos para recalcar lo que parece su nuevo eslogan—. Edu y tú vais a ayudarme. Edu porque necesito una segunda opinión y no soportaría que lo dejara al margen, y tú porque así tendrás una excusa para estar cerca de él.

—¿Qué? —Suelto la cuchara sobre la encimera, a punto de hacer un berrinche. Tamara pretende irse de rositas—. ¡De ninguna manera! ¡Yo no necesito...!

Ella se gira y me atraviesa con una mirada afilada.

—¿A qué le tienes tanto miedo?

Me quedo inmóvil por un momento.

No es una pregunta que me gustaría responder, aunque tampoco es nada que Tay no sepa. Simplemente prefiero vivir en la inopia y deleitarme con las vistas en la distancia. La fantasía es más bonita que la realidad, digan lo que digan. Y si no, ya lo digo yo, que tengo una estantería llena de novelas románticas. Todas ellas aseguran que no voy a tener ni en mis brazos ni entre mis piernas al hombre ideal, a no ser que me convierta en una protagonista salida y sexy, lo cual veo bastante improbable...

—¿Qué es lo peor que podría pasar? —insiste—. Si estás tan segura de que es gay, no te llevarás ninguna sorpresa.

...pero como esa verdad es bastante deprimente, por no decir que me deja en el lugar de una estúpida y una amargada, me cuadro de hombros y le doy la razón. A Tamara siempre hay que dársela, porque cuando no lo haces, te la arranca y se asegura de que te duela. Pero lo hace con cariño. Por eso es mi mejor amiga.

Aunque, en ocasiones como esta, hubiera preferido hacer buenas migas en el curso de cocina con literalmente cualquier otra persona antes que con ella.

—Muy bien, tú ganas —bufo—. Descubramos si usa *Tinder* o *Grindr*.

Capítulo 2

Dietas equilibradas para mujeres desequilibradas

Generalmente no soy tan fácil de convencer, pero sé cuándo una batalla está perdida. Todas las que emprende Tamara suelen conllevar una victoria aplastante por su parte: es como el Imperio Romano en sus mejores tiempos. Y si encima luego añades a Edu, que es lo equivalente a la intervención de Estados Unidos en las dos guerras mundiales, estás perdido: un «toquecito» de atención nuclear cuando menos te lo esperas y no te queda otro remedio que izar la bandera blanca. En este caso, su arma letal no se llama ni bomba de Hiroshima ni de Nagasaki.

Se llama *Grindr*.

—No se puede saber si alguien es gay o no solo echando un ojo en *Grindr* —explica—. ¿Sabéis la cantidad de tíos que no se ponen foto de perfil? ¿Y la cantidad de gais que se niegan a participar en estas redes sociales, sea porque en el fondo son homófobos o no quieren aceptar su sexualidad? He revisado todos los perfiles que se encuentran cerca de mi localización y no hay ningún Óscar Calero, pero ya te digo que en *Grindr* nadie se pone el apellido. Está lleno de hombres casados... y no con otros hombres, precisamente.

—Y también de hombres comprometidos, por lo que veo —apunto, con las cejas arqueadas.

Las pasadas navidades, y después de mucha insistencia, Akira puso un anillo en el dedo de Edu. Su novio no es especialmente romántico y por lo que sé no cree en la institución del matrimonio, pero como quiere tanto a Edu, que siempre ha soñado con vivir la historia de amor al completo, al final se decidió a hacerle la promesa eterna.

A lo mejor es porque soy reacia a creer en los «felices para siempre», que suelen ser un «felices por un rato», o tal vez se deba a que Edu le está prestando más atención a Óscar que a su actual prometido, pero me parece que ese anillo no estará por mucho tiempo en el anular de mi amigo.

Esto, por supuesto, no lo voy a decir en voz alta. Estaría invocando la mala suerte y no podría vivir con la conciencia tranquila si su compromiso se fuera al traste por mi culpa.

—He borrado todas las *fotopolla* que me han mandado —me responde, todo digno él—, y hasta donde yo sé, querer saber si alguien es gay para lamerlo de arriba a abajo mentalmente sin miedo a estar fantaseando con un hinchado del Betis todavía no cuenta como infidelidad.

—¿Y dónde dibujas tú las líneas de la infidelidad? Te has hecho una cuenta de *Grindr* para ver si Óscar anda por ahí —le regaño—, donde dices que solo se mandan fotos con alto contenido sexual. ¿Qué esperabas? ¿Reconocer a Óscar en unos abdominales?

—¿Qué esperas tú espiándolo todos los días laborables y a jornada completa? —me replica—. Conozco tus secretos, Elisenda. Y solo cuando estés libre de pecado podrás apedrear a esta María Magdalena.

Aprieto los labios.

—¿Quién te lo ha...? —Me callo al ver que Tamara se entretiene rebuscando entre la caja de bombones. Ha decidido llevarse algo a la boca justo ahora, para librarse de dar explicaciones. Sabe que odio que me hable mientras mastica—. ¿Sabes? Ojalá tuviera una compañera de trabajo que invirtiera en hacer pasteles las mismas energías que regala al chismorreo. Ahora ya sé lo que estabas haciendo ayer por la noche en lugar de ayudarme con el glaseado.

—Soy mi propia jefa. Puedo darme unas vacaciones cuando a mí me dé la gana.

—No eres tu propia jefa. Respondes ante mí.

Tamara hace un gesto que viene a significar «háblale a la mano».

En líneas generales no es una pasota: está tan loca por la comida como yo misma. Pero últimamente anda desganada, y creo que sé a qué se debe. Su ex novio, Tomás, la llamó hace un par de semanas con la excusa de verla para retomar la amistad, y parece ser que se acostaron al final de la noche. Eso la ha tenido desequilibrada, vagando como un alma en pena, preguntándose si, en vista de que no ha encontrado a ningún otro príncipe azul, debería volver con él. Ha acabado entrando en razón: «Si lo dejé, fue por algo». Pero es evidente que sigue comiéndose el coco, y para no tener que hacer frente a esas dudas existenciales respecto al compromiso y la familia que se muere por formar, se dedica a hurgar en los secretos de Óscar Calero.

No me molestaría si al menos lo admitiera en voz alta —que se entretiene con él porque de lo contrario se arrancarían el pelo—, pero en su lugar me usa a mí y a mi estúpida e inofensiva obsesión con el vecino para escurrir el bulto.

—Tay, necesito que me ayudes con los canapés —insisto—. Tienen que estar listos para mañana por la mañana, y nos van a dar las cinco de la tarde.

—Los canapés son tu especialidad. No me necesitas.

Eso es verdad. Yo suelo encargarme de los tentempiés salados y los platos de alta cocina; los postres dulces de cualquier tipo y la comida exótica, principalmente la mexicana por su origen materno, corren a cuenta de Tay. Pero ambas formamos un tándem, el dúo perfecto: nuestra empresa de cáterin se llama «El Yum y el Ñam», en honor al Yin y el Yang, las dos fuerzas opuestas y complementarias del taoísmo. Y si ya con el nombre queda claro que somos dos, no debería estar rogando que haga lo que debe para ganarse el sueldo.

Abro la boca para recordárselo cuando ella se pone en pie de un salto. Edu sigue enfrascado en la pantalla del móvil.

Prefiero no saber qué hace.

—De acuerdo, te ayudaré con los canapés... pero se los vamos a llevar a Óscar —anuncia,

segura. Viene dando saltitos hasta la cocina y agarra su delantal con la frase «Aquí se masca la tragedia» estampada. Me dedica una sonrisa escalofriante antes de decir—: ¿No crees que va siendo hora de darle la bienvenida que merece? Lleva viviendo aquí casi un mes y todavía no le hemos llevado ninguna de nuestras delicias.

Me interpongo entre la encimera y ella.

—No vas a poner un dedo en el encargo de Pascual. Esto es para su cóctel de negocios. Dios santo, Tay, no me digas que el vecino va a conseguir que olvides nuestros principios de empresa. No podemos comernos el producto. Y Óscar tampoco —añado por si acaso.

—¿Y comernos a Óscar? ¿Eso podemos hacerlo?

Suspiro, dándola por perdida.

Tamara hace un mohín.

—En ese caso haré un bizcocho. Un bizcocho muy especial. E iremos a entregárselo en persona.

—Irás a entregárselo tú —contesto con indiferencia. Vuelvo a mi tarea intentando que no se note que me late el corazón muy deprisa—. Yo ya te dije que no estoy interesada.

Pero sí que lo estoy.

Es la eterna contradicción.

Por un lado, no quiero que se me relacione con Óscar por más que por ser la inquilina del piso de enfrente. No quiero oír hablar de él ni verlo salvo cuando sea obligatorio, como en las juntas vecinales, en las que tengo que estar presente por narices porque soy propietaria. Y por otro... Me cuesta un mundo no pegar la oreja cuando Edu y Tay conspiran. No solo porque, entre todos los lugares del mundo, escojan mi salón *hippie chic* decorado según el imaginario mexicano para hacerlo, sino porque he estado pensándolo largo y tendido y he de admitir que quiero saber la verdad.

Qué estupidez, ¿no? Estar interesada en la orientación sexual de un hombre al que no pretendo insinuarle ni siquiera con el mejor de los pronósticos.

No quiero ser una de esas mujeres que dicen «qué desperdicio» cuando se enteran de que un tipo batea en el otro equipo. Me parece despectivo e injusto, porque no es como si estuviera muerto; seguro que alguien se lo acaba comiendo. Y también, hasta cierto punto, un poco ingenuo: a ver quién dice a las señoras que lloraron por Ricky Martin que, aunque «hubiera salido del armario heterosexual», era bastante improbable que ellas hubieran catado su cuerpo serrano.

Sin embargo, creo que ahora las entiendo. Es más fácil imaginarte en brazos de un hombre que sabes que suele moverse entre las piernas de una mujer. Y supongo que te sientes mucho menos impotente. Te queda el consuelo más patético de la historia: «Al menos, si tuviera suerte o fuese una estrella de cine, habría tenido una oportunidad con él». Si es gay, ni eso.

Me agunto un suspiro y me reclino a mi lado de la cocina para terminar la tanda de los

rellenos de paté. Para desconectar de la conversación, me pongo los auriculares y corro la cortina de la ventana para no caer en la tentación de echar una miradita. El primer álbum de Zaz me acompaña mientras envuelvo los pequeños emparedados. Antes de que acabe *Prends garde à ta langue* ya la he puesto una vez, y otra, y una tercera. Los pies y la cabeza se me mueven solos.

Mi madre siempre decía que soy francesa desde el último pelo de la melena hasta el dedo meñique. Me acuerdo irremediablemente de ella cada vez que escucho a Zaz, a Carla Bruni o Indila; también al desayunar a las siete y media, cuando dejo propina al acomodador del cine o al taxista, e incluso cuando me quedo con cara de estúpida al acercarme a dar un tercer beso en la mejilla para saludar a alguien y este alguien se retira al segundo —«son dos besos en España, Eli, no tres»—. Son las tradiciones de la infancia que me persiguen, y no sabría decir por qué. A fin de cuentas, solo viví en Burdeos hasta los doce, y después, en París, de los veinte a los veintitrés.

—*Voilà* —exclama Tamara, besándose las puntas de los dedos.

Me giro hacia ella sonriendo incrédula, sorprendida porque haya estado tan fina en cuanto a la línea de mis pensamientos. Tiene entre las manos un bizcocho de chocolate perfecto, con una de esas estrambóticas figuras que solo se le ocurren a ella y que la convierten en, primero, la reina de la repostería, y segundo, la indiscutible diosa de Instagram. Tiene que hacerle una foto antes de servirlo en un plato espolvoreado con azúcar glass.

Me dan ganas de ir a visitar a Óscar solo para probarlo.

—¿Y si es diabético? —pregunto.

Tamara sonríe con aire malvado y se chupa el pulgar, donde había un rastro de azúcar.

—Si le sienta mal algo, no creo que sea el azúcar.

—¿Y qué le va a sentar mal si no?

Ella se encoge de hombros, como dejándolo a mi libre interpretación.

—¿Y si es celíaco?

—Pues que confirmaré que es heterosexual, solo que le irán exclusivamente las Celias.

Pongo los ojos en blanco.

—¿Y si es vegano? No digas que le irán las Vegas —la amenazo—. ¿Y si está a dieta?

—¿Y si te buscas un hobby?

Coge el plato con una mano y se dirige a mi minúscula y preciada bodega para seleccionar un vinito al azar. Yo no añado nada porque es cierto que necesito encontrar un hobby. Con urgencia.

—¿Cómo va el *Rich Tropical Honey* con el chocolate fundido? —pregunta.

Esa insinuación me despierta más rápido que una jarra de agua fría. Me precipito sobre ella y le arrebato la botella de las manos.

—¿Qué pretendes? No vas a desperdiciar ni una gota de mi ambrosía.

—No es como si fuera a ducharme con él. —Pone los ojos en blanco—. Solo es para darle un toque más alegre a la fiesta. Con suerte, así Óscar se suelta.

—¡Pues con más razón! —Me abrazo a la botella—. No pienso permitir que lo uses con fines perversos. Tanto si pretendes abusar de él como si no, ¿no te da vergüenza emborrachar a un homosexual para que confiese su condición? ¿Es que no se te ha ocurrido que puede seguir en el armario?

—El armario es un lugar muy oscuro —se mete Edu, apareciendo bajo la puerta—. Si lo admite después de jugar a «verdad o atrevimiento», le habremos hecho un favor.

—¿Jugar a...? ¿Cuántos años tenéis?

—Pues nada, me tendré que llevar el que abrí la semana pasada...

—¿Cómo? ¿El Rioja Gran Reserva? ¡No puedes servir ese vino con un bizcocho!

—¿Y cuál sirvo entonces?

—Siempre hay que elegir uno más dulce que lo que se va a tomar, por eso los tintos van tan bien con el chocolate negro. Si el del pastel lleva chocolate con leche deberías elegir un *Merlot*, *Pinot Noir* o *Sauvignon Blanc*... O uno espumante, como el champán.

—El *Merlot* suena bien perrón. Me lo llevo.

—Pero... —balbuceo.

Marcho detrás de ella con la intención de exigirle que me devuelva mi elixir divino. Todos los que me conocen saben que hay tres cosas que no perdono: que se rían del horóscopo, que me digan que tengo la frente muy grande y que me roben el vino para bebérselo sin permiso. Tamara ha cometido este trío de pecados capitales más de una vez, pero ahora es el colmo.

—¡Ta...!

Freno de golpe al toparme con un elemento discordante en la encimera de la cocina. Parpadeo para asegurarme de que no es ningún efecto visual, y no lo es: ahí sigue. Entorno los ojos sobre el papelito y enseguida los vuelvo a abrir de golpe.

Camino hacia el cuenco donde ha estado mezclando el chocolate y dejo de respirar al reconocer la sustancia.

Por si me hubiera cabido alguna duda, basta con inspirar muy hondo para reconocer el olor a naturaleza.

Dios santo.

Le ha echado marihuana al bizcocho.

Echo a correr detrás de ella. Casi me da con la puerta en las narices.

—¡Tay! —grito, peleándome con la cerradura—. ¡Tay, no tiene ninguna gracia!

Para cuando consigo abrir, ya es demasiado tarde. No puedo increparle a mi compañera mexicana con futuros antecedentes penales que haya especiado de más su receta especial: Óscar acaba de atender el timbre con la camiseta de tirantes algo sudada y uno de esos auriculares sin cable puesto.

Tamara aprovecha que me quedo paralizada para cogerme del brazo.

—¡Hola, vecino! Venimos a darte la bienvenida como Dios manda... con un regalito para compartir. —Ofrece el bizcocho del mal y levanta las cejas varias veces.

Me voy a desmayar. Juro que me voy a desmayar.

Ahora no puedo huir. Tengo que hacer lo que sea para que no pruebe esa bomba de la risa. Sé que los efectos son mortales porque una vez, por curiosidad, acepté un trozo y estuve toda la tarde diciendo estupideces. Creo que me puse a hablar de mí en tercera persona y me atreví a eructar delante de auténticos desconocidos.

No sé si la marihuana actúa con esa gravedad sobre hombres de metro ochenta y tres y ochenta y cinco kilos de puro músculo, pero mi conciencia no soportaría olvidar este asunto, volver a casa y ponerse una comedia romántica con besos bajo la lluvia.

No mucho más de lo que podré soportar estar bajo el mismo techo que él, por otro lado.

—Vaya. Es todo un detalle —dice Óscar, con ese tono calmado que me pone el vello de punta. Se quita el auricular y lo guarda en el bolsillo de deporte—. Me habíais pillado haciendo ejercicio. En hora y media tengo que dar una clase, pero por supuesto que podéis pasar... siempre y cuando no nos entretengamos mucho.

—Oh, no, nos iremos antes de que te des cuenta.

Y sin decir más, Tamara y Edu se infiltran en el recibidor con todo el descaro del mundo. Yo me quedo inmóvil a un paso del sencillo felpudo, con la vista clavada en el pastel y el corazón latiéndome muy deprisa en el pecho.

—¿Entras, Eli?

Levanto la barbilla de golpe, conmocionada.

No puede ser. Se sabe mi nombre.

Como si me hubiera leído el pensamiento, esboza una sonrisa sin enseñar los dientes y se mete la mano en el bolsillo.

—Lo pone en el buzón y Tamara acostumbra a gritarlo con demasiada frecuencia. De Elisenda, ¿no?

—En realidad no —contesto, nerviosa—. Me llama Elisenda porque en su día me negué a decirle cuál era mi nombre completo, y de ahí dedujo que debía ser horrible. Estuvo una mañana entera haciendo una lluvia de ideas hasta que decidió que Elisenda era lo más horrible que había oído nunca y dio por hecho que así me... bautizaron.

«¿Por qué le cuentas todo eso? No le importa».

—¿Y cuál es el nombre verdadero?

—Eh... Eliodora.

Él levanta las cejas.

—La variación femenina de Heliodoro, que viene de «sol» y «don». Heliodoro es «aquel que ha sido agraciado con el don o regalo de Dios»... Pero apuesto a que habrías preferido llamarte

Ana. —Asiento frenéticamente y él sonríe de nuevo de esa forma tan sutil, como si estuviera cansado pero fuera demasiado educado para decirle que no a alguien—. Pasa.

Lo primero que me viene a la cabeza al poner un pie en el recibidor —aparte de «tira esa mugre de bizcocho a la basura»— es la palabra «GAY». Así, en mayúsculas.

Nadie diría que un soltero tendría un apartamento minimalista, pintado en grises y verdes agua y lleno de velas aromáticas. La Eli que tiene asumida la homosexualidad de Óscar no se sorprende al ver figuritas talladas al estilo moái, una esterilla para hacer ejercicio y un batín de satén perla colgando de detrás de la puerta. La Eli que se resiste a ello, en cambio, se niega a caer en los tópicos.

¿Qué pasa? ¿Que un hombre hetero debe vivir por narices en un piso con las paredes forradas de posters de conejitas Playboy o portadas de *Interviú*, juegos de consolas al estilo *Grand Theft Auto* y medallas de campeonatos de fútbol sala? ¿Y qué problema hay con que sea ordenado y limpio? ¿Y dónde pone que en el estéreo tenga que sonar 50 Cent en lugar de una canción relajante de Enya? Uno no hace yoga con Eminem rapeando de fondo, por muy motivadora que sea *Not Afraid*.

«Pero es que el sexo masculino no hace yoga, a secas».

—Tienes una casa preciosa —dice Edu. Maldito sea, seguro que se está regocijando en lo que significa esa mesilla de cristal y madera caoba; parece la insignia de «loco del Zara Home», y solo un adicto a los programas de decoración de interiores se preocupa de que las cortinas conjunten con el bordado de los cojines del sofá y la alfombra—. ¿Aquí es donde sueles hacer el saludo al sol?

—Sí. ¿Estás familiarizado con el lenguaje del yoga?

—Estoy familiarizado con todos los lenguajes corporales —asegura Edu, coqueto como siempre—, aunque nunca he probado eso. ¿Lo recomiendas?

—Desde luego. Son todo beneficios. Reduce el estrés, ayuda a controlar el peso, es buena para el corazón, y sobre todo te proporciona paz mental.

«No me vendría nada mal un poco de eso ahora mismo».

—Me han dicho que es muy duro —explica Edu. Yo casi no los escucho; estoy buscando con la mirada a Tamara, a la que le he perdido el rastro. Por suerte, ha dejado el bizcocho sobre la mesita, a la vista—. No sé si estoy tan en forma como para emprender un deporte tan exigente, aunque probé el pilates.

—El yoga es como pilates en que hay diferentes niveles. Yo trabajo como monitor para varios grupos en el centro deportivo de un par de calles más abajo. Ven un día a probarlo, si te apetece, y me cuentas. Seguro que te vendrá bien. Alivia dolores musculares que seguro que tienes de estar todo el día de pie en la peluquería.

Los ojos de Edu brillan.

—Sí que tengo dolores... La pobre cadera me está matando. —Y hace un movimiento sexy con la cintura que ni Shakira ni las bailarinas del King África envidiarían. Óscar no parece darse cuenta de que cada palabra que sale de su boca es un cebo con el que espera capturarlo, porque se acerca y le pide permiso para manipularla con toda naturalidad.

Aprovecho la distracción para buscar a Tamara, a la que me encuentro sentada junto a la isla de la cocina descubierta.

Observa la escena con un mohín.

—Fíjate cómo se regodea la maricona —bufa—. Podría dejar algo para los demás.

La agarró del codo y tiro de ella hasta apartarla del rango de visión de la parejita.

—¿Has perdido la cabeza? —mascullo en voz baja—. ¿Cómo se te ocurre echarle...? Es que ni siquiera lo voy a decir. La marihuana es una droga. Estás drogando a alguien en contra de su voluntad.

—Ay, pero si será un bocadito nomás. Anda y te...

—No me digas que me «aliviane». Si te importo algo, o si algún respeto le tienes a la cárcel, coge ese puñetero pastel y quítalo de su vista.

Tamara echa un vistazo por encima del hombro y suspira.

—Parece que es demasiado tarde.

El corazón me da un brinco en el pecho al ver que Óscar, acomodado ya en el sillón, alarga una mano hacia la porción que Edu le ofrece.

Tengo que ir para allá y tropezar accidentalmente con la alfombra y tirar así, accidentalmente, el bizcocho... que una vez en el suelo patearé como Lola Flores en pleno sarao. También accidentalmente.

Hasta que no queden migajas.

Pero no tengo tiempo para armar un escándalo. Óscar está a punto de darle un mordisco.

—¡No! —exclamo.

Él se gira hacia mí, sorprendido por mi exabrupto.

—¿No?

—No.

—¿Por qué no?

—Porque... eh... estabas... decías que hacer yoga te ayuda a mantenerte en forma, ¿no es cierto? Pues no creo que tanto chocolate vaya a ayudarte con eso. Es una bomba calórica. Te morirás de diabetes.

Él me sonrío como si fuera una pobrecita. Y lo soy. Merezco que me den una palmada en la espalda y me consuelen. Es tan guapo que tengo que mantener todo el cuerpo en tensión para que no se me despeguen las articulaciones al derretirme.

No tiene nada de especial y a la vez es excepcional. Lleva el pelo castaño muy corto, sin seguir

ninguna moda actual o pasada: el clásico corte estándar de a quienes les preocupa más la comodidad que la apariencia. Su postura corporal es la de alguien que no quiere que le miren demasiado. No debe salirle muy bien la jugada, porque llamaría la atención desde la otra punta de la calle si uno lo viera avanzando hacia sí. Tiene los ojos de un verde grisáceo hipnotizador y sorprendentemente cálido para tratarse de un tono invernal, una boca grande de labios gruesos y la nariz recta de un retrato romano. Está lleno de esos detalles que lo hacen masculino: la nuez de Adán marcada, la mandíbula definida, el mentón prominente, la sombra de la barba incipiente en el cuello, la notable forma de los hombros trabajados, las manos grandes y con las uñas cortas...

Me estremezco sin poder evitarlo.

—Suenas como uno de esos nutricionistas online que exigen eliminar las grasas —comenta, sonriendo—. Las dietas equilibradas que prohíben el chocolate no son verdaderas dietas equilibradas. Un dulce casero cada cierto tiempo no hace daño a nadie.

Y vuelve a hacer ademán de comérselo.

—¡No! —insisto, esta vez más alto—. Es que yo... Creo que sí te haría daño.

—¿Por qué?

Me muerdo el labio.

No suelta el maldito trozo. Se lo va a llevar a la boca en cualquier momento.

—¿Crees que merece la pena pagar por semanas de grasa acumulada a cambio de un segundo de placer?

Él me sostiene la mirada con una mezcla de curiosidad y... ¿diversión?

—Creo que todo lo que sea capaz de darme un segundo de placer es impagable —dice en tono comedido.

—Eso no te lo dará. Está malo. Seguro que la leche estaba caducada.

—A mí me parece que huele bien... y ni el instinto ni el olfato me fallan nunca.

—¡Que no te lo comas! —espeto, viendo que se lo llevaba la boca—. Mira, no te lo quería decir, pero comer no es lo que más falta te hace.

Su mano se queda suspendida en el aire.

—¿Cómo?

—Estás un poco fondón. Y si quieres... ya sabes... lucir tipín este verano... —Muevo la mano como una histérica, esperando que eso lo distraiga del rubor de mis mejillas—, vas a tener que renunciar al chocolate.

Óscar se me queda mirando como si le hubiera dicho que La Tierra es plana. Y no va muy lejos la comparación, porque he soltado una mentira como un templo y me he quedado tan ancha. Pero consigo lo que quería: deja el trozo en el plato y, en silencio, descansa la mano inerte sobre el regazo.

Espero que tenga una gran autoestima y mi comentario haya hecho que se parta de risa para sus

adentro. No podría perdonarme haberlo traumatizado con su físico, cuando no lo han nombrado Mister Universo por un simple motivo: no se ha presentado como candidato.

Joder. Es que acabo de llamarle gordo en su propia casa, y encima delante de otra persona. Eso no ha sido nada francés. Ha sido propio de esos repugnantes *bullies* que se metían con mi mejor amiga en el colegio. Y anda que la que ha ido a hablar... Las veces que he ido al gimnasio ha sido para sacar un Kit-Kat de la máquina expendedora, y porque la del centro comercial me pillaba más lejos.

—No tengo nada en contra del sobrepeso siempre y cuando no derive en una enfermedad que limite el movimiento —responde. Oh, venga ya, ¿encima es un abanderado del *body positive*? ¿Qué defecto tiene este hombre?—, así que si no te importa, y no debería hacerlo porque este no es tu cuerpo, voy a...

No sé quién se queda más boquiabierto cuando le doy un manotazo para que suelte la porción, si él, Edu, Tamara o yo misma.

Afortunadamente no ha caído sobre la alfombra, que habría tenido que cambiar si se hubiera manchado con la cobertura de chocolate. Pero ha caído, que es lo importante, y Óscar me mira ahora en estado de shock.

—Si tanto te molesta que coma algo alto en calorías, ¿por qué me habéis traído un pastel de este tipo, en lugar de muesli o una macedonia?

—Yo no te he traído nada —suelto a la defensiva—. Para empezar, ni siquiera pretendía venir. Edu me lanza una mirada significativa.

«¿Qué demonios estás diciendo?».

No lo sé. No tengo ni idea de qué digo. Solo pienso en que, con lo obtuso que es, voy a tener que darle manotazos hasta que todo el bizcocho bese la tarima flotante.

Óscar me observa entre atónito y cabreado. Se está esforzando para que no se le note.

Tamara carraspea a mi espalda.

—¿Quién quiere vino?

Óscar me dirige una mirada interrogante.

—Dime. ¿Quiero vino o debería dejarlo también? —ironiza.

Joder.

Si Tay hubiera preguntado quién quiere morir, entonces sí habría levantado la mano.

Capítulo 3

Yo nunca la he cagado a lo grande

No he tenido la suerte de morirme, pero por lo menos parece que Óscar se ha olvidado de mí. Esto me ha permitido servirme con tristeza una buena copa de Merlot, el vino que guardo para ocasiones especiales y que Tamara usa para emborracharse igual que se serviría el vodka a cinco euros del supermercado: sin ningún tipo de criterio.

Sin miedo a sonar como una elitista insoportable... ¿Hay algo peor que la gente sin criterio?

Está claro que mi compañera y yo tenemos distintas visiones en cuanto formas de afrontar la vida cotidiana. Visiones que deberían coincidir a la hora de mantener una relación, sacar adelante un negocio y compartir techo, tres cosas que hacemos. Un ejemplo es la gestión económica. A mí no me gusta tirar el dinero, pero Tamara es una «mano rota». Otra es la manera de dar la bienvenida a alguien que acaba de mudarse al lado. Ella considera que hay que drogar al vecino y yo creo que no es necesario, sobre todo si el objetivo es sonsacarle sus secretos. A ver quién le dice que vivimos en el siglo veintiuno y no está mal visto preguntarle a alguien directamente por su estado civil y su preferencia sexual. Si no estuviera haciendo todo lo posible por ser invisible en el salón de Óscar, y si no me diera vergüenza dirigirme a él después de lo que he soltado, le haría dos sencillas preguntas: «¿Tienes novia?», «¿Y novio?». Y si por alguna causa en la que no debemos entrometernos —porque no es nuestro asunto— resulta que está en el armario, pues le deseo toda la felicidad del mundo. No debe haber mucha diferencia entre vivir en un armario y vivir en un piso mosquito, y estos segundos son ahora tendencia en Hong Kong. Por lo menos tengo claro que una cómoda o un ropero salen más baratos que un alquiler en el centro de Madrid.

En defensa de estos dos *hooligans*, puedo decir que han sido muy sutiles durante la primera parte de la conversación. Yo me he mantenido al margen por razones obvias, pero no me he perdido ni un detalle.

Resulta que Óscar trabaja como profesor de Educación Física en el colegio público al que van algunos de los niños del edificio. Como estoy bebiendo vino compulsivamente para calmar los nervios, lo único en lo que pienso a raíz de eso es en la indecente cantidad de niñas de diez años que habrán tenido su gran despertar sexual gracias al maestro de gimnasia. Tampoco sería tan raro. A fin de cuentas, yo lo tuve con el de religión.

Intento no mirarlo porque la mortificación aún me dura —y porque se nota que está incómodo en mi presencia y no lo quiero molestar—, pero es como si mezclaras oro con carbón. Los ojos se

te van sin querer a lo que brilla. Y con esto no quiero decir que Edu y Tamara sean feos, porque ni mucho menos; mi amigo se da un aire a Yon González, con ese pelo ondulado y los ojos de cervatillo, y Tay es una latina explosiva con la melena densa y la boca grande. Pero Óscar...

Es de los que gesticulan mucho y se ocupa de repartir su atención de manera que nadie se sienta ignorado. Incluso a mí me lanza vistazos furtivos, como si quisiera hacerme saber que, aunque no participe y sea una completa estúpida, sabe que estoy aquí y puedo intervenir cuando me apetezca.

Ese momento en el que interrumpo está cerca de propiciarse cuando Tamara por fin se cansa de cháchara banal y, aprovechando que estamos todos alegres por el vino, propone el juego.

—Por ejemplo... —Se acomoda mejor en la alfombra, donde se ha sentado al estilo indio—. Yo digo: «Nunca he probado las quesadillas». Quien lo haya hecho, tiene que darle un sorbo al vino.

Óscar hace una mueca divertida.

—He jugado a esto mil veces en la universidad, aunque era más común el juego de girar la botella para enrollarte con alguien.

—También podemos jugar a ese si quieres. —Y Tay le guiña un ojo.

Él se ríe de forma cortés.

¿Cómo se ríe alguien de manera cortés?

Pues como hace él.

—Creo que eso nos tomaría más rato, y en media hora tengo que prepararme para la clase.

—Ajá... Un hombre que se toma su tiempo —comenta Edu, regocijándose—. Eres una caja de sorpresas.

¿Por qué la gente dirá eso cada vez que descubre algo nuevo de alguien? Nadie es una caja de sorpresas por revelar un dato que hasta el momento no sabías de él: es una persona de la que te quedan muchas cosas por conocer. Debería darse por hecho que alguien va a dejarte boquiabierto cuando te cuente algo porque no somos adivinos.

Qué importa, estoy desvariando. He bebido tanto y tan rápido que la cabeza me da vueltas, pero tenía que ser yo la que vaciara la mitad. Es *mi Merlot* y estoy en todo mi derecho de empinármelo solita, que para eso lo he pagado.

—Venga, empiezo yo. —Edu carraspea—. Yo nunca me he enrollado con alguien de mi mismo sexo.

Pues empezamos bien.

—Teniendo en cuenta que vives con tu novio, eso no parece que sea verdad —apunta Óscar.

—Podemos proponer cosas que sean mentira.

—Y yo que pensaba que esto iba de conocerse mejor... En fin. —Bajo la atenta mirada de todos, Óscar le da un sorbo al vino.

Ya está. Se acabó. Lo puedo ver en la mueca decepcionada de Tay y la sonrisa triunfal de Edu:

han dado por finalizado el partido con la victoria aplastante del equipo rosa.

Óscar es gay y no hay nada que podamos hacer.

—¿Con quién fue? ¿Has tenido muchas experiencias con hombres?

—Lo cierto es que no. Soy un tipo reservado. No me gusta hacer manitas con cualquiera.

—Dicen que el yoga mata la libido —comento.

Óscar esboza una ligera sonrisita que me pone el estómago del revés.

—Yo diría que la redirige por el buen camino.

—¿Y cuál sería ese camino? ¿Estamos hablando de los inescrutables e insondables del Señor?

Él me mira con interés.

—¿Qué quieres decir con eso? ¿Crees que soy medio cura?

—No pareces un creyente radical de los que no tienen sexo con frecuencia, pero quién sabe, a lo mejor eres asexual. Es una posibilidad que no se explora a menudo —desvarío, con la intención de que el mensaje les llegue alto y claro a los otros—. Llevas un anillo en el dedo: a lo mejor es uno de esos de castidad que significan que hasta que no te cases no vas a echar un polvo.

Tengo un instante de lucidez entre la verborrea.

¿Acabo de decir «echar un polvo»? ¿Delante del vecino?

—Entiendo... —Óscar se incorpora y apoya los codos sobre los muslos. Pone la misma cara que el terapeuta al psicoanalizarte—. Has llegado muy rápido a la conclusión de que no follo.

Me atraganto con el vino y estoy a punto de tener un ataque de tos.

Él ni se inmuta.

—Supongo que tiene sentido. Hay mujeres muy superficiales ahí fuera que no se meterían en la cama con un gordo como yo.

—No he dicho que estés gordo. Solo que estás... bueno... *fofo* —mascullo con la boca pequeña.

Para mi asombro, Óscar contiene una sonrisa divertida y vuelve a echarse hacia atrás. Y al hacerlo, todos esos músculos que estoy ignorando para no sufrir un aneurisma se flexionan, como queriendo recordarme que no hay quien se crea una palabra de lo que digo.

—Supongo que me toca. Eh... Yo nunca me he acostado con una de mis alumnas de la clase de yoga.

—No será porque no sean guapas o no se insinúen. Sé la clase de mujeres que asisten a esas sesiones y algunas se perfuman con intención —interrumpe Tamara—. ¿No te tientan?

—Cuando dices que nunca te has acostado con una de tus alumnas... ¿Excluyes deliberadamente a los hombres porque hay alguna posibilidad de que sí lo hayas hecho con un alumno? —cuestiona Edu.

—Excluyo a todo el mundo. Intento ser profesional en mi trabajo.

—Bueno, pues yo nunca le he dado por el chiquito a un tío —suelta Tamara.

Estoy a punto de escupir el vino, pero lo retengo de puro milagro. Todos dirigimos nuestros ávidos ojos, inyectados en sangre, al único jugador real del reto.

Óscar no bebe.

Edu y yo intercambiamos una mirada.

«Eso es que es una pasiva».

«O a lo mejor no le gusta el coito como tal», propongo yo.

Tamara nos fulmina a ambos.

«Es heterosexual y se acabó».

—Yo nunca me he enamorado de una mujer —dice Edu.

Óscar da un sorbo lento.

El Comité de Orientación E Identidad Sexual de la calle Julio Cortázar vuelve a compartir una mirada.

«Puede haberse enamorado platónicamente. Yo lo hice cuando pensaba que era heterosexual».

«¿Es que piensas buscar el lado gay a todas sus respuestas?».

«Sí. Siguiente pregunta».

—Yo nunca he tenido un pensamiento sexual que incluyera a alguien de esta habitación — propone Óscar. Él se cruza de piernas y nos lanza una mirada distraída—. Se podían proponer cosas que pueden no ser verdad, ¿no?

Los tres nos quedamos tontos.

—¿No es verdad? ¿Has fantaseado con alguno de nosotros? —jadea Tay.

—¿La magia no está en dejarlo en el aire?

Desde mi posición, puedo ver y escuchar los engranajes del cerebro de Tamara girando. Sobre todo porque los míos se mueven en la misma dirección.

Por estadística, hay una mayor posibilidad que sea heterosexual, porque hay un sesenta y siete por ciento de probabilidades de que se refiera a una mujer frente a un treinta y tres de que hable de un hombre. A no ser que sea bisexual, una opción que estamos ignorando y que abarcaría el cien por cien de las opciones. También estamos dando por hecho que se ha gozado ese pensamiento sexual, cuando yo, por poner un ejemplo, he tenido muchos con gente que no me gustaba en absoluto. Ergo... puede haberse imaginado retozando con Tamara y ser gay.

Dios mío. Ahora hasta hago matemáticas para intentar comprender a un hombre. Esto se me está yendo de las manos, y a Edu y a Tamara más aún, que empiezan a lanzar pullas a diestro y siniestro hasta tal punto que se les ve el plumero.

—Yo nunca he recibido por detrás.

—Yo nunca he estado en un bar gay.

—Yo nunca he ido a un concierto de Lady Gaga. —Porque, por lo visto, Lady Gaga es la diosa suprema de los gais, y si eres hombre y la escuchas, está cantado en qué bando te mueves.

Óscar ha ido a un concierto de Lady Gaga y sale con frecuencia por bares gays, pero nunca ha probado el anal en ninguna de sus dos posiciones.

¿Qué clase de enigma digno de Íker Jiménez es este?

—¿Y qué has hecho en el bar gay? —pregunta Edu, pasando del escaso disimulo del «yo nunca» para ir al grano—. ¿Has ligado?

—Sí que suelo ligar —contesta, distraído.

A esa respuesta siguen otra serie de preguntas tan detalladas sobre su vida sexual que empiezo a ruborizarme. Si se puede morir de la vergüenza ajena, tendré que olvidarme de especificar en el testamento que quiero que arrojen mis cenizas al mar. No creo que, agonizando como estoy, me dé tiempo a cruzar el rellano y agarrar un bolígrafo.

—¿Cuál dirías que es tu parte favorita del cuerpo de una mujer? —pregunta Tamara justo cuando llego a mi límite.

Le están aplicando el tercer grado sin anestesia.

—¿A quién le importa eso? —interrumpo yo, ansiosa porque todos salgamos de aquí y continuemos nuestras vidas—. Ni que fuera tan interesante. Además, está claro que está incómodo, no quiere hablar de esos temas. Seguro que tampoco tiene mucho que decir.

En mi cabeza había sonado mucho más agradable; pretendía darle algo así como una vía de escape, pero creo que lo ha interpretado como un insulto. En cualquier caso, ha servido para lo que me proponía. Tamara y Edu parecen satisfechos con la información socavada... y con el colocón. Parece que había vino de sobra para emborrachar a dos personas aparte de a mí. Óscar, en cambio, está fresco como una rosa. Y lo tengo que agradecer cuando estoy a punto de dar de bruces por haberme levantado tan deprisa.

El mareo me nubla la vista un segundo, y gracias al cielo, Óscar interviene a tiempo. No me suelta hasta asegurarse de que puedo sostenerme por mí misma, y entonces se despide de los otros dos. Para dar dos besos a Tamara, coloca la mano peligrosamente cerca de la curva de su trasero. Ella lo nota y abre los ojos como platos. Acompaña el adiós a Edu dándole un segundo beso en la mejilla casi sobre la comisura de la boca.

Joder. O es bisexual, o es demasiado cercano, o se está riendo de nosotros. Óscar parece demasiado formal para hacer algo así, y también me daba la impresión de ser distante, pero...

—Ven, bébete un vaso de agua —me dice—. Lo necesitas.

Accedo porque tiene razón, pero me pone histérica estar borracha y vulnerable en su casa digna de salir en la MTV. Acepto con dedos temblorosos el vaso que me tiende e intento esquivar su mirada mientras doy sorbitos cortos.

Casi no me los puedo tragar; él no aparta los ojos de mí.

—Espero parecerte más interesante la próxima vez.

—Yo también —contesto sin pensar. Enseguida me doy cuenta de lo que había dado a entender

e intento arreglarlo—. Quiero decir...

—¿Por qué te caigo tan mal?

Aparto el vaso de los labios y lo miro horrorizada. ¿Caerme mal? ¿Él? ¿Eso es lo que ha sobreentendido...? No me extraña, solo una mala persona o un maleducado insulta a alguien en su propia casa. A lo mejor lo apropiado es seguirle la corriente, mentir diciendo que me parece un estúpido. Así nunca sospechará que lo espío y se mantendrá alejado de mí. Tanto si es gay como si no, me merezco un poco de paz mental y no pasarme las noches soñando que el vecino me clava en la pared.

—No creo que eso importe a los hombres como tú.

—¿Quiénes son los hombres como yo?

—Los que se lo tienen muy creído. Seguro que crees que por tener los ojos verdes y suficiente pasta para vivir aquí, los demás debemos hacerte la ola.

«Pero ¿qué coño estoy diciendo?».

Óscar arquea una ceja. No recuerdo haberlo visto nunca frunciendo el ceño o haciendo una mueca hostil, y naturalmente no iba a hacerlo ahora y por mi culpa. No soy tan importante.

—No me conoces de nada. Y eso en concreto no es ni siquiera una primera impresión: es un prejuicio.

—Todos prejuzgamos. Seguro que tú pensaste algo de mí al verme por primera vez.

Óscar apoya la mano en la encimera y me lanza una mirada pensativa. Mi cuerpo reacciona como si supiera que pretende hacerme sentir mal y quisiera otorgarle ese placer.

—Pensé que eres muy dulce, pero ya veo que me equivocaba. —Da un paso hacia mí—. También te vi tan nerviosa que se me ocurrió que podría haberte gustado.

«Pues deja que te diga, amigo, que tienes un instinto acojonante».

—¿Qué? ¿Tú a mí? No. No, nada de eso. Imposible. A mí no me gustan los...

—¿Fofos aburridos con una clara falta de experiencia sexual? Tienes suerte de que no sea muy sensible o podrías haberme hecho llorar.

Trago saliva.

Está muy cerca. Siento que quiere intimidarme y hacerme sentir mal por ser una cabrona más crítica de lo que se puede permitir. ¿Puedo culparlo por eso?

—No te imagino capaz de llorar.

—Pues tienes una imaginación muy limitada. No me importaría prestarte un poco de la mía — agrega, con los ojos entornados—. Creo que cambiaría bastante tu visión sobre mí.

—¿Qué más te da la visión que tenga de ti? —espeto, mucho más seca de lo que me habría gustado.

Por favor, señores buenorros, no se acerquen a Eliodora Bonnet. Se están arriesgando a salir escaldados en su proceso de fingir normalidad.

P.D: parece de todo menos normal.

Él aparta la mano de la encimera y da un paso atrás.

—Ahora que lo dices, tienes razón —contesta con la misma dureza—. ¿Qué más me da? No es como si me interesara llevarme bien con gente superficial que solo sabe criticar.

Eso me sienta como una patada en el estómago. Me dan ganas de gritar que yo no soy así, que me parece la persona más interesante y el hombre más sexy que he visto en mi vida, pero que no tengo la menor idea de cómo demostrarlo.

Dios mío, él pensaba que soy dulce. ¿Por qué no volvemos a ese punto? ¿Por qué no puedo rebobinar?

Pues porque tendría que dar explicaciones, y no le voy a decir que mi reacción se debe a un bizcocho de marihuana y a que llevo delirando por él un mes entero. Prefiero que me vea como una desagradable a como una *groupie*.

Él se queda un momento delante de mí, a lo mejor esperando que desmienta lo dicho y justifique mi actitud. Se rinde antes de que me tiente la posibilidad de ser sincera.

Da la vuelta y sale de la cocina sin decir nada más que:

—Ya sabes dónde está la puerta.

Capítulo 4

Nunca te fíes de un Capricornio

—«Tus premoniciones y corazonadas darán en el blanco, pero debes poner de tu parte para no dejar que las ideas tristes o negativas te alejen de tus metas y te coloquen en una situación de desventaja emocional con respecto a la otra persona —leo en voz alta—. Lo que se dijo en un momento de acaloramiento no tiene por qué estarse repitiendo constantemente. Tus canales psíquicos están trabajando a la perfección, y si afinas tu intuición, podrás encontrar soluciones a ese problema que tienes dentro de pocos días».

Supongo que, con «problema», el Señor del Horóscopo se refiere al hecho de que mi vecino me odie. No tengo ningún otro en la actualidad. Mis finanzas van viento en popa porque en estas fechas se casan muchas parejas y precisan un servicio de cáterin. También hay un montón de jubilaciones por eso del fin del cuatrimestre, y de graduaciones; a mediados de mayo, los universitarios que lo han aprobado todo ya están lanzando su birrete al aire. La presencia de la familia en mi vida brilla por su ausencia, y no lo consideraría un problema porque lleva siendo así desde que murió mi madre. Mi salud se encuentra en perfecto estado de revista, así que...

—El horóscopo te acaba de leer la cartilla sobre Óscar —comenta Tamara, justo después de echar un ojo a la pantalla de mi móvil.

Acabamos de salir de la cafetería de la esquina, donde todas las mañanas hacemos la entrega de repostería a Martiño. Los lunes son especialmente duros; ambas vamos en chándal y las ojeras nos llegan por los tobillos. A Tay le gusta pasar los fines de semana en camas ajenas o tirándose el cubata encima cada vez que le ponen una canción de Bad Bunny; yo prefiero dormir la mona, pero en esta ocasión a ambas nos ha venido mejor hornear tartitas, porque tenemos mucho en lo que pensar. Ella, en su siguiente paso para destapar los secretos de Óscar. Y yo... Bueno, necesitaba sentirme realizada. De lo contrario me habría tirado horas regodeándome en mi mala suerte con la vista clavada en el techo.

Está claro que el que está deprimido es aquel que no sabe cocinar.

—¿Tú crees? —suspiro.

—Lee el apartado de «amor», a ver si te da otra pista.

—«¡Conjunción de Júpiter con tu regente Venus, ambos en Sagitario, un aspecto muy positivo! No dejes que te desalienten las repeticiones aburridas de quienes se pasan el tiempo quejándose con monsergas y lamentos. Tal vez más pronto de lo que piensas estarás envuelto en una relación sentimental maravillosa, pero solamente si no dejas que esas ideas negativas aniden en tu corazón». —Asiento muy despacio—. ¿Una relación sentimental maravillosa? Buena suerte buscándome novio entre los astros, Señor del Horóscopo.

—Te está diciendo que dejes de pensar que tu *crush* es gay y que le pidas disculpas.

—Lo que tú digas. Pero sí, lo he pensado —confieso—. Lo de pedir disculpas, digo. No quiero que me tenga por una maleducada. Pero se comporta conmigo de forma muy fría... Me da miedo decirle algo.

—¿Fría? —Tamara se ajusta el bolso sobre el hombro—. ¿Se han visto? O sea... ¿Os habéis visto?

—Un par de veces. Yo entraba al edificio y él salía. Nos hemos saludado con un simple «hasta luego» y ya está. Bueno, yo le dije «hola» y él me dijo «hasta luego», nos quedamos mirándonos durante un momento, muy tensos, y luego nos perdimos cada uno por nuestro lado. —Tuerzo la boca—. Todo esto es por tu culpa, ¿sabes?

No soy la clase de persona que pone sus derrotas sobre los hombros de los demás, pero en este caso hasta Tamara sabe que ha tenido mucho que ver.

Resulta que, al volver a casa, me dio un ataque solo de pensar en que el bizcocho se hubiera quedado en el apartamento de Óscar. Tamara me «tranquilizó» diciendo que no le había echado marihuana, solo hizo que me lo creyera para obligarme a ir a saludarlo.

Está claro que, para ella, en el amor y en la guerra todo vale.

Mi trabajo me impide no dirigirle la palabra, y si no trabajo en condiciones no gano dinero, lo que significa que estar enfadada con Tamara no me es económicamente rentable y de hecho puede llevarme a la ruina: ese es el único motivo —además de mis modales franceses y mi falta de sangre en las venas— por el que no le tortee la cara allí mismo.

Días después lo veo con un poco más de filosofía. Pero cada vez que me encuentro con Óscar —hemos vuelto a compartir ascensor y ni siquiera me ha mirado la cara al desearme las buenas tardes, probablemente porque lo que quería desearme era un brote agudo de sarampión—, me acuerdo de la terrible cagada y me dan ganas de estrangularla con mis dos manos desnudas.

No solo a ella, también a mí misma y al propio Óscar.

—Odio sus modales —bufo—. Mi madre me enseñó que hay que ser educado con todo el mundo, te caiga bien o no, pero me molesta que me dé los buenos días cuando lo que quiere es darme la espalda y hacerme un corte de mangas. Debería ser lo bastante hombre para decirme que quiere que me mude de país y que no soporta verme la cara.

Tay arruga la nariz.

—¿Pone en tu horóscopo que hoy te vas a poner apocalíptica? Venga ya, si es gay, eso que te has quitado de encima. No hay nada peor que desear al hombre imposible.

—Lo dices como si alguien fuera imposible para ti.

—Óscar es imposible para mí, porque si es gay, no le gustaré, y si es hetero y te gusta a ti, yo no lo miraré dos veces. Tendré que consolarme con un álbum de recortes, pegando nuestras fotos sobre las caras de Brangelina, o escribiendo un *fan-fiction* en Internet...

—Brad y Angelina rompieron hace tiempo.

—No me lo recuerdes.

Paro delante del cajero automático para sacar dinero. Tamara, que es una neurótica, no tarda en hacerlas de muro para que nadie curioseee mientras pongo el pin. Aprovecho para mirarla con la frente arrugada.

—No hables como si tuviera alguna posibilidad. Cree que soy una bruja, Tay. Una bruja gordófoba y critica. Una bruja gordófoba, critica, repelente y engreída... incluso puede que crea que soy una misándrica que quiere dar muerte a los penes.

—Eso es imposible.

—¡Lo sé!

—No te acercarías tanto a un pito como para darle cuello.

Suspiro.

—Le dije que lo odio porque seguro que confía en el atractivo de sus ojos verdes —recuerdo con tristeza—. No copularía conmigo ni aunque fuese heterosexual, y yo, la única mujer que quedara en el mundo por culpa de la sexta extinción masiva. Íbamos por la quinta, ¿no?

—Y yo qué sé. Me aprendí los números ordinales por las temporadas de *Gran Hermano*, no por las extinciones. Y llámame optimista, pero creo que en una situación tan extrema como lo es el fin del mundo, tendría que hacer de tripas corazón y arrear un vergazo. Aunque fuera por compasión.

—No pretendía darte ideas, que te veo capaz de desarrollar un virus mutante que mate a todas las mujeres para dejarme a merced del vecino.

—Son la clase de cosas que haría por amor. —Bate las pestañas a riesgo de levantar un vendaval.

—Pues menos amor de ese, Jaime Lannister, y más amor del que evita que la gente me odie por salvarla de acabar drogada.

—¿Quieres que vaya a hablar con él?

Saco los billetes en cuanto la maquina hace lo suyo y los guardo en el monedero. Luego rebusco el móvil en el bolso para revisar que me ha llegado el aviso de extracción. En efecto, ahí está la notificación... junto a un par de llamadas perdidas de Normand.

Involuntariamente, frunzo el ceño a la pantalla. Enseguida me obligo a borrarlo; el mensajito y la cara de tonta. A Tamara no se le escapa ni una, pero debo hacer el intento de evitarle ciertas noticias. Aunque solo sea por unas horas.

Lo bueno es que no es la primera vez que Normand intenta ponerse en contacto conmigo y puedo fingir que me da igual de forma creíble. Lo malo es que se me sigue descomponiendo el estómago cada vez que veo su nombre. He pensado en borrarlo de mis contactos, pero me sé de memoria su teléfono y la sensación al ver que pretende retomar la comunicación acabaría siendo la misma.

—¿Qué me has preguntado?

—Que si quieres que hable con él. Le caigo a todo dar. Seguro que puedo hacer algo.

—Si lo vas a hacer para aumentar la posibilidad de que nos acostemos, olvídale. —Arrojo el móvil al fondo del bolso y suspiro—. Ni siquiera sé por qué me importa. Estoy acostumbrada a que la gente piense que me creo superior.

—Te importa porque te gusta, mensa. ¿Tú qué crees? —rezonga—. No, *perate*, no vayas por ahí. Quiero darme una vuelta por el centro deportivo; me voy a inscribir a unas clases de zumba y hoy es el último día. Ándale, acompáñame.

—¿Ahora te vas a apuntar a zumba? Estamos desbordadas. No tenemos tiempo ni para el club de lectura.

—Tenemos que armar uno pronto —piensa Tay en voz alta—. Pero quería esperar a que Matty volviera de viaje para leer lo nuevo de Nora Roberts.

Matty es nuestra mejor amiga. No voy a decir que seamos las tres marías porque ella siempre ha sido un alma libre que va a su bola, la amiga de todos, el culito inquieto; Tamara y yo, en cambio, somos más tradicionales y solo nos tenemos la una a la otra. Ahora más que nunca porque Matilda se ha echado novio formal y, aunque han estado viviendo hasta ahora en el ático del edificio, pretenden mudarse a la otra punta de Madrid. Parece ser que ese apartamento acumula más malos recuerdos que buenos y, a pesar de que ambos adoran la comunidad, se han decidido a romper esa leyenda de que quien entra en el número trece de la calle Julio Cortázar, nunca sale.

Ahora están en El Paso, Texas. La madre de Julian, su pareja —el yanqui promedio físicamente hablando, solo que tierno y achuchable como un osito—, quería conocerla en persona después de unos cuantos meses de relación. Esa ha sido la perfecta excusa para hacer el viaje en el que Matty pretende fortalecer el vínculo familiar entre su novio y sus parientes. Ella es así, siempre piensa en los demás antes que en sus intereses, que de todos modos han sido satisfechos: siempre quiso conocer los Estados Unidos. Y la verdad es que las madres se le dan muy bien. La mía la quería un montón.

—No me extrañaría que un día nos llamase y dijera que va a quedarse allí.

—¿Qué mamadas? No sabe hablar inglés y tiene el examen de Selectividad este mes. Ni de

pedo se queda. —Tamara señala una calle paralela—. Es aquí. Me anoto en menos de lo que canta un gallo.

La acompaño al interior del centro deportivo. Es el típico local recientemente remodelado que con toda probabilidad ha invertido más dinero en que se vea nuevo y moderno que en el personal. Este tipo de negocios suelen quebrar muy rápido, pero por lo que observo en la placa —Juntos desde 2010— y la cantidad de mujeres que entran en manada para tomar su siguiente clase, parece que va a ser la excepción.

En lugar de pararse con el recepcionista, un hombre con los bíceps como balones de baloncesto y las cejas depiladas al estilo Rachel Weisz en *La Momia*, sigue por un pasillo y me guía a una sala inmensa con un tatami azul. Me entretengo mirando los espejos y el equipamiento —pesas apiladas, sobre todo— hasta que oigo una voz que me suena familiar.

Levanto la cabeza y ahí está Óscar, hablando con una treintañera que luce su embarazo con orgullo. Por un instante solo puedo ver el estrecho maillot que envuelve su redondeada barriga. Después, mi cabeza asimila la encerrona y me muevo rápido para esconderme.

Tamara me agarra antes de que pueda escabullirme por el pasillo.

—¡Óscar! —grita, la muy cerda—. ¡Hola, *papasito*!

Me quedo inmóvil, como si él fuera una de esas criaturas ciegas que captan las presencias a través del movimiento. Pero Óscar no es el basilisco, y en cuanto me ve, su sonrisa se atenúa.

Ya no puedo huir, y Tay lo sabe. Sabe que me permito hacer el ridículo solo hasta un punto, y a partir de ahí, no más. No puedo desaparecer sin que se dé cuenta de que estoy evitándolo. Y creo que sería malísima idea actuar como si *él* fuera la peste después del mal rato que *yo* le hice pasar.

—Voy a despellejarte —mascullo, sin mover apenas los labios. Tamara me guía hasta el tatami, donde Óscar espera de los brazos cruzados—. ¿Por qué me haces esto? No me toques. Puedo ir sola.

—Hace unos minutos estabas chillando porque Óscar piensa que eres una bruja, y es obvio que eso te choca, así que vamos a hacer esta clase de yoga y después nos echamos algo con él. ¿Jalas?

—No.

—Esa es mi chica —dice en voz alta.

La embarazada y otra mujer también en estado, aunque no a punto de alumbrar, se retiran a regañadientes para que podamos entretener al profesor. No me extrañaría lo más mínimo enterarme de que se han quedado preñadas al poner un pie en la habitación. Óscar está increíble con la camiseta de tirantes negra y los pantalones cortos de chándal.

Me pongo colorada al echar un vistazo al bulto de las bermudas.

Deberían prohibir esa clase de prendas en lugares públicos, sobre todo a los hombres a los que se les marca el paquete como si se hubieran plantado un calcetín. ¿Las embarazadas vienen a hacer yoga, o a disfrutar de las vistas?

—Qué grata sorpresa —dice Óscar, sonriendo a Tamara. La saluda con dos besos, y para mi sorpresa, se gira hacia mí con una sonrisa cortés—. Hola.

Oh, venga ya. Me ha dicho «hola» y es como si me hubiera soltado que anoche se acarició pensando en mí. ¿Cuándo va a terminar esta tontería? ¿Y por qué he dicho «se acarició pensando en mí»? ¿Es que se me tiene que pegar el lenguaje narrativo del género erótico?

¿Y por qué no hay dos besos para mí? Por un lado, me enfada, porque la educación es lo primero; por otro, me alivia. Significa que no tengo que soportar su contacto. Pero en un tercer lugar...

«No me digas *en serio* que quieres que te toque».

Pues claro que no quiero que me toque, eso es una auténtica estupidez, además de imposible. A mí no me gusta que los tíos con sex appeal y una evidente y prolífica vida sexual me miren; menos aún que me rocen.

Estamos bien. Estamos muy bien. Estamos *de lujo*.

—Me alegra que te hayas animado. No te vas a arrepentir.

—Al chile que no. Ya me alegro de haber venido —asegura. Le apoya la mano en el hombro y le echa un vistazo de arriba abajo—. Estás de rechupete.

Siempre he admirado la capacidad de Tamara para soltarle esas burradas a los hombres sin pestañear. Yo no podría decirle que le queda bien la camiseta sin atragantarme tres veces o tartamudear durante media hora. Incluso puede que me orinara encima.

La vida de la gente tímida es muy dura y no se visibiliza lo suficiente. Me siento tan sola en este mundo cruel...

Óscar le guiña un ojo —y es sorprendente que, a pesar de eso, Tamara siga sobre sus dos piernas— y nos pide que nos sentemos.

Al darme la vuelta para ir de mala gana hacia el lugar que me ha señalado, me quedo de una pieza. Tengo ante mí suficiente gente para formar dos equipos de rugby y competir. Y quien dice gente, dice hormonas femeninas.

—Aquí hay más mujeres que en las rebajas del Corte Inglés —murmuro.

—Todas están luchando por el amor de Óscar —responde en el mismo tono, mientras se acomoda en la última fila—. Míralas, Eli... Míralas. Unas puerkas calenturientas como no he visto otras en toda mi vida. Esa tipa de ahí lleva relleno en el *bra*. Se le nota desde aquí.

—Pues mira a esa, que te quedas muerta. Se está subiendo el tanga rojo para que vea lo que lleva... Dios, yo tengo uno igual, pero en negro. Es de La Perla. ¿Se ponen tangas caros para venir a sudar?

—¿Has visto a la güera de la primera fila? Está doblada en un ángulo de cuarenta y cinco grados. Poquito más pecho y se le parte la columna vertebral.

—¿Y qué me dices de la asiática de la esquina? No para de tocarse el pelo y mirarlo

embobada... —Me muerdo el labio—. No está bien que las acusemos de trepadoras, ¿verdad?

—Yo no he usado esa palabra. Ni siquiera sé qué chingados significa. Si es un sinónimo de guarra, no lo diría en plan despectivo. Las adoro, son una prolongación de mí misma. Me siento muy representada. Yo también me he puesto mi mejor labial para que me vea.

—Genial, entonces soy el único espantapájaros de toda la sala.

Y no lo digo por ese virus contagioso de la falsa modestia. Me he despertado, me he hecho un moño de verdulera de mercadillo en un sábado veraniego y me he plantado unas mallas grises descoloridas. No acostumbro a maquillarme porque lo hago como el culo y siento un extraño aprecio por las camisetas de propaganda, supongo que porque todas pertenecieron a mi madre —ella y sus extrañas colecciones—. Esta en concreto reza: «Electrodomésticos Ramón».

Menos mal que Óscar ni me mira.

Para cuando se sienta en posición de loto y nos anima a hacer lo mismo, han entrado unos cuantos hombres —por la forma en que repasan al monitor, imagino que o gais o simples mortales que lo acaban de ver por primera vez— y una cara conocida.

Susana Márquez, la vecina del 2ºB, nos ubica en medio de la masa de hormonas y se sienta a nuestro lado. Se acomoda la coleta rubia oscura sobre el hombro y nos guiña un ojo color miel.

—¿Qué? —saluda, con una sonrisilla traviesa—. Habéis descubierto ya el monumento madrileño, por lo que veo. Venir a verlo es una gozada.

—¿Tú también estás aquí como espectadora?

—Qué va. Llevo haciendo yoga desde que abrieron el centro. Pero reconozco que con Óscar es más interesante que con Yuan.

Susana tiene un *sugar daddy* que trabaja en política y un hijo que porta el apellido de su madre, por sorprendente que suene. El misterio del padre ha tenido a toda la comunidad en vilo hasta que ha asumido que nunca lo descubrirá. Susana no da pistas ni permite que se metan en su vida. Es de las únicas que participa en las investigaciones fruto del aburrimiento que emprendemos, pero se encarga de que estas nunca la tengan a ella como víctima. Es inteligente y el modelo de mujer de treinta y cinco que tiene un cajón reservado a las cremas anti-edad, conduce un todoterreno con tacones, y a la que, por cierto, le importa un comino lo que piensen de ella.

Si Óscar la tuviera como una imbécil de manual, seguro que no habría derramado unas lagrimitas.

Y eh, que yo las derramé porque me bajó la regla y cuando tengo la Luna en Capricornio me pongo especialmente sensible.

—Hoy tenemos en clase a un par de nuevas alumnas y, como sabéis, cada primera semana del mes empezamos despacio. Os voy a pedir que os sentéis en posición de loto y peguéis la mano derecha al pecho, sobre el corazón. La izquierda al vientre. Empezamos el trabajo de *pranayama*: respiramos en cinco tiempos.

Óscar me pilla mirándolo fijamente y arquea una ceja. «¿A qué esperas?», parece preguntarme. Lo imito con torpeza, sin apartar la vista de sus adeptas. ¿*Pranayama*? Lo único que quieren todas estas mujeres es que las llamen, ir a su casa y quedarse en la cama, *sin pijama, sin pijama*. No soy nadie para juzgarlas porque soy la primera que ha pospuesto sus tareas para echar un ojito al monumento. Lo único que hago es envidiarlas. Si fuera un poco más atrevida, yo también me pondría mi tanga de La Perla, me lo subiría hasta abrirme un agujero en el intestino grueso y me gozaría cada miradita que me echara. Pero como, por desgracia, no tengo ningún carisma, puedo respirar aliviada sabiendo que le importo un carajo.

—¿Siquiera sabes si puedo estar aquí? —le pregunto a Tamara en voz baja.

Ella tiene los ojos cerrados.

—Pagué todo el mes para las dos.

Yo también los cierro. No me va a venir nada mal concentrarme en la respiración para no arrancarle el pelo, pero no puedo parar de pensar en lo guapa que estaría calva.

—Te lo voy a decir para que lo entiendas: *voy a partirte la madre*.

La mujer que reflexiona, medita o babea —o todas a la vez— delante de mí se gira para mandarme callar.

—Qué bueno está el *hijoputa* —suspira Susana unos segundos después. Con ella, como es veterana, no se atreven—. ¿Habéis avanzado algo en vuestra investigación sobre sus preferencias? Estoy ansiosa por conocer el veredicto.

—Esperaba sacar algo más viniendo a observar cómo se desenvuelve en su hábitat natural —contesta Tay—. ¿Sabes si la criatura tiene costumbres de apareamiento con alguna de las presentes?

Susana aguanta una carcajada.

—Que yo sepa no, pero creo que algunas han fantaseado tanto que actúan como si las hubiera visto desnudas. Una cosa sí te digo, y es que es el auténtico rey de la selva.

—Despide demasiada testosterona. Eso atrae a las hembras.

—Seguro que pronto habrá disputa. Las leonas no dejan que otras jueguen con su presa. Son posesivas y territoriales.

Suelto una carcajada sin querer. Resuena por toda la sala, captando la atención del público y del objeto de nuestra obsesión.

—Electrodomésticos Ramón —me llama Óscar—. ¿Te parece muy divertido el ejercicio?

—¿Te acaba de llamar «electrodomésticos Ramón»? —balbucea Susana, a punto de partirse el culo.

Yo niego con la cabeza, con los carrillos llenos de aire, y cierro los ojos para ocultarme de mi vergüenza.

—Quiero que ahora apoyéis las manos sobre el suelo, a la altura de los hombros, y las rodillas

a la altura de las caderas. A cuatro patas.

—Enseguida, mi amor —asiente Susana, en voz baja.

—Eso puedo hacerlo —comenta Tamara—, aunque debes saber que preferiría verte la cara.

Niego con la cabeza y me pongo como manda.

Siempre he sabido que las mujeres pueden ser terribles cuando quieren. Es lógica y está muy bien fundamentada la queja femenina sobre la generalizada cosificación por parte de los hombres, pero en la intimidad, nosotras no nos quedamos cortas. He oído una cantidad de barbaridades sobre Óscar que me han dejado traumatizada. Y es posible que yo también haya pensado cosas peores, lo cual nunca deja de sorprenderme porque, en resumidas cuentas, odio el sexo. Es realmente humillante para mí.

—*Wey*, no cierres los ojos. Tienes que estar buza caperuza —me dice Tamara—. Quiero que las dos os fijéis en él, a ver si le echa el ojo a algún culo. Parece que se levanta.

—¿En serio? —se mete Susana—. ¿Se le ha levantado?

Tamara se ríe por lo bajo.

—Ahora va corrigiendo las posturas —explica—. Es mi parte preferida. Me gusta ver cómo algunas lo hacen mal adrede para que las guíe.

—¿Cómo te puedes poner mal a cuatro patas? —pregunto yo—. Tampoco es muy difícil.

—¿Estás segura de eso? —interviene Óscar en persona. Levanto la barbilla del pecho y veo a tiempo cómo sus piernas me rodean para colocarse a mi costado—. Porque no parece que tengas mucha práctica haciendo esta postura.

Susana abre la boca, dibujando una «o» perfecta.

«No me lo creo», deletrea. «¿Se está metiendo contigo?».

—Tienes que alejar los hombros de las orejas...

Me pone las manos en las cervicales y empuja suavemente. Tiene los dedos fríos. Me gusta la sensación y a la vez se me hace muy incómoda.

—Puedes arquearte más —insiste—. Así...

Coloca la mano sobre mi baja espalda y presiona hacia abajo. Me pongo colorada al darme cuenta de que se ha arrodillado a mi lado. Está tan cerca que, si inspirase hondo, podría reconocer el gel con el que se ducha. Pero no se puede respirar cuando estás conteniendo el aliento. Es un saber popular entre la gente que morirá intimidada por unos ojos verdes.

—Más.

—Pero... pero... ¿Qué quieres? ¿Que ponga el culo en pompa?

—Se trata un poco de eso. —Agacha la cabeza para hablarme cerca—. Si tienes experiencia sexual seguro que puedes hacerlo. Esto se hace de maravilla cuando estás acostumbrado.

Se me desencaja la mandíbula.

¿Me acaba de llamar frígida?

Ladeo la cara en su dirección. No sé qué cara esperaba que tuviese, pero cualquiera habría estado mejor que esa inexpresividad.

—¿Y tú? ¿Estás acostumbrado? —le espeto.

—Llevo tres años siendo profesor de yoga en el centro. Estoy más que acostumbrado.

Qué manera tan elegante de esquivar mi provocación.

—Las piernas más separadas.

Y no espera a que lo haga yo. Desliza las manos por la cara interna de mis muslos, ahora temblorosos. Si pretendo volver a esta clase tendré que conseguirme unos *leggings* con los que no se note tanto el roce de sus dedos.

Me muerdo la lengua y tenso todo el cuerpo para evitar estremecerme.

—Estira los brazos y ahora... respira.

Que respire, dice.

—Respira tú, gay provocador de pobres mujeres hetero —mascullo por lo bajini.

—¿Qué has dicho?

—Que este es un ejercicio muy puñetero.

No aparta las manos enseguida. La mantiene sobre mi espalda o bajo mi vientre dependiendo de la postura que esté haciendo —el gato o la vaca— y yo empiezo a sudar la gota gorda.

¿Qué tengo que hacer para que se largue? ¿Volver a decirle que está fofo servirá?

—Estás muy tensa —me dice—. Deberías hacer esto más a menudo.

—¿Yoga, dices? Claro... Te vendrá de maravilla siendo tú el que cobra lo que yo pague.

—No tiene que ser yoga necesariamente. Cualquier otro tipo de ejercicio serviría. Y yo escogería uno que además de ser bueno para la rigidez, me hiciera pasar un buen rato.

—¿Como por ejemplo?

—Echando de vez en cuando un casquete.

Giro la cabeza de golpe.

—¿Perdón?

Él me mira con inocencia.

—Decía que es muy recomendable echar unas carreras como jinete. Cabalgar desbloquea las caderas.

Por fin se quita del medio y se incorpora para volver a su sitio. Prefiero no pensar en que me acaba de sugerir que tenga sexo para sacarme el palo del culo. Es de esas cosas que a una humilde servidora le molestan. Bastante tengo con que el psicólogo online me mande a hacer *sexting* para reconciliarme con mis fantasías morbosas.

—No te ha tocado las nalgas. —Tamara suena decepcionada.

—A veces lo hace, pero de forma totalmente profesional. No se le pone cara de perro lujurioso ni nada —cuenta Susana—. Es como si fuera inmune a las mujeres. Aquí vienen con perfumes,

escotazos, ombligos perforados, shorts de esos que, cuando se agachan, una sabe si se hacen las ingles a la brasileña o completas... y Óscar no presta la menor atención.

—Chance y le gustan las mujeres sencillas —propone Tamara.

—Eso son tonterías. Hasta al hombre más angelical del mundo se le van los ojos a un buen par de peras —zanja Susana.

—Muy bien. Ahora estirad el brazo derecho hacia delante, alineado con el hombro. Lo mismo con la pierna izquierda. Levantadla doblada e id estirándola hacia atrás. Quiero que os quedéis en esa postura unos segundos. La respiración es muy importante...

—Ojalá me echara su respiración en la cara —lamenta Tamara.

—¿Y si no le gusta nada? —propongo yo—. Todo el mundo babea por él porque es el hombre imposible. Tal vez lo sea de verdad.

—Quién sabe. Yo desde luego no tengo ni idea de nada. Es muy celoso de su vida privada. Todos los viernes desayunamos con él en la cafetería de aquí al lado y estamos horas cascando. Le contamos nuestras historias de divorcios, parejas actuales, problemas en la cama, y nos escucha con paciencia. Después nos aconseja. Pero cuando queremos devolverle el favor, no dice nada. Es como un monje de la sabiduría, o la voz del oráculo que solo te lee el futuro y el pasado pero no tiene opinión ni vida propia.

—¿No sabéis nada de él? —pregunto—. ¿Nada?

—Nada de antiguas relaciones, nada de futuras ambiciones, nada de su familia... Solo sabemos que está soltero.

—Así es imposible averiguar su signo del zodiaco —murmuro—. Y créeme, eso ayudaría mucho para descubrir algunas cosas.

Cambio de pierna para repetir el ejercicio. La estiro tal y como pide Óscar y la sostengo en el aire.

Tal vez debería haber tenido en cuenta que no he hecho deporte en mi vida antes de ponerme a hacer estiramientos, pero para cuando me da un calambre que me estremece entera es demasiado tarde.

Lanzo un alarido y me caigo de lado con la mano sobre el glúteo.

—¿Qué pedo? ¿Eli? —exclama Tamara—. ¿Estás bien...? ¿Qué verga ha ocurrido?

—Me ha... —balbuceo. El dolor punzante me paraliza el cuerpo y me quedo hecha un ovillo de costado—. Creo que me ha dado un tirón, no sé qué...

—¿Qué pasa por allí?

—¡Eli se fregó un músculo!

Bufo sonoramente.

—Pero mira que eres exagerada. ¿Cómo me voy a fregar el...?

Me agarro el cachete hasta clavarme las uñas, pero el agarrotamiento sigue ahí, y el dolor se

extiende por oleadas a lo largo de mis extremidades inferiores.

Óscar llega trotando y se arrodilla para atenderme. Sigo sin saber qué gel usa, pero por lo menos puedo decir que huele de maravilla.

Mi mente genera los pensamientos más extraños en los momentos menos oportunos, porque todo en lo que puedo pensar es en que seguro que se está regodeando al verme sollozando de dolor. «Te lo mereces», seguro que piensa.

No puede ser un desgarró porque, sabiendo lo hipocondríaca y neurótica que soy, seguro que me habría desmayado.

—A ver, tumbate boca abajo. ¿Dónde te duele?

Cierro los ojos y me esfuerzo por tenderme sobre el pecho. Lo que Susana ha dicho hace un rato queda más que demostrado: no siente el menor reparo en tocarle el culo a sus alumnas, pero lo hace como un fisioterapeuta, hundiendo el pulgar para sentir la tensión del músculo.

Suelto un pequeño gritito cuando toca el punto problemático.

—Te ha dado un calambre —explica—. No es nada serio, pero será mejor que te lo manipulen cuanto antes. Ven conmigo... ¿Puedes caminar?

Le lanzo una mirada que deja muy claro que voy a necesitar un remolque. Él demuestra comprender el lenguaje no verbal y no insiste. Sin preguntar ni decir nada más que va a pausar la clase unos minutos para llevarme a otra parte, se agacha y me coge en brazos. Mi cerebro vuelve a reproducir la preocupación equivocada: ¿pesaré mucho? ¿Pensará que estoy gorda? ¿Y si le digo que no estoy gorda, que solo me pesan los huesos o soy ancha de caderas?

Joder, peso cincuenta kilos midiendo un metro setenta y dos, seguro que no le molesto tanto. Aunque me odia. Me odia y tiene que cargarme como a la novia en la noche de bodas.

—Esto no lo ponía en mi horóscopo de hoy —mascullo entre gimoteos. Él me mira con curiosidad.

—¿Crees en el horóscopo?

—¿Tú no?

—No.

—Típico de un libra, siempre tan concienzudos, racionales y calculadores...

—No soy libra.

Pestaño, incrédula.

—Claro que eres Libra. No puedes ser ningún otro signo. Y yo nunca me equivoco.

—Te doy otros dos intentos —responde sin mirarme.

—Eres Libra —insisto—. Equilibrado, reflexivo, entregado a las labores, pragmático...

—Qué curioso que me tengas tan calado sin tener ni idea de quién soy. Te queda un intento.

—Eh... —baluceo. ¿Será posible? Jamás me he equivocado asociando un signo a alguien, incluso si no conozco a la persona. Descubrí el del ex novio de Tamara habiendo hablado con él

un par de veces, y el de la actual pareja de Matty sin haber tenido ni una conversación con él—. ¿Sagitario? Si no eres libra tienes que ser sagitario. Inteligente, informado, un poco friki, bueno con los niños, paciente y educado... Me apuesto lo que sea a que eres Sagitario.

—Concreta más esa apuesta. Me gustaría saber lo que puedo ganar. Y... ¿Friki? ¿Por qué?

—No es nada negativo. Todos somos frikis de algo. Tú lo eres del yoga, y yo supongo que del horóscopo, el buen vino y las novelas de Virtudes Navas.

—Es una escritora con mucho talento —comenta—. Mi favorita es *El azul de tus ojos*, aunque *Triana* la sigue muy de cerca.

Casi me da un tic en el ojo. Si Edu estuviera aquí, habría pegado un grito de emoción genuina y habría lanzado a la chimenea las carpetas en las que guarda los detalles de su investigación confidencial.

Le gusta la novela romántica. Ya no hay nada que podamos hacer.

En otro orden de cosas, no tengo la menor idea de a dónde nos dirigimos, pero sé que hemos llegado a nuestro destino cuando entra en una habitación pequeña y me deja sobre una camilla.

Es difícil que se te olvide el dolor intenso de un calambre, pero estoy muy cerca de hacerlo.

—Mi preferida es *Amar de nuevo*.

Él hace una mueca y me ordena dar la vuelta.

—No me parece muy creíble. La protagonista merecía algo más que un hombre incapaz de olvidar a su ex.

—Al final la olvidó.

—No estoy de acuerdo. Quizá Olivia sí olvida a Guillermo en *Si tú me quisieras*, pero el viudo de *Amar de nuevo*, aunque consigue ser feliz otra vez, no se saca de la cabeza a su ex mujer.

—Solo podrías haber llegado a esa conclusión si fueras Sagitario —insisto. «Y gay». Pero eso me lo reservo, y en lugar de hablar, me revuelvo para intentar calmar el dolor muscular.

—Te has vuelto a equivocar, brujilla. Nací el diecinueve de enero a las 23:59 exactas.

—¿Qué? —espeto—. ¿Cómo vas a ser tú Capricornio? No te pega nada.

En general aguanto de maravilla el dolor, pero creo que si me hago la víctima me verá más como una humana y menos como un monstruo de tres cabezas.

Así que aprovecho el breve silencio para quejarme un poco.

—¿Por qué no voy a ser Capricornio?

—Pues porque...

¿Por qué no iba a ser Capricornio? Ahora que lo pienso, parece ambicioso. Tiene dos trabajos y es muy cumplidor. No le importa asumir responsabilidades de otros: nos arregló la caldera gratis y ayudó a Edu con un problemilla de tuberías que hubo en la peluquería. Además, hay que ser metódico para cumplir tus rutinas a rajatabla. Es serio a su manera, pero no autoritario, y

parece estable.

—Capricornio —murmuro—. Es verdad. Aunque si hubieras nacido en Zimbabue o en Zambia serías Acuario, y eso sí te pega más.

—¿Y eso por qué?

Las palabras mueren en mis labios cuando noto que me baja las mallas.

Al sentir el aire del ambiente en la piel desnuda, todo el vello se me pone de punta. Mi primer impulso es levantar la cabeza y preguntarle qué (coño) está haciendo, pero prefiero que no se dé cuenta de que ahora tengo la cara del color de la grana.

Pego el mentón a la camilla y cierro los ojos con fuerza.

—¿Se puede saber qué...?

—Tengo que masajearte la zona.

—¿Y para eso tienes que...? ¿Q-quitarme...?

Me está viendo el tanga. Y no es de La Perla. Es de Mercerías Paquita y tiene más años que el sol.

—Sabrás que los masajes se hacen sin ropa, ¿no?

—Pues venga, ¿a qué esperas para quitarme también el sujetador?

—A que me lo pida.

Pestaño una vez.

—¿Qué has dicho?

—Que espero a que sea necesario para salvar tu vida —resuelve con naturalidad—. Si te sientes incómoda conmigo, puedo llamar a una mujer, pero me parecería de muy mala educación interrumpir la clase de Yuin para que haga algo de lo que me puedo encargar yo. Te aseguro que no soy ninguna amenaza para ti.

Oír eso me alegra, sobre todo porque suena sincero. Y al mismo tiempo, algo hace clic en mi cabeza.

«Te aseguro que no soy ninguna amenaza para ti».

¿Qué significa eso? ¿Que no le van las tías y por eso no se le ocurriría abusar del poder temporal que le estoy cediendo sobre mi cuerpo... o que yo, en concreto, soy tan poco atractiva para él que nunca se tiraría sobre mí?

—Procede —mascullo con voz estrangulada. Pego un grito cuando toca por primera vez. Para evitar reventarle los tímpanos y dejarme más en ridículo, me muerdo la mano—. Lo siento, en general no soy tan ruidosa.

—Qué pena —me parece que dice.

—¿Cómo?

—Que no te preocupes, es normal que duela. Te he traído aquí para que pudieras gritar todo lo que quieras, además de por evitarles el espectáculo a las alumnas.

—Sí, ahora que lo pienso eso ha sido lo mejor. No habría soportado que me odiara toda una escolanía de mujeres enamoradas por haber tenido la gran suerte de sufrir un calambre delante de ti. ¿Te has dado cuenta de que todas te idolatran? ¿De que la mayoría viene porque eres tú quien da la clase...? —«Estás volviendo a hablar demasiado, Eli»—. Yo me sentiría un poco expuesta. E incómoda. Tanta atención sobre mí...

—Uno se acaba acostumbrando. No es agradable, pero tampoco puedo hacer nada para evitarlo. Salir a la calle con una bolsa en la cabeza me parece una medida algo extrema.

—Siempre puedes ponerte un traje de buzo, un casco de astronauta o un pasamontañas — desvarío.

Él medio sonrío.

—Soy el primero que quiere tratar de normalizar lo de ser atractivo. Si yo mismo actúo como si fuera una tortura, nunca dejaré de perseguirme.

Con curiosidad por el comentario, lo miro de reajo.

Está concentrado... *con mi culo*.

Si me hubieran dicho hace unas semanas que me encontraría en esta situación, no me lo habría creído. Puedo culpar de nuevo a Tamara si me apetece, y desde luego que me apetece. Para mí es muy violento tener a un hombre encima de mí, aunque me esté «manipulando el glúteo» en lugar de «sobando la nalga». Al final, las líneas que separan una cosa de otra son muy finas. Pero debo admitir que el masaje está sirviendo, él huele extremadamente bien y suena una canción que me gusta mucho en la radio de la sala.

—¿No te gusta recibir atención femenina? Debes ser el único hombre heterosexual sobre la faz terrestre al que le molesta.

«Ahora desmiente que eres heterosexual. Es tu momento».

—A veces preferiría pasar desapercibido. Mi físico es algo que me ha traído muchos problemas en demasiadas ocasiones, incluso cuando no debería haberlos tenido. Si a eso añades que me gusta el flirteo inofensivo...

—¿Parejas celosas? —se me ocurre. Enseguida me arrepiento—. Lo siento mucho. No quiero ser una cotilla. Creo que ya tienes suficiente con Tamara y Edu, y también con todo ese club de admiradoras.

Él medio sonrío de nuevo sin apartar la vista de su tarea.

El músculo se va soltando poco a poco.

—Uno sabe cuándo quieren conocerlo porque de veras lo encuentran interesante, y cuándo el motivo es meterse en su cama. Seguro que tú, como mujer, también distingues rápido a los hombres según sus propósitos.

—Claro. Pero si los divido entre los que se acercan para manosearme y los que se acercan buscando mi amistad, solo puedo diferenciar entre gays y todos los demás.

No puedo evitar que se me escape una nota de amargura, y en realidad no tiene mucho sentido porque nunca he sido el tipo de mujer arrebatadora y bomba sexual a la que pretenden usar y luego tirar. Los hombres apenas se fijan en mí cuando voy al lado de Tamara, pero sí es verdad que, los que lo hacen, me encuentran aburrida y guapa: perfecta para un polvo y pasar a otra cosa. Y yo soy incapaz de darles solo eso por una serie de motivos que no me gusta discutir.

Cuando me doy cuenta de que he dicho eso en voz alta, es tarde para echarse atrás. Óscar me ha escuchado y ha detenido el masaje un momento para dedicarme una mirada insondable.

No sabría decir qué pasa por su cabeza, pero se está bien en la ignorancia. Mi madre decía que ese es uno de mis grandes defectos: que prefiero hacerme la tonta para no tener que afrontar ciertas situaciones, ahorrándome así determinados problemas. Ella lo llamaba cobardía. Yo prefiero denominarlo «prudencia».

—A veces los hombres dejan mucho que desear —resume.

—Lo dices por experiencia, ¿no?

—Lamentablemente sí.

«Gay», concluyo.

Es evidente que, si no le han roto el corazón, al menos lo han defraudado. Igual que a mí. Raro. Siempre he pensado que los gais no son tan insensibles con sus parejas como los heterosexuales... pero imagino que ese es otro estereotipo más.

En cuanto Óscar retira las manos de mi glúteo, me subo las mallas a toda prisa y me incorporo.

Es increíble cómo ha desaparecido el dolor tan rápido; casi tan rápido como el recelo en sus ojos. Al mirarlo a la cara, sé que su opinión sobre mí ha vuelto a dar una inesperada vuelta. Debe pensar que sufro algún tipo de bipolaridad, y no voy a ser yo la que lo descarte. La verdad es mucho peor que ninguna conclusión que saque sobre mí, incluso si esta tiene tintes de trastorno psiquiátrico.

Carraspeo.

—Bueno... si te consideras Acuario, a pesar de haber nacido un minuto antes de tiempo, que sepas que tu horóscopo dice que debes evitar que la negatividad te aleje de tus metas... y que no tienes que regodearte en lo que dijiste en un calentón. Ah... y si afinas tu intuición, encontrarás soluciones a ese problema que tienes.

Él ladea la cabeza. No se mueve. Está delante de mí, de pie; sus caderas rozan mis rodillas separadas.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque yo soy Acuario y leo mi futuro a diario.

—¿Y tienen los astros alguna pista sobre cómo tratar con la gente de este signo? —Apoya la mano en el borde de la camilla, acorralándome a medias. Casi pega la mejilla al hombro—. Una persona en concreto se me está resistiendo.

Trago saliva.

No tiene por qué referirse a mí. ¿Por qué iba a hacerlo?

—Ser educado nunca está de más.

—Eso ya lo soy.

—En general... los acuarianos solo son ellos mismos cuando tienen una relación amistosa más o menos estable con otra persona. Necesitan confianza y buena comunicación.

—Creo que puedo hacer eso —comenta. El desenfado de su tono apenas tiene nada que ver con su mirada fija. Tiene las pupilas tan dilatadas que han engullido el verde de sus ojos casi al completo—, ser un buen confidente, me refiero. Pero para eso alguien tendría que querer contarme sus secretos. Y eso ya no depende de mí.

—Ya... —murmuro—. Es verdad.

Óscar levanta la mano y me da un ligero pellizco en la mejilla. Enseguida entiendo por qué: entre su dedo índice y pulgar hay atrapada una pestaña oscura.

—Tu deseo.

—¿Qué?

—Se te ha caído una pestaña. Puedes pedir un deseo.

El estómago se me encoge mientras decido si voy a cogerla. Mis manos no le responden, y la pestaña se la queda Óscar.

Cierro los ojos un momento para darme un pequeño respiro y pensar en algo que desee. Algo que sea posible. Al abrirlos de nuevo estaba segura de lo que iba a pedir, pero encontrarme con la mirada de Óscar lo trastoca por completo.

No sé qué decir. No recuerdo ni cómo se habla, pero me duele la garganta reseca y noto que el sudor se me acumula en la nuca.

—No tengo ningún deseo —balbuceo.

—Eso es imposible.

—Ninguno que quiera compartir en voz alta.

—No tendrías por qué hacerlo; dicen que, si lo haces, no se cumplen... —Entrecierra los ojos—, aunque a veces los deseos dependen de otros y decírselo a ellos podría ayudar más.

—Confío más en la suerte y el destino que en la gente.

Él me dirige una mirada apreciativa.

Confieso que esa es una de las cosas que me gustan de él. No he dicho más que estupideces, y aun así, siempre atiende a todo lo que quiera expresar con el mismo respeto que si estuviera en una conferencia TED. Eso es novedoso para mí, y también la principal causa de mi histeria.

—Me he podido dar cuenta de eso. Si no quieres pedir nada... no te importará que lo aproveche yo.

Sacudo la cabeza y observo, ensimismada, que sonrío de lado después de pensar algo para sí.

Luego sopla, y la pestaña cae en algún punto entre los dos.

Su aliento me acaricia las mejillas un segundo.

—¿Qué era? —pregunto, sin poder resistirlo.

Él se retira y me hace un gesto para que salgamos de la salita. Antes de darse la vuelta y sonreír de forma enigmática, promete:

—Algún día te lo diré.

Capítulo 5

El amor está en el aire, y el aire, intoxicado

En general no tengo deseos. Cuando me preguntan por ellos, acostumbro a replicar que «hago planes». Eli me describió bien con ese popurrí de signos zodiacales que intentó adjudicarme; soy muy concienzudo, racional y calculador. Si acaso habría añadido «controlador» y, en ocasiones, un poco hijo de puta. Pero como no se puede planificar todo eso de acostarte con alguien, aceptaré que, en este caso, *deseo* follarme a mi vecina con cada fibra que compone mi organismo.

Volviendo a mi carácter según la astrología, puedo decir que mi obsesión con verificarlo todo para no estar nunca en situación de inferioridad no suele afectar a los demás; esto del control no significa que ande mirándole el móvil a nadie en cuanto se descuida, más que nada porque odiaría hacerle a alguien lo que yo mismo solía sufrir. Pero es verdad que la vena cabrona me estalla cuando tengo a ciertos individuos en el radar, y con «ciertos individuos» me refiero a los vecinos que están ansiosos por averiguar si me gusta la carne de burro. Puede que mi primer deseo desde que me mudé al edificio sea un poco de paz y armonía entre tanto interrogatorio.

Aunque una parte de mí se regocija entre tanta curiosidad, la otra está ansiosa porque se busquen un hobby. Que no se me malinterprete: no hay uno solo que me caiga mal, y si no les paro los pies es porque, en cierto modo, me divierto atendiendo a los macabros planes que se inventan. El «yo nunca he» que Tamara y Eduardo improvisaron en mi salón puso a prueba mi dominio sobre la risa irreverente, y eso de venir a verme hacer yoga para ver si manoseo a mis alumnas, aunque me ofendió —¿por quién coño me toman? ¿Y en qué piensan ellas, queriendo que las manosee un profesor?—, también pone a prueba mi paciencia, una virtud que nunca está de más cultivar. No obstante, uno acaba cansándose de salir a tender y escuchar historias como:

—Tiene los sobacos depilados. Con cera —recalcó Susana, la treintañera del segundo, una mañana aleatoria—. Un heterosexual no se aplica esa arma de tortura mortal en las axilas a no ser que le digan que no hay huevos.

O como...

—El otro día me corrigió el maquillaje —contaba Tamara—. Me había agarrado un aguacero y me paró en medio del portal *pa* decirme que tenía el rímel corrido. Al chile, un hombre que no sea gay considera la máscara de pestañas una especie de sustancia corrosiva; si fuera hetero, me

habría mirado mal. Como si fuera un mugre payaso.

No veo a Tamara como una de esas personas que han protagonizado tantas pésimas experiencias que tienden a pensar mal de los demás, pero imagino que hay gente que, sin antecedentes, demuestra una gran dificultad para entender que a algunos nos educaron en valores. Me gusta ser amable con aquellos que me rodean, y no porque vaya a pedirles un favor, como seguramente diría Eli —dado que parece dispuesta a pensar lo peor de mí—, sino porque es algo que llevo haciendo desde que nací.

Si veo que una mujer está a punto de acudir a un cóctel de lujo en el que pretende servir canapés con el maquillaje emborronado, creo que sería un hijo de puta si no le pidiera que se detuviese un momento. Y a ver quién le explica a la gente que el vello corporal te frena al nadar y se me quedó la costumbre de depilarme de cuando competía en la universidad con otros nadadores de alto rendimiento. No creo que cuestionen tanto a Michael Phelps, pero será solo porque no les pilla tan cerca.

Si algo tengo claro es que yo no soy especial para ellos, únicamente les ofrezco un entretenimiento diferente al habitual. Soy como un sudoku, un crucigrama de los difíciles o uno de esos acertijos del profesor Layton.

Con la diferencia de que estoy bueno. *Supongo.*

—¿En serio? —se burla mi hermana al teléfono. Me había prometido que hablaríamos solo veinte minutos, pero ha pasado una hora describiendo un vestido de novia y otra hablando de sus vacaciones—. ¿Eso dicen de ti? Los pobres deben estar pasándolo fatal. ¿Por qué no les cuentas la verdad?

—Porque nada de lo que dicen me parece ofensivo, y si en algún momento lo es, tengo claro que quien esté dispuesto a pensar lo peor de mí no se merece que me moleste en defenderme. ¿No te parece?

—Sí que me parece, pero también me parece muy incómodo tener que vivir en un sitio donde todo el mundo te ve como un... experimento social. Eres su ratita de laboratorio.

—Por el momento no llega a tanto, y la verdad es que no me importa. Se divierten, a mí me da igual, y si veo que se pasan de la raya, juego un poco con ellos y ya siento que nuestra relación se ha equilibrado. Sabes que me gusta tener la sartén por el mango.

—¿Juegas con ellos? ¿En qué sentido?

Apoyo el móvil entre la oreja y el hombro para dejar las manos libres. Aún tengo algunas cajas por desembalar, lo que es curioso porque me traje de Mallorca unas cuatro o cinco y llevo aquí un mes y pico. No sé si los Capricornios son un puto desastre, pero desde luego yo lo soy.

—Me regocijo pensando en las horas que pasarán intentando descifrar qué significó cierto comentario mío, o que cogiera de la cintura a una mujer para darle dos besos, o que alabara el nuevo corte de pelo de un hombre.

—¿Qué malo eres! ¿Es que quieres volverlos locos?

—Solo hago tiempo mientras se cansan. Porque se cansarán, ¿no?

Es una pregunta retórica; no espero que mi hermana Eulalia, que actualmente se encuentra en la isla de Menorca organizando una de sus esplendorosas y mágicas bodas, resuelva el problema menos significativo —aunque más notable— de mi vida sin siquiera haber conocido a los vecinos.

Estoy convencido de que no lo hará. Ni siquiera viajará a la península. Es isleña hasta la médula y también de esas personas que se explotan laboralmente hablando. No solo porque sea autónoma y trabajar por tu cuenta signifique no tener tiempo libre, sino porque adora lo que hace. Ha sido así desde que era una cría; se traga sin rechistar todos los programas románticos que encuentra —*Mujeres y hombres y viceversa*, *Quién quiere casarse con mi hijo*—: esa «basura absorbe-vidas», como llama mi otra hermana Allegra a lo que carece de interés intelectual. Eulalia se fuma los que van desde «encontrar el vestido perfecto» hasta «la casa ideal», pasando por esos en los que se juntan unos exnovios en la misma casa y los graban durante veinticuatro horas por si acaso quisieran echar un casquete.

Ella poniendo el grito en el cielo al hablar de experimentos sociales cuando se lo pasa bomba viendo *Gran Hermano*. Es de risa.

—Pues claro que se cansarán. Pero hoy no es el día, ¿verdad?

—Hoy en concreto no. Me espera un grupo de entrometidos en el 4ºB, aunque esta vez guardo la esperanza de pasar algo más desapercibido. Se supone que se reúne el club de lectura romántica. No entendería cómo podría un hombre robarle el protagonismo a un libro.

—Te invitan para psicoanalizarte —apunta.

—Creo que en el fondo también valoran mi presencia.

—Solo como animal mitológico. ¿Dónde se ha visto un hombre que disfrute jugando al *FIFA* y adore a los bebés al mismo tiempo? Me puedo imaginar lo que puede pasar por las mentes de esos vecinos.

—Claro que te lo imaginas; es lo que lleva pasando por la mente de todas tus amigas desde que tengo uso de razón.

Supongo que ahí reside el quid de la cuestión. Estoy acostumbrado a ser una celebridad casi a nivel cósmico por mis características hermafroditas. Creo que incluso llegaron a apodarme de esa manera en el club de natación, porque llevaba slips estampados por gusto personal pero no hacía gestos amanerados al hablar.

Reconozco que crecer así no fue muy fácil. Cuando eres un crío y se ríen de ti por jugar con muñecas o llevar pantalones heredados de tus hermanas mayores, no tienes la suficiente madurez para enfrentar el problema desde la perspectiva más obvia: no hay absolutamente nada de malo en cómo eres. Pero tuve la suerte de contar con unos padres, unos abuelos y, en general, una familia estupenda, que me quitó de la cabeza bien rápido todos los prejuicios que por tantos años

insistieron en usar contra mí como arma arrojadiza.

Sé de gente a la que, frente al *bullying*, no le ha servido adoptar una actitud pasiva. Yo, de nuevo, fui afortunado. A veces, solo a veces, la mejor forma de evitar choques con tus compañeros de clase más obtusos, es demostrando que te importa un carajo. En mi caso no era una indiferencia fingida o forzada, era tan real que supongo que acabé despertando su curiosidad. Nada sorprende tanto a la gente como percibir que eres feliz y las tonterías ajenas te la resbalaban.

Al final comprendí que era simple envidia. No todo el mundo tiene tablas para juntarse con niños y niñas indiscriminadamente; para encajar y compartir los gustos de todos. Por supuesto, siempre hubo niñatos que me miraron por encima del hombro, como si tuvieras que limitarte a encajar en un grupo. En el instituto, en la universidad, e incluso en mi actual vida diaria. Quizá por eso me caen tan bien los vecinos, porque lo suyo es mera curiosidad; una competición que se distancia de mi persona para convertirse en un análisis científico de aspectos sociales que, por lo general, se asocian a un sexo u otro. Estoy agradecido en cierto modo porque se tomen la molestia de indagar, de discutir sobre un tema tan importante; me gusta escucharlos desmontar sus propios argumentos, saber que aunque algo es para mujeres casi por definición, debería dejar de denominarse exclusivamente femenino. Es una señal de madurez, y todo ejercicio de reflexión que rompa con los prejuicios habituales me parece fantástico. Puedo decir que hasta me alegro de servir de inspiración para que se planteen cuestiones que, convertidas en unos principios tolerantes, podrán evitar que muchos niños sufran en el futuro el desconocimiento y tradicionalismo de sus mayores.

—Si te sirve de consuelo, no saber qué eres ni a dónde vas no evitó que mis amigas se enamoraran de ti —me dice Eulalia con suavidad.

Una sonrisa amarga se dibuja en mis labios.

Qué me va a contar.

Esa es otra de las cosas con las que, con el tiempo, he aprendido a sentirme cómodo: el fanatismo femenino que me persigue allá donde vaya. Tenía un Instagram dedicado a la salud, el mantenimiento del físico y el cuidado de la mente, y tuve que cerrármelo porque las mujeres me seguían para ver cómo hacía mis estiramientos y luego adjuntar el comentario inapropiado de turno. Algunas me pasaban sus teléfonos.

No exagero cuando digo que he sido perseguido.

Como es natural, jamás he sentido miedo, y de hecho estoy aprendiendo a regodearme como no podía cuando tenía pareja; típico pánico a que se lo tomara de mala manera. Pero como hombre que le da gran valor a su intimidad y quiere moverse con libertad por el mundo, y también con la confianza de que una mujer no se le acercará únicamente para echar un polvo, uno acaba hasta los mismísimos cojones.

Esa es mi vida. Un balance entre lo que me molesta y he de tolerar porque no me queda otro

remedio.

—¿Me lo dices, o me lo cuentas? —suspiro—. Tengo que dejarte. Me espera la relectura de *Pasión a medianoche*.

—¡Adoro *Pasión a medianoche*! ¿Sabes que hace poco organicé una boda con la temática de esa saga? Cada dama de honor representaba un momento del día; el atardecer, el anochecer, la media mañana... La novia llevaba un vestido precioso.

—Dices eso de todas las novias, Lali.

—Porque todas las novias van guapísimas. No hay nadie a quien no le siente bien el amor.

Eso es discutible, y no tengo ningún problema en iniciar una discusión con mi hermana; con Allegra y Violeta siempre me ha costado más intimar, por eso de que tienen personalidades muy distintas a la mía, pero con Lali y Caliope puedo hablar de cualquier cosa salvo de *ese* tema tabú. Ese que es su favorito.

Hace un tiempo desde que es mejor no provocar a Óscar para que opine sobre el amor, especialmente porque, si el amor estuviera presente, se sentiría muy ofendido por las barbaridades que me oiría decir. Y si es cierto que está en el aire, como canta Lágrimas de Sangre en *La gente* y como Lali afirma una y otra vez —no me extrañaría que tuviera un rociador y fuera de isla en isla contaminando más nuestro oxígeno con sus irreales expectativas amorosas—, no me conviene cabrearlo conmigo más de lo que ya lo está.

Me despido de ella, como todos los viernes a las cuatro y media —sin falta—, y me echo una chaqueta por encima para tocar al 4ºB. Ya desde el rellano, y por culpa del horrible eco que rebota en las paredes del edificio, se oye el barullo al otro lado de la puerta.

Por lo que sé, el club de lectura romántica fue una iniciativa que surgió cuando Virtudes Navas, afamada escritora autopublicada en el gigante Amazon y ahora casi autora predilecta de la editorial Aurora, empezó a inspirarse en los habitantes del edificio para crear a los protagonistas de sus novelas. Conforme he ido conociendo a los inquilinos he podido hacer las comparaciones, y no me cabe ninguna duda de quién es quién. Y no afirmaré ni desmentiré que le echara un ojo por encima a mi colección de historias de amor para averiguar qué novela protagonizaba Eli.

No he encontrado ninguna que la describa.

Por ahora.

Es ella la que me abre, y la que se arrepiente de hacerlo casi de inmediato. Me he acostumbrado a que se ponga los hombros como pendientes y haga ademán de retroceder —además de ruborizarse furiosamente— cada vez que tropieza conmigo. Al principio me parecía adorable, luego me desconcertó y, ahora, la verdad, no tengo ni puta idea de qué pensar.

—Has venido —balbucea—. Pensaba que ibas a rechazar la invitación.

—¿Por qué? Creo que ya sabías que soy un gran fan de este estilo literario.

Respuesta real: *le habría gustado que rechazara la invitación.*

He lidiado con todo tipo de hombres y mujeres a lo largo de mi vida. He viajado muchísimo, he vivido en distintas ciudades de la península y de mis islas de origen, y sí, me he topado con mucha gente tímida... pero nunca había dado con alguien tan determinado a esconderlo. Me conozco a las que se ponen a la defensiva cuando les gustas, pero Eli no hace eso. Eli me tiene miedo y me da la sensación de que quiere ignorarlo aun cuando tiene que vivir con ello, algo que me parece imprudente y muy curioso. Yo, gracias al cielo, pude intuir algo durante nuestra conversación en el centro deportivo. Lo suficiente para darme en retirada antes de mover ficha erróneamente.

Eli me quiere follar tanto como yo a ella, pero algo la aterroriza. Y por eso mi deliciosa vecina es un deseo en lugar de uno de mis planes.

—B-bueno... Pasa.

Se retira para que pueda ver el sarao que han montado. Una mesa repleta de comida hipercalórica que mataría de diabetes a un elefante, todas las bebidas con gas imaginables y una fuente casi obscena de nachos con las respectivas salsas clásicas: guacamole y queso fundido. Sentados en un corro, y dando buena cuenta de la comida, hay siete personas que ya conozco, todas ellas habitantes del edificio. Susana, una de las alumnas estrella de mi clase de yoga de los lunes y miércoles; Anita, la adorable venezolana que trabaja en la peluquería de Edu; Tamara — ay, Tamara...—; Edu —no veas con Edu...—; Virtudes Navas, la sesentona que se dedica a la escritura, Daniel, su querido nieto, y una mujer que me suena haber visto, aunque no conozco personalmente. Creo que se trata de la hermana del tipo que vive con su novia en el ático. Se supone que lo está «cuidando» mientras ellos disfrutan de un retiro romántico en Estados Unidos.

Hay que contar a Eli, que se esconde en la cocina con la obvia intención de huir de mí.

—...hablando con una de mis clientas, una señorona que se proclama fan número uno de Corín Tellado, y me recomendó que leyéramos *Oscuro presagio* —dice Edu.

—Esa yo me la chuté —dice Tamara.

—¿De qué va? —pregunta Anita.

Eli aparece con una botella de agua a temperatura ambiente y una pinza para el pelo en la mano.

—De un tío que usa su trauma infantil para autorizarse a vejar a la protagonista durante toda la historia —responde con tranquilidad—. Creo que lo único que no hace es pegarle. Cuando lo acabas, sientes que tienes que dar las gracias. Incluso te quedas un poco desconcertado, ¿sabes? Preguntándote por qué no lo habrá hecho, si era obvio que se moría por un poco de acción salvaje.

—Descartado —declara Anita. Después se gira hacia mí y me da la bienvenida con una sonrisa—. Hola, mi amor. Siéntate, hemos dejado un sitio aquí para ti.

—¿Qué me dices! —exclama Edu, ofendido—. ¿Maltrata a la protagonista?

—Lo típico. No te pongas eso, que pareces una furcia; ese tío te ha mirado, así que te voy a

hacer sentir mal por ser guapa y atraer a los hombres; soy tan masculino y sexual que debo follarte en público, aunque me hayas pedido que no lo haga... —Mueve la mano y se sienta. Cruza las rodillas y coloca la botella entre las piernas.

—No me puedo creer que la Úrsula, con lo moderna que es, ande leyendo esas cosas. El otro día me dijo que se quería teñir el pelo de azul y se fue a su casa que parecía Marge Simpson. ¿Y me sale con estas? Qué decepción.

—No es culpa suya —interviene la mujer, que creo que se llamaba... ¿Alicia? No, es un nombre inglés. ¿Alice? ¿Alison? La he tratado poco y es una de esas personas con un aire interesante; quizá sea por las gafas, la sencillez con la que viste o lo relajada que se la ve al hablar, como si estuviera segura de que van a escucharla porque lo que dice es importante—. ¿Qué edad tiene la señora? ¿Sesenta? ¿Setenta? No se le puede pedir a una mujer que nació en los años de la posguerra y vivió la represión que cambie sus enfoques. Hay quienes tienen mayor predisposición a adaptarse al avance de la juventud, pero la mayoría no lo comprende y hay que ser permisivo. Esa gente no es machista, está anticuada; son dos cosas muy diferentes. No se dan cuenta de lo que defienden porque no les permitieron desarrollar un espíritu crítico.

—Pues le voy a decir unas cuantas cosas cuando vuelva a verla.

Alison se da cuenta de que la estoy mirando y arquea una ceja en mi dirección. Yo sonrío.

—¿Psicóloga?

Ella asiente.

—Sexóloga. No me gusta la novela romántica, pero me lo paso bien diseccionando el significado de ciertas frases o situaciones durante la novela.

—Yo vengo por la comida —admite Daniel.

Alison se inclina hacia delante y me tiende la mano con una profesionalidad que me deja pasmado; por el acento ya me imaginaba que es americana, pero me queda claro cuando se presenta.

—Alison Bale, creo que no habíamos coincidido antes.

—Óscar.

Estrecho su mano y vuelvo a mi sitio. Por el rabillo del ojo percibo que Tamara está muy pendiente de nuestra interacción, al igual que Eli, aunque de un modo distinto. Se me pasa por la cabeza que hayan invitado a la psicoterapeuta para estudiar mi comportamiento, pero me gustaría seguir pensando lo mejor de mis vecinos. Además, Alison no parece manipulable ni tan aburrida como para meterse en mis asuntos.

—Yo intento evitar esas cosas al escribir —admite Virtudes, que hasta hace poco también tenía el pelo azul, y ahora se lo ha puesto verde—, pero es cierto que tiendo a crear personajes dominantes, oscuros, traumatizados y... en fin. Machos. Muy machos. En el peor sentido de la palabra. Leer la revista de la que os he hablado me está ayudando a acabar con eso, e incluso me

han ofrecido publicar algo.

—¿De qué va la revista? —pregunto.

—*Todas Somos Una* —dice—. De concienciación feminista. He pausado la novela que estoy escribiendo porque me apetece hablar de asuntos revolucionarios. Mi tema seleccionado es «los roles de género».

—¿Y eso qué es? —pregunta Anita, curiosa.

Abro la boca para explicarlo, pero Alison se me adelanta mientras hojea la novela.

—Conductas y normas sociales que se asocian generalmente a un género o a otro, y que tienen una concepción machista.

—Por ejemplo, la mujer ha de ser delicada, bonita y femenina mientras el hombre tiene la obligación de ser rudo, dominante y traer el pan a la casa —continúa Eli—. Afecta a ambas partes porque cada lista de adjetivos está en un lado del espectro.

—Si un hombre cruza esa gruesa línea y se comporta como una mujer, es repudiado, y viceversa —concluye Virtudes.

—Sobre esto, y si te sirve de algo —agrega Eli, mirando a la escritora con una sonrisa humilde—, tus mejores protagonistas son los tímidos y caballerosos. Por lo menos para mí.

Pestaño una sola vez gratamente sorprendido.

No es que pensara que Eli es una cara bonita con la cabeza llena de serrín. Me ha dado motivos de sobra para que lo crea, eso es innegable, pero ya sea porque soy demasiado tozudo para pensar lo peor de los demás o porque en el fondo no me transmite nada negativo, siempre he tenido la sensación de que es alguien muy interesante. Me parece una caja de sorpresas. Nunca sabes por dónde te va a salir ni con qué tipo de timidez vas a tener que vértelas según con qué pie se levante.

—¿Tú qué opinas sobre eso, Óscar? —me pregunta Edu.

—Me parece que todo lo que tenga de lastre una visión anticuada e imponga a la gente cómo debe ser, comportarse o sentirse, tendría que arrancarse de raíz.

Edu levanta la mano.

—*Can I get an amen?*

Tamara bufá.

—He venido a leer qué chingados pasa con Gabriel y Rosa, no a tener una discusión política. Ya nomás falta que os pongáis a hablar de revoluciones marxistas.

»Antes de que se claven en un debate sobre esto, ¿podemos empezar? Espero que no te moleste, Óscar, pero estamos acabando esta novela. El próximo día ya empezaremos una nueva. Incluso podrías sugerir la siguiente, ¿te late?

—¿Por qué no?

—Eli es la verga contando historias —explica Tamara, con una sonrisa insinuante—. Siempre

es la que se encarga de leer. Te vas a ir de espaldas con ella.

Le lanzo una mirada a sabiendas de que la voy a poner nerviosa. Tal y como esperaba, Eli se revuelve en el asiento.

—Estoy seguro —confirmo. Ella no dice nada, solo prueba a sonreír entre agradecida y contrariada.

—Te hago un resumen de la historia para que no te pierdas —dice Eli—. Gabriel se casó antes de empezar la universidad con una amiga de la infancia. La perdió en un terrible accidente y debe reponerse. Rosa, por otro lado, tiene problemas para acostarse con los hombres por una humillación que sufrió en el pasado; además, es muy tímida y, aunque le gustaba Gabriel en secreto... Bueno, no se atrevía a dar el paso. Ahora están juntos.

El corazón se me acelera de la forma más estúpida imaginable. No puedo contener una sonrisa de incredulidad, que capta la atención de Tamara y de la psicóloga. No les doy más que eso, aunque el estómago se me haya revuelto.

Qué apropiado.

—Se avienta a dar el paso en el capítulo de hoy —aplaude Tay.

—Sí... Recuerdo que lo dejamos en un punto importante —musitó Eli.

—Vamos, empieza.

Cierro los ojos un momento para contener un incómodo estremecimiento. No ha empezado y ya sé con toda certeza que voy a odiar el maldito libro con todas mis fuerzas.

Con las mismas ganas de leer que yo de escucharla —ningunas—, Eli coge aliento con las mejillas coloradas y empieza.

Capítulo 6

A falta de amor, otra cerveza, por favor

Pensé que tendría un momento para revisar el entorno. Fijarme en la decoración. Descubrir si tenía alguna mascota. Respirar, en definitiva, y reconocer el perfume de Gabriel en el aire. Lo habría agradecido. Igual que una charla tranquila, y, a poder ser, algo insinuante, hasta el dormitorio, donde me dejaría concentrarme en lo que estaba a punto de hacer: perder la virginidad por segunda vez.

Porque eso era. Después de tanto tiempo sin un hombre no podía llamarse de otra manera.

Pero no lo tuve. No tuve ni un solo instante.

Después de conducir en silencio hasta la casa, estudiando la raja de mi falda a través del retrovisor, y después de seguirme sin decir nada hasta la puerta del apartamento, Gabriel abrió, me dejó pasar, cerró...

...Y, en cuanto me di la vuelta para asimilar que estaba a solas con él, todo intento de raciocinio desapareció. Gabriel lo aplastó al besarme con urgencia, sin control alguno; como solo besaría un hombre si le dijeran que es su última vez. Si el tenso y sexual silencio del camino no me había excitado lo suficiente, sus labios terminaron por convencer a mis tobillos de ceder. Me abracé a él y lo convertí en mi único punto de apoyo.

Me elevó con una facilidad asombrosa. No bastaba con cogerme en brazos: me echó sobre el hombro, como cuando me obligaba a ver comedias malas con él.

—¡Gabriel! ¿Eso era necesario?

—Sí—escuché que decía—. Me gusta tener tu culo a mi alcance.

Y me dio un azote inesperado. No encontré nada mejor que decir, así que dejé que me llevara a su habitación sin preocuparme de dónde estaba.

Me pareció que caía desde una altura vertiginosa sobre un colchón enorme. No perdí el aliento por el golpe, que fue más bien suave, sino porque Gabriel fue encima para devorar mis labios de nuevo. Su pecho aplastó el mío y lo único en lo que pude pensar fue en el miedo a que se percatara de que mi corazón ahora estaba latiendo desenfrenado solo por él.

—Maldita sea...—gruñó, mientras me daba la vuelta para bajarme la cremallera. No sabía si me preocupaba o me fascinaba ser tan fácil de manipular por sus manos—. Si no llevaras un vestido caro de cojones ahora estaría hecho trizas.

—Si a mí me rompen un vestido, lo denuncio a las autoridades —interrumpe Susana—. Consejo: no estéis con hombres que se carguen vuestras prendas favoritas... salid con quien os regale ropa cara.

Todos se ríen menos Eli y yo. Ella tiene la vista clavada en las páginas del libro, y yo intento no moverme demasiado para que no se note que mi incomodidad ha dado paso a ese tipo de tensión que pone a los hombres en un aprieto... nunca mejor dicho. Eli lee de maravilla, Tamara no ha exagerado. Usa la entonación perfecta, hace las pausas necesarias, y para colmo, tiene una voz suave y persuasiva que se te mete bajo las siete pieles. A mí me ha llegado más hondo de lo que debería, pero gracias al cielo tengo una chaqueta con la que cubrirme el regazo por si acaso.

Sí, bueno, no soy gay. Qué sorpresa. No voy a hacer más declaraciones que esa tan obvia. Tan obvia que no me expliqué cómo Eli permitió que le sobara el culo en el centro deportivo. Tuve el mismo problemilla que tengo ahora. Me puse tan duro que me habría abalanzado sobre ella si no hubiera soltado ese discurso sobre los hombres que solo quieren a las mujeres para follárselas.

Bueno, yo soy ese hombre; por lo menos lo soy ahora mismo, y todo apunta a que no recuperaré mis galanterías ni mi interés por las relaciones románticas. Pero no se me ocurriría destrozar a una mujer que no desea ese tipo de acercamiento, o que lo encuentra incluso humillante, solo para satisfacer el capricho de demostrarle que, punto número uno: no estoy una mierda de fofo, o como ella quiera llamarlo. Dos: no soy en absoluto aburrido, y puedo demostrarlo con o sin juguetes. Tres: no necesito follar con frecuencia —no lo hago— para recordar cómo darle orgasmos a una mujer. Ella necesita uno. O dos. O tres. Y yo habría estado dispuesto a dárselo en el ascensor si no se hubiera pegado a la pared contraria, igual que en mi salón o en la clase de yoga. Pero hay algo que la frena y ahora sé qué es.

No es esa clase de mujer. Y está bien.

Pero mi miembro discrepa ahora mismo. Y está condenado a seguir rebelándose contra mí, por lo menos mientras dure la narración.

Intenté respirar.

—¿Eres siempre así de intenso, o podré ponerme mis vestidos favoritos cuando andes cerca?

—Siempre preferiré que no te pongas nada... Pero sí, podrás. Nunca he sido tan intenso como contigo, Rosa, y tienes toda la culpa. Me has tenido babeando durante meses.

Ahí iba toda una declaración.

Me habría puesto automáticamente nerviosa —e incluso me habría retirado— si Gabriel no hubiera sabido de antemano cómo iba a reaccionar y me hubiese distraído con besos húmedos y perezosas lamidas a lo largo de la columna. Me retorcí e intenté incorporarme echando el peso sobre mis rodillas, lo que hizo que elevara el trasero y acabara siendo el punto de interés de Gabriel. Lo supe porque eché un vistazo por encima de mi hombro y lo vi —y lo sentí—

metiendo las manos debajo de la falda.

Ahuecó los cachetes con las palmas y los pellizcó antes de colar los dedos en la tira de las bragas e ir deslizándolas poco a poco.

—¿Lo escuchas? —preguntó, en un tono bajo y seductor que me enloqueció por completo.

Era consciente de que lo miraba con los ojos entornados, los labios entreabiertos y siendo toda yo el ojo del huracán que era Gabriel entre mis piernas.

—¿El qué?

Gabriel mantuvo la expectación con una sonrisa torcida. Me levantó la falda hasta la cintura y dejó caer mi ropa interior hasta que se enredó en mis rodillas. Ese brevísimo silencio me hizo sentir expuesta, sobre todo por la postura de estar a cuatro patas y casi mordiendo la almohada, pero al mismo tiempo era dueña de sus pasiones y eso me encendía. Me encendió tanto que, cuando me acarició desde la parte trasera de los muslos hasta la cintura, empecé a temblar como una hoja.

—Se me va a salir el corazón del pecho —susurró—. Tienes que escucharlo...

Se interrumpió para soltar una blasfemia.

—Si nada me lo hubiera impedido, te habría puesto en esta postura desde que me dijiste cerdo.

—Entonces tienes una gran fijación por las mujeres que te tratan mal... y deberías mirártelo.

—Coincido —apostilla Alison, empujando las gafas cuadradas al final del tabique nasal—. Que un hombre se pirre por una mujer que lo desprecia tiene su trasfondo. Su objetivo al acercarse a alguien con este tipo de actitud esquiva y reacia suele ser el habitual e involuntario de todos los machos: dominar a la hembra.

—Yo no tengo problema en que este macho domine a esta hembra, así que si dejas a Eli seguir leyendo, te lo agradeceré —se mete Tamara.

No dije nada más porque me dio la vuelta de golpe y terminó de sacarme el vestido sin contemplaciones. No temí por él, aunque lo lanzara a Dios sabía dónde. Tener de nuevo sus ojos sobre mí, fue incentivo suficiente para recordar que había cosas más importantes. Más primitivas...

Gabriel tiró de mi cadera para ponerme bajo él. Se inclinó hasta rozar mi nariz con la suya.

Sonrió muy satisfecho y empezó a repartir besos por todo mi cuello, mi pecho y mis hombros; por mi estómago, por los huesos de mi cadera. Sus labios tenían un efecto perturbador y sexual. Aunque eran fugaces, los seguía sintiendo al retirarse, como si me los hubiera tatuado. Sus besos tenían eco.

—Gabriel... —jadeé—. *Aún tienes la ropa puesta.*

Él levantó la cabeza y me miró con esa sonrisa de canalla consumado que me molestaba tanto porque no podía enmarcarla en mi habitación. Lo eché de menos en cuanto se incorporó.

—Entonces quítamela.

Tragué saliva y lo pensé un momento, pero ni toda la meditación del mundo podría haberme echado atrás. Me incorporé sobre las rodillas, completamente desnuda, y llevé mis manos inseguras a los botones.

«No es la primera vez que lo haces. Lo has hecho muchas veces antes», me decía mientras intentaba desnudarlo lo más rápido posible. Acabé sacándole la camisa por los brazos a tirones, poseída por la impaciencia.

Eli se detiene un momento para coger aire, pero no lo retoma enseguida. Entre lo realista que parece la lectura —es como si lo estuviera viviendo yo en primera persona— y lo erótico que resulta que sea precisamente *ella* la que me lo cuenta, me cuesta fijarme, pero habría que estar ciego para no ver que se siente incómoda. Hay algo en la narración que la está acomplejando, y no sé el qué... ni estoy en condiciones de preguntármelo. Tengo que cambiar de postura para que no sea (muy) evidente que podría correrme aquí y ahora.

Quise ponerme manos a la obra enseguida con los pantalones. La visión de su torso desnudo me lo impidió. Me dejó fuera de juego. Sabía que era ancho y fuerte, pero no esperaba que fuera así. Mis dedos acariciaron la línea de fino vello oscuro que nacía bajo su ombligo, y subieron a rodear los pequeños pezones.

Disimulé muy mal la fascinación, porque Gabriel tiró de mi barbilla y susurró, tan despacio que yo misma paladeé sus palabras:

—Si vuelves a mirarme así, te follaré hasta volcarte los ojos. No importa el lugar, la hora o con quién estemos. Simplemente lo haré, ¿de acuerdo?

—¡Me apunto! —exclama Edu—. ¿Dónde hay que firmar?

Eli se ríe como si se alegrara de que alguien la hubiera interrumpido.

Me mordí el labio y asentí. Dejé de ser un ser humano para convertirme en un foco de fuego del que escapaban chispas. Estaba calentándome y Gabriel ya ardía; casi me quemé al quitarle el cinturón. Él se bajó los pantalones sin despegar los ojos de los míos, y, como si más que mirada fueran manos, lo sentí tan dentro que me estremecí.

Gabriel envolvió mi sexo con la mano. Di un respingo, sorprendida por la humedad que había encontrado. Introdujo un dedo y me exploró, trazando círculos. Yo, aún sobre mis

rodillas, casi cedí al peso de las sensaciones. Antes de desplomarme, me agarré a sus hombros y lo besé.

Era la primera vez que tomaba la iniciativa desde el episodio en la puerta de mi apartamento. Quizá por eso gruñó de placer y coló un segundo dedo, como si quisiera gratificarme de algún modo. Lo consiguió, aunque le costó que me acostumbrara a la sensación. Tuvo que separarme las piernas con la rodilla y sostenerme contra él, convencerme, profundizando como necesitaba para quitarme el sentido.

—Joder, lo sabía —jadeó contra mi boca. Apreté los muslos para comprimir sus dedos. Me contoneé contra ellos, jugando con su lengua—. Sabía que eras pura fachada y en el fondo te morías porque te tocasen así. Eres fuego.

Gabriel volvió a tenderme sobre la cama. Esta vez se ensañó con mis pechos. Toda mi piel ansió el calor húmedo de su boca. Intenté concentrarme en cada pequeño mordisco, en cada succión, cada beso, pero unía y alternaba tan bien unos con otros que no conseguí diferenciarlos. Empecé a sudar. Todo iba a parar a mi bajo vientre, que se encogía y dilataba con cada caricia, incapaz de decidir si quería más o menos. Ahí dentro estaba la pasión que dominaba el resto de mi ser. Necesitaba algo más, quería algo más: mi cuerpo lo gritaba entre estremecimientos.

—Gabriel, por Dios... —Me mordí los labios para no suplicar entre sollozos—. Hazlo... Hazlo ahora.

—Necesitas mucho más. Te va a doler.

Le clavé las uñas en la espalda, tratando de descargar en vano toda esa tensión que se concentraba en mis ingles y en mi estómago.

—Me da igual.

—Rosa... No quiero hacerte daño.

Eli vuelve a detenerse. Está sudando igual que yo, aunque imagino que el motivo es diferente.

La tengo tan dura que podría rajarme el vaquero. Podría abrir un boquete en el techo. Y lo inteligente sería batirme en retirada y regresar cuando esté más calmado, pero ella se me adelanta.

Esboza una sonrisa desvalida.

—¿Podría seguir otra persona? Creo que me han sentado mal los nachos.

—A mí me sentó muy mal un Nacho —comenta Susana—. No te puedes fiar de ellos.

Eli se ríe por compromiso, sonando crispada y ansiosa, y se levanta. Me fijo en que le tiemblan las manos y no está muy segura de a dónde ir antes de dirigirse al baño.

Nadie se ha dado cuenta. Nadie salvo yo. Y eso pone un peso sobre mis hombros.

—¡Continúo yo! —exclama Anita—. Espero que no os importe mi acento...

Me quedo donde estoy y cierro los ojos para concienciarme de que debo bajar el calentón

como sea. Anita también tiene una voz muy sexy, y a cualquiera le parecería erótico el deje de un venezolano, pero no es lo mismo, porque ella no me tiene obsesionado.

Eli se me metió entre ceja y ceja desde que me pidió perdón por haber insinuado que podríamos besarnos en el ascensor. Fue tan adorable y espontáneo que cambió parte de mi visión sobre las mujeres.

Cuando estoy algo más calmado, y sabiendo que corro el riesgo de que me mande al infierno — o me repita que estoy gordo— pido disculpas y voy al baño. No ha cerrado con pestillo, lo que puede significar que se le ha olvidado o que esperaba que alguien fuera a consolarla.

Cuando abro se está echando agua en la cara. Nunca se maquilla, así que no hay dramas de máscaras corridas. El problema es que el chorro le cae por el escote, y lleva una camiseta blanca de manga corta con la que se le transparenta el sujetador azul. Le encanta hacer publicidad a los negocios locales, porque siempre lleva cosas así. Esta que viste hoy reza «Desatranques Jaén», y gracias a la transparencia se intuye que se ha puesto lencería.

Siempre se la pone. Es visible por culpa de los miles de lavados a los que habrá sometido las prendas. Las han desvaído casi por completo.

—¿Estás bien?

Ella se gira hacia mí, sorprendida y asustada por la interrupción. El agua corre por sus mejillas, por su cuello, incluso chorrea por el logo. Y yo no soy de piedra. Más bien me pongo como una piedra cuando la tengo delante.

Es definitivamente la clase de mujer que me gusta. Alta, delgada, sin demasiado pecho ni trasero trabajado, pero con las caderas bien puestas, cinturita estrecha y piernas largas. Lleva el pelo castaño claro a media espalda, ahora recogido en una pinza, y se cubre los ojos azules con un flequillo que me parece de lo más tierno.

Tiene una boca perfecta. Perfecta, de veras. Y los dientes ligeramente separados, lo que le da un toque personal a su sonrisa. Quiero decir... de pequeño estaba obsesionado con Madonna. Ahora, en vez de fantasear con los sujetadores puntiagudos de la cantante, me levanto empapado de sudor después de haber soñado con la preciosa boca de Eli engullendo mi polla.

Puede que la haya estado admirando de lejos, siempre procurando que no me pillara. No me traía a cuenta. Incluso si hubiera querido acostarse conmigo, no me habría arriesgado. Prefiero mantenerme alejado de la gente que me atrae. Es una estupenda manera de ahorrarse problemas y un magnífico ejercicio de dominación personal.

—¿Y si hubiera estado orinando? ¿Vas abriendo las puertas de los baños por ahí, sin más?

—He oído el grifo.

—A lo mejor lo había abierto para que no oyeráis cómo vomitaba.

—Que seas bulímica explicaría eso de los nachos y también que no soportes ver a la gente comerse un trozo de bizcocho.

Ella se muerde el labio, avergonzada. Atrae toda mi atención a la zona sin quererlo, porque sé que no quiere hacerlo. Sé que no quiere provocarme, y lo que es más: no se ve capaz de hacerlo.

Nunca he visto nada remotamente atractivo o bonito en que una mujer dude de su encanto. Mi hermana Violeta ha tenido problemas de todo tipo con sus parejas por esta razón. Y por eso me siento mal encontrarlo... *refrescante*. Toda horma necesita su zapato, y yo necesitaba tropezar con alguien que fuera menos seguro de sí mismo y no me coquetease de forma directa o pasiva. Por supuesto que hay quienes no flirtean conmigo porque no les atraigo, pero no es el caso. Le gusto. Le gusto a Eli. Y me conmueve y me cabrea a la vez que no intente nada conmigo: esa es la verdad.

—Mira... Tamara a veces pone marihuana a los *brownies* y pensé que ese bizcocho la llevaba también —confiesa de carrerilla—. No es que intentara envenenarte, ni drogarte, ni nada de eso, pero le gusta experimentar algunas veces y temía que te hubiera ofrecido ese por equivocación, ¿vale? No tengo ningún problema con tu cuerpo.

«Bueno, yo sí tengo alguno que otro con el tuyo. Que lo quiero tocar y ni tú ni yo nos dejamos».

—Eso significa que no has huido por mi culpa. Bien. ¿Por qué lo has hecho, entonces? Estás acostumbrada a leer esta clase de cosas, ¿no?

Ella aprovecha que tiene que secarse la cara para pensar en una respuesta.

—Sí, pero a veces... Creo que me tomo muy a pecho lo que leo. Y era un fragmento demasiado intenso. A ti tampoco se te ha visto cómodo —añade, mirándome de reojo—. Parecía que no te gustara de qué va la historia.

Una gota de agua detiene su descenso en la comisura del labio. Para no estirar el brazo y secarla, guardo las manos en los bolsillos.

Nunca falla para evitarse problemas.

—No me gustan ese tipo de argumentos.

—¿Cuáles?

—Los de segundas oportunidades. Gente que se enamora de nuevo... —Sonrío de lado—. Poco creíble. No creo que se pueda amar más de una vez.

Ella pestañea, sorprendida.

—Coincido en que no puedes amar de la misma forma a dos personas, pero claro que se puede encontrar el amor otra vez. Quizá no dura mucho, quizá, de hecho, acaba mal, pero... ¿Cómo puedes leer novela romántica con ese planteamiento? Es lo contrario a romántico.

—Discrepo. Creo que no hay nada más romántico que una persona amando durante toda la vida a la misma pareja. Las historias hablan de un alma gemela, de un complementario, de tu otra mitad, no de los veinte tercios que podrían irte bien.

—¿Ahora estamos hablando de cerveza?

—A falta de amor... otra cerveza, por favor. —Le guiño un ojo.

Ella apartada la mirada, tan vergonzosa como siempre.

—Espero que tu primer, gran y único amor no te decepcione jamás, o pasarás el resto de tu vida vagando por ahí como un alma en pena, incapaz de hacer buenas migas con otra persona.

—Pones mi concepción del amor como si fuera deprimente.

—Es que lo es. Uno debería creer en lo que vaya a hacerle la vida más sencilla y llevadera. Pensar que solo amarás una vez te cerrará puertas.

—No me cerraré puertas. A lo mejor salgo con otras personas, pero nunca será como con el gran amor. Frank Sinatra y Ava Gardner hablan el uno del otro como el amor de sus vidas, igual que Madonna y Sean Penn. Siempre hay alguien que te marca más profundamente, y no me considero un hombre conformista. No quiero pasar el resto de mi vida buscando sentirme de la misma forma cuando ya sé que será imposible, y no me quedaré con alguien que despierte en mí solo un cuarto de lo que solía despertarme otra persona.

Eli me sostiene la mirada. Está hiperventilando.

—Más que profesor de Educación Física, con tanta fracción pareces el maestro de matemáticas. Y ¿sabes? Yo me niego a pensar que la marca que alguien te deja no pueda borrarse —casi espeta, enfadada conmigo—. Nadie es inolvidable.

Se arrepiente enseguida de haberlo soltado sin pensar. Lo noto en el rubor de sus mejillas y la manera en que traga saliva, como si le costara.

Suelta la toalla y da por zanjada la conversación dirigiéndose a la puerta.

Intenta abrirla sin ningún resultado.

—Joder —masculla—. Encerrados.

—¿Cómo?

Eli se gira hacia mí, exasperada.

—Que la puerta está bloqueada.

—Déjame ver. —Pruebo todo lo que se puede probar para abrir una puerta: empujo, doblo la manija, hago ambas a la vez...—. Maldita sea. ¿Cómo es posible?

—¿Que cómo es posible? ¿No te lo imaginas?

La miro a los ojos con una idea muy clara de a lo que se refiere. Eli es la única persona en todo el edificio que no está obsesionada con averiguar si soy una mariposa, y no solo eso: también la que no le tiene miedo a hablar abiertamente del hobby oficial de la comunidad.

—¿Crees que encerrarme contigo es otro experimento?

—Tamara ha invitado a Alison para que te psicoanalice. La veo muy capaz de ponerle tres candados a una puerta para encerrarte con alguien —suspira, ya más cansada que fastidiada—. Seguro que si le pedimos agua nos la pasa con un toquecito de afrodisíaco para que nos desmelenemos.

Ladeo la cabeza, intrigado.

—Has dicho *desmelenemos*. ¿Qué interés podría tener Tamara en que *tú* te quedaras encerrada *conmigo*?

Lo sé, no debería haberla puesto contra la pared de esa forma, y no voy a decir de qué otra manera la podría poner. Mente sana en cuerpo sano. Ya me imagino que Tamara quiere encerrarla conmigo porque sabe bien que le gusta y es *esa clase de amiga*.

La que, en el proceso de ayudar, lo único que hace es cagarla.

Pero una pequeña parte de mí necesita provocarla. Todos tenemos nuestro lado vanidoso y el mío quiere alimentarse de algún cumplido de Eli.

—Lo dedujiste tú solo aquel día en la clase de yoga —masculla, sin mirarme—. No hago ese tipo de ejercicio, y lo único que a Tamara le da más pena que la situación en Chile, es que la gente no folle. Son sus palabras, no las mías; parece que nadie le ha dicho que no es políticamente correcto comparar ciertas cosas. Pone el holocausto nazi al mismo nivel que los guisantes.

Sonrío sin querer.

—Es una buena chica. Tiene muchos defectos, pero no he conocido a nadie que los lleve con ese encanto.

—Es por las raíces mexicanas —explica—. Yo tampoco puedo enfadarme con ella. Aunque admito que, si me persiguiera y espíase tanto como te persigue y espía a ti, es probable que ya le hubiera gritado.

Lo único que ha hecho desde que empezamos a hablar ha sido retroceder hacia la pared contraria. Ahora empuja los azulejos con la espalda, y tiene las manos entrelazadas ahí detrás.

Para ponérselo más fácil y no incomodarla, me siento en la taza del inodoro y apoyo los codos sobre los muslos.

Encojo los hombros.

—Tamara no es la única.

—Eso solo lo hace peor. ¿Por qué lo permites? ¿Por qué dejas que una marabunta de potenciales lunáticos te tenga como entretenimiento? —pregunta, francamente interesada—. Siempre he sabido que no eres tan tonto como para no darte cuenta de lo que pasa, por eso me sorprende que no lo atajes de raíz.

Se me escapa una sonrisa incrédula.

—Te cuesta escoger las palabras adecuadas para hablar conmigo, ¿no?

—¿Qué he dicho?

—«No eres tan tonto» no es lo mismo que «eres lo bastante listo», igual que hay una gran diferencia entre «no sé si me entiendes» y «no sé si me explico».

—Perdón, señor académico de la RAE —ironiza—. ¿No será que tú te molestas en buscarle el aspecto negativo a lo que digo?

—Es que lo que dices es negativo. Interpretarlo como positivo me haría muy rebuscado.

—Te hace rebuscado ser consciente de que la gente se pregunta quién eres y no hacer nada para remediarlo.

—Se lo están pasando de maravilla, Eli. Y lo cierto es que me gusta cómo interactúan conmigo y se meten en mi vida. Estoy acostumbrado, ¿sabes? He crecido en una casa donde habitaban nada más y nada menos que un padre, una madre, una abuela, un tío soltero y cuatro hermanas mayores. Me mudé a este sitio porque me garantizaron que habría ruido y movimiento, y es lo que buscaba.

Eli hace un mohín pensativo.

—¿A ti te molesta? —pregunto—. No debe hacerlo mucho si sigues aquí.

—No, no me molesta... la mayor parte del tiempo. Yo siempre he vivido con una persona: o con mi madre o con mi padre. Soy hija única. Y cuando me mudé aquí me di cuenta de que quería un poco de compañía, ¿sabes? Sentirme rodeada y parte de algo. Pero nunca han hecho investigaciones sobre mí.

—No entiendo por qué. Eres mucho más introvertida y misteriosa que yo.

Ella se ruboriza.

—¿Misteriosa? Trabajo en un cáterin y no salgo con nadie. Tamara tiene rollos de una noche, Edu lleva una peluquería y se va a casar, Virtudes escribe libros con sesenta y cinco años y va a publicar en una revista feminista... Por comparación, soy la persona más aburrida de este edificio.

Abro la boca para replicar, pero el modo en que se define, como si no estuviera dispuesta a permitir que le lleven la contraria, hace que me lo piense dos veces.

No suena convencida. Me parece que al expresarse se está poniendo en la boca las palabras de otro, de alguien que se las ha repetido hasta que ella las ha asimilado como verdaderas.

—Por no mencionarte a ti. Todo el mundo se pregunta por tu orientación sexual, la del dios pagano de la belleza y los pectorales que reside en el cuarto C —pronuncia de forma casi bíblica. Se me escapa una risa floja entre su declaración y el acostumbrado sonrojo—. No es que yo piense nada de tu belleza o tus pectorales, ¿eh? Lo digo porque es lo que la gente piensa. No yo — recalca de nuevo.

—Tranquila, no tienes de lo que preocuparte. Ya sé que te parezco gordo e insípido.

—A ver, eso no... Es que... —Lanza una mirada de auxilio al techo.

Suelto una carcajada que me devuelve toda su atención.

—Solo estoy bromeando, Eli. Ya sé que no tienes nada contra mí. Estamos en paz.

Ella me mira con angustia.

—¿De verdad? Porque no quiero caerte mal. O sea, no es que vaya a morirme si me odias, ni nada de eso, pero... Me parecería un poco injusto porque no me metí contigo adrede, fue por lo de la marihuana, ¿entiendes? Tampoco es que esté deseando ser tu amiga o ganarme tu simpatía, solo... No eres especial. Solo me gusta estar bien con todo el mundo.

Asiento muy serio, más por cortesía que por otra cosa.

Por dentro me estoy descojonando.

¿De verdad se piensa que algo de lo que sale de su boca es creíble? Le tiemblan hasta las pestañas y está colorada como la bandera de la Unión Soviética. Su timidez es de las cosas más adorables que he visto nunca. Es deliciosamente tierna. Una auténtica ricura.

Y está coladita por mí.

Esto va a ser muy difícil.

—No te preocupes. Lo entiendo.

Y sí que lo entiendo. Lo entiendo de verdad. Sé que no quiere revelar sus sentimientos, y le reconozco la intención: no he visto a nadie tan rojo por el esfuerzo desde que mi mejor amigo, que con doce años pesaba cien kilos, hacía el test de Cooper en la clase de Educación Física. También la comparto, porque yo estoy en la misma situación. Preferiría que no supiera que me encanta. Pero ¿por qué no puedo ser solo yo el que pone distancia? ¿Por qué la tiene que poner ella, joder? ¿Es que no se da cuenta de que haciendo cosas tan raras despierta mi curiosidad y eso hace que me sea imposible retirarme del todo? Debería estar ignorándola y no puedo porque no para de hacerse notar a su manera.

Ojalá me persiguiera por la calle, me pusiera un microchip para oír las conversaciones que mantengo con mi familia o me pasara fotos desnuda por WhatsApp. Así me sería más sencillo superar esta estúpida expectación.

Y así la vería desnuda.

La puerta se abre y Tamara asoma la cara con una mueca de consternación tan falsa que me dan ganas de echarme a reír, pero mantengo el tipo por respeto a Eli, que se nota que lo ha pasado mal.

—¿Estáis bien? No me di cuenta de que bloqueaba la puerta... Perdón.

Eli sale por el hueco sin decir nada. Es como si estuviera programada para interactuar conmigo durante veinte minutos y después fuera incapaz de formular una palabra. Tiene valentía para media hora, y yo he demostrado tener paciencia y mesura para un mes, justo lo que llevo viviendo al lado de la tentación. Puedo aguantarme mucho más, estoy convencido: pero al verla volver al corro, con esos vaqueros estrechísimos que se pone y le levantan el culo a mala idea, tengo que suspirar. Y apenas me doy cuenta del significado que tiene para mí el consuelo que le ofrezco a Tamara.

—Un descuido lo tiene cualquiera.

Solo habría que definir qué es un descuido exactamente, y si Eli se lo puede permitir.

Capítulo 7

Más vale monstruo bajo la cama que encima de ella

—Si Marilyn Manson es hetero, Óscar puede serlo también.

—Marilyn Manson no parecía gay. Era emo.

—Se pintaba demasiado.

—Como los emos.

—Y le preocupaba mucho su ropa.

—Emo.

—Oye, ¿por qué hablas de él como si estuviera muerto?

—Bueno, yo no sé dónde está. ¿Tú lo sabes? ¿Cuánto tiempo lleva sin sacar música? ¿Realmente a alguien le ha importado ese tío desde que lo dejó con Dita von Teese? Es increíble cómo una mujer puede cargarse la fama de un hombre.

—Es increíble cómo una mujer puede cargarse una firma de lencería y el desfile de modelos más prestigioso del mundo. ¿Habéis visto que se acabó Victoria's Secret? Y justo después de que Rihanna hiciera su show de Fenty Beauty, incluyendo todos los tipos de cuerpos imaginables.

Y esta es la conversación que tienen tres mujeres bajando las escaleras con la basura en la mano. Por lo general, Néstor y Luz, nuestros vecinos recién graduados, son los que se encargan de empujar el contenedor e ir puerta por puerta pidiendo nuestros despojos, pero Luz se ha puesto mala y Néstor no es lo suficientemente amable ni le preocupa tanto el medioambiente para hacerlo sin ella.

No pasa nada, porque parece que esta era la excusa que necesitaba Tamara para casi enganchar a Alison del cuello de la camisa de azafata e interrogarla sobre lo que vio. Lo que sintió. Como si la homosexualidad fuera una corazonada, como si te hiciera tener el aura rosa, o como si lo tuvieras escrito en la frente con una tinta que solo ven los psicólogos.

—Se acabó porque hace ya un tiempo desde que se descubrió que el «secreto de Victoria» era matar de hambre a sus modelos, excluir a las que pesaran más de cincuenta e ignorar a las mujeres transexuales —apunta Alison—. Pero supongo que el mundo de la moda necesitaba una alternativa, y mientras no la tuviera, estaba bien tener montado el show de Victoria's Secret. ¿Qué tiene eso que ver con tu vecino, de todos modos?

—Un chorro. ¿Crees que le gusta la lencería cara para quitarla, o para ponérsela?

A pesar de no haber participado en la conversación desde que salimos del 4ºB, estoy tan harta de estar en medio que bufo y me adelanto unos cuantos pasos con la excusa de mirar el buzón.

Por mucho que me guste Óscar, que me hablen de él todos los días acaba por cansar. Es como cuando te obsesionas con un sabor de helado y te lo pides, te lo pides y te lo pides; es inevitable que termines harta y, de últimas, innoves probando otro. A mí con el helado no me pasa, pero sí me ocurrió con los bocadillos de chorizo cuando hice el Camino de Santiago. Hacer una ruta de un mes y medio comiendo solo embutido no solo es poco saludable, sino que te deja mal aliento.

No lo recomiendo.

Por suerte, hay correo que revisar, y gracias al cielo. Así puedo alejarme un poquito del...

—No puedes mirar a alguien a la cara y saber que es gay, ni siquiera si eres psicólogo — intenta explicar Alison—. Podría estar jugando con vosotros, podría seguir en el armario, podría darle vergüenza decirlo porque tuvo problemas en el pasado, podría ser heterosexual, o gustarle los dos sexos...

Pongo los ojos en blanco y reviso las cartas.

Ojalá hubiera vivido en los años veinte, cuando esperabas al cartero con el corazón en un puño porque sabías que solo así tendrías noticias de tus amigos, de tu familia lejana o de tu novio. En esa época no tenías que lidiar exclusivamente con las facturas del agua, la electricidad, un folleto de propaganda para hacerte las ingles con cera por treinta euros y descuentos en academias de inglés. Eso es lo que tengo yo pendiente: la maldita compañía de gas me atraca sin ninguna vergüenza, y...

Pestaño al toparme con mi dirección escrita a mano.

Eliodora Bonnet Farrés
Calle Julio Cortázar nº 13, 4ºB
Madrid (España) 28010

No quiero reconocer su letra, pero la reconozco. Y no quiero leerlo, pero es como cuando presencias un accidente en la vía pública: por desagradable que sea, apartar la vista queda fuera de toda cuestión.

Muy lentamente, porque en realidad lo último que me apetece es lidiar con esto, doy la vuelta al sobre... Y no hay remitente. No ha escrito su nombre.

Lo rasgo, y antes de sacar la carta, lanzo una mirada por encima del hombro a Tamara. Sigue enzarzada en una discusión con Alison. Perfecto. Puedo echarle un ojo antes de que venga a curiosear.

Menos mal que la he visto yo antes; Tay es capaz de abrirla aunque esté a mi nombre. Incluso

de quemarla. Habría sabido tan bien como yo quién la ha escrito.

En efecto, es él.

«En vista de que no coges mis llamadas y tampoco respondes mis mensajes, no me dejas otro remedio que intentar contactarte por aquí. Recuerdo que me decías que te encantaría recibir una carta... Recuerdo todas las que te mandaba y las que tú me devolvías; las tengo guardadas. ¿Y tú?

»*Bibou*... No entiendo esta actitud que tienes conmigo. Tú no eres así, nunca lo has sido. ¿Por qué me ignoras? ¿No podemos hablar? Por favor, llámame. Sabes que te adoro. Desde siempre y para siempre. Eso no ha cambiado ni lo hará nunca.

Estaré esperando».

—Pues sigue haciéndolo —mascullo por lo bajo.

Con una falta de dominio sobre mí que me frustra, vuelvo a guardar la carta y la doblo en tres o cuatro partes antes de meterla en el bolsillo. Me tiemblan tanto los dedos que me gustaría cortármelos.

Por lo menos me queda el consuelo de que, si Tamara lo hubiera visto, no se habría enterado de nada. No tiene la menor idea de francés y Normand y yo no nos comunicamos de otra forma. No nos comunicamos de ninguna, en realidad; no desde que cortó la relación hace más de un año. Se supone que ya está olvidado, pero unos meses atrás envió el primer mensaje, y como siempre le ha gustado interpretar mis silencios como una afirmativa, como un «continúa, todo está bien», no ha dudado en seguir atormentándome. Ahora incluso haciéndose el romántico, algo que le quedaba bien a su apariencia de dandy y sus exquisitos modales franceses cuando yo aún no sabía que era un capullo.

Cierro los ojos un segundo para recuperar la calma.

—*Wey*, ¿por qué no aprovechamos que la semana que viene abren la alberca para indagar más a fondo? Con tantos hombres y mujeres churros en bañador seguro que sabremos de qué lado masca la iguana —continúa proponiendo Tamara—. Va a estar cabrón que Julian se preste a hacer el helicóptero con la verga para llamar su atención, pero apuesto porque Álvaro no se niega. En las Navidades de hace dos años se puso tan hasta las chancas se animó a hacernos un *striptease*, y...

El portal se abre, rescatándome de la alargada sombra de Normand y de las tonterías de Tamara. Susana, vestida con una falda y una chaqueta monísimas —y con los labios pintados de un tono más suave de lo habitual—, entra con prisa. Se detiene abruptamente al vernos, y nos hace un gesto acelerado.

—Chicas, por favor... ¿Alguna puede ir a recoger a Eric al colegio? Me iban a hacer una entrevista de trabajo a las doce, pero parece que el director de la empresa tenía una conferencia y todo se ha atrasado, así que debo ir para las dos y Eric sale a esa hora.

—Claro que sí, mujer —me ofrezco enseguida—. Tranquila. Estaba en...

—En el Ángel Ganivet. Está muy cerca de aquí, podría venir solo, pero no me gusta que vaya por su cuenta, y... Ay, muchísimas gracias, Eli. Te debo una.

—Para eso estamos. ¿Cómo es que estás...? No sabía que buscabas trabajo.

—Una se cansa de ser feliz y esa parece la forma más efectiva de estresarse —me sonrío—. Me dedicaría a coger llamadas y atender a maleducados durante seis horas al día. No está mal. ¿Puedo confiar en que lo dejes en casa de Sonsoles? Le dará de comer.

—Sí, claro.

—Gracias. —Me lanza un beso—. Me voy pitando. ¡Ah! Hoy era el día de los disfraces y ha ido de Joker. Por si no lo reconoces a simple vista, es el de la chaqueta morada y el pelo verde. ¡Ciao!

En cuanto Susana desaparece, echo un rápido vistazo al reloj de pulsera. Son las dos menos cuarto.

—¿Y a esta qué bicho le ha picado? —pregunta Tamara—. ¿Ya no quiere ser la mantenida? Si se ha aburrido de eso yo no entiendo nada. ¿Quién *chingados* se cansa de que le paguen los caprichos?

—A lo mejor ha roto con el político —comenta Alison—. El otro día estaba en casa de Julian porque le tenía que resolver un tema de trabajo y oí que discutían.

—¿Te cae? A ver, desembucha.

Suspiro.

—Eso significa que no me vais a acompañar, ¿no?

—No conozco al muchacho —se defiende Alison.

—Yo tengo un plan malvado que pulir. Y no es por nada, pero me esperan unos taquitos arriba para la pachanga de Alberto. Vamos a celebrar una comilona mexicana porque lo han ascendido a gerente en el restaurante.

Asiento distraídamente. Mejor. Así no tendré que molestarme en poner buena cara durante el trayecto. Tamara es una de las personas más inteligentes y perspicaces que conozco; sabe qué te pasa con solo echarle un vistazo, y aunque la mayor parte del tiempo parezca más preocupada por divertirse que por sus seres queridos, si te pasa cualquier cosa, no lo deja correr.

Me despido de las dos sacudiendo la mano y pongo rumbo al colegio.

No es la primera vez que le hago este favor a Susana. No somos amigas —no nos contamos confidencias—, pero hemos salido de compras, hemos cenado un par de veces y me cae de maravilla. Su hijo también: es la versión masculina e infantil de ella misma, por lo menos en cuanto a personalidad. Susana no es rubia ni tiene los ojos azules, por lo que supongo que Eric es un calco del padre. El famoso y misterioso padre...

No me gusta meterme en la vida de la gente, pero preguntarte vagamente quién será el hombre y dónde estará todavía no es ilegal, ¿verdad? En serio, es una de las pocas cosas que me causan

curiosidad en este edificio. Susana parece tan autosuficiente... el perfecto equilibrio entre la responsabilidad y la locura. No me la imagino quedándose embarazada a los veintitrés por error. Hay apuestas sobre eso: él tenía un trabajo en el que debía viajar por el mundo y no podía quedarse, se casaron y divorciaron en tiempo récord porque confundieron amor con desenfreno, tuvo un desliz con su enemigo acérrimo y nunca llegó a contarle que tenía un hijo... ¿Quién sabe? Eric ya tiene once años. Cumplirá doce en unos meses. Si su padre no sabe que existe, ya va siendo hora de que lo descubra.

Llego al colegio con unos minutos de antelación. Susana no bromeaba con lo del Joker: parece que en este sitio celebran el carnaval cuando les da la gana, porque no hay ni un niño —ni un adulto— que no esté disfrazado. Han montado una especie de parque de atracciones en el reducido patio de acceso a conserjería, nada más, en realidad, que una bóveda cubierta de negro en la que han puesto «Túnel del terror», un tiiovivo y un castillo hinchable. Hay críos desde los seis a los once años, todos repartidos en las distintas actividades. Una de ellas, el famoso juego de «poli-cacos», la comanda un hombre alto y fuerte vestido de negro. Está de espaldas a mí, pero lo reconozco.

Joder, ni me acordaba de que era el profesor de Educación Física del Ángel Ganivet. Y ahí está, arrodillado con su disfraz de buenorro oscuro, curándole una herida en la rodilla a una pobre niña que ha debido derrapar. La reconozco porque también vive en el edificio: es Helena Olivares, la hija de los profesores universitarios del segundo. Va disfrazada de Cleopatra.

Qué se podía esperar de unos padres expertos en Historia Antigua.

—Es una herida de nada —dice Óscar cuando me acerco—. Con un par de tiritas hasta te quedará bien. Mira, tengo estas con animales estampados. Van a quedar perfectas.

Helena se muerde el labio para no romper a llorar. Tiene nueve años y un control sobre sus emociones que ya me gustaría a mí.

—¡Helena! —exclama Eric. Llega corriendo desde el tiiovivo. No sería correcto decir que está monísimo con el maquillaje del Joker, pero con doce años una puede declarar sin quedar como una pedófila que un niño es guapo, ¿verdad? Eric lo es; lo que quiere decir que su padre era fisiónómicamente perfecto... En serio, ¿quién es su padre?—. ¿Qué te ha pasado? ¿Estás bien?

Helena se gira para mirarlo un momento, como si quisiera asegurarse de que es él. Enseguida vuelve a clavar la vista en las puntas de sus zapatos.

No dice nada. Se prevé un momento incómodo, y sé cómo se debe estar sintiendo la pobre, así que la rescato interviniendo.

—Hola, Eric —saludo—. Me encanta tu disfraz.

No es el único que levanta la cabeza hacia mí. Óscar ladea la suya y tiene que quebrarse en un ángulo doloroso para verme la cara. El sol le da en los ojos, cubiertos precariamente por el antifaz negro del Zorro.

Va del Zorro. No me lo puedo creer.

Y yo voy con otra camiseta publicitaria, aunque esta vez es la mía: «Cáterin Yum y Ñam». Por lo menos me hago propaganda a mí misma... y el ridículo delante de un hombre demasiado guapo para no ser un espejismo.

Me agacho para que el sol no lo deje ciego al mirarme y me entretengo con las tiritas que ha dejado en el suelo. Eric se ha arrodillado para revisar la herida de Helena, lo que me da la excusa ideal para hablar con Óscar.

—Tu disfraz tampoco está mal —comento, sin mirarlo—. ¿Es una especie de indirecta? ¿Te consideras un zorro?

—Me gusta verme como alguien astuto. ¿Y tú? ¿Es que no te has enterado de que hoy había que venir disfrazado?

—Me he enterado hace diez minutos de que tenía que venir, a secas. Pero si lo hubiera sabido, me habría disfrazado de ninja, o algo así. Era de lo que me vestía en estos días.

—¿De ninja? ¿En serio?

—Me gustaba pasar desapercibida.

—No creo que lo hubieras conseguido con un body negro. Y menos en este colegio. Se han reportado unos cuantos cerdos en el departamento de orientación, y el otro profesor de Educación Física seguro que te habría molestado.

«Habría preferido que me molestara el que tengo delante».

Eh, eh, eh... ¿Qué ha sido ese pensamiento intrusivo?

Borrar. Borrando... *Borrado con éxito.*

—¿En serio? ¿Tienen acosadores sexuales en un colegio?

—Solo acosan a las madres solteras y a las profesoras. Susana en concreto debe estar harta de algunos cuantos... El sol te está molestando en la cara, ¿verdad? Toma. —Y sin preguntar, me cede su sombrero plano para que haga sombra sobre mis ojos. Es un gesto tonto y le sale tan natural que no debería haberme quedado patidifusa, pero sí, me quedo patidifusa.

—Eh... Gracias...

—Oye, profe, ¿seguro que no hay que llevarla al médico? —interrumpe Eric, con el ceño fruncido—. Le está saliendo mucha sangre. A lo mejor tienen que ponerle puntos.

Unos cuantos niños se aproximan, entre ellos Minnie, la hermana melliza de Helena. Se nota que son familia porque tienen la misma fisonomía; son un calco la una de la otra, pero Minerva es rubia de ojos oscuros y Helena es... bueno, una pequeña Cleopatra. Si tuviera que elegir a personajes de películas históricas acordes a la rama de estudio de sus padres, Minerva sería la Helena de Troya que interpreta Diane Kruger y Helena la Cleopatra de Vivien Leigh, con el mismo aire frágil y melancólico.

—No le pasa nada —bufa Minerva. Se cruza de brazos—. Si es una cuentista. Mírala, ni

siquiera está llorando.

—Llorar solo es una manera más de expresar dolor, no la única que existe —intervengo yo—. Y ahora que lo pienso, puede que sí hubiera que llevarla a enfermería. ¿No hay alguien por aquí que pueda encargarse de eso?

—La profesora de Biología hizo un grado superior de atención primaria, seguro que hace un apaño.

Minerva le sonrío a un niño a su derecha.

—Menudo golpe se ha dado. ¿Tú lo has visto? Deberíamos haberlo grabado.

—Ha sido muy gracioso —reconoce el otro, riéndose—. Aunque fue mucho mejor el del otro día en el patio...

—Hacerse daño no tiene ninguna gracia, Fernando —le espeta Eric—. Aquí nadie se rio cuando llevaste un esparadrapo pegado a la barbilla después de raspártela con el suelo. Y te recuerdo que te la pegaste porque querías chutar y le diste una patada al aire.

Fernando deja de sonreír y desencaja la mandíbula. Parece algo más mayor que Minerva, quizá tenga la misma edad que Eric... aunque no su mesura, y definitivamente no su educación para poner a la gente en el lugar que le corresponde.

—¿Por qué no te callas?

—Tranquilos —trata de suavizar Óscar—. No hay necesidad de discutir. Minerva, ¿por qué no acompañas a tu hermana a por la seño Tere? Está en el tiiovivo. Ve con Inma.

Helena lanza una mirada esperanzada a su hermana, que pone cara de fastidio, pero no se opone. Es Inma, otra de las niñas que han venido escoltando a Minerva, la que se me queda mirando con la misma curiosidad que el resto de la tropa. No me había dado cuenta hasta ahora, pero todos me observan de hito en hito, como si fuera una aparición. Y con «todos» me refiero a cuatro pares de ojos infantiles.

—¿Es tu novia, profe? —pregunta Inma.

Pestañeo una sola vez. Mi corazón bombea al mismo tiempo.

—¿Eli? —repite él. Se ríe suavemente—. Claro que no.

«Claro que no. Qué locura. Eso sería imposible».

—¿Por qué no? Es muy guapa.

—¿Eso es lo que te parece más importante? ¿Ser guapa? —Ladea la cabeza. Inma no se muestra por la labor de continuar por esa línea; las conversaciones sobre la superficialidad importan un carajo a los niños de esta edad—. No es mi novia. Ha venido a recoger a Eric porque es amiga de su madre.

Fernando bufá y esboza una sonrisa despectiva.

—Pues claro que no es su novia, si es maricón.

Me quedo helada en el sitio, como si acabara de decirle que es un hijo de la gran puta o algo

aún peor. Y es curioso, porque oigo a Tamara y a Edu usar la palabrita casi a diario. Debería estar acostumbrada a su significado, y lo estoy: tanto que hasta me parece divertida, ya desprovista de todo significado peyorativo.

Tampoco debería sorprenderme. Llevo meses dudando sobre lo que Fernando ha aclarado con toda convicción. Pero en la boca de un niño de doce años, esa palabra tiene una resonancia especial, y nadie ha pasado por alto el desprecio con el que lo ha soltado. Como si no le pareciera mejor que ser un asesino.

No hay nadie que no se haya olvidado de la herida de Helena. Hasta ella se ha quedado en shock. Minerva e Inma, en cambio, sueltan una risita crispada.

—Retira eso que has dicho —le espeta Eric, mosqueado.

—No —habla Óscar—. No me ha insultado de ninguna manera. Quizá podría haber utilizado otra palabra, pero está perfectamente bien.

Me quedo de una sola pieza allí en medio.

¿Está saliendo del armario delante de mis narices? ¿Delante de las narices de sus alumnos? No es que haya nada de malo, pero si alguna vez pensé que iba a descubrirlo, creí que sería mirando por la mirilla de su puerta o escuchando los gemidos de su amante masculino... no en un colegio y con él vestido del Zorro.

¿Por qué me da pena? ¿Por qué, incluso, me molesta...? Supongo que porque me ha vacilado algunas veces. Con lo de quitarme el sujetador cuando yo se lo pida, y cuando dijo que yo le parecía interesante, y...

«Joder, Eli, no es nada insinuante que una persona te diga que eres interesante; no es como si te estuviera pidiendo permiso para arrancarte las bragas».

Dios mío, qué estúpida soy.

—Claro que no está bien —replica el niño.

—¿Por qué no, Fernando? —pregunta Óscar, sin alterarse—. ¿Por qué ser gay no está bien? ¿Te hace daño a ti?

Él tuerce la boca.

—No.

—¿Le hace daño a alguien más?

—No.

—¿Por qué está mal, entonces? ¿Por qué mi forma de vida te parecería desagradable?

Su forma de vida.

Sí, está saliendo del armario. Aquí y ahora. Y yo pensando que el gesto de darme el sombrero del Zorro era similar a pasarle tu chaqueta a la chica que te gusta para que no tenga frío.

Soy muchísimo más que estúpida.

—Eric, anda, vámonos —intervengo en voz baja, mientras Óscar y Fernando siguen hablando.

Minerva y Helena ya han desaparecido en busca de la «señor Tere»—. Tengo que ayudar a Tamara con unos platos.

—¿A dónde vamos? —pregunta él—. ¿Y mi madre? ¿Por qué has venido tú?

—Ella no podía.

—¿Por qué? —De repente parece nervioso—. ¿Le ha pasado algo?

Frunzo el ceño.

—¿Qué le va a pasar a tu madre? Está en una entrevista de trabajo.

Fernando gira la cabeza hacia nosotros y se queda mirando a Eric con una especie de regocijo malicioso que no he visto en la cara de ningún niño. *Jamás*.

—¿No le da suficiente trabajo el tío ese que te paga el colegio? —se mete, con una pequeña sonrisa de orgullo.

Eric se pone tenso y deja de respirar.

—Cállate la boca.

—Mi padre me lo ha contado. Yo sí sé lo que le pasa a tu madre.

Eric entrecierra los ojos y lo encara en silencio.

—¿Sí? ¿Y qué es?

—Lo que le pasa... —lo mastica con rabia—, es que es una puta.

Exhalo de golpe, como si me hubieran dado un puñetazo en el estómago de los que te revuelven las tripas y te dejan momentáneamente sin respiración. Ahora sí que nos quedamos inmóviles; todos menos Eric, al que la boca se le tuerce en una mueca furiosa antes de arremeter contra él.

Ni a Óscar ni a mí nos da tiempo a separarlos. Después de recibir el primer empujón, Fernando se recompone y echa a correr. Eric, al que la cara de ángel nunca le ha quitado lo chulesco, no deja que las cosas se queden así. Con los puños apretados, lo persigue como alma que lleva el diablo hasta el túnel del terror, donde están a punto de perderse.

Ni siquiera me he dado cuenta de que, como si estuviéramos compenetrados, Óscar y yo nos hemos incorporado y dirigido hacia allí a la vez.

—¿A qué ha venido eso? —balbuceo, aturdida. Giro la cabeza hacia Óscar, que tiene la mandíbula apretada.

—Fernando es un niño problemático. Conozco a su padre, y... No me sorprende lo más mínimo. Eric y él están en la misma clase y llevan desde que empezó el curso buscándose las cosquillas. No es la primera vez que le dice algo así...

—¿Qué? —jadeo—. ¿En serio? ¿Y no habéis puesto medidas?

—La tutora habló con el padre.

—¿Y Susana no sabe nada de esto?

—Eric me ha rogado que no se lo diga. Y yo... No sé qué hacer. Como se las devuelven continuamente no he intervenido; yo tampoco es que lo haya visto, me comentaron esta situación en

la junta de la semana pasada. Nunca le había soltado algo tan directo e hiriente... Tenemos que encontrarlos.

Se detiene delante de la carpa.

—Enciende las luces. Hay dos niños ahí dentro, posiblemente peleándose —le dice al encargado. Él, un adolescente que masca un chicle con aburrimento, le pone cara rara.

—¿Qué luces, tío? La gracia del túnel del terror es que está todo oscuro. Ya sabes... Dar miedo y todo eso.

—Pues voy a entrar. —Me mira por encima del hombro—. ¿Vienes?

Asiento sin pensarlo dos veces y me concentro en la oscuridad de las escaleras que descienden al pequeño sótano. Sin que yo se lo pida, y como si supiera que lo necesito para no caerme de boca, Óscar me coge de la mano y entrelaza los dedos con los míos. Tira para apresurarme, aunque no tanto como para llevarme de cabeza.

No es el momento, lo sé. Hay dos críos a punto de abrirse la cabeza porque uno es un intolerante y desgraciado, y el otro adora a su madre tantísimo que moriría por ella, y no exagero. Pero la mano del Zorro es cálida, enorme y tremendamente masculina. Envuelve la mía y me transmite esa sensación con la que he fantaseado toda mi vida, incluso cuando estaba con Normand: la de estar protegida, la de tener a alguien en mi vida a quien de verdad le importa a dónde me dirijo.

De pequeña me encantaba dar la mano. Matty y yo íbamos en las excursiones al Retiro, al Palacio Real y al Museo del Prado con los dedos entrelazados. Si nos sudaban las palmas, cambiábamos y seguíamos hablando tan tranquilas. Pero luego llegó Normand, con su mano fría y dominante, y dejé de sentir que íbamos a alguna parte para dudar de todo, para desear que el suelo se abriera a mis pies antes de llegar a donde él quería que yo fuera. Con Matty confiaba en que, aunque nos perdiéramos, sabríamos volver. Con mi madre también. Con Normand, con mi padre... Ellos solo me daban la mano para que se notara menos que me estaban obligando a dirigirme a un lugar que yo odiaba y odiaría siempre. Por eso dejé de tomar la mano de los hombres. Y no solo sus manos, sino todo lo demás.

Pero con Óscar es otra experiencia.

Sé que es porque es gay. Porque un homosexual no me usaría. Y él en concreto no me haría daño, no me haría trizas el corazón, no me convertiría en su paño de lágrimas, su saco de boxeo o la persona con quien practicar sus burlas. Pero me sigo sintiendo como si fuera... especial.

No me fijo en por dónde vamos. No veo nada. Pero de repente, una puerta se abre y una persona perfectamente caracterizada como el loco de un manicomio se tira sobre nosotros. Lanzo un chillido que me sorprende incluso a mí misma, y hago algo aún más raro: tirarme a los brazos de Óscar, que demuestra tener unos muy buenos reflejos al abrazarme de vuelta.

—Lo siento —balbuceo, temblando. No sé por qué, si por la repentina aparición o porque me

haya cogido de la mano. ¿Por qué me ha cogido de la mano? ¿No puede ser gay y distante?—. Es que me he asustado.

—No pasa nada —responde. Suena muy cerca de mi oído, pero sus labios me hacen cosquillas en la frente—. Tengo que preguntar a los monstruos si han visto a los niños.

—¿A los monstruos? ¿Y eso qué significa, que vas a dejarme aquí?

—No. Ven conmigo.

No vuelve a darme la mano. En su lugar me pasa el brazo por la cintura y me pega a su costado. Su cuerpo se amolda al mío. El calor que retienen las prendas del disfraz me llega en oleadas, y pronto siento las palpitaciones de la conocida taquicardia en la cintura, en las costillas; ahí donde me está tocando.

Apenas oigo lo que pregunta a los monstruos. Solo escucho los gritos de los niños, sus risas nerviosas, los comentarios sobrados del típico que no se deja acongojar y entra para echarse unas risas... Los disfrazados no han visto nada, pero Óscar no se da por vencido. El aire bochornoso concentrado entre las paredes hace que empiece a costarme respirar y sude por la nuca y las axilas. Su mano sigue pegada a mi cadera. Grande. Como un ancla. Y con una seguridad tal que por un momento parece agarrarme casi con posesividad.

Posesividad, Óscar... qué ridículo.

—Los han encontrado y sacado —me anuncia unos minutos después. Su voz suena muy cerca—. Una de las profesoras se había dado cuenta de que se estaban peleando y se los ha llevado.

—Eso está bien... muy bien.

El grupo de niños que va detrás de nosotros es asustado por un par de monstruos por la espalda. Su respuesta es ponerse a chillar y echar a correr. No consiguen tirarnos y pisotearnos, pero sí que nos empujan con la suficiente violencia para mandarme a mí a una de las paredes.

Óscar choca conmigo y su reflejo es cogerme por las caderas.

—¿Te encuentras bien?

—Eh... —balbuceo, con la boca seca—. Sí... Es que hace mucho calor aquí. Y todo eso de... Bueno, nunca me han gustado las películas de terror.

—¿Tienes miedo?

Abro la boca para contestar, pero entonces sus dedos rozan mi frente sudorosa. Me quedo sin palabras al momento. En realidad, no sé si son sus dedos, solo que me está acariciando; que sea lo que sea con lo que me toca, recorre mi sien, mi mejilla, y termina en mentón.

—Estás sudando y temblando —susurra—. Joder, estás teniendo un ataque de pánico.

—No, no... Estoy bien.

—Tranquila, vamos a salir en un momento.

Su voz tranquilizante activa algo dentro de mí. Alargo la mano y me aferro a su muñeca ancha.

—Sí, por favor. Quiero... salir.

Me da la impresión de que él asiente. Hay luces suficientes en el túnel para que se intuyan las siluetas de los monstruos y sus terribles maquillajes fluorescentes, pero no veo a Óscar. Creo que se ha quitado el antifaz y usa la tela para limpiarme la cara, para secarme el cuello. Intento disimular que estoy hiperventilando, pero no es algo que se pueda controlar.

—Si lo llego a saber, no te meto aquí.

—Yo tampoco sabía que me daban miedo esas cosas. He entrado en las casas del terror de... de muchas ferias y... No tiene que ver con eso.

—¿Y con qué tiene que ver, Eli?

Trago saliva e intento respirar hondo. Un bloqueo en el pecho me lo impide, y él, como si supiera cómo me estoy sintiendo y lo que necesito, vuelve a acariciarme la cara. Un soplo de aire fresco, aunque sus dedos casi me quemen.

—No estoy acostumbrada a esto —murmuro.

—Yo tampoco —responde en el mismo tono.

No sé a qué se refiere, porque no sé a qué me refería yo en primer lugar. ¿A qué no estoy acostumbrada? ¿A derretirme por un hombre? ¿A sentirme bien y no poder evitar, a la vez, sentirme mal cuando me roza? ¿Por qué iría yo a decirle eso y por qué iría a él a sentirse identificado conmigo?

Me agarro a la fina tela de las mangas de su disfraz. Óscar se pega a mí y sus dedos me tocan el lateral de la nariz, la mejilla... solo que son más suaves, están húmedos y exhalan un dulce aliento mentolado. ¿Son sus labios? No pueden ser sus labios. Es gay, lo ha confesado; lo ha admitido, y mi corazón de se ha encogido agónicamente, harto de decepción, cuando lo ha dicho.

Esta es mi fantasía. Estoy fantaseando con que me besa. Solo en mis fantasías podría ocurrir.

Y sus dedos descienden cuidadosamente, resbalan por mi mejilla, dando una vuelta remolona por la línea del mentón, y parándose un segundo... un solo segundo... en la comisura de mis labios. Juraría que la yema de su índice suelta el aire contra mi piel. Juraría que tiene el tacto más delirante del mundo.

Pero ¿y si fueran sus labios? ¿Y si me estuviera besando la cara?

Entreabro la boca e inhalo con fuerza. Al suspirar, el aliento vuelve a mí, como si hubiera chocado con algo demasiado grande para atravesarlo. Con su rostro. Óscar está demasiado cerca y su cuerpo desprende esa energía masculina y dominante que normalmente me haría sentir impotente, pero que ahora solo me hace cosquillas en el estómago.

—Joder, Eli —masculla entre dientes.

Su voz hace que mi corazón se salte un latido y, de forma involuntaria, me pego a él. Óscar se pega más: nuestras prendas son tan finas, lo mío algodón y lo suyo poliéster, que siento mis pechos aplanados contra sus pectorales y un bulto ardiente en el estómago. Esto casi pasa desapercibido cuando un roce húmedo y sensual recorre mi labio inferior antes de que sus dientes lo

mordisqueen. Yo jadeo y me aferro a sus bíceps.

Y entonces lo sé; despierto del todo y caigo en que no eran imaginaciones mías. Sus labios han estado cerca y contra mi boca. Han pululado por mi frente y mi mandíbula. Se han detenido un segundo en zona prohibida. Casi me ha besado.

El alma se me sale del cuerpo cuando él roza sus caderas con las mías; cuando asimilo el contenido de ese «joder, Eli». Dos palabras. Solo dos palabras... y todo explota dentro de mí tan intensamente que no puedo seguir de pie, inmóvil.

Me escabullo por debajo de su brazo y, a trompicones, logro alejarme del pasillo. Óscar dice mi nombre unas cuantas veces, pero yo no me giro, y esta vez, los monstruos no me dan miedo. No hacen que me detenga. Ni siquiera pestañeo cuando se lanzan sobre mí.

Claro que no. Yo nunca le he temido a los monstruos con cicatrices, vestidos de lunáticos de psiquiátrico y maquillados hasta las orejas: a esos los ves venir. A mí me dan miedo los otros: los que no puedes reconocer a simple vista.

Capítulo 8

Ser o no ser (gay), esa es la cuestión

—Por fin te asomas a la piscina —suspira Edu—. La han abierto hace ya dos semanas y no te has pasado ni para la inauguración, ni para la fiesta de la espuma... No me digas que te da vergüenza que te vean en bañador.

Esbozo una sonrisa cortés mientras termino de sacar el correo de mi buzón. El calendario de la entrada marca el quince de mayo; un mayo demasiado caluroso para tratarse de Madrid, y perfecto para celebrar una boda.

—He estado liado con las clases y unos preparativos extra. Mi tío, el eterno soltero, se va a casar por fin... y como su pareja es de Madrid parece que quieren celebrar las despedidas aquí. Me han mandado a alquilar el local y buscar la decoradora. Una locura.

Edu se cruza de brazos y apoya el hombro en la taquilla de al lado, que resulta ser la de Eli Bonnet y Tamara Monzón. La sonrisa se atenúa en mis labios.

Es curioso cómo a veces basta con leer un nombre o ver a una persona para que te entre una inexplicable nostalgia en el cuerpo. Aunque, según tengo entendido, se siente nostalgia por algo que sucedió hace tiempo y no puedo contar ni veinte días desde que Eli me abandonó en el túnel del terror con un insoportable dolor de huevos y una cara de imbécil que todavía me dura.

Y me dura porque desde entonces hace todo lo posible por evitarme.

—¿Tu tío el eterno soltero?

Cierro la puertecilla y lo miro.

—El tío Juan ha vivido en casa de mis padres toda la vida. Se dedicaba a cepillarse a toda la población femenina de Mallorca hasta que descubrió que es gay. Se casa en dos semanas con un tipo diez años más joven.

—Vaya, conque tienes un familiar marica... ¿Sabes que hay *TED Talks* que dicen que la homosexualidad se transmite genéticamente? Solo que en algunos casos se manifiesta y en otros no, como los genes de los ojos azules y demás.

Edu puede no ser un experto en genética, pero desde luego es fantástico llevándose cualquier tema a su terreno. Aún me deja de una sola pieza con las sutiles maneras que tiene de indagar sobre mi orientación. No me sorprendería que pasara a la historia como el revolucionario del arte de la retórica.

—Ninguna de mis hermanas es lesbiana... por ahora —medito, excluyéndome deliberadamente—. Aunque están todas solteras menos una. Puede que sea justo por eso.

—¿Cuántas hermanas tienes?

Le hago un gesto con la cabeza para que me acompañe a la piscina.

Hoy, por fin, después de un par de semanas gritándole a Lali y a todo su equipo por teléfono — que si ve y reserva, que si echa fotos y me las mandas, que si habla con mi amigo Tomás que es el mejor en temas de cáterin— tengo la oportunidad de pasar un rato tendido a la bartola. Aún no he visto la piscina, pero sí me he fijado en que a Eli le gusta ir con una copa de vino, una pamea y un libro. Es así como me la encuentro nada más poner un pie en la zona recreativa del edificio.

Hay dos piscinas, una para críos y otra que tiene hasta tres metros de profundidad, ambas revestidas con azulejos azules. En torno a ella queda suficiente espacio para desplegar unas cuantas tumbonas a rayas, sombrillas para resguardarse del sol y un par de duchas. Parece que un sábado por la mañana nadie madruga para darse un chapuzón: Álvaro, un colega del primero, está haciéndose unos largos, Tamara y Susana charlan mientras tragan doritos casi sin masticar y Eli lee algo apartada.

No levanta la vista cuando entro, y tampoco es que lo espere. Pero reconozco que, si desde mucho antes de ese brote que tuvo me habría gustado ser irresistible para ella, ahora estoy desesperado por hacerme notar. Sobre todo cuando va en bañador.

Debería haber imaginado que no es una chica de bikinis minúsculos. Lleva un bañador celeste de cuerpo entero y un pareo. Estoy seguro de que se taparía más si estuviera socialmente aceptado en una piscina donde es obligatorio ir casi desnudo. Me arranca una sonrisa la pulserita tobillera que se apoya sobre su empeine, y que tenga las uñas de los pies a juego con los de las manos. Le gustan los colores pastel.

—¿Óscar? —insiste Edu.

Pestaño hacia él y hago memoria. ¿Qué me había preguntado...? *Ah*.

—Cuatro —contesto. Dejo la toalla sobre una de las hamacas libres, una lo bastante cerca de Eli para que me oiga, pero también lejos para que no tengamos que saludarnos—. Todas mayores que yo.

—Vaya... —Tuerce la boca—. Eso explica muchas cosas.

Disimulo una carcajada aprovechando que tengo que quitarme la camiseta. Pobre Edu: acaba de darse cuenta de que toda esa lista de aficiones y gustos personales que ha anotado sobre mí puede tener su origen en la influencia de mis hermanas, y no estar intrínsecamente relacionada con mi «gen gay».

—Bueno —repongo con humor—. No sé hasta qué punto me obsesioné con *Sailor Moon* y los accesorios de las *Polly Pocket* por ser el menor de un cuarteto de niñas, a cada cual más femenina; estoy seguro de que tuvo que ver también mi personalidad. Pero si me sé de memoria el

guion de *El Diario de Noa* y me he leído todas las novelas románticas del mundo, no ha sido porque me lo pidiera el cuerpo. Tenía que hacerlo para poder hablar con ellas de algo. O porque si no me cortaban los huevos. Ya sabes... Adáptate o muere.

—Dímelo a mí. Mi padre es un fanático del fútbol y me pasé toda la adolescencia fingiendo ser del Real Madrid. Por lo menos puedo camuflarme entre heterosexuales durante un rato. Alguna que otra vez he tenido que hablar de saques de córner y de los mejores centrocampistas de la historia.

—Que serían Iniesta y Zidane —apunto.

—Y el mítico Maradona —añade él—. ¿Qué hacen tus hermanas? ¿A qué se dedican?

Al darme la vuelta para dejar las chanclas a la sombra, pillo a Eli mirándome de reojo. Ella se hace la sueca enseguida, devolviendo la vista al libro.

«Nena, nena...».

—Violeta es crítica musical. Estudió en un conservatorio y estuvo un tiempo en una orquesta —respondo en voz alta—. Eulalia organiza bodas desde los ocho años (en esa época lo hacía gratis y ahora cobra una millonada), Caliope ayuda en la floristería familiar y Allegra es famosa por sus vestidos de novia. Mi tío también ha estado metido en el mundo de las flores hasta ahora. Parece que se viene a vivir a Madrid, aunque la boda la celebrará en Valldemossa.

Ladeo la cabeza hacia Eli.

—Necesito a alguien que me ayude con el cáterin de la fiesta de compromiso —comento—. Los amigos de mi hermana están muy ocupados. ¿Eli?

Por fin se gira hacia mí y prueba a sonreírme con algo parecido a la cortesía.

La verdad es que después de haber compartido toda mi vida con cuatro mujeres —cinco, si cuentas a mi madre—, aprendes a verlas venir. Las entiendes. Sabes más o menos cómo funcionan. Pero no tengo la menor idea de qué pasa con Eli. No sé si está enfadada porque intenté besarla o sobrepasada.

¿Traumatizada?

Joder, espero que no.

—¿Cáterin, dices? —pregunta en tono suave.

Parece que con la comida estamos en terreno neutro.

—Voy a darme un baño —anuncia Edu—. Os dejo con vuestros planes culinarios.

La excusa perfecta para sentarme en el borde de la hamaca colindante a la suya y molestarla un poco.

Al ver que me acerco, ella cambia de postura con cierta incomodidad. No baja el libro, señal de que pretende despacharme rápido.

—Necesitaría una mano con eso. Vamos a alquilar un local para celebrar una pequeña fiesta en honor a los novios. Lo tengo todo listo y preparado salvo por la comida. Había pensado en

Tamara y en ti.

—Lo siento, pero estamos muy ocupadas. En mayo hay muchas bodas, graduaciones...

—El otro día oí a Tamara quejarse de que tenía demasiado tiempo libre y eso le molestaba porque lo invertía en comer.

Ella se ruboriza.

No me gusta exponer a la gente, ni tampoco hacerme el listo, pero si se cierra en banda voy a tener que arrinconarla. No se me da bien vivir alrededor de gente que por algún motivo me rehúye.

—¿Por qué no vas a hablarlo con ella? Está justo ahí.

—¿Y por qué no lo hablo contigo? ¿Te ha dicho el horóscopo que tienes que ignorarme hoy?

Eli sigue con la vista fija en la página. Sostiene el libro con fuerza.

—No puedo escucharte y leer al mismo tiempo.

—Llevas media hora en la misma página. Parece que lo que no puedes hacer es compartir espacio conmigo.

Claudica por fin.

Cierra la novela y la deja a un lado para lanzarme una mirada airada que, casi sobre la marcha, se transforma en una llena de cautela.

¿Cuándo le he dado a entender que debe ser cautelosa conmigo? No me pasé de zorro en el túnel del terror, y si lo hice, fue por exigencias del disfraz. Como docente, es mi deber tomarme muy en serio las actividades extraescolares.

—Si quieres que me encargue del cáterin, escribe una lista con los alimentos a los que los invitados son alérgicos, intolerantes o no muy asiduos, anota cuántos asistirán, remarca gustos personales y añade una temática si la precisas. Tenemos menús aptos para veganos, celíacos, intolerantes a la lactosa, alérgicos al marisco, e incluso unos adaptados a dietas hipocalóricas. La hora en que se celebre es muy importante: de eso dependerá si se añade vino y cuánto dulce nos podemos permitir.

—Veo que no te importa hablar de menús. ¿Solo puedo comunicarme contigo si la conversación va sobre eso?

Ella coge aire y lo retiene un momento en el pecho.

—¿De qué otra cosa querrías hablar?

—Tal vez de lo que pasó en el colegio.

Eli pestañea una vez.

—Claro. Espero que hayas cambiado de opinión sobre la forma en que vas a abordar el tema de Eric —dice, muy lentamente—. Creo que deberías comentarle a Susana que a su hijo le hacen *bullying* usándola a ella como cepo.

Una sonrisa incrédula asoma a mis labios.

Eli no es la más perspicaz cuando se trata de evitar temas indeseados, pero desde luego sabe cómo huir. Me pregunto si es un talento innato o algo que tuvo que aprender.

—Hablé con Eric y Fernando y más o menos lo solucionamos en el aula. No son mis alumnos, así que si la tutora no quiere concertar una cita con la madre, yo no puedo hacer nada por ellos. Aun así, si la situación empeorase, pediría una tutoría especial. También podría abordarla en el ascensor, pero creo que sería muy incómodo para los dos... y tengo entendido que las mujeres se ponen muy nerviosas cuando lo hago.

Ella desvía la mirada. Yo estoy a punto de hacer lo mismo.

No sé qué pretendo, ni si estoy jugando a algo, ni tampoco comprendo por qué se comporta de esta manera. Vivo en tierra de nadie.

—Tú eres el profesor. Sabes más sobre estas cosas que yo —declara, recogiendo sus cosas rápidamente y poniéndose de pie—. Si no te importa, voy a hablar con Tamara.

—Eli...

Ella se detiene un momento, ya de pie. Lleva el sombrero en la mano, las gafas colgando del escote, y un bañador que aunque no es lo más provocativo que he visto en mi vida, basta y sobra para inspirarme.

Se me olvida dónde estoy y con quién al examinarla de arriba a abajo. Piernas y brazos largos, vientre plano, caderas redondas. Y como en un flashback, recuerdo que por un segundo pensé en bajarle los pantalones en medio de una atracción para niños.

Joder, se excitó conmigo. Sé que le gusto, pero parece que no le intereso. Y es la primera vez en mi vida que me pasa algo así. Ni se me habría ocurrido que esas dos cosas pudieran ir separadas.

Eli cambia el peso de pierna y se ruboriza. Lo capto: mis ojos han pasado demasiado tiempo en su escote y soy consciente de que lo que pienso se refleja bastante bien en mi cara. Farfulla algo incomprensible y se marcha precipitadamente, y al girarme para ver dónde va, me fijo en que todo el mundo nos está mirando.

Qué raro.

Suspiro y me quedo un rato sentado con los codos sobre los muslos y los hombros hundidos.

Es verdad que me prometí que la dejaría tranquila; no solo porque ella dijera con pocas palabras que ha tenido malas experiencias con los hombres que la usan y la tiran, justo lo que yo pretendía hacer —no con esas palabras tan desagradables, soy algo más caballeroso—, sino porque me recuerda a alguien y no creo que sea saludable en lo absoluto enrollarme con una persona que es la representación del fracaso de mi vida. Pero ahora no puedo.

Es posible que mi interés solo traiga problemas. Es obvio que ella los tiene y yo confío en mi derecho a no involucrarme con los quebraderos de cabeza de otros. Eso siempre, *siempre* sale mal. Pero no quiero pensar que le ha pasado algo terrible. Estoy decidido a mantener que

simplemente es tímida, que la abrumé al acercarme a ella de golpe después de haber pasado semanas aceptando que me hubieran adjudicado el papel de gay, y que no era el lugar propicio. Pero parece que la piscina tampoco lo es, ni el rellano, ni el portal, ni ningún sitio.

Un suspiro capta mi atención.

Álvaro, el hijo de los Román —y lo llamamos así porque vive con los Román, sus padres, cuando tiene edad de sobra para ser propietario— se acerca mientras se seca precariamente el pelo. Con la confianza que le otorga haberme derrotado diez veces al *League of Legends* y al FIFA durante todas las tardes libres desde que nos conocemos, se sienta a mi lado.

—¿Sabes qué me acaba de decir la mexicana?

—¿Me vale verga? —pruebo—. Le encanta decirlo.

Álvaro sacude la cabeza. Unas gotas escapan de las puntas de su pelo castaño oscuro.

—Me ha dicho que me dé unos cuantos paseítos por delante de ti. Quiere averiguar si te gusto. —Se pone una mano en la cintura y otra detrás de la cabeza—. ¿Qué me dices? ¿Soy tu tipo?

Álvaro está igual de perdido en cuanto a mi orientación sexual, pero como le importa un carajo jamás me ha preguntado directamente y sé que no lo va a hacer. No solo porque sea algo que pasará desapercibido entre nosotros como buenos vecinos que somos —no afecta en nada a nuestra floreciente amistad—, sino porque es uno de esos tíos de la vieja escuela que creen que «hay cosas que no se dicen». Estoy seguro de que una conversación sobre la homosexualidad le resultaría muy incómoda. No es intolerante. Es solo que no está muy familiarizado con el tema y no sabría qué decirme. Con lo bocazas que es, tal vez me diera su más sentido pésame, o me preguntaría qué problema tengo con las mujeres, si son unas criaturas maravillosas. Eso no excluye, por supuesto, que se lo pase de lujo tonteando con Edu. Es un provocador, y la pose de mujer francesa que acaba de poner lo demuestra.

Una lástima que no sea él la mujer francesa que me importa.

—¿Por qué no te paseas y lo comprobamos? Darcy decía que el ejercicio hacía brillar los ojos de Elizabeth Bennett, seguro que capto en ti un encanto especial después de un rodeo a la piscina.

Álvaro arquea una ceja.

—¿Le has hablado a Tamara de Darcy? Presupongo que no, o de lo contrario no tendrían ya la menor duda de que eres bujarrón.

—Les he hablado de novelas eróticas y de comedias románticas. Darcy es lo de menos. Incluso tú te lo has debido leer si has entendido la referencia.

—He visto la peli y la madre era un descojone. —Se palmea los muslos—. Bueno, me voy a levantar para que puedas mirarme con deseo. Quiero pillar un refresco. ¿Te apetece que te traiga algo?

Aunque «pille refrescos» y diga otras cosas como «tío» y «chaval», Álvaro es mayor que yo, hace bastante desde que se separó —tema del que nunca quiere hablar— y está más salido que un

adolescente. No me extrañaría pillarlo matándose a gayolas en su habitación con una revista Playboy. Si no lo hace, es porque es un tipo bastante atractivo y candidatas para una cita nocturna no le faltan. Se da un aire a Matthew McConaughey que lo hace perfectamente digno de mi deseo, así que solo por eso me preocupo de darle un repaso bajo la atenta mirada de Tamara y su escuadrón de curiosos. Este incluye a Eli, a la que le doy un repaso mayor cuando no están mirando.

Se parecen tanto... Debe ser eso lo que me llamó la atención de ella a simple vista. Las paletas ligeramente separadas, el pelo liso aunque algo abombado por las sienes; esa tendencia a caminar como si no quisiera emitir el menor sonido. El ascensor aún no se había quedado varado y yo ya sabía que tenía que mantener la distancia con la curiosa y tímida inquilina. Pero abrió la boca y no pude resistirme a seguirle el juego.

Sacudo la cabeza y entonces me fijo en el libro que estaba leyendo. Ha marcado la página con un trozo de papel doblado. No es una historieta romántica, sino la novela más famosa de Julio Cortázar: *Rayuela*.

Reconozco que a mí también me han dado ganas de echarle un ojo a la obra del escritor. Que la calle en la que vivimos se llame así y se renueve una frase de su autoría mensualmente para hacer más llamativo el portal resulta inspirador. Pero si no tengo tiempo para descifrar a Eli, menos aún para leer.

No debería cotillear, pero la abro por una página al azar y observo que ha subrayado casi todo un párrafo.

«Alguna vez había creído en el amor como un enriquecimiento, como una exaltación de las potencias intercesoras. Un día se dio cuenta de que sus amores eran impuros porque presuponían esa esperanza, mientras que el verdadero amante amaba sin esperar nada fuera del amor, aceptando ciegamente que el día se volviera más azul y la noche más dulce y el tranvía menos incómodo».

Involuntariamente, y muy despacio, levanto la barbilla hacia ella. Está al otro lado de la piscina haciendo el tonto con Tamara.

Ahí no hay solo una persona que no conozco: hay varias. Todas ellas, de hecho. No sé qué siente Edu ni con qué sueña Tay, ni qué opinión tiene Susana sobre las cosas... pero no me importa. Solo quiero saber qué pasa *con ella*. Por qué subraya lo que subraya, por qué se enfada si crees que solo hay un amor para ti en esta vida; por qué me mira cuando no la miro, pero odia que yo le preste atención.

En serio, no quiero pensar que le han hecho daño. No la conozco lo suficiente para que eso me afecte y, sin embargo, de alguna manera, me parecería injusto e incluso antinatural que le hubieran partido el corazón.

Cuando la vi la primera vez detecté en ella esa adorable vulnerabilidad de las buenas

personas, de las que aman intensamente y se lo guardan porque temen molestar a los demás con sus sentimientos; de las que prefieren demostrar su afecto a buscar las palabras perfectas para expresarlo. Y quienes responden a esa descripción solo merecen cosas buenas.

El juego entre Tamara y Eli, que consistía en empujarse hacia el borde de la piscina, concluye catastróficamente: Eli cae al agua con un chapoteo que ni siquiera suena. Tay y Edu sueltan una carcajada antes de enzarzarse en una nueva conversación; Susana vuelve a colocarse las gafas, se planta los auriculares y despliega la revista de cotilleos.

Yo me quedo mirando el agua con el ceño fruncido. Ese ceño se acentúa al ver que pasan unos segundos y Eli no sale.

Casi medio minuto y Eli no asoma la cabeza.

Me levanto rápido y camino hasta el borde de la piscina. Al ver que hago amago de meterme, Tamara corta la conversación y me dirige una mirada dudosa que no tarda en convertirse en una mueca de preocupación.

Entonces se le descompone la cara completamente.

—¡Verga! —grita—. ¡Eli no sabe nadar!

Mascullo un «joder» incomprensible antes de lanzarme. La piscina es lo bastante honda para que una persona de metro setenta se ahogue si no sabe cómo salir a la superficie. Al abrir los ojos bajo el agua me queda claro que lo ha intentado. No deja de patalear incluso cuando la cojo por la cintura y me impulso desde el fondo para sacarla. Para ese momento, Edu y Tamara ya están gritando desde el borde.

Con ayuda de los dos, logro tenderla en el suelo.

—Se ha desmayado —balbucea Edu—. ¡Casi matas a la niña!

—¡Pero qué vergas dices!

—¡Sabes que no sabe nadar ¿y la empujas?!

—¡Se me fueron las cabras!

—¡Pues espero que no se te vayan cuando se trate de las alergias de tus clientes, porque si no te van a meter una denuncia que te vas a cagar por las patas abajo!

Mientras los dos discuten a grito pelado y dan vueltas alrededor de Eli, yo me arrodillo a su costado y, sin pensarlo dos veces, aplico la RCP.

Si me hubieran dicho que para besarla tendría que haber estado a punto de ahogarse en una piscina por culpa de su mejor amiga, no me lo habría creído, pero ahí estoy yo: intentando llenar de aire sus pulmones, y por lo visto, con suficiente éxito para que unos segundos después empiece a escupir agua.

La ayudo a incorporarse tomándola por la nuca.

—¿Estás bien?

Eli pestañea varias veces, desorientada. Sigue tosiendo durante casi un minuto. Tiene los ojos

colorados, el pelo pegado a la cara y está tan pálida que no puedo controlarme. Un ridículo instinto de protección que no sabía ni que tenía hace que la envuelva con mis brazos.

A ella se le escapa un sollozo muy cerca de mi oído.

—Tranquila. Ven... intenta ponerte de pie.

Por primera vez desde que la conozco —y probablemente en su vida—, Tamara permanece en silencio, quizá porque sabe que la ha liado a lo grande y un «lo siento» no basta para solventarlo. No hace ni el ademán de acompañarme al interior del edificio, donde la temperatura y el silencio la ayudarán a tranquilizarse.

Estoy seguro de que arderé en el infierno porque esto me haya dado la perfecta excusa para abrazarla por la cintura.

—Necesito... —Inhala hondo.

—Apóyate en mí.

«Aprovechado».

Pero ella también se aprovecha, así que no me siento del todo mal. Tiembla tanto que para que no se caiga tengo que sostenerla con fuerza. Para cuando conseguimos refugiarnos en el pasillo, ella ya camina en línea recta y esconde la barbilla en el pecho.

Y de repente, coge aire y se aparta de mí como si acabara de lanzarle una descarga.

—Gracias por... eso —balbucea—, y lo siento.

—¿Lo sientes? ¿Por qué?

—Siento que hayas tenido que hacer... que hayas tenido que... —Me mira con una seguridad de pega que me hace sentir extraño—. Bueno, sé que eres gay y no ha debido ser agradable hacerme el boca a boca, así que agradezco que... hayas hecho el esfuerzo.

Su respuesta me cae como un jarro de agua fría. *Helada.*

¿Gay?

¿Ella me ha dicho que soy gay?

—¿Cómo?

—Sí, eso —insiste, en voz alta—. No te preocupes, no lo he interpretado como nada raro porque ya sé que no te van las mujeres.

—Eli...

Soy consciente de que sueño como si estuviese haciendo una advertencia. Doy un paso hacia delante, preparado para sacarla de su error, pero entonces lo veo en su cara, en sus ojos aterrorizados: no hay error.

Se lo está inventando para salir ilesa. Para quitarme del medio.

—Me voy a casa —tartamudea—. Necesito... tumbarme un momento.

—Eli... —insisto.

Sacude la mano.

—¡Hasta luego!

Se da la vuelta y echa a andar apresuradamente. Tropezaba un par de veces y va haciendo eses, pero no se para ni mira por encima del hombro.

Sin pensarlo demasiado, voy detrás de ella. Estoy decidido a desmentir lo que acaba de decir por primera vez desde que vivo aquí, aunque sepa muy bien lo que soy y lo que me gusta; aunque parezca incapaz de asumir que pueda estar interesado. Pero reculo en el último momento, recordando que acaba de vivir unos segundos traumáticos y no está en condiciones de nada.

«Sé que eres gay».

Y al decirlo, me ha mirado como pidiéndome que lo sea. *Rogádomelo.*

¿Por qué? ¿Qué es lo que pasa?

Capítulo 9

Porque existes

Tamara vuelve a carraspear. Y digo «vuelve» porque lo ha hecho quince veces en el último minuto y medio, lo que ya tiene bastante mérito. También me ha pedido en diez ocasiones que le pase cosas que no necesita para elaborar los postres, como el aceite, el salero, el vino blanco, un ibuprofeno de seiscientos gramos, vaselina para los labios, la tarjetita de contacto de una compañía de seguros que ha visto que me sobresalía del bolsillo del vaquero y una pinza para el pelo. No he hecho ningún comentario ni siquiera cuando he visto que la cogía, se quitaba la que llevaba puesta y se plantaba la mía solo para llamar mi atención.

No tengo muchas virtudes, pero una de las que no se me pueden negar es que sé desquiciar a la gente con mi silencio. Sobre todo a Tamara, a la que reto con frecuencia a mantener el pico cerrado y lo único que consigo es que se ponga colorada, luego morada y explote a los veinte minutos con algo como «¿Sabes que hay una medusa inmortal? Se llama Turrítopsis y repite su ciclo vital eternamente. ¿No te da rabia que el único animal que vive para siempre sea una medusa asesina?».

Pero esta vez no lo ha hecho, y se va a cumplir una semana desde que no nos dirigimos la palabra.

Yo podría seguir así un rato más. Se agradece trabajar en silencio. Pero Tamara no opina lo mismo y no sabe qué hacer para sonsacarme una palabrita, para recordarme que está ahí: no me sorprendería que se sacara la camiseta y el sujetador y se señalara las tetas al grito de «eh, tengo un tumor» para llamar mi atención.

Desde luego, sería de muy mal gusto. Pero ella no tiene tan claro con qué se puede y con qué no se debe bromear, y lo digo porque hace tan solo unas horas me ha dicho que su abuelo ha muerto para ver si mordía el anzuelo. Una ocurrencia muy poco creíble, porque conozco a su yayo y puedo jurar que la medusa Turrítopsis no es el único animal inmortal del mundo. Ese hombre sobreviviría a una crisis nuclear como la mejor de las cucarachas... aunque es mucho mejor que una cucaracha. Es un tipo genial, espero que no se me malinterprete.

—¿En serio seguís así? —interrumpe una voz burbujeante—. ¿Cuándo os vais a hablar?

Me giro hacia Matilda sin pronunciar palabra.

Anteayer regresó de su viaje a Estados Unidos cargada con un bolsón de ropa interior estampada con las cincuenta estrellitas de la bandera: es bastante original para hacer regalos. No le gustó encontrarnos de morros e intentó sonsacarnos qué había pasado, pero Tamara estaba demasiado avergonzada y yo preferí engatusarla para que me hablara de su experiencia. Una mucho más agradable que estar a punto de morir bajo el agua.

Extiendo el brazo hacia ella.

—¿Está todo?

—Sí, todo lo de la lista. También he comprado esas galletitas de *Los Simpson*. Me encantan. Y los pastelillos recubiertos de crema... y puede que también esa bolsa de chuches de diez euros que siempre nos zampamos para ver películas de Nicholas Cage —añade esperanzada—. Hoy es viernes. Noche de pelis. Quiero ver *Arizona Baby*. Se mantiene, ¿verdad? Es tradición.

Siento los ojitos de perro pachón de Tamara sobre mí.

—No se mantuvo cuando te fuiste a Estados Unidos —resuelvo—. Por un día no va a pasar nada. Además... A las siete empieza la fiesta de compromiso del tío de Óscar y tenemos que estar dando de comer a los novios.

Matilda arruga el ceño.

Es toda una muñequita, con sus vestidos de pana o de damasco, sus blusas con el cuello de bebé y sus botines estampados o zapatitos de charol. Si los niños se pierden en supermercados al menos una vez durante la infancia, a ella debió abducirla una boutique pin-up con ropa de señora. Es adorable y la quiero con locura, sobre todo porque llevamos toda la vida juntas, pero prefiero tenerla bien lejos de mí cuando intenta salirse con la suya haciendo pucheros.

—Venga ya, ¿qué fue lo que pasó? —se queja—. ¿Tan grave es?

—Elisenda no tiene sentido del humor —espetea Tamara, muy digna—. Le he pedido perdón y he hecho veinte ofrendas de paz, pero le vale vergas.

—¿Qué será eso que escucho? —comento en voz alta—. Voy a cerrar la ventana. Parece que hay corriente.

—Si te ignora debe ser porque has hecho algo grave —apunta Matty.

—A huevo que la cagué, pero tampoco es para tanto. Dile a tu amiga que no puede haber dos *drama queens* en este negocio, y yo me agencié ese puesto hace mucho tiempo. Ahora se amuela.

Matty me mira.

—¿La has oído?

Me encojo de hombros.

—¿Ves? —exclama Tamara—. ¡Capricornio tenías que ser!

—En realidad es Acuario —anota Matty—. Aunque deberíamos mirar si tiene la luna en alguna posición especial, porque no es normal que Eli se ponga así. Voy a buscarlo en Internet.

—Internet no te va a decir nada que no sepa ya. Sus amigas y los sentimientos ajenos le valen

tres hectáreas de verga —espeta—. La morra es capaz de pasar de mí una semana entera y mirarme por encima del hombro como si ella nunca me hubiera hecho el feo. Pero claro, ¿qué se puede esperar de alguien que huye de todos sus problemas, incluso de los que aún no le han ocurrido?

Trato de ignorar el vuelco que me da el corazón en el pecho y sigo picando la cebolla. A lo largo de los años he aprendido a discutir conmigo misma lo que no me atrevo a decir en voz alta, solo para desahogarme, pero si me diera la garganta para ponerla en su lugar, empezaría preguntándole de qué demonios va.

—¿Cuál es tu definición de amistad, Matilda? —le pregunto, alzando la voz por encima del refunfuño de Tamara—. La mía incluye no intentar matar a mis amigos.

—¡Putra madre! ¡Se me olvidó que no sabías nadar! ¡Me lo contaste el día que aprendimos a hacer el suflé salado en el curso de cocina y de eso ya llovió!

—Pues a no ser que se te haya olvidado cómo hacer el suflé salado, no entiendo cómo se te pudo pasar algo que te conté durante su elaboración —mascullo.

—¡No formaba parte de los ingredientes, y...! ¡A huevo! —Me señala con el dedo—. ¡Me has hablado!

Se me desencaja la mandíbula por acción de una palabrota que quiero soltar. La retengo a tiempo mordiéndome la lengua.

—Vale... —Matty carraspea—. Parece que tiene la luna en Escorpio, y eso significa que sus emociones han alcanzado unas cotas muy altas.

—Ora, ¿qué emociones? Si es más fría e indiferente que un esquimal —rezonga—. Vive en la Antártida y en un iglú con veinte ventanas.

Sigo cortando cebolla sin prestarle la menor atención.

—Hay que vigilar la tendencia a sentir celos, venganza, obsesiones... Todo se siente a la enésima potencia. Dice que en un par de días tendrá la luna en Sagitario y sentirá deseos de expansión, así que es importante que no se cierre demasiado. —Baja el móvil—. No te cierres, Eli.

—Que no se cierre... ¡Oíla! —bufa Tamara—. ¡Buena suerte! ¡Además de aburrida como una ostra, está más cerrada que una!

Matty abre mucho los ojos. El cuchillo deja de moverse y yo también.

Ladeo la cabeza hacia Tamara.

—¿Por qué no te vas a la mierda? —mascullo entre dientes—. O, mejor: ¿por qué no te vas de mi casa?

—¿Perdona?

—A ver, a ver, a ver... —Matty alza las manos—. Tranquilidad en las masas. Y suelta ese cuchillo, Eli. Los objetos punzantes no traen nada bueno, te lo puedo prometer.

—Estoy harta de ti —le espeto a las narices—. Estoy harta de que todo en tu vida se resuma a divertirme a costa de los demás.

—¿Qué dices?

—Me dejas a mí todo el trabajo para poder pasar más tiempo revoloteando alrededor de Óscar, haciéndole estúpidas confianzas a Edu y quién sabe qué más. Cada vez entras menos a la cocina y tu único tema de conversación es qué sucede en esta comunidad. Y ya lo último fue intentar ahogarme para averiguar si un tío que ya te he dicho que no me interesa es o no gay.

Tamara abre la boca de par en par.

—¡No mames! ¿De verdad te crees que te tiré al agua por eso? ¿Me ves capaz de algo así?

—¡Te veo capaz de lo que eres capaz, Tamara! ¡Me hiciste pensar que habías metido marihuana en un bizcocho, me obligaste a ir a la maldita clase de yoga y me encerraste en un puñetero baño! ¡Y sabes perfectamente que no sé nadar! —exclamo, apuntándola con el cuchillo—. ¡Qué casualidad que lo hicieras justo cuando Óscar apareció en la piscina! Se tuvo que tirar él a buscarme y no moviste un dedo ni me acompañaste a casa; nos dejaste solos porque eso es lo que llevas intentando que pase desde que se asentó en el 4°C. Podría haberme muerto allí mismo porque estás obsesionada con que le eche un polvo... ¿y yo soy la mala amiga? ¿Qué pasa en tu cabeza?

Suelto el cuchillo en el fregadero y marchó al salón dando zapatazos. Entre los vapores de la cocina, que he estado cortando cebolla y me he tomado una copa mientras preparaba los entrantes, tengo los ojos colorados, sudo por todas partes y me duele la cabeza. Esto es justo lo que me faltaba: una discusión. Con lo que odio las discusiones.

Cruzo el apartamento totalmente dispuesta a salir a dar un paseo para despejarme. Tamara me detiene gritando desde la cocina.

—Te lo creas o no, no hice eso para acercarte a Óscar. Pero ya de paso, ¿sabes qué te digo? Que eres una cobarde —suelta—. Óscar te gusta y es evidente que tú también a él, y lo único que haces es huir. Alejarte. Justo como estás haciendo ahora. No es que no te guste la confrontación, Eli; es que no te gusta estar viva. ¿O es que hay otra explicación a que te evites todo lo bueno para ahorrarte lo malo?

La miro por encima del hombro, tan tensa que siento cómo se me resienten los músculos del cuello y la espalda.

—¿Y qué se supone que es lo bueno? ¿Acostarme con el vecino? ¿Te has parado a pensar que a lo mejor yo no me muero por encontrar el amor o follarme a un desconocido?

—¡Esto no tiene nada que ver con acostarse con nadie! —exclama, desesperada. Hace tantos aspavientos que me extraña que no le haya dado un golpe a algo—. ¡Tiene que ver con que por culpa de un cabrón ya no quieres estar con nadie, y eso no es ni justo ni debería ser así!

—No quiero hablar contigo.

—No, no quieres hablar conmigo, ni quieres escucharte a ti, ni quieres ver a los demás, ni quieres nada. Eso es lo que te dices para quedarte tranquila, pero a la hora de la verdad sigues siendo una persona humana con sentimientos y deseos, y resulta que te mueres por ese *wey*. —Y apunta la puerta—. Yo solo intento....

—¿Ahora vas a decirme que haces todo esto por mí? —interrumpo—. Solo te importas tú misma, Tamara. Te lo pasas de maravilla cotilleando con Edu, es tu pasión; lo hacías antes de Óscar y lo harás cuando te aburras de él, independientemente de si alguien está interesado en tu víctima o no. ¿Me criticas porque vivo mi vida de forma pasiva? ¿Qué hay de ti, que todo lo disfrutas en diferido, pegando las orejas a las puertas y follando con tíos de discoteca a los que no vuelves a ver?

Ella pestañea varias veces. Deja caer los brazos contra las caderas.

—¿Eso es lo que piensas de mí? —murmura.

—Chicas... —empieza Matty, inmóvil.

Ninguna de las dos le prestamos atención. Tamara y yo nos quedamos mirándonos en la distancia, las dos con los puños apretados y la mandíbula rígida.

Ella es más fuerte y temperamental que yo, está acostumbrada a alzar la voz... pero no a mí. Por cosas como esta no me gusta abrir el pico cuando me enfado. Por eso hay que evitar las discusiones. Uno dice cosas que no piensa, o peor: cosas que piensa pero no es justo decir. No tenía la menor intención de hacerle daño, pero lo dicho ahí se ha quedado y no voy a dar un paso atrás.

—Estoy cansada —concluyo, sin voz—. Me alegro de que hayas encontrado en Óscar una fuente de entretenimiento, y me alegro más aún de que él te permita divertirse a su costa, pero que me hayas metido a mí en tus experimentos ha sido pasarse de la raya. Si no quiero acercarme a un hombre por los motivos que sean, tú no vas a obligarme a hacerlo. No eres mi hada madrina, ni Cupido; eres mi amiga y deberías respetarme.

—Eli, espera... —interviene Matty.

El portazo entrecorta su largo suspiro y un sollozo quebrado de Tamara. Nada más cerrar, apoyo la espalda contra la puerta y cierro los ojos un segundo.

«Pero claro, ¿qué se puede esperar de alguien que huye de todos sus problemas, incluso de los que aún no le han ocurrido?».

«No es que no te guste la confrontación, Eli; es que no te gusta estar viva. ¿O es que hay otra explicación a que te evites todo lo bueno para ahorrarte lo malo?».

Me abrazo a los hombros y me permito estremecerme de pura rabia. No hacia Tamara; por suerte o por desgracia para ambas, la conozco de sobra para saber que incluso cuando es hiriente solo intenta abrir los ojos a los demás. Y lo ha conseguido, porque todo este coraje que lleva años arraigado a mis entrañas tiene un único culpable y naturalmente no es ella. Soy yo. Le he abierto

las puertas, lo he dejado crecer, y ahora me está ahogando.

Tiene razón. Tiene toda la razón.

La puerta del vecino se abre y Óscar aparece con una bolsa de basura en la mano. Se me encoge el estómago al verlo, y él tiene una reacción similar: se queda parado bajo el umbral, mirándome como si fuera un fantasma.

Lo que me faltaba.

—¿Eli? —murmura, dudoso—. ¿Qué pasa?

—Es tu culpa —le espeto, señalándolo—. No deberías haber pedido la tortilla con cebolla.

Si hay algo peor que tener que volver a casa después de una discusión y actuar como si nada, no quiero saberlo. Pero esta es la vida adulta, parece que eso es de lo que va: de hilar una cosa que odias con otra, y luego con otra, y así hasta que llega el día de la declaración de la renta y te das cuenta de que existir merecía mucho más la pena cuando eras una cría, le tirabas de las coletas a tu amiga en el recreo y a la hora de volver a casa ya ibas cogida de su mano, riéndote como si nada. A Tamara le he tirado de algo mucho peor que las coletas, porque cuando vuelvo, ha decidido prescindir del ritual de llamar mi atención y se mueve por la cocina como si no quisiera que me diera cuenta. Sin rozarme. Sin mirarme.

Terminamos de empacar la comida gracias a la colaboración de nuestro ayudante habitual y la subimos al camión a las seis y media. Tenemos treinta minutos para ponerlo todo en bandejas y en las mesas del bufé y para perdonarnos, por lo menos mientras nuestro sueldo dependa de cómo nos compenentremos durante la fiesta.

—Tregua hasta las doce —digo yo, una vez montada en el coche.

Tamara ladea la cabeza hacia mí. Está guapísima con la sombra de ojos oscura y los labios pintados a juego con el uniforme burdeos.

—No necesitas hablar conmigo para servir.

—¿En serio vas a ser tú la que se haga la digna? ¿Ese papel también te lo pediste cuando decidimos ser amigas?

—Junto con el de ser una mala pécora, pero enhorabuena, has demostrado merecerte ese con creces.

Ahí acaba la conversación. El camión aparca delante del local que han alquilado, el típico bar donde se celebran graduaciones y ascensos. Como lo conocemos de sobra, no tardamos demasiado en disponer los cócteles y arreglar las mesas. A las siete menos cuarto, la hora acordada, un grupo de mujeres aparece escoltado por Óscar; una rubia menuda con un moño casi tan grande como ella encabeza la marcha. Exclama un «hola» cantarín y se dedica a examinar

minuciosamente cada uno de los detalles, empezando por el bordado del mantel y terminando por el fondo de las copas. Tamara, que es todo sonrisas para quien no la llama zorra, se apresura a saludarlas con esa clase de calurosos abrazos que yo sería incapaz de reproducir.

Óscar se une a la conversación en la que se enzarzan la rubia y Tay, lo que me permite admirarlo a mis anchas.

Parece que no es un gran fanático de la ropa en exceso elegante; nada de esmoquin, pantalones de traje o americana. Lleva una sencilla camisa blanca, unos vaqueros menos informales de lo que acostumbra y se ha afeitado. *Se ha afeitado*. Involuntariamente cierro las manos en dos puños, como si así pudiera reprimir el picor de mis dedos. Sé lo suaves que son las mejillas de un hombre cuando se ha quitado la barba. Lo que no sé es cómo son las de Óscar. Ni tampoco si llegaré a descubrirlo algún día.

Me quedo apartada, con la espalda pegada a la pared. Debo estar pareciendo una estúpida o una maleducada, o tal vez ambas a la vez, pero este solo es un efecto colateral de la asquerosa timidez. ¿Por qué Tamara no entiende eso? ¿Por qué no quiere ver que no me resulta tan sencillo como a ella eso de acercarme a un hombre, hacerle tres cumplidos y enroscarme a su cintura? La he hecho sentir mal con mi comentario sobre sus andanzas sexuales, pero la verdad es que la admiro por su coraje, por su lado atrevido, y la envidiaría si soñara con acostarme con alguien.

Noto una punzada en el estómago, señal de desaprobación ante ese pensamiento.

Bueno, no es del todo cierto que no sueñe con acostarme con alguien. Tengo delante de mis narices a un hombre con el que no puedo dejar de fantasear. Ya no solo se cuele en mi mente mientras duermo. También me acompaña cuando tengo los ojos bien abiertos. ¿Y acaso no es ese motivo de sobra para estar asustada? Sé que Tamara daría cualquier cosa por sentirse de esta manera, que vive por y para el amor aunque no le toque a ella, pero eso es porque no sabe cómo duele un corazón partido. Yo lo recuerdo con nitidez, y aun así, las emociones que me asaltan cuando Óscar se cruza en mi camino no tienen nada que ver con algo previamente experimentado. ¿No es normal temer lo que no entiendes? ¿Por qué le costará tanto naturalizar que no todos estamos hechos para vivir algo romántico?

Mis pensamientos se disuelven cuando la rubia con nervio se acerca a mí.

—Tú debes ser Eli —exclama con efusividad. Me coge de las manos—. Es todo maravilloso. Tal y como lo que quería. Ni Tomás lo habría hecho tan bien, y eso que es mi hombre de confianza. No para lo que te imaginas, ¿eh? Aunque es bien guapo, seguro que lo conoces. Tomás Maderos. Es del cáterin Maderos S.A. Por cierto, soy Eulalia. Mi hermano me ha hablado mucho de ti.

Un rubor malintencionado se extiende por mis mejillas. Me cuesta no lanzar una mirada dudosa por encima de su hombro, y al final cedo a la tentación. Óscar me observa mientras otra de las que supongo que serán sus hermanas le cuenta algo.

Vuelvo a centrarme en Eulalia. Es tan guapa como su hermana, aunque mucho más delicada.

Parece Campanilla, y no solo por el moño, los ojos y la cara de muñeca, sino porque la veo capaz de morirse si alguien le dijese que no cree en ella.

—A ti también te ha mencionado unas cuantas veces.

—Apuesto a que no en los mismos términos que a ti...

La puerta del local se abre y lo que Eulalia iba a decir a continuación se queda en el aire, como una promesa de que no iba a gustarme nada averiguar de qué se trata. Se olvida completamente de mí en cuanto aparecen dos hombres acompañados de un grupo mucho más grande de lo que me imaginaba. En cuestión de segundos, la música que sonaba de fondo es sofocada por el sonido de grititos, carcajadas y conversaciones.

Lo que sucede durante las siguientes horas es el desmadre habitual. Gente que se derrama copas encima, gente que quiere más de esto o más de aquello; gente que quiere conocerme porque nuestros clientes han sido generosos al hablar de nosotras... Conozco a Violeta, a Caliope, a Allegra, a la madre de Óscar, a su padre, al tío, al novio, a los mejores amigos de los novios, a los compañeros de trabajo del novio, y como cuando éramos pocos, parió la abuela, apareció esta en persona: una señora de ochenta años vestida de flores a la que le encanta ir arrastrando por ahí a un hombre de edad similar —que supongo que será su marido—, con un bigote rizado por los extremos igualito que el de Salvador Dalí.

Me olvido de los nombres en cuanto me los dicen, pero no me saco de la cabeza la pelea con Tamara, y estoy más pendiente de cómo hace todo lo posible por no cruzarse conmigo que de mi trabajo. Por si fuera poco, noto la mirada de Óscar sobre mí durante toda la tarde y parte de la noche. Y yo no soy de piedra.

Al principio puedo tolerarlo: he trabajado el estoicismo durante toda mi vida. Pero al cabo de unas horas, el interés de Óscar me ha abrumado tanto que necesito esconderme en la cocina. Como no la hemos usado para hacer nuestros postres está completamente desierta salvo por algunos repuestos: vino, sobre todo. Como lo he pagado yo, no me preocupa descorchar uno al azar y dar un trago.

Apoyada contra la encimera, respiro hondo y trato de mantener la calma.

—*Quel malheur* —mascullo, negando con la cabeza.

—¿Qué esperabas? Hoy nuestro horóscopo no decía nada bueno.

Doy un respingo al escuchar la voz de Óscar. Tiene un hombro apoyado en el quicio de la puerta, una mano en el bolsillo, y la cara más bonita que he visto en mi vida.

—¿Ahora lees el horóscopo? —murmuro. Busco en el fondo de la botella algo con lo que entretenerme.

—Solo cuando quiero saber de qué humor estarás. Pareces fácil de llevar, pero creo que eres la persona más difícil que he conocido en mi vida. Y créeme, he tratado a unas cuantas.

Con el corazón en un puño, observo que se va acercando. El eco de sus mocasines rebota

contra las paredes y se inserta en mis oídos como si fueran disparos. Mi cuerpo no puede evitar reaccionar como si estuviera ante una amenaza mortal, y no sé hasta qué punto es bueno que, en cierto modo, reconozca eso como algo especial.

—¿Necesitas algo? —corto.

Él se detiene a un metro de distancia. Yo no oso moverme de donde estoy, agarrada al borde de la encimera. Veo que abre la boca para decir algo, pero sé que lo que sale de sus labios no tiene nada que ver con lo que había pensado al principio.

—He escuchado la discusión que has tenido con Tamara. Las paredes de ese edificio son papel de fumar.

Me doy un golpe mental en la frente.

«Mierda. Debería haberlo previsto».

Trago saliva y repito la respuesta para mis adentros antes de hablar.

—Todo estará bien.

—Lo sé. Os queréis con locura. Lo decía por la parte en la que se me menciona... Soy así de egocéntrico.

«No lo mires, Eliodora. No lo mires».

—No recuerdo haberte mencionado.

—Eli, por favor. ¿A qué estás jugando?

Lo que faltaba.

Me giro hacia él, exasperada.

—¿Yo? ¿Soy *yo* la que juega? ¿Soy la única en todo ese edificio que no se toma su vida ni la de los demás como una partida de *Cluedo*! —espeto, ya sin paciencia—. Tamara y Edu se pasan el día haciendo conjeturas sobre ti, y tú, dependiendo de con qué pie te levantes, decides que vas a ser una *drag queen* o el icono heterosexual que todas las adolescentes quieren colgar en su cuarto... —Él ahoga una sonrisa—. ¿De qué te ríes? No tiene ninguna maldita gracia. Ninguna. Yo, precisamente *yo*, no juego a nada. Solo quiero mantenerme al margen.

—¿Y no se te ha ocurrido que no puedes mantenerte al margen cuando alguien ya te tiene en su punto de mira? No pasas desapercibida, Eli.

El corazón me late tan deprisa que mi mano sale disparada a la zona. Disimulo frotándome el pecho y agarrándome el polo de la empresa. Él me está mirando de esa manera: como me miró cuando me dijo que algún día me diría qué había deseado... y me está hablando con ese tono erótico que usó en el túnel del terror.

Las piernas me flaquean.

—Déjame en paz. —Aparto la mirada—. Eres gay.

Óscar suspira. En lugar de dejarme en paz, reduce del todo el espacio que nos separa y se planta delante de mí.

No me atrevo a mirarlo a la cara; tengo la sensación de que, si lo hago, la habitación empezará a girar y yo perderé el equilibrio. Hay cosas a las que me estoy agarrando y a las que debo seguir aferrada si no quiero darme un golpe de realidad. Cosas que me mantienen segura, estable. Cosas que me alejan de un hombre al que necesito y no sé por qué, pero que me salvarán de un terrible desenlace...

Óscar me coge de la barbilla. Solo eso. Su roce y mi cabeza lo obedece.

Traidora.

No se me ocurre mover ni una pestaña al cruzar miradas con él.

—Nena —susurra con suavidad—, sabes muy bien que no soy gay.

—Yo... y-yo no soy a la que le importa, ve y d-díselo a Tamara, ella es la q-que tiene... d-dudas. Además, ¡claro que lo eres! —espeto, desesperada por defenderme—. En el «yo nunca he» dijiste que tuviste un lío con un hombre, nunca has mencionado novias, sino «parejas», cosa que suelen hacer los gais, y el día que fui al colegio le confesaste a Fernando que... dejaste bastante claro que no hay nada malo en serlo y que nada debería molestarle de tu forma de vida.

Óscar me sostiene la mirada con un respeto que no me merezco. Estoy quedando como una histérica y dando un espectáculo por el que los del Circo del Sol deberían reclutarme.

Muy despacio, Óscar desliza las manos por mi cintura y me trae hacia sí a la vez que se empuja contra mis caderas. Algo se desprende de mi cuerpo cuando siento una dureza contra el estómago. Y no parece que sea el móvil, a no ser que lo tenga metido en la bragueta.

—Dime que no te gusto —dice en voz baja—. Dímelo y te dejaré tranquila. Ahora y para siempre.

Me tiemblan las manos. Me tiembla el cuerpo. Me tiembla la voz.

—¿Lo prometes?

—Lo prometo. Dime que no te intereso ni un poco, que todo esto son imaginaciones mías... y no volveré a arrinconarte.

El corazón se me parte al escuchar eso. ¿Por qué de pronto la idea de que no vuelva a arrinconarme me parece tan dolorosa? Conozco la respuesta a esa pregunta, aunque haya intentado acallarla por todos los medios: porque él lleva siendo mi esperanza desde que coincidimos en aquel ascensor. Algo dentro de mí lo reconoció como uno de esos raros especímenes masculinos en los que se puede confiar y quise hacerlo. Pude hacerlo.

Inspiro hondo hasta que el pecho se me bloquea y solo puedo boquear.

—¿Por qué no puedes ser gay? —sollozo.

Él sonrío casi sobre mis labios.

—La única respuesta coherente que se me ocurre ahora mismo es esta: *porque existes.*

No he negado que me guste y tampoco he dicho que lo haga, pero él sabe algo de mí que yo soy incapaz de expresar abiertamente. Por primera vez estoy dispuesta a que se tome esa libertad, a

que me interprete como deben interpretarme, y lo demuestro no retirándome cuando roza sus labios con los míos. Es solo una pequeña caricia, no más que un anticipo de lo que es capaz de hacer... incluso un engaño, porque su boca no me trata con ninguna suavidad. Un gemido quiebra mi garganta la última vez que respiro antes de dejarme arrastrar por las sensaciones; todas tan intensas que me empieza a arder el pecho y las rodillas me fallan. Lo intento retener todo. La respiración, los latidos, el pulso... Trato de quedarme quieta para que no se desate esa cadena de deseos reprimidos que lleva meses ahogándome. Pero él me libera deslizado la lengua sobre la mía, recorriéndome los costados con unos dedos veloces que no podrían igualar mi desesperación por él ni en mil años. Y aun así, se queda muy cerca. Tanto que veo representadas mis fantasías y mis anhelos en su manera de levantarme y sentarme sobre la encimera; en la forma en que sus manos me constriñen y su boca trata de absorberme con la prisa de alguien que aún no ha terminado y ya sabe que va a querer más.

No sé qué sucede. Todo pasa tan deprisa que no me da tiempo a paladear nada mejor que la sensación de estar en brazos de un hombre, tan distinta de la última, y ese sabor a champán y dulce que se ha quedado en su paladar. Óscar hunde los dedos en mi coleta y la deshace sin importarle si estoy sudando. A mí tampoco me importa. Solo sé que huele bien, y que las ansias por tocarlo están a punto de consumirme. Y eso hacen: me consumen un instante antes de perder esa rigidez que me acompaña y enroscar las piernas en torno a su cintura.

Eso es el hambre. El hambre real. El que hace rugir tus tripas y revoluciona tu cuerpo. Se acerca tanto a la impresión de desvanecerte que es electrizante y a la vez te sume en la derrota. La emoción me retuerce los músculos, pero a base de voluntad consigo devolverle los besos que necesito para calmar un resentimiento que él, mágicamente, logra reducir a nada.

—¡Si es que lo sabía! —exclama una mujer.

Óscar se retira tan rápido que no me da tiempo a recobrar el equilibrio. Tiene que rehacer sus movimientos en tiempo récord para sostenerme por la cintura antes de que dé de bruces. Pestañeo varias veces y lucho por enfocar la vista, ignorando esos detalles que me desorientan como que la sangre me quema en las venas, que mi boca ya no sabe a mí, y que... sus hermanas y su madre están bajo la puerta, mirándonos sin poder creérselo.

Él no me suelta. Por el contrario, me sostiene con firmeza y traga saliva.

—Estábamos... —baluceo yo. Busco en su expresión alguna buena excusa, pero no la hay. Tiene mi pintalabios burdeos por toda la cara, o por lo menos de debajo de la nariz a la barbilla. Y no sé en qué momento le he desabrochado dos botones de la camisa, pero ahí están los dos saltarines, riéndose de mí—. Eh...

—¿Óscar? —dice la mayor de todas, mirando a su hijo con aire interrogante.

Está claro que no piensa marcharse de allí sin una explicación.

—Ya veo que os sigue costando muchísimo respetar la intimidad de los demás.

—Cariño, te estás dando el lote con una mujer en una cocina abierta —apunta una de las hermanas; no sé si es Caliope o Allegra—. Sabías a lo que te arriesgabas.

—Bueno —dice él, pensativo—, es que resulta que no es «una mujer».

»Es mi novia.

Capítulo 10

Juntos, pero no revueltos

Estiro la mano hacia el timbre del 4ºB. Un segundo antes de pulsar el botón, retiro el dedo igual que si me hubiera dado un calambre. Como lo haga una sola vez más —sería la sexta que lo intento—, lo habré convertido en un ritual obsesivo-compulsivo.

Me gusta considerarme una persona con dos dedos de frente, directa y muy capaz de gestionar sus problemas. Lo soy. Ninguno de mis padres tuvo que acudir a tutorías para solventar esos pequeños rifirrafes entre algunos compañeros y yo —me gustaba manejarlos por mí mismo—, jamás he pedido dinero prestado —ni siquiera en épocas de escasez económica— y no me cuesta pedir disculpas si sé que me he equivocado. Pero ahora me doy cuenta de que si he demostrado mi madurez ha sido porque la inmadurez de los demás me ponía en una situación de superioridad —lo que en realidad no tiene ningún mérito—, y porque nunca he intentado arrastrar a alguien al meterme en un berenjenal.

Ahora sí. Y ahora es cuando queda claro que no soy tan dueño de mis acciones como me gustaría.

He crecido con cuatro hermanas a las que he visto cometer toda clase de locuras y hacer todas las estupideces imaginables, y he aprendido a partir de cada uno de sus errores todo lo que ellas no lo han hecho. Por eso jamás he tenido que arrepentirme, o mentir, o tontear con la posibilidad de escaquearme. Pero supongo que la vena kamikaze de los Calero tenía que dominarme en algún momento.

Inspiro hondo y alargo el brazo hacia el timbre.

De nuevo, me quedo en blanco cuando estoy a punto de pulsarlo.

Aunque no lo expresó en el momento, Eli debe estar furiosa. Todos, incluida ella, se quedaron en shock por lo que absolutamente nadie se esperaba: que Óscar presentara una novia. La cara de mi madre fue un poema, y mis hermanas no supieron qué decir hasta que Eulalia, eterna abanderada del romanticismo, saltó hacia nosotros y nos felicitó como si fuéramos a celebrar nuestras bodas de oro. La conmoción de Eli fue tal que me guardó el secreto —más por resignación que por hacerme el favor— hasta que mi familia entera me sacó de la cocina a tirones para aplicarme el tercer grado. Caliope, Eulalia y mi madre me avasallaron con preguntas que no podría haber respondido ni si fuera mi novia de verdad —¿acaso alguien sabe cuál es el grupo

sanguíneo de su pareja?—, mientras Violeta y Allegra me compadecían. De pronto, la fiesta dejó de girar en torno al compromiso del tío Juan, y Eli y yo nos convertimos en la gran atracción nocturna. Menos mal que pude avisarla para que no saliera de la cocina si no quería ser abordada con interrogatorios impertinentes.

—Más te vale traerla a la boda —me dijo el tío Juan, pasándome un brazo por los hombros—. Quiero tener la oportunidad de conocerla muy a fondo, y ya sabes cómo es tu hermana: nos tiene terminantemente prohibido ir a alguna de sus celebraciones sin compañía.

Vuelvo a pasarme las manos por la cara.

He podido ducharme entre la noche y las diez de la mañana del día de hoy, pero siento que el sudor de la tensión de ayer sigue pegado a mi piel. Y es asfixiante. Me he metido en una de la que no sé si voy a poder salir. Pero una parte de mí me dice que, ya que tengo que estar en esta situación, debo dar gracias de que me haya tocado con Eli. Incluso debería regodearme por los beneficios que me pueda reportar.

Por fin reúno el coraje necesario para llamar al timbre. Espero con las manos en los bolsillos, en apariencia relajado, a que la puerta se abra. Y por poco escupo el corazón al ver que Eli la entorna sin mirar quién es, con nada más que un sujetador, unos pantalones cortos y una escoba entre las manos.

—La hucha está en la cocina —dice—. Tercera vez esta semana que se te olvidan las llaves; tercer eurito a mi bolsillo.

Debe pensar que soy Tamara. Las he oído discutir a voz en grito porque siempre se las deja, y cuando no, está tan segura de que se las ha olvidado que toca al timbre directamente, molestando a Eli o a quien ande por allí.

Sin decir nada, entro y cierro la puerta. Ella acaba de salir de la ducha y se ha puesto a limpiar —un curioso orden de actividades—; se está desenredando el pelo con los dedos y un agradable olor a flor de cerezo japonés flota en el aire. Sé que ese es el gel que utiliza porque lo he visto en las bolsas de la compra transparentes que utiliza para no pagar las del supermercado.

—Puedo dejar cincuenta céntimos extra por las molestias.

Eli da un respingo y se gira hacia mí con ojos redondos. Su reacción es tan desmesurada — solo lleva un sujetador, de acuerdo, pero ya la he visto en bañador— que tengo que hacer un gran esfuerzo por no echarme a reír. No me cuesta en cuanto su mueca se transforma en una mirada fulminante que me tengo muy merecida.

—Parece que con lo de ser mi novio te has atribuido unas cuantas competencias, como la de entrar en mi casa cuando te da la gana.

—Y la de verte semidesnuda también, por lo visto. Me gusta tu top.

Ella se ruboriza y desaparece en el interior de su habitación. *Típico*. Me vacila, y cuando voy a responderle en los mismos términos, se arrepiente de lo que ha dicho y hace bomba de humo. Me

pregunto de dónde vendrá esa tendencia, si tendrá algo que ver con la timidez de mi hermana Violeta, que nace de una serie de malas experiencias en el instituto, o estará más relacionada con Caliope, que solo se comporta de forma extraña con los hombres guapos.

Eli aparece unos segundos después. Se ha puesto una camiseta blanca en la que pone «Mármoles González».

Mi ceja sale disparada hacia arriba.

¿De dónde demonios ha sacado una prenda de propaganda de mármoles?

—Supongo que has venido a pagarme —dice, cruzada de brazos.

—Te he hecho la transferencia hace una hora. Ya deberías tener la cantidad en el banco. Pero esa no era la única cuenta pendiente que teníamos —añado, tratando de sonar desenfadado—. Creo que deberíamos hablar de lo que pasó ayer.

Ella pone los ojos en blanco y empieza a barrer con energía.

—¿Por qué tienes esa obsesión con hablar?

—¿Porque el ser humano es un animal social y la función de relación es una de las tres vitales del hombre? —pruebo. Eli responde con un mohín.

—Querías hablar de lo del túnel, y luego querías hablar de la discusión entre Tamara y yo... —balbucea—. No es necesario retomar temas como esos.

—¿Te refieres a temas que me incluyen y han quedado inconclusos?

—Me refiero a los que hacen sentir violenta a la otra persona.

—A ti te violenta hablar y a mí me violenta que hagas como si no hubiera pasado nada. Está claro que tenemos un pequeño conflicto de intereses. ¿Se te ocurre alguna buena idea para ponernos de acuerdo? Habrá que solucionar esto.

Ella deja de barrer y me lanza una mirada exasperada.

—¿Por qué quieres solucionarlo? —suspira—. Ni siquiera es un problema como tal. Mira, tuvimos una especie de «momento» en el túnel, Tamara quiere que me eche novio y a mí no me parece que sea buena idea, y en cuanto a lo de ayer...

Carraspea.

—Ayer se puso en tela de juicio tu orientación sexual y sentiste la necesidad de reivindicarte. Yo te pillaba cerca y me usaste para quedar de galán. Ya está, son cosas que pasan. No hay nada más que hablar.

Parpadeo una vez.

—¿«Se puso en tela de juicio mi orientación sexual y sentí la necesidad de reivindicarme»? —repito—. ¿«Te usé para quedar de galán»?

Eli me sostiene la mirada a una absurda distancia. Tan, tan absurda, que apenas se distinguen las pecas que sé que tiene esparcidas por la nariz.

Yo no me muevo de donde estoy, aún a las puertas del apartamento.

El salón es una sorprendente fusión de los estilos de Tamara y Eli, y digo «sorprendente» porque nadie diría que dos personas tan opuestas pudieran compenetrarse tan bien a la hora de decantarse por un estilo decorativo. El piso en general es una explosión de colores estridentes — amarillos y aguamarinas— y tonalidades más suaves —beige y blanco roto— repartidos entre tapices estampados sacados del imaginario mexicano, cojines bordados y coloridos y alfombras geométricas. Es una mezcla entre una cabaña en medio de la nieve y una bodega, solo que con mucha más luz y sin chimenea.

—Solo hay que ver la cara que puso tu madre cuando le soltaste a bocajarro que soy tu novia. Está claro que no se lo esperaban.

—¿Y qué pretendes decir con eso? ¿Que te besé porque quería demostrar algo?

—No sé qué querías demostrar, Óscar, pero algo sería.

—A lo mejor quería demostrar que me atraes y me moría por besarte —pondero.

Ella finge no haberme escuchado.

—Un momento estábamos... —Traga saliva—, y al momento siguiente, tu madre me miraba como si no pudiera creérselo. No creo que sea ninguna locura deducir que me besaste para que tu familia piense que eres heterosexual.

—No es ninguna locura viniendo de los conspiradores del edificio, a los que entiendo que les puedan quedar dudas, pero después de todo lo que *tú* has vivido conmigo me cuesta entender que no aceptes lo evidente. Eres la que recibió ese beso —señalo—. ¿Te pareció mentira? ¿Se sintió como si estuviera fingiendo?

Ella se frota los muslos, nerviosa.

—No lo sé. Ya no distingo lo que es verdad de lo que es mentira. Y ni mucho menos contigo. Eres un liante —suelta—. Desde que llegaste, lo único que has hecho ha sido confundir a los demás y reírte de sus dudas en lugar de expresarte con claridad. ¿Qué me garantiza que no estabas confundiéndome a mí también?

Me paso una mano por el pelo.

—¿Qué tiene de confuso besar a una persona, Eli? Creo que el hecho de haberme lanzado acaba con todos esos rumores y confirma lo que Tamara lleva meses defendiendo.

—No debes haber visto tanto mundo como crees si piensas que un beso no es otra manera de mentir.

—Puede serlo a veces, pero no lo fue en mi caso. ¿Y por qué no hablamos del verdadero quid de la cuestión? —propongo, cansado de andarme con paños calientes. Rodeo el sofá para acercarme a ella—. Esto hace mucho tiempo que dejó de ir de qué me va y qué no me va; esto va de ti intentando convencerme, y convencerme a mí también, de que soy gay. Algo que yo tengo descartado desde que soy un crío, por cierto.

Eli se escabulle por el otro pasillito entre el sofá y las habitaciones para que no la alcance.

—No tengo ni idea de qué estás hablando.

—Después de lo que pasó en el túnel me soltaste que «ya sabías que no me gustan las mujeres». —Hago las comillas con los dedos. No permito que se aleje y rehago mis pasos para seguirla por el otro lado del salón. Eli se queda un momento quieta antes de tomar el camino opuesto, manteniendo así la distancia original; cada uno en un punto cardinal—. Y ahora, después de haberte besado, te inventas que lo hice para que lo viera mi madre.

Justo cuando voy a alcanzarla, Eli vuelve a cambiar de sentido y se protege detrás de un butacón de piel. Desde allí me lanza un reproche:

—Tu madre lo vio. Y tú te regodeaste.

No me muevo más que para apuntarla con el dedo.

—Estás obsesionada con quitarme del medio. Admítelo.

—Yo no estoy obsesionada con nada. Eres tú el que está obsesionado conmigo.

—Sí, lo estoy —aclaro sin tapujos—. ¿Necesitas que reconozca algo más para cerrar la cuestión de una vez por todas?

Eli suelta el borde del sillón y abraza la escoba. El silencio se instala entre nosotros unos segundos en los que ella parece concentrarse en un pensamiento incómodo. Aprovecho que se pierde para acercarme sigilosamente.

Eli se percata de que estoy al acecho y hace el amago de esquivarme. Me las arreglo para darle esquinazo y acercarme, pero entonces ella levanta la escoba y la interpone entre nosotros.

—Quieto *parao* —me ordena. Yo observo el palo que nos separa y pienso en lo tentador que sería apartarlo de un manotazo y volver a sentarla en una encimera, esta vez totalmente desnuda.

—¿Tienes un palo y no dudarás en usarlo? —me burlo—. Si quieres jugar a las espadas láser deberías darme una a mí también, joven *padawan*.

—Qué gracioso.

—No quiero ser gracioso. Quiero ser coherente, lo que tú no eres. Fíjate —señalo—. No quieres ni que me acerque.

—A lo mejor es porque te veo como un acosador sexual.

Agarro el borde de la escoba y tiro de ella bruscamente para acercarla a mí. Ella se tropieza con sus propios pies y cae a mis brazos.

—A lo mejor es porque me ves como un hombre sensual —corrijo, a un palmo de su nariz.

Ella aprieta los labios y me gira la cara para que no vea cómo se ruboriza. Yo no lo permito y la tomo de las mejillas, abandonando toda resistencia. Huele a flores y no puedo deshacerme de la idea de ensuciarla yo mismo para que tenga que volver a ducharse.

Paso la lengua por el borde de sus labios entreabiertos, y con algo tan sencillo la convengo de abrir la boca y aceptar que la bese. Deduzco con eso que no hay nadie en casa o que quizá me desea más de lo que ella misma podría entender. Suelto sus mejillas acaloradas y deslizo las

manos por sus estrechos hombros, sus brazos largos y delgados, retorcidos en el pecho...

Quiero hacerle una guarrada tras otra. Sueño con ponerla a cuatro patas y sacarle la timidez a azotes. Fantaseo con que me mire a los ojos y me pida que me la folle desde que se ruborizó en el ascensor, y que eso quede tan lejos me frustra lo suficiente para profundizar el beso como si ella tuviera la culpa: para aprovecharme de mi experiencia arremetiendo contra su boca tierna y su cuerpo tembloroso igual que un animal. La agarro de las nalgas y tiro de sus pantalones hacia arriba hasta que asoman las dos medias lunas de sus cachetes.

Eli da un respingo y se separa, tan colorada que sus ojos azules contrastan con su piel como dos zafiros en la arena oscura de Marruecos.

En lugar de echarme en cara que la haya vuelto a besar, algo que los dos sabemos demasiado bien que no le molesta, pregunta con un hilo de voz:

—Si no era tu intención convencer a tus padres y a mí de que eres heterosexual, ¿por qué me has presentado como tu novia? ¿Qué necesidad había de hacer eso?

Lo mínimo que puedo darle es una explicación detallada de a qué demonios vino mi impulso, porque la tiene: siempre hay una razón de fondo. Pero cada vez que intento hablar de ese tema, una especie de garra espectral amenaza con asfixiarme si se me ocurre decir una sola palabra.

Esta vez no es distinto. Bajo la atenta y desesperada mirada de Eli, la garganta se me cierra y todo cuanto puedo hacer es asentir con la cabeza. Ella debe sobreentender en mi tensa postura que algo no va bien, porque relaja los hombros y señala el sofá con un dedo, invitándome a sentarme.

—No fue premeditado —juro, mirándola a los ojos—. No decidí seguirte a la cocina y besarte hasta que mis hermanas aparecieran para luego presentarte como mi pareja. Fue un impulso. Tenía cinco pares de ojos encima, todos ellos llenos de una ilusión que sé que no voy a poder darles nunca, y... las palabras simplemente salieron de mi boca.

—La ilusión de saber que van a tener sobrinos biológicos porque eres heterosexual, supongo —masculla entre dientes—. Ni tu propia familia parece tener claro qué es lo que te gusta.

Suspiro profundamente.

—Llevan muchos años esperando que algo así suceda, Eli —intento explicar. Ella sustituye los celos por una expresión casi comprensiva—. Y no sabes lo desesperante que puede llegar a ser tener a cinco mujeres al teléfono preguntándote si estás saliendo con alguien. A veces sin andarse con paños calientes, a veces con pullas, a veces incluso lloran.

»Siento mucho haberte metido en esto. Insisto en que era lo último que esperaba y no era mi intención ponerte en un compromiso. Pero hay veces en las que te ves acorralado por las expectativas de otros, y el instinto te empuja a soltar lo primero que te viene a la cabeza para salir ileso. Y supongo que yo mismo llevaba mucho tiempo soñando con darles el gusto de saber que tengo a alguien —confieso—. Están muy preocupadas por mí, y en ese momento, por un solo segundo, quise... quitarles la angustia de encima.

Busco en sus ojos alguna emoción que revele lo que está pensando. No me mira; tiene la vista fija en sus rodillas y parece meditar sobre un tema que no tiene nada que ver conmigo. Aun así, sé que me ha prestado atención.

—Entiendo cómo te sentiste —dice al fin, con la boca pequeña—. No es una sensación desconocida para mí.

—Lo siento.

—No te preocupes. A fin de cuentas, no es como si tuviera que seguir fingiéndolo, ¿no? —bromea—. Les has dicho que tienes novia y ya está, ahora te dejarán en paz.

Tuerzo la boca.

—No exactamente. —Eli ladea la cabeza hacia mí y me observa expectante. Yo entrelazo los dedos sobre el regazo—. Verás... Ya sabes que mi tío se casa en una semana, más o menos. Me ha dicho que le gustaría que vinieras y así poder conocerte mejor.

—¿Qué?

—No solo él; también mis hermanas. Con ellas nunca es «tienes novia y ya está», y menos si se trata de mí. Se mueren por conocerte. De hecho, he tenido que inventarme toda clase de excusas para que no vinieran a verte hoy en tropel —confieso.

Tal y como hacía cuando tenía nueve años y mi madre aún picaba con mi cara de ángel, compongo una mueca de culpabilidad que logra el efecto esperado: Eli, que ya estaba preparada para increparme, vuelve a cerrar la boca y bufá.

—¿Qué pretendes? ¿Que me presente en Mallorca como...? Has perdido completamente la cabeza, Óscar.

Se pone en pie y abandona el salón. No tardo ni media fracción de segundo en levantarme e ir tras ella, que como parece habitual, escoge la cocina para refugiarse.

—Solo son dos noches. No habrás llegado y ya estarás rehaciendo la maleta.

—Y luego ¿qué? —se queja, de brazos cruzados—. Si vienen tus hermanas a verte para Navidad, ¿tendré que estar ahí, tragando sopa de marisco y discutiendo sobre política? O si hay un funeral, que Dios no lo quiera, o un bautizo...

—Para ese momento les diré que hemos roto.

—¿Así de fácil? ¿Un día tienes novia y al otro no? ¿Cómo puedes jugar con los sentimientos de tus hermanas de esa manera?

—No creas que no me preocupa ese tema, pero es algo con lo que lidiaré yo. Tú solo tienes que ayudarme a sostener la mentira por unos días. Unos días, Eli —repito.

Junto las palmas y apoyo la cadera en la encimera para cerrarle el paso. Desde donde estoy, tengo una visión magnífica de la enorme cocina, del ventanal que da al patio de los tendederos y de las mejillas arreboladas de Eli.

Sé que siente debilidad por mí, y juro por Dios que no quiero aprovecharme de eso para

salirme con la mía. No creo en la manipulación. Pero me parece una salida de lo más tentadora teniendo en cuenta que se trata de ella.

—Te daré lo que quieras a cambio —prometo.

Eli pestañea muy rápido.

—Yo no quiero nada —farfulla.

«Claro que sí lo quieres».

—Pon tú las reglas. Las acataré, sean cuales sean.

—No quiero poner reglas...

—Me las arreglaré para que mi hermana te llame cada vez que quiera celebrar una boda en Madrid. Se ha enamorado de tu forma de trabajar y te aseguro que es la mejor organizadora de toda España; que te tenga en su agenda incrementará tus ingresos considerablemente.

—No intentes sobornarme. Mi cuerpo no tiene precio.

—Confío en ganarme tu cuerpo por méritos propios, pero eso será al tiempo —contesto. Me regocijo para mis adentros al ver que se muerde la lengua—. Ahora hablo de una relación de nombre. Aunque si quieres los beneficios que eso conlleva, sería cuestión de hablarlo. Sé que eres buena negociando; no puedes tener una empresa de estas proporciones si no sabes cerrar tratos.

Estamos tan cerca que su aliento entrecortado me llega como esa afirmación que nunca va a hacer. No podría alterar su pulso de esa manera si fuera inmune a mí, y ya ha quedado demostrado que no lo es; no solo gracias a su lenguaje corporal, que de todos modos es mucho más elocuente que ningún actor carismático. Lo sé porque se entrega a mis besos con la clase de desesperación que solo se ve en las despedidas. Nunca me han besado como si temieran que fuese a desaparecer, pero estaría dispuesto a fingir un adiós todos los malditos días si esa es su manera de homenajear al que se marcha.

Lamentablemente no es ella la única que tiene dudas. Las mías no han desaparecido solo porque haya descubierto —o más bien confirmado, porque ya me lo imaginaba— que es puro fuego. Eso solo hace más difícil y peligroso que decida dar un paso hacia ella, algo que no debería hacer más que para salir de donde me he metido.

Eli necesita a otra clase de hombre, uno que yo no soy. Tal vez no lo parezca a simple vista, pero en el fondo de su corazón espera a un príncipe azul, y yo solo soy un caballero cuando me conviene. Uno que aún no ha conseguido matar a ese dragón que amenaza con prender de un solo soplo el castillo que intenta construir sobre las ruinas. Estoy seguro de que Eli sabría muy bien de lo que hablo; de que ella también ha tratado de rescatar algo de esperanza bajo las cenizas... pero aunque partamos de una misma situación, yo no sueño con que alguien venga a hacerme cambiar de opinión. Y debería haberme molestado en dejarlo claro desde el principio, mucho antes de besarla y admitir que hay interés por mi parte. Pero no soy un jodido robot... y ella tiene sus mismos ojos.

—Necesito pensarlo —murmura al fin.

Intento modular mi sonrisa victoriosa, que se llena de amargura en cuanto asoma a mis labios. No sé cómo decirle que a mí no me gusta la idea mucho más que a ella.

—No lo pienses demasiado. Las mejores cosas son las que suceden sin programación.

—Eso díselo a las que descubren que están embarazadas en el quinto mes de embarazo.

Suelto una risa floja y me inclino para darle un beso en la mejilla.

—Consúltalo con la almohada y luego ven a verme. Ya sabes dónde estoy. —Hago una pausa necesaria para mirarla pensativo—. Y confío en que también te haya quedado claro dónde me gustaría que estuvieras tú.

—¿Dónde? —pregunta, no muy segura de querer saber la respuesta.

No consigo contenerme a tiempo. Acaricio su barbilla con los dedos.

—Al alcance de mi mano.

Capítulo 11

Anormal

Cuando estaba triste o preocupada, mi madre me levantaba del sofá y me arrastraba al supermercado más cercano. Allí comprábamos chucherías, «patatajas», como ellas las llamaba, y luego nos pasábamos a alquilar una película al videoclub. Era un ritual al que me gustaba tanto rendir culto que a veces fingía andar de capa caída para tener la excusa de tumbarme a su lado, palomitas en mano, y apuntar las diferencias entre todas las adaptaciones de *Cumbres Borrascosas*. Ahora que ella no está, me toca hacerlo por mi cuenta.

Esta tarde ha sido especialmente extraña. Ya sabía que el videoclub lleva cinco años cerrado por culpa de la piratería, que hizo que el negocio fuera a pique; ya sabía que retiraron del mercado hace un tiempo las que eran sus patatas preferidas. Pero hasta hoy no me he dado cuenta de que eso significa que el mundo sigue girando y lo único que permanece intacto de esa época, lo único que demuestra que alguna vez hubo un anciano encantador alquilando películas a una madre y a una hija, son mis recuerdos. No solo mis recuerdos: estos se desvanecen, van perdiendo detalles y se convierten en sucesiones en sepia si no hay el menor interés en conservarlos. Lo que los mantiene vivos soy yo, que los guardo como oro en paño en los rincones más íntimos de mi memoria.

Cuando mi madre murió pensé que me había quedado sola en el mundo. Y eso no era del todo cierto: tenía a Matty a mi lado, recién recuperada de una enfermedad que podría haberle costado la vida. Mi mejor amiga no es una de esas personas a las que puedes ignorar o sacarte de encima cuando quieres estar solo. Matilda no entiende que la gente pueda necesitar un respiro y unas semanas en silencio para drenar el dolor, lo que nos ha costado unas cuantas discusiones que conseguí ganar después de que se pusiera en mi lugar. Estuve unos días de luto, encerrada en mi habitación y aislada de la sociedad, y cuando terminé de lamerme las heridas, ahí estaba ella. De pie al otro lado de la puerta, con dos bolsas llenas de comida hecha para llenar la nevera y esa sonrisa que te asegura que todo saldrá bien.

Salió mejor que bien, porque un tiempo después, nada más iniciar un curso de cocina, conocí a Tamara.

Tamara no solo no respeta tu silencio. No respeta la intimidad de nadie. A veces tampoco respeta las ideas de los demás porque no entiende que la gente decida llevar su vida de manera

diferente. Esto me ha llevado a pensar mil veces que quizá sea una de esas personas que ven el respeto como una falsedad, un límite injusto al impulso natural del ser humano; una barrera para la comunicación. Ella no da respeto pero tampoco lo exige, y por eso no te puedes enfadar. Porque quiere que todo sea instintivo, no quiere que haya filtros entre la cabeza y la boca. Quiere a su lado a gente a la que poder expresar libremente lo que siente y lo que la atormenta. Y esa es una de las cosas por las que llevo años agradeciendo que me pusieran con ella a hacer esa paella.

Ella es una de las personas por las que dejé de sentirme sola; la única en este mundo que ha reunido suficientes papeletas para llenar el vacío que me dejó perder la amistad de mi madre... y también el motivo por el que vuelvo a casa con una bolsa en cada mano, sudando y con dolor de espalda.

El sol está a punto de ponerse cuando estoy subiendo por Julio Cortázar. Es una calle realmente bonita, y no lo digo porque aquí haya vivido muchos de los mejores momentos de mi vida; son los colores vivos de los edificios, pintados como en el barrio de la Latina, el empedrado asesino que no pierde su encanto rural ni cuando te hace resbalar, y la tradición de los vecinos de sacar las macetas al balcón para darle un toque de naturaleza al centro más contaminado de la capital. El cansancio y mi distraída observación a la gente que llega de trabajar hacen que tarde un rato en fijarme en que Tamara viene hacia mí. También lleva unas cuantas bolsas encima, y al igual que yo se dirige a casa, solo que en la dirección contraria. Ella me mira y no dice nada, cuando está acostumbrada a gritarme desde la otra punta de la calle: tampoco abre la boca cuando, unos minutos después, las dos nos paramos delante del 4ºB, cara a cara, y dejamos las bolsas a nuestros pies.

Tamara entorna los ojos sobre mí como cada vez que está maquinando.

—¿Qué llevas ahí?

—Eh... —Finjo pensármelo—. Jalapeños picositos, enchilada con salsa mexicana y gratinada al horno con queso, burritos con especias y verduras asadas, taquitos dorados al pibil... y fajitas de pollo.

Ella no se mueve.

—¿Son del restaurante de Alberto?

—Obviamente.

—¿Van acompañados de nachos?

—¿Qué otra guarnición iban a tener los burritos?

—¿Con guacamole?

—No se me han olvidado tus placeres culpables de un día a otro —apunto—. ¿Y tú? ¿Qué es eso?

Tamara suspira y mete la mano en una de las bolsas.

—Un Garnacha rosado, un *Barbera d'Alba*, dos *Marsanne* y un *Vintage Franciacorta* —

enumera—. Iba siendo hora de reponer todas las botellas que me he empinado sin tu permiso.

—Se te ha olvidado el *Merlot*.

—Vergas —masculla—. Sabía que me estaba dejando uno.

—No es mi preferido.

Tamara y yo nos quedamos mirándonos un segundo. Como si nos hubiéramos puesto de acuerdo, yo sonrío como una tonta y ella hace un puchero antes de lanzarse a mis brazos. Estamos compenetradas pero a la inversa; mis risas se escuchan por encima de sus sollozos hasta que está llorando a lágrima viva y no puede ni respirar.

—No me pareces aburrida —berrea—. Solo eres más aburrida que yo.

Suelto una carcajada.

—Yo siento haberte dicho que eres una guarrilla. Solo lo eres más que yo.

—Tampoco es muy difícil —balbucea—. Sabes que no quería matarte. Te necesito para mantener el negocio a flote.

—Y para llevar una dieta razonablemente saludable.

—Y para que cojas el correo y hagas los números.

—Todavía me acuerdo de aquella vez que le cobraste mil euros a Martiño en lugar de cien.

—Pues los pagó encantado —farfulla contra mi hombro.

—No sé si encantado, pero le debemos novecientos por tu culpa.

—Tendrá que seguir esperando, porque me he gastado toda mi parte de la fiesta del tío Juan en tus vinos. ¿No podrías tener gustos más baratos? Si fueras Matty, te habría comprado unos *post-its* en la tienda pakistaní de la esquina y me habrías besado los pies.

Me separo de ella y la miro divertida.

—Buena suerte haciendo enfadar a Matty lo suficiente para tener que compensarla con regalos. Anda, vamos dentro. No querrás que se enfríen los burritos.

Esas son las siete palabras mágicas que ponen a Tamara en marcha. O más bien, «la palabra»: basta con oír «burritos» para que deje lo que esté haciendo, se ponga el babero, agarre el cuchillo y el tenedor y presida la mesa del comedor con una sonrisa ansiosa. Aunque lo del cuchillo y el tenedor es puro postureo. Ella se lo come todo con las manos, incluso lo que no debería.

Dispongo la compra en la mesa de la cocina, donde tenemos por costumbre cenar todas las noches con el invitado que se nos ocurra. A veces son Edu y Akira, a veces Virtudes y Daniel; otras, Matty y Julian... Esta noche solo somos ella, yo y nuestra culpabilidad. Tamara no se relaja ni siquiera después de intercambiar unas cuantas bromas, lo que tiende a hacer —con mucho éxito, por cierto— para quitarle hierro al asunto. Ya he servido el vino que va bien con la comida picante cuando ella se sienta con carita de perro pachón y me enfrenta.

—Tay, no pasa nada —aclaro—. Está todo olvidado, ¿de acuerdo?

—No es eso. He pensado en lo que me dijiste... y en lo que te dije.

—¿Y qué?

Tay se distrae un momento trazando las líneas de las servilletas. A mí me gustan las blancas de toda la vida; como mucho, rojas con ribetes si estamos en época navideña, pero ella, siempre que puede, trae un arsenal de paños y telas coloridos y llenos de dibujos. La semana pasada compró unas con la temática de *Frozen 2*, y ahora... no sé qué son, porque cuando voy a preguntarle, ella me interrumpe.

Tengo que soltar el cuchillo con el que iba a cortar el pan y rodear la mesa al ver que rompe a llorar de nuevo.

—Es que yo... —solloza—. No lo hice adrede, p-pero es verdad que quiero q-que seas feliz, y... y creo que él es... el hombre p-perfecto.

—El hombre perfecto no existe.

—Por lo menos es más perfecto que el Anormal —bufa, enfurruñada.

Una sonrisa hace temblar mis labios. No creo que se haya referido a Normand como algo diferente a «Anormal» en toda su vida. Es posible que ni siquiera recuerde su nombre real, aunque en su defensa debo decir que lo pronuncia como si fuera francés: es algo parecido a «Anogmal».

—Sé que no te gusta hablar de él —empieza. Ladea el cuerpo hacia mí, que ya iba camino de arrodillarme a un lado de la silla, y me coge por las mejillas—, pero tenía que mencionarlo para entendieras cómo me siento. Para que sepas que comprendo por qué te alejas e intentas poner una barrera entre el mundo y tú. Sé que lo haces para protegerte... no hace falta que te protejas. El Anormal te hizo daño porque yo no estaba para defenderte, pero ahora me tienes aquí para destruir a todo el que intente hacerte daño.

»Ahora vas a negar todo lo que he dicho y vas a insistir en que todo está bien, en que no pasa nada, en que...

Niego con la cabeza suavemente.

—Todo lo que dijiste es verdad y todo lo que dices ahora... también —admito en voz alta.

A diferencia de lo que esperaba que pasara al confesarlo finalmente —nervios, sudor, vergüenza—, algo se desprende dentro de mí. No sabría explicar bien cómo te sientes al soltar lo que encerrabas en ese puño escondido a la espalda. Es similar a la calma del silencio que te mece cuando vuelves a casa tras una noche de desenfreno. Algo inesperadamente plácido que siempre te olvidas de apreciar.

Miro a Tamara a los ojos. Se ha quedado en silencio.

¿A quién se lo voy a decir, si no es a ella? Nunca lo usará en mi contra. Nunca será motivo de burla. Sé que mis sentimientos están a salvo con ella, porque incluso cuando parece que los desprecia, solo está despreciando a la persona que me convirtió en lo que soy ahora.

—Me gusta. Y yo le gusto a él. Pero ¿y si empezamos una relación, del tipo que sea?

—¿Que chingaréis a toda madre y seréis muy felices? ¿Es que tienes miedo de que no te quiera

de la misma manera, o...?

—No tengo miedo de que no se enamore de mí. Tampoco tengo miedo de enamorarme de él, lo cual es curioso porque, aunque nunca he sentido amor por Normand, sí que me hizo el suficiente daño para poder imaginarme hasta qué punto podría destruirme alguien a quien quisiera de verdad. Y es algo que temer.

»Lo que me aterra es hacerlo mal —suspiro—. Ver cómo pasa de estar ilusionado por mí a tener que ver su decepción. No soy una buena novia, Tay, ni una buena *follamiga*... Solo hago unos canelones de muerte.

—Pues tampoco hay mucha diferencia entre un canelón y un pito, y se te da igual de bien comerte los canelones que hacerlos. Sé que fuiste tú la que se tragó la mitad de la bandeja la otra vez.

—Supongo que no soy tan tímida con los canelones que no tienen expectativas. Los que sí esperan algo de mí, por otro lado...

—Eli, tienes miedo de un riesgo que ya estás corriendo —interrumpe—. ¿Qué te garantiza que yo no dejaré de mirarte como a mi mejor amiga de un día para otro? Nada. Y tu vida sigue adelante. No te atormentas por eso. ¿Por qué lo haces con Óscar?

—Porque él quiere acostarse conmigo. Por cierto, no es gay.

—No me digas, qué sorpresa —bufa—. Pero si estaba claro que le molabas desde que te preguntó si querías un vasito de agua porque ibas doblada. Las miraditas que te lanzaba durante el «yo nunca he» eran de sátiro lujurioso.

Carraspeo para cortar lo que podría ser una detallada descripción de algo que no quiero saber... o que sí quiero saber, pero necesito tiempo para gestionar.

—Eso solo demuestra que tiene expectativas conmigo. Cuanto más te gusta alguien, más probabilidades hay de decepcionarlo. Y yo no quiero que deje de verme como la vecina buenorra después de un polvo, cosa que hará porque, por si no lo sabes, no se me da bien el sexo.

—Dices eso tan a menudo que voy a tener que ponerte a prueba para averiguar si es falsa modestia o qué chingados. Eli, te has acostado con un hombre en toda tu vida, y ni siquiera te gustaba. ¿Qué te crees, que se puede aparentar que alguien te pone? A lo mejor puedes fingir unos cuantos orgasmos, pero si no te sale la diosa porno de dentro no es porque seas asexual, sino porque él dejaba mucho que desear. O porque no está hecho para ti, vale —cede al final, de mala gana—. No vamos a culpar de todo al Anormal. Con un noventa y nueve coma nueve por ciento de tus desgracias es suficiente.

Suspiro y apoyo los codos en los muslos de Tamara. La miro desde abajo.

—¿Sabes que ayer le dijo a su madre que somos novios?

—¿Qué?

—Y esta mañana me ha pedido que lo siga manteniendo para no decepcionar a su familia.

—¿Cómo?

—Quiere que vaya a la boda de su tío Juan.

—¿Cuándo?

—Como sigas así te van a quedar el «dónde» y el «por qué» para terminar el interrogatorio.

—Ahí van: ¿Por qué no le has dado una respuesta positiva ya? —Guarda el dedo índice en el puño—. ¿Dónde vas a tirártelo por primera vez? ¿Aquí o allí? Mira, hasta te recuerdo los demostrativos de lugar. ¿Qué tal acá, como dicen los argentinos? ¿Allá, tal vez?

—Tamara...

—Tienes que decirle que sí.

—Oye, habíamos quedado en que no ibas a meterte más donde no te llaman.

—También quedé en bajar diez kilos el año pasado, y creo que usé la servilleta en la que apunté propósitos de esa Nochevieja para limpiarme una mancha de salsa mexicana.

—Tamara... —repito.

Ella suspira y deja caer los hombros.

—No te va a hacer ningún daño. Te vas de vacaciones gratis, con un papasito y un montón de mujeres de lo más simpáticas, y nada más y nada menos que a Valldemossa. ¿Sabes lo bonito que es eso? Lali me enseñó fotos ayer y es una pasada. El precio de los pisos allí es casi tan alto como el de las casas venecianas.

—Llego a saber que te haría tanta ilusión y le digo a la madre que en realidad la novia eres tú, que su hijo debió confundirse por culpa del vino.

—Estoy emocionada por ti, no por mí. Para mí sería la excusa perfecta para comer hasta reventar sin gastar un euro, pero para ti es más que eso: es la oportunidad de conocer a fondo a alguien que te gusta y cuyo sentimiento es correspondido. ¿Tienes idea de lo afortunada que eres? —Se le quiebra la voz. Carraspea para modularla, y aunque sigue hablando un par de tonos más bajo, se nota que le ha tocado la fibra sensible—. Yo mataría por estar en tu lugar.

—¿Por qué dices eso?

Tamara desvía la mirada a la ventana que da al apartamento de Óscar. Por un extraño y confuso segundo, me invade la impresión de que estoy delante de una persona vulnerable que sabe protegerse mejor de lo que los demás pensamos.

—Tú misma lo comentaste. Vivo en diferido, pegando las orejas a las puertas.

—Lo dije en un arrebato y...

—No, está bien. —Alza una mano—. Es la verdad. Me meto tanto en la vida de los demás porque la mía es un asco. Trabajo en algo que me gusta y tengo amigas que adoro, pero vivo a miles de kilómetros de mi familia y soy incapaz de enamorarme de un hombre. Y créeme que me esfuerzo. Intento que me gusten todos aquellos a los que les gusto. Pero no funciona.

—Es que eso no va así, Tay. No puedes forzarte a enamorarte de alguien.

—Lo sé. Por eso te envidio tanto. A ti te ha pasado sin querer... y es mágico, y... y no lo aprovechas —murmura—. ¿Tienes idea de lo que daría por sentirme así por alguien? A veces pienso que tengo el corazón podrido y que lo máximo a lo que puedo aspirar es a Tomás. Que yo lo quiero mucho, de verdad, fue mi novio durante muchos años y eso no se olvida, pero... quiero más.

—Y lo tendrás —le prometo—. Ya verás que sí.

—Pero mientras tanto tengo que asegurarme de que lo tienen los demás, y eso te incluye a ti. ¿No vas a fingir ser su novia ni siquiera para alegrar un poco mi vida vacía con jugosos cotilleos? ¿Me vas a obligar a seguir acostándome con desconocidos para alegrarme el día?

—Tamara...

Mi intención es echarle una bronca, pero se nota que lo tiene suficientemente interiorizado para que venga yo, con la falta de tacto que he demostrado, y le repita en pocas palabras —pero con más educación— que tiene que curarse esa obsesión por encontrar al hombre perfecto. En lugar de continuar por esa línea, algo que ella no quiere y demuestra volviendo al tema de Óscar, contesto sus preguntas después de sentarme en el asiento opuesto.

Tengo éxito ocultando el remordimiento de haberle espetado todo lo que le espeté sin haberme preguntado por qué lo haría. Debería haberseme ocurrido que no está pasando por un buen momento, y ella, en lugar de refugiarse en sí misma como hago yo, se consuela metiendo las narices en la vida de los demás. Es evidente que no está bien: no hace mucho desde que se acostó con su ex, y el otro día la pillé escribiéndole un mensaje. Tamara también necesita desahogarse. Pero le deseo buena suerte a todo aquel que espere que con solo ofrecer el hombro ella se ponga a llorar. Solo se puede pillar un momento de debilidad cada dos equinoccios, y eso no te asegura que vaya a hablar largo y tendido sobre lo que la preocupa. Así que, por el momento, me toca contar la historia de nuestro supuesto noviazgo, esperando que se inspire por arte de magia y acabe centrando la atención en ella.

No sucede.

—¿En serio te ha dicho que pongas las reglas? Voy a por papel y bolígrafo.

—¿Qué? ¡No! ¡Siéntate y come!

—Oh, venga, no me digas que no te tienta elaborar una lista de obligaciones. Debería ser algo como... Primero: deberás follarme cada una de las tres noches. Segundo: pagas tú la cuenta, vayamos a donde vayamos. Tercero: tienes que decirme lo guapa que estoy cada vez que me cambie de ropa... ¡Oh, oh, oh, hay que ir a comprarte ropa!

Quitando lo de ir a comprar ropa y su extraño orden de prioridades —yo preferiría que pagara la cuenta antes que lo del sexo, la verdad—, debo admitir que sí que me ha resultado tentador: sobre todo por la manera en que me ha sugerido que podría estar al mando. Lo ha dejado caer con una voz sensual y llena de intenciones a la que no podría hacer justicia si tratara de copiarla ante

Tamara.

Lo cierto es que, me guste o no, todo lo que tenga que ver con Óscar me parece extremadamente irresistible. Y eso de imponer unas normas, más aún. Me gustan los tratos desde que jugué al *Monopoly* por primera vez y conseguí hacerme con todo el tablero. Lo llevo en la sangre gracias a mi padre, el propietario y magnate de los mejores viñedos de Burdeos. Pero me gustan más cuando tienen que ver con un hombre al que no sé cómo tratar y ante el cual mi comportamiento deja bastante que desear. Marcar unos límites evitaría que tuviera que ir con pies de plomo y me ayudaría a tratar con él, de eso no tengo la menor duda. Lo que aún me hace vacilar es si debería hacerle ese favor... y qué sería exactamente lo que me convendría anotar en esa lista.

Tamara carraspea y se hace notar presionando el botón del extremo del bolígrafo.

Me sostiene la mirada, expectante.

Puede ser una sola persona, y puede que en esta habitación haya tres salidas posibles: la puerta al salón, la puerta al lavadero y la ventana. Pero cuando se trata de la determinación de Tamara, ni siquiera la palanca de incendios me garantiza que vaya a irme de rositas.

Suspiro.

—Muy bien... Apunta esto.

Capítulo 12

Bésame mucho

Creo que por fin he superado la pequeña crisis y puedo afrontar este breve viaje con algo de filosofía. Es verdad que me he buscado yo el problema —y también he sido quien lo ha resuelto—, pero eso no significa que no me queden dudas respecto a la farsa. Ni que no me sienta culpable. Ni que, en cierto modo, esté nervioso.

Bueno, no estoy nervioso en «cierto» modo, sino en todos los modos que existen. La cantidad de cosas que pueden salir mal es infinita, y el que deberá pagar los platos rotos si se da cualquiera de las posibilidades —la que más temo es que mi familia se dé cuenta de la trola— seré yo.

—Se va a rajarse —le dije a Álvaro un día antes del viaje. Él ni siquiera despegó los ojos de la pantalla, donde la buena reputación del Fútbol Club Barcelona dependía de su manejo de los controles—. ¿Qué hago si se raja?

—Busca a alguien que se le parezca. Solo la vieron un rato, ¿no? Si das el cambiazco a lo mejor ni se dan cuenta.

—No hay muchas mujeres de metro setenta y cinco, talla de modelo y ojos azules por ahí.

Él soltó una carcajada ronca.

—Coño, lo has dicho de manera que parece que estés hablando de una tía buena.

—Es que estoy hablando de una tía buena. —Dudé antes de cambiar de estrategia y dirigir a mi centrocampista del Madrid al otro lado del campo—. ¿Por qué lo dices? ¿Es que Eli no te parece mona?

—Mira, solo tres tipos de persona usan «mona» en su vocabulario: las pijas, los gais, y los tíos que no quieren herir los sentimientos de alguien. Y salvo estos últimos, utilizan la palabra para referirse a un bolso o un fular.

—¿Y?

—Que al decir que Eli es mona has dejado claro indirectamente que no lo es. Una tía guapa de verdad está «maciza» o «follable», y es solo mona cuando necesitas echar un polvo con urgencia y te acostarías con ella porque no hay nada mejor. Yo me acostaría con Eli si no hubiera nada mejor. —Y se encogió de hombros.

—¿En serio? ¿Qué hay mejor que Eli? —refunfuñé—. ¿Me estás diciendo de verdad que no te parece guapa?

—Tener los ojos azules no te hace directamente guapo. El atractivo te lo tienes que ganar. Eli es adorable, simpática y alta, pero no te inspira nada sexual.

«No te lo inspirará a ti, tonto del nabo. Nunca mejor dicho».

—Adorable, simpática y alta. ¿En ese orden?

Álvaro se levantó de golpe para celebrar un gol y me restregó por la cara el tres puntos frente a cero con el bailecito del *Fortnite*. Conseguí que se sentara y actuara conforme a su edad tras dirigirle una mirada significativa.

—Y si Eli no te parece guapa, ¿quién te lo parece?

—Adriana Lima me la pone durísima. Y Alessandra Ambrosio.

—¿Una que no sea de Victoria's Secret?

—Alison —contestó sin pensarlo—. Parece que tengo algo con las mujeres cuyo nombre empieza por «A». Perdí la virginidad con Ana, mi primera novia fue Amelia, y...

Pestañeeé, aún sorprendido.

—¿Te gusta Alison? —Él me lanzó una mirada de reojo que sonaba a «no me toques los cojones: bastante información te he dado ya»—. Pero si también es alta y tiene los ojos azules.

—Y mucho estilo. Es la fantasía de la secretaria a la que corromper, con sus camisas de azafata, los tacones sin plataforma y las gafas... Es una diosa. Si yo fuera tú, les habría dicho a mis padres que ella es mi novia y me la habría llevado a Valdemossa pero con una maleta llena de condones.

Solté una carcajada.

—No creo que colara. Y menos después de haber presentado a Eli.

—Alison tiene más culo, así que no, y supongo que es tarde para hacer que se ponga a dieta para ayudarte —meditaba, pulsando los botones como un loco—, pero si ves que la culpa la tiene la treinta y seis de pantalón, siempre puedes pagar una liposucción de urgencia. O la extracción de las costillas flotantes. Por lo demás, y si Eli se raja, existen las pelucas y las lentes de contacto. Todo depende de lo importante que sea para ti causar buena impresión. Y del presupuesto del que dispongas. Por un buen precio yo mismo podría fingir ser tu novia, pero no me pienso hacer la cera en el pecho, eso que te quede claro.

Me lo quedé mirando sin saber muy bien cómo continuar su monólogo.

A veces no sé por qué me llevo bien con Álvaro. No tenemos nada que ver. Yo salí corriendo de la casa de mis padres en cuanto tuve oportunidad, ansioso por conocer el mundo sin la cómoda trinchera desde la que la familia te protege, y él va a cumplir los treinta y seis en el sillón *gamer* de su habitación de la infancia. No trabaja, apenas sale y para hablar de su sentido del humor habría que definir una tonalidad de negro más oscura que el sobaco de Usain Bolt. No voy a decir que nos caigamos de lujo porque somos diferentes; en este caso, los polos opuestos no se atraen. Nuestra relación funciona porque no nos metemos en la vida del otro y eso evita que cuestionemos nuestras mutuas decisiones.

Solo le observé con muy pocas ganas de entender lo que me estaba diciendo. Creo que dijo

algo relacionado con la extracción de costillas flotantes, un tema demasiado desagradable y que no tenía demasiado que ver con mi crisis existencial. Algo que, de todos modos, no debería haberseme ocurrido tratar con él.

Es imposible no agarrarle cariño, pero tiene la misma inteligencia emocional que un zapato. Y entre todos los zapatos, creo que el menos empático sería el de tacón, así que ese sería Álvaro. Unas plataformas de modelo un par de tallas más pequeñas. De las que hacen rozaduras.

—Si se raja —empezó de nuevo—, les dices que se ha puesto enferma, o que tenía mucho trabajo, o que debía ir a otra boda, o que a su abuela le ha dado un ataque epiléptico y está ingresada en el hospital, o lo que sea. A la gente le surgen imprevistos.

—No se lo creerían.

—Claro que se lo creerían —bufó. Pausó un momento el juego y se giró para mirarme como si supiera algo que yo no—. Han invitado a una boda con solo una semana de antelación a una mujer que lleva un negocio prácticamente sola. Lo más lógico habría sido que no se pudiera permitir ese viaje por cuestiones de agenda. Pero en lugar de inventarse una excusa factible ha aceptado, lo que significa que quiere ir. Si no quisiera, te habría dicho algo tan simple como que tiene una fiesta de jubilación ese fin de semana, y tú te lo habrías creído porque, de hecho, la tiene, pero la va a dejar en manos de Tamara.

—¿Cómo sabes que tiene una fiesta de jubilación?

—Porque el que se jubila es mi padre y les había pedido que se encargaran de la comida. El caso es que no se va a rajarse. Tiene las mismas ganas de ir que tú de que ella vaya.

Fruncí el ceño.

—¿De dónde te has sacado eso? Yo no tengo ningunas ganas de que venga a ninguna parte.

Él arqueó una ceja.

—Esto aplica en las dos direcciones, chico. Podrías haberle dicho a tu tío Juan que Eli tiene un trabajo muy demandante y no puede hacer planes a corto plazo, pero en su lugar, fuiste a su casa a pedirle que siguiera con la farsa.

—Fue para hacerlo más creíble.

—Fue porque quieres que vaya —zanjó. Y no me permitió que replicara (muy típico de él, por otro lado): volvió a poner el juego y aprovechó mi momento de confusión para marcarme el cuarto gol desde la banda.

Ahora, esperando en la puerta de embarque del aeropuerto de Barajas, intento no dar vueltas a sus desvaríos sin sentido. Es Álvaro: sabe lo mismo de la mente humana y las relaciones sociales que de moda femenina. O de fémias a secas. Pero es verdad que, a veces, y casi de pura chiripa, dice algo que podría ser cierto y hasta tiene sentido. Y te paras a pensarlo... con todo lo que eso conlleva.

Tampoco tendría nada de malo que quisiera que Eli me acompañara en este viaje, ¿verdad? Ni

tiene por qué estar relacionado con que su compañía individual me interese. Tal vez solo necesito un poco de apoyo moral, cosa que no descarto teniendo en cuenta la naturaleza de la visita.

Será la primera boda a la que acudo desde que estoy soltero, y la segunda vez que voy a Valldemossa desde que dije que no volvería a poner un pie en la isla. Desde un punto de vista meramente psicológico, es coherente que este humilde servidor agradezca tener a alguien durante unos días que se prevén tensos. No para apoyar el hombro: mi familia es perfecta para eso. De hecho, son muy capaces de retarse a duelo para ver quién se alza con el honor de abrazarme si me echo a llorar. Más bien para todo lo contrario. Eli puede aportar un poco de equilibrio a mis caóticas emociones, y nivelar el que podría ser un comportamiento inadecuado. Debe haber algo en el aire de Mallorca, porque no soy el mismo allí que en Madrid y no estará mal que me recuerden que debo mantenerme tan sereno e íntegro como en la capital.

En esas ando pensando cuando Eli aparece bajando el pasillo de entrada al avión. Lleva el pelo recogido en un moño deshecho, las gafas de sol colgando del escote y unos pantalones cortos que hacen sus piernas infinitas.

Debo admitir que me decepciona no toparme con ningún logo estampado: nada de mármoles, camiones, inmobiliarias o electrodomésticos. Solo ella con cara de pocos amigos.

—No me puedo creer que vayas a hacerme pasar por esto —dice nada más llegar a mi altura.

Si me preguntaran por qué sonrío, no sabría qué responder. Le quito la bolsa de mano, en la que no llevará más que un par de conjuntos, y me la echo al hombro.

—*¿There are worse things I could do?*^[1] —pruebo.

—No vale citar canciones de *Grease* —me advierte.

—*¿No te gusta Grease?*

—No me gusta que me arrinconen y me pongan en una situación que no me gusta.

—Entonces *Dirty Dancing* mejor: *Nobody puts my baby in a corner*^[2] —me mofa. Ella me lanza una mirada perdonavidas—. Vale, nada de musicales. ¿Qué es lo que me está permitido citar y lo que no? ¿Tienes ya una lista de requerimientos, o me vas a dar manga ancha?

—*¿Manga ancha?* Ni lo sueñes. A saber cuántos ases te puedes sacar de ahí. Voy siendo tu novia, pero nada me protege de que me declares tu prometida una vez ponga un pie en Mallorca.

Esbozo una sonrisa melancólica.

Prefiero no contestar a eso.

Esperamos a que los de delante avancen en el pasillo del avión y se acomoden para sentarnos en nuestros asientos: los más cercanos al motor.

Va a ser un viaje movidito.

—Pero de hecho sí tengo una lista de normas.

Termino de acomodar el equipaje de mano y pongo los brazos en jarras.

—Tú dirás.

Eli espera a que me siente a su lado para sacar del bolsillo del vaquero —siempre vaqueros— un trozo de papel. Lo desdobra y se aclara la garganta.

—Lo primero es que no puedes besarme sin mi consentimiento.

—Creo que me ofende que tengas que poner eso por escrito —señalo, con una ceja arqueada. Ella me ignora.

—No puedes besarme delante de nadie, y menos para reivindicar nuestra relación, así que olvídate de las carantoñas durante la boda.

—Me tienes por un abusador, exhibicionista y aprovechado. Estoy ansioso por descubrir qué me vas a decir entre líneas con el tercer requisito.

—Nada de besos en la boca.

No puedo aguantarme una sonrisa.

—Estoy seguro de que Freud sacaría una lectura muy interesante de que todas tus normas giren en torno a los besos. ¿Algún deseo inconsciente mal gestionado, brujita?

Eli me fulmina con la mirada. Yo alzo las manos para restarme culpas, pero vuelvo a sonreír socarrón al ver que la cuarta regla hace que se ruborice.

—Si quieres hacerlo más creíble, puedes besarme en la mejilla o en la frente de vez en cuando.

—¿En qué mejilla? ¿Derecha o izquierda? —Entorna los ojos—. Vale, vale, lo dejaré a mi improvisación. Joder, contigo *Bésame mucho* se habría quedado en *No me beses ni un poco*. Está claro que no compartes la opinión de El Canto del Loco de que «lo bueno y lo que importa está en los besos».^[3]

—Pero coincido con ellos en que, aunque digas que se te ha hecho tarde, eres un poquito insoportable.^[4]

Ahogo una carcajada.

—De acuerdo con tus normas, parece que no puedo besarte en los labios ni tampoco si no quieres, lo que significa que con invitación previa y, tal vez, en el cuello, sí sería viable.

—No vas a recibir ninguna invitación previa.

—¿Y si tuviera que hacerte una RCP de urgencia, como la última vez?

—La última vez no recuerdo que tuvieras que hacerme una RCP de urgencia. No me estaba ahogando con el vino en la fiesta de compromiso de tu tío —me recuerda, entre indignada y pudorosa.

—Pero ¿y si surgiera un problema que requiriese esa clase de acción inmediata? ¿Y si tu vida corriera peligro y solamente un beso pudiera salvarte? ¿Entonces tampoco me lo permitirías?

Que nadie me pregunte a qué estoy jugando, porque no lo sé ni yo.

Sí, un hombre tiene sus necesidades y no me puedo sacar de la cabeza que la besé; como

tampoco que quiero hacerlo de nuevo. Pero mi autocontrol es envidiable y me gusta pensar que tengo las cosas muy claras. Me dije que nada de flirteos estúpidos con Eli, menos ahora que me está haciendo un favor, pero es ver cómo se ruboriza con cualquier tontería que se me ocurra y las palabras salen disparadas de mi boca antes de que pueda detenerlas.

Es extraño, porque yo nunca he sido así. He pasado años conteniendo este lado juguetón, por mi bien y por el de los demás. Aunque quizá lo de «contener» sea un adorable eufemismo de que literalmente extirpé de mi personalidad todo lo relacionado con el noble arte del *roneo*.

—Con esas cosas que dices queda claro que has leído más novelas románticas que yo, y luego te extraña que no me fie de lo que significan tus acercamientos. ¿En qué caso mi vida dependería de un beso?

—A lo mejor necesitas que te haga el boca a boca en algún momento. Te quedas sin aire, te estás ahogando, recibes una descarga eléctrica, tu corazón deja de palpitar... o tu madrastra te da una manzana envenenada, o te pinchas con el huso de una rueca, o...

—Vale, de acuerdo —cede ella, alzando las palmas—. Si mi vida corre peligro y solo un beso puede salvarme, tienes mi permiso y bendición para besarme.

Una sonrisa victoriosa tuerce mis labios.

—Anótalo. Escribe la lista de excepciones. No me las quiero ver luego con tus abogados si cambias de idea.

—Los acuerdos verbales también tienen validez legal. Y parece que la azafata cuenta como testigo. No deja de mirarte.

Giro la cabeza hacia el pasillo del avión, donde un par de auxiliares de vuelo hacen su coreografía con el chaleco y el oxígeno. En efecto, la más cercana a nosotros, una rubia que no debe tener más de veinte años, reproduce las indicaciones sin quitarme ojo de encima. En cuanto termina, solo unos segundos después, se acerca directamente a mí con una sonrisa solícita.

—¿Puedo traerte algo?

Le devuelvo el gesto intentando no pasarme ni un poco de la raya de la cortesía.

—En principio no, gracias.

—¿Seguro que no? Tengo refrescos en cabina. Incluso vino.

—Va a ser un vuelo muy breve, no creo que me dé sed —insisto—. Gracias.

—¿Y nada de comer? —intenta de nuevo. Apoya la mano en el lateral de mi asiento y se inclina para hablarme un par de tonos más bajo—. Es verdad que en estos vuelos no hay mucha variedad, pero puedo conseguirte algo más elaborado.

Intento no exteriorizar mi incomodidad al repetir un «no, gracias» que ella ignora una última vez para decirme su nombre, uno que se me olvida en cuanto sale de sus labios pintados.

—Estaré ahí atrás por si me necesitas —me recuerda. Pasa por mi lado acariciando el asiento y, sospecho, contoneando las caderas. Yo me quedo inmóvil donde estoy, y como si tuviera el

aliento de un monstruo en el cuello, me voy girando muy despacio hacia Eli.

Verla sonriendo con incredulidad me desconcierta.

—¿Todas las azafatas tienen tan interiorizado que deben flirtear con los hombres, o solo intentaba sobornarte con bolsitas de frutos secos porque le hace falta deshacerse de las caducadas? —bromea—. Y yo que pensaba que este tipo de auxiliares eran una leyenda urbana, y que en todo caso les hacían la ola a los de primera clase.

—Lo siento —suelto sin pensar.

Ella arruga la frente.

—¿El qué sientes?

—Bueno, estamos sentados juntos, vamos solos, tenemos más o menos la misma edad... y estábamos hablando de besos. Debería haber dado por hecho que no eres mi hermana ni tampoco una amiga. Nada le asegura que seas mi pareja, pero podría haber sido menos evidente y algo más respetuosa por si acaso. Odio que hagan eso —mascullo, cambiando de postura en el asiento—. No entiendo la necesidad de flirtear con hombres que van acompañados. Me parece grosero y siempre incomoda a la otra persona...

Me callo cuando ella pone una mano sobre la mía. Al girarme temo encontrarme con un gesto serio y molesto por el espectáculo, pero ella solo me sonríe comprensiva.

—Oye, no te preocupes por mí. Al que han incomodado es a ti. Si ha tenido hasta gracia. Nunca he visto a un hombre tan tenso por la atención de una mujer.

—¿Seguro que no te ha molestado? —replico—. Debería haberle dicho algo.

—Pues claro que no tendrías que haberle dicho nada. De hecho, si te gusta, podrías haberle pedido su tarjeta. Estás soltero, Óscar. Solo somos una pareja delante de tu madre. Aunque si quieres hacerlo creíble vas a tener que andarte con cuidado una vez pongamos los pies en tierra firme —agrega. Retira la mano y me dedica una mirada significativa—. Ya sabes... No te lées con nadie en la boda, y si lo haces, sé discreto. No es que esté contenta con el papel de novia, pero convertirme en la cornuda sería el colmo.

—Yo nunca haría eso.

Debo haber sonado muy radical, porque la sonrisa divertida que esbozaba se va atenuando hasta convertirse en una expresión solemne.

—Está bien de cara a nuestro teatro porque no correremos el riesgo. Pero recuerdas que en realidad no me debes nada y yo a ti tampoco, ¿verdad? —dice con suavidad.

Asiento con la cabeza, repentinamente tenso.

¿Qué significa eso? ¿Que se da permiso a sí misma para enrollarse con quien le apetezca en la boda, el mismo que me doy yo? No sé cómo me sienta eso. Si lo hace, no lo veré porque será prudente. Tampoco me lo contará; no hay tanta confianza porque nos conocemos bastante poco. Todo lo que podíamos hacerlo teniendo en cuenta que llevamos caminando en círculos desde que

nos cruzamos en el ascensor, y desde ahí solo ha habido malentendidos. Pero si la imagino liada con otro tío, me embarga una misteriosa sensación de incomodidad. Debe ser porque no la veo como la clase de chica que tiene noches de desenfreno y mañanas de ibuprofeno. Parece elegir concienzudamente a sus parejas y no conformarse con menos que una relación sana y equilibrada, es decir: la única razón por la que intento mantenerme al margen y no cruzar la línea de este improvisado flirteo.

Pero ¿y si Eli no fuera lo que aparenta? ¿Y si sale de caza todos los viernes y se despierta acompañada cada sábado? Supongo que lo sabría gracias a los vecinos, a los que les falta crear una revista del corazón que incluya los cotilleos de un radio de doscientos metros cuadrados. Si fuera una *devorahombres* sería un delito no llevar esto a la siguiente base. A fin de cuentas, su supuesta sensibilidad femenina es lo único que me detiene.

—Ha sido la costumbre —me disculpo, rascándome la barbilla—. Inconscientemente me pongo a la defensiva cuando pasan estas cosas.

—¿Cuándo te hace caso una mujer, dices? Debes pasarlo muy mal.

—Ya no tanto, pero en su momento era un infierno —confieso, con un rastro de amargura. Me giro hacia ella—. Mi expareja sufría muchísimo con estas cosas y... Bueno, tardé mucho tiempo en modificar mi comportamiento para que no se molestara.

Llevo años sin hablar de Nieves. Lo evito incluso con la gente que la conoció, a sabiendas de que intercambiar unos pocos recuerdos es el ejercicio ideal para sanar. Pero a Eli le tengo que dar una mínima explicación, o de lo contrario no entenderá el panorama con el que se encontrará una vez lleguemos a Valldemossa. Con mi madre y mis hermanas nada es un secreto mucho tiempo y tengo el pleno convencimiento de que le soltarán la sopa a la menor oportunidad, incluso si les pido explícitamente que mantengan la boca cerrada. No es una cuestión de lealtad; la indiscreción corre por su sangre y no es algo que se pueda erradicar.

Mi intención es hacerle un resumen rápido, pero el avión se pone en marcha de un brusco zarandeo y con esto pierdo por completo la atención de Eli. Se sobresalta con el primer acelerón, y cuando ya estamos despegando, lejos de relajarse en el asiento, me clava las uñas en el brazo y se queda inmóvil.

—¿Eli? —Ella no contesta—. ¿Estás bien?

—Sí.

Espero a que añada algo más aparte de ese seco monosílabo. Echo un vistazo a sus dedos hundidos en mi antebrazo.

Es posible que esto empiece a doler dentro de unos segundos; un mal menor comparado con su cara de susto.

—¿Has volado alguna vez? —tanteo.

—Sí... Unas tres veces. Cuando vivía en Burdeos y me vine a Madrid, cuando fui de Madrid a

París, y cuando volví a Madrid desde allí. —Hace una pausa—. La primera lloré de miedo, en la segunda tuve que hacer el viaje drogada y la última estuve haciendo ejercicios de relajación con mi compañero.

La aerofobia no tiene ninguna gracia, pero Eli parece tan adorable cuando se ve desvalida que no puedo resistirme a sonreír. ¿Eso me hace un psicópata? No lo descarto.

—Estaremos allí en una hora. El vuelo a Francia es mucho más largo. Verás que en unos minutos se te pasa.

Pero no se le pasa. Eli clava la mirada en el sillón de delante y no aparta las uñas de mi carne sensible.

Creo que me está abriendo heridas. Es difícil saberlo.

—Eli...

—¿Crees que podrías manipular a la azafata con tu belleza divina para que te dé esa botella de vino? —tartamudea—. Me da igual si no es un Rioja Gran Reserva, con que sea un licor de alta graduación me vale.

—No sé si bebiendo se te van a quitar los nervios. A lo mejor acabas vomitando, o...

Ella me dirige una mirada glacial.

—Como si me hago un Melendi, Óscar. No me han dejado meter en el avión los ansiolíticos para controlar el pánico, así que voy a tener que relajarme de alguna manera. Pídelas —ruega—. Dale utilidad a tu cara de Chris Evans.

—Y dale con Chris Evans —bufo—. ¿Qué tendrá que ver el Capitán América conmigo? Puede que si me deje barba nos parezcamos, como se parecen todos los tíos barbudos de este mundo, pero sin ella somos...

—Óscar. El vino.

—Ahora quieres que sea tu chivo expiatorio.

—Bueno, y yo soy tu Dermot Mulroney y a él le pagan seis mil dólares por hacer de novio en una boda. Me parece que el precio de un par de botellas en un vuelo clase turista es bastante inferior, así que menos quejarse.

—¿Ahora hemos pasado a «un par»?

—Seis mil dólares, Óscar.

No me queda otro remedio que suspirar, resignado, e ir en busca de la coqueta auxiliar.

Llevo toda mi vida viajando de Madrid a Mallorca sin mayor problema. En una hora y diez minutos no te da tiempo a ver una película, pero sí a empezar una serie, terminar esa novela que siempre llevas encima por si te da la inspiración —aunque en realidad hace tiempo que te diste

por vencido con ella— o adelantar un poco de trabajo. Nadie diría que en tan corto periodo de tiempo, una persona sería capaz de emborracharse hasta el extremo, ni que yo me las vería en serias dificultades para evitar que hiciera el ridículo más estrepitoso. Gracias al cielo, mi sensibilidad a la vergüenza ajena queda en segundo lugar cuando recuerdo que Eli se ha empinado cinco botellas pequeñas por culpa del miedo.

—¿Por qué no me dijiste que te daba miedo el avión? Podríamos haber cogido un ferri en Barcelona.

—Porque es vergonzoso y los barcos me dan más miedo todavía. Es el mar lo que me aterra, ¿sabes? No es lo mismo cruzar España y media Francia porque hay tierra por medio. Ahora estamos pasando por encima del agua.

Observo, dividido, cómo se lleva la botellita a los labios y da otro trago histérico. ¿A partir de cuántos sorbos puedo quitársela de la mano? ¿Realmente me he ganado ese derecho, teniendo en cuenta que soy el causante de que tenga que cogerse un ciego para sobrevivir?

Quién soy yo para cuestionar los métodos con los que la gente bloquea el pánico.

—Siempre dicen que hay más posibilidades de supervivencia si te estrellas en el mar —comento. Ella se vuelve hacia mí con cara de «esa información te la podrías haber reservado»—. Perdona, no debería bromear con eso. No sé por qué imaginé que estarías acostumbrada a los aviones. Creo recordar que tu padre es francés.

—Mi padre es un capullo —suelta de repente. Su voz suena gutural al hablar con la boca pegada al interior del botellín. Luego se echa a reír—. Vaya, eso es algo que no diría sobria. Parece que esta asquerosidad está surtiendo efecto.

—Lamento que no sea del agrado de su majestad.

—Tranquilo, es que tengo un paladar exquisito... y mucha tolerancia al alcohol, así que cambia esa cara. —Me señala con el dedo—. Estaré perfectamente incluso si me tomo cinco más.

Eso lo dudo bastante, pero me cuido de responder.

Sí, sé que le gusta beber. La he visto cocinar desde mi ventana muchas veces, y cuando no cuenta con la colaboración de Tamara, un vaso de buen vino le hace compañía. Admito que hasta ahora era un aspecto de su personalidad que me parecía de lo más atractivo. En este momento, me intriga. Tiene las mejillas coloradas, los labios húmedos y le brillan los ojos, lo que me da una idea de cómo se vería después de echar un polvo.

No sería la primera vez que follo en un avión, por otro lado...

«¿En qué coño estás pensando, tío?».

—Preferiría que no lo hicieras.

—Si temes que pierda la compostura o algo así, estás totalmente a salvo. —Airea la mano—. Es verdad que he cometido locuras estado borracha, pero esa época la superé a los veinte.

—¿Qué clase de locuras?

—Quitarme el sujetador, besar a un desconocido, bailar en una tarima donde todos pudieran verme... Qué vergüenza. —Niega con la cabeza—. No sé en qué estaba pensando.

—No pensabas. Y, por si acaso, no temo que pierdas la compostura —agrego—; más bien que hagas algo de lo que puedas arrepentirte.

Ella me observa con fijeza durante unos segundos. Se ha quitado el cinturón porque «si nos estrellamos, de poco va a servir» y se ha sentado de espaldas a la ventanilla porque «ver el mar le da vértigo». Apoya la cara en el hombro y hace morritos mientras me evalúa. Yo me río suavemente y copio su postura; contra las quejas de la azafata, la enfrento sin preocuparme por mi seguridad.

—¿De qué crees que podría arrepentirme?

—De cualquier cosa que tenga que ver conmigo —contesto sin pensar—. Y no es una afirmación sin fundamento, ya has demostrado que te cuesta verme con buenos ojos.

Ella bufá.

—Como te vea con mejores ojos voy a desarrollar ultra visión, o hasta rayos X.

—Espero que si consigues rayos X los aproveches bien. Tengo entendido que podrías ver lo que hay debajo de la ropa, lo que sería el sueño de muchos.

—No me hace falta tener rayos X para verte desnudo. Con echar un ojo por la ventana ya está hecho —suelta de sopetón—. ¿Qué pretendes paseándote en paños menores por el salón y con las cortinas corridas? Quieres que la gente te mire, está claro... Y estaría bien si no fueras de humilde y pudoroso, pero actúas como si te molestara ser el centro de atención y eso es... contradictorio.

Pestañeo una sola vez.

¿Acaba de decirme que me ha visto desnudo?

Yo no me paseo desnudo por ninguna parte.

Pero ¿qué dice?

—Yo no actúo. Soy yo mismo. ¿Cuándo me has visto tú a mí desnudo? —rezongo. Y sin detenerme mucho a meditarlo, lo que sin duda me habría convenido, apoyo el codo sobre el respaldo y la miro de hito en hito—. ¿Y qué te pareció?

Sé que esta es solo otra manera de aprovecharse de que alguien está borracho, pero soy un ser humano con sentimientos y que para colmo se muere por escucharle un cumplido a Eli Bonnet.

Tampoco estoy atentando contra ninguna ley haciéndole preguntas comprometedoras, ¿no?

—Estás fofo. —Y se echa a reír.

Qué cabrona.

—No te lo crees ni tú. ¿No vas a admitir que te gusto? —Ella sacude la cabeza con coquetería—. ¿De verdad? ¿Ni un poco?

—Define «poco».

Finjo pensármelo antes de juntar el dedo índice y el pulgar. No llegan a tocarse. Ella entorna

los ojos y se esfuerza por medir mentalmente el centímetro que los separa.

—No, no me gustas ese poco.

—¿Ni ese *poco poquísimo* pero suficiente para que aceptaras venir conmigo a Mallorca porque querías que pasáramos el rato juntos?

No pienso hacer ninguna declaración sobre esto. Tengo la conversación con Álvaro muy presente y estoy en mi derecho de salir de dudas.

Ella se ríe de forma encantadora.

—Creo que con lo único con lo que no he fantaseado sobre ti, es con conocer a tus padres — balbucea antes de dar otro trago—. Y no es que haya soñado tampoco con ser tu novia, ¿sabes?

Subrepticamente, dejo que el codo en el que estoy apoyado se escurra un pelín más hacia ella.

—¿Por qué no? ¿No te parezco material de novio?

—Nunca lo he pensado, pero ese no sería el problema. Soy yo la que no es material de novia... Quizá lo descubras estos tres días. Si se me daba mal serlo de verdad, imagina fingirlo.

Evito que se empine el culo de la botella retirándola casi sin que se dé cuenta. Antes de que se queje, la convengo con una mirada directa de prestarme atención.

—¿Y con qué has fantaseado? —pregunto en voz baja.

Ella desvía la vista un momento al asiento de delante. Como ya está colorada es difícil saber si se ha ruborizado, pero apuesto todo lo que llevo encima a que lo ha hecho.

—Una mujer debe tener sus secretos.

—Venga... Estamos cruzando el mar en avión. Cabe la posibilidad de que nos estrellemos y nos matemos, y esta sea nuestra última conversación —entono con aire bíblico—. ¿No te gustaría confesarte?

—Si el cura supiera qué clase de pensamientos he tenido sobre ti, rompería su promesa con Dios y se suicidaría.

Ella, como siempre, eligiendo los mejores términos para expresarse.

—Joder. ¿Por qué? ¿Has soñado con matarme?

—Mis sueños estaban más enfocados al noveno mandamiento. Créeme, tres duchas diarias con agua bendita no habrían sido suficientes para hacerme un exorcismo. He tenido al diablo dentro por tu culpa.

Genial. Me encanta por dónde va esta conversación.

—Ese diablo es de lo más afortunado. ¿Sabes qué creo? Que la mejor forma de enfrentar la tentación es cayendo en ella... y bueno —Estiro una mano hacia su pelo y me engancho un mechón en el dedo—, de consentir pensamientos impuros a cometerlos solo hay dos mandamientos de distancia. Y esta se recorre en un ratito. Quince minutos de *footing*.

Ella me observa casi sin pestañear. Se ha olvidado de la botella y ahora hiperventila, nerviosa. Sigue con la mirada la caricia que trazan mis dedos sobre sus mechones sueltos.

—No sé si estoy interesada en hacer esa clase de ejercicio.

—¿No estás interesada en el ejercicio de la liturgia? Qué pésima cristiana, Dios santo. —Ella deja escapar una risa divertida—. Vamos, brujita, dime con qué fantaseas. Imagina que el avión nunca aterriza. ¿Tendré que morirme sin saber lo que quieres de mí?

—Esto no va de ti, va de mí prefiriendo morir por el impacto que por la humillación.

—¿Por qué humillación? A lo mejor yo también te he visto desnuda.

Mi respuesta tiene la reacción esperada. Eli abre mucho los ojos.

—¿Perdona?

—He tenido fantasías muy descriptivas.

—No me digas eso.

—¿Por qué no? Esto es un país libre y tolerante que abandera la libertad de expresión. No puedes quitarme el derecho a decir que...

—Calla —masculla. Se humedece los labios antes de confiscarme la botella y darle un largo trago—. Joder, odio esto. A veces me gustaría no ser tan tímida.

—Forma parte de tu encanto.

Ella resopla y pone los ojos en blanco.

—Si no lo fuera... No sé. Tal vez hubiera flirteado contigo. Tal vez me hubiese animado a, no sé, quizá... salir una noche. Y sería capaz de decirte que me gustas —continúa. Ahoga una risilla histérica—, incluso si es un poco loco porque en realidad no te conozco de nada.

¿Qué sentido tendría que se me cerrara el esfínter porque la vecina acaba de decirme que le gusto? Creo que ninguno.

—Bueno, conoces a la gente que es Capricornio —se me ocurre decir. *Ah, muy bien, Óscar, eso es justo lo que una chica que acaba de confesarse espera que le digas*—. Parece que con eso basta para tenerme calado. ¿Dirías que somos signos compatibles?

—Mm... Aire y tierra... —Mueve los morritos, pensativa—. Sí, hay una alta probabilidad. Pero no va a pasar nada entre nosotros porque soy muy introvertida y aburrida, y no quiero decepcionarte.

—¿Aburrida? Me has dado el vuelo de mi vida.

—No precisamente para bien.

El cambio en la inclinación del avión me interrumpe en medio de una respuesta que podría haber acabado con todas sus dudas. El aterrizaje nos espera. El motor, que lleva bombeando detrás de nosotros todo el viaje, emite un sonido que podría ser preocupante. Y Eli, que está demasiado borracha para entender qué está pasando, se aferra a mí temblando como una hoja.

—Señorita, siéntese bien —le ordena la azafata. Ella no hace caso.

—Al final sí que nos vamos a estrellar. Nos vamos a estrellar... —murmura.

Debe haber algo muy mal en mí por derretirme de ternura con su faceta cobarde, pero cuando

tienes un metro de piernas a cada lado del regazo puedo asegurar que lo último que haces es cuestionarte la naturaleza de tus emociones. Solo las sientes, vívidas, como un torrente de energía que se desborda: así reacciona mi cuerpo al abrazarla para protegerla de un miedo que es inventado.

—A lo mejor sí —le concedo en voz baja, aunque no me refiero al sentido literal—, y a lo mejor no. Pero habrá que estar seguro de que el desenlace será fatal; de lo contrario, ponerse en lo peor no sirve de nada.

Ella entiende a lo que me refiero, lo sé porque se separa lo suficiente para mirarme. La azafata insiste e insiste en que se siente donde debe, pero ninguno de los dos le hace el menor caso; ni siquiera cuando intenta forcejear con nosotros. Se da por vencida con un suspiro y una palabrota que no podría reproducir porque me quedo en los ojos borrosos y los labios entreabiertos de Eli, en su respiración con olor a vino. Mi corazón aletea a la vez que sus pestañas, que enmarcan una mirada entre confusa y halagada.

—Considero este aterrizaje una cuestión de vida o muerte que requiere mi ayuda inmediata.

Ella traga saliva, pero no se mueve.

—Puede que lo sea —balbuce—. Es verdad que no puedo respirar. Y siento que se me ha parado el corazón.

Inhalo profundamente y rozo su nariz con la mía.

—Síntomas de sobra para llevar a cabo una intervención.

En lugar de asentir, dándome carta blanca para hacer lo que me venga en gana, Eli roza mis labios con timidez. Sorprende que algo tan simple e inocente pueda secarme la garganta y prender esa pólvora mojada que ya pensaba que no volvería a funcionar. Pero claro que funciona; funcionó en la cocina del local, en su salón, y ahora no es distinto. Eli tiene una dulzura y sencillez que me conmueve y me calienta los huesos. Igual que lo hizo la primera vez, lo hace ahora y lo hará cuando suceda por cuarta ocasión, porque la habrá: tal vez no quiera ni pueda estar con ella, pero no puedo privarme de una sensación tan mágica y que sé que comparte conmigo.

No es solo mía. La estoy besando y Eli vibra y se estremece conmigo, me aprieta contra su estrecho cuerpo, como si quisiera fundirse con mi piel. No la puedo besar rápido, como llevo años haciendo. No puedo tomar su boca sin esperar respuesta y luego darme la vuelta, y no porque sea sensible y frágil, sino porque encuentro más placer en cómo ella disfruta bebiendo de mí que en un encuentro precipitado.

Deshago su moño y hundo los dedos en su melena para buscar más a fondo, en su boca, las otras tantas capas de sabor del vino. Y lo que ha empezado como una manera de sellar que ya vale de caminar en círculos, se convierte en una manera de tener sexo sin que nos puedan multar por escandalosos. La azafata ha dejado de decir que «eso no se puede hacer en un avión» y ahora no se oye nada, ni se ve nada... Solo paladeo y siento cómo se mezcla conmigo. Y quiero que se

mezcle más. Hasta que no sepa dónde empieza ella ni dónde termino yo.

El avión aterriza, se detiene, los pasajeros empiezan a salir a trompicones —o eso me imagino por el ruido ajetreado que zumba sobre nuestras cabezas— y yo sigo con ella encima, sin aliento y con el estómago apretado.

Eli se separa, desequilibrada, y echa un vistazo desorientado alrededor antes de mirarme sin palabras. Y sin pintalabios.

—Pues sí que es efectivo —balbucea.

Me cuesta sonreír.

Juraría que se me han dormido los labios.

—La próxima vez empezaré con esto desde el despegue. Así nos ahorraremos las botellas.

Capítulo 13

Un hombre de verdad y una novia de mentira

Cuando bajamos del avión me tambaleo igual que si acabara de desmontar el toro loco de la feria. Noto bajo la lengua el toque amaderado del vino barato y ese cálido recuerdo de un aliento que no es el tuyo. De no ser porque no estoy tan borracha como para haber olvidado que me he empinado unas cuantas botellas, habría asociado mis síntomas visibles —mareo, sonrisa idiota, estómago burbujeante— con el enamoramiento de quinceañera. Algo totalmente inadmisibile.

Me parece bien que Lara Jean se enamore de Peter Kavinsky^[5] durante su noviazgo de mentira; necesitaba arriesgarse a tener una relación real para superar el miedo a la pérdida, pero yo no voy a ser tan estúpida como para incumplir mi breve pero contundente lista de normas.

Eliodora Bonnet no se anda besando con su noviete falso. Fin. Ni tampoco tiene permiso para que le parezca especialmente simpático o cualquier otra apreciación que pueda desembocar en algo parecido al afecto.

Pero es que *es* simpático. Y lo que es peor: las consecuencias del vino llevan su encanto a la enésima potencia. No sé mucho de matemáticas, pero puede que solo esté preparada para resistir hasta la sexta. La séptima como mucho, y solo si no me coge de la cintura para meterme en el taxi... cosa que hace.

No es que me preocupe caerle bien o no a mis suegros. Conviviré con ellos durante tres días y dos noches, así que no siento esa obligación de dar lo mejor de mí y demostrar que soy digna de su hijo. En todo caso, es el hijo el que debe demostrar unas cuantas cosas. Pero tampoco pretendía hacer mi entrada tropezándome con mis propios pies y colorada por la borrachera... cosa que sí, *hago*.

Se me tendrá que perdonar que no haya podido describir la belleza bucólica del pueblo mallorquín donde Óscar se ha criado. Primero he estado muy ocupada intentando no vomitar el contenido equivalente a esas botellas de vino —seguro que el sueño imposible del taxista es irse de *rallies*, porque menudas curvas—, y luego me las he visto tratando de aparentar que estoy perfectamente sobria delante de una familia con más miembros que las Kardashian. Los padres de Óscar alimentan las mismas bocas que Julio Iglesias habría tenido que llenar si se hubiese hecho cargo de sus incontables bastardos, que por lo que tengo entendido no son pocos.

—¿Cómo has dejado que beba tanto? —le espeta la madre nada más verme, toqueteándome la cara—. Esta chica necesita descansar. Menos mal que las habitaciones ya están preparadas.

—Eli es una mujer independiente. Toma las decisiones que le parecen correctas y yo ahí no

tengo nada que decir —se defiende Óscar.

Esa ha sido muy buena respuesta, pero su madre, una señora rubia y bajita a la que deben encantarle las flores —las lleva estampadas hasta en los calcetines— tiene toda la pinta de ser de esas a las que le importan un pito las modernidades y el feminismo.

—Debería darte vergüenza.

A Óscar no sé, pero yo estoy deseando que me trague la tierra.

No estoy acostumbrada a llamar la atención. Por lo menos, no más de esos segundos en los que mi padre, durante catas, exhibiciones o visitas multitudinarias a sus riquísimos viñedos, interrumpía sus monólogos para señalarme y decir: «Ah, por cierto, esa es mi hija, la que lleva la tabla de quesos porque eso es lo único que se le da bien». Las miradas de unos cuantos viejales lo bastante pagados de sí mismos para dar por hecho que me complacería que me revisaran de arriba a abajo solían perseguirme, guiadas por la turbación, durante el resto del día. Pero no duraban demasiado. El escrutinio colmado de curiosidad de todos esos parientes —debe haber venido hasta el tatarabuelo y el primo tercero— no termina, no encuentran nada más interesante, sino que se intensifica y yo de repente me sorprendo a mí misma siendo la atracción del momento.

No me miran como si no estuviera a la altura, pero son veinte pares de ojos, joder, creo que no habría tenido tanto público ni si hubiera celebrado las campanadas de Nochevieja desnuda en la Puerta del Sol.

—Debes cargar un dolor de cabeza terrible —sigue diciéndome la madre, que se ha agarrado a mi brazo como si quisiera cortarme la circulación—. No quiero molestarte demasiado, pero no te imaginas la ilusión que me hace que hayas podido venir. Tenía mis serias dudas, ¿sabes? No solo por tu trabajo, que ya me dijo Óscar que es muy demandante, sino también por lo introvertido que es.

Asiento con una sonrisa cortés a todo lo que me dice. Efectivamente tengo un dolor de cabeza terrible, y no ayuda que estemos dando vueltas al salón como hiciera Elizabeth Bennett con la estúpida de Caroline Bingley. Yo no estoy llamando la atención de ningún Darcy, pero sí que noto algunas calculadoras miradas pegadas al trasero.

—Yo también me alegro de haber venido. Óscar me ha hablado mucho de su familia. Les aprecia mucho a todos.

—Por Dios, no me trates de usted. Me haces sentir una señora de sesenta años.

—Los años que tiene —apostilla una mujer. La reconozco enseguida: la famosa Lali—. Qué ilusión verte, Eli. ¿Cómo estás? ¿Ha ido bien el vuelo? ¿Has comido algo antes de venir? ¿Te apetece tomar algo?

—No, gracias...

—Creía que era un espejismo —exclama otra mujer. Me suena su cara—. Estaba segura de que no iba a venir. Incluso pensaba que se lo había inventado.

—Allegra, me debes veinte pavos —le dice una tercera a la cuarta cercana, que me estudia con ojo crítico—. Ya los puedes ir soltando. Y da gracias que no te he sacado más...

—¿Habéis apostado que...? —Me corto para echar un vistazo alrededor. Todo el mundo parece participar en la divertida conversación, aunque solo sea en diferido; Óscar, en cambio, es ajeno a cómo una marabunta de mujeres me rodea y asfixia con su mezcla de perfumes.

—Habría dado mi vida porque Óscar no iba a traer a una chica a casa jamás —afirma rotundamente la de los veinte pavos—, pero solo por llevarle la contraria a Allegra, aposté a favor. Nos va a tener que pagar una buena suma a todas. Lali, ¿cuánto pusiste tú?

Intento ubicarme en la situación, pero entre la cantidad de gente, el mareo y cómo luchan por alzar sus voces, lo único que logro asimilar es que habían apostado que Óscar no tenía novia. ¿Qué se supone que significa eso? ¿Su orientación sexual también es un misterio para su propia familia...?

—No les hagas caso —insiste la madre, tirándome del brazo—. Es verdad que eres la noticia del año, incluso del lustro, pero no te dejes intimidar por eso. No tienes que hacer nada para que te adoremos. El simple hecho de que Óscar te haya traído ya te convierte en la estrella del fin de semana. Te trataremos como una reina.

»¡Qué emoción! ¡Cuéntamelo todo! ¿Cómo os conocisteis?

—¿Dónde fue el primer beso? —pregunta Lali.

Abro la boca para contestar, pero solo consigo que me tiemblen los labios. Ni siquiera me ha dado tiempo a dejar la maleta y ya me están bombardeando con preguntas. No ha hecho falta que nadie me diga que soy un prodigio de la naturaleza; me están mirando como si fuera una aparición mariana, y debo admitir que no lo entiendo hasta que...

—Eres un milagro —balbucea la madre.

Y ahora sí lo entiendo. Está todo clarísimo: a lo mejor no he evitado el declive de la Tierra y las irreversibles consecuencias del efecto invernadero, pero he vuelto heterosexual al hijo cuyos genes pensaban que se iban a desaprovechar. Y eso sí que es «magia».

Sinceramente, a no ser que pertenezcan a alguna de estas organizaciones sectarias que creen que la homosexualidad se puede curar, no entiendo por qué tanto alboroto. ¿Cuál habría sido el problema si Óscar no hubiera traído a una mujer a casa? ¿Cuál habría sido el problema si se hubiera confirmado que le gustan los hombres?

Estoy preparada para echar un sermón sobre la identidad sexual y los gustos en la cama, cuando un brazo masculino me envuelve por detrás.

—Vamos a dejar las maletas y ponernos cómodos —anuncia Óscar—. Ya tendremos tiempo para charlar a la hora de la cena, ¿os parece?

Debo reconocerle el talento de no quedarse sin saliva después de repartir besos a un coro de voces blancas, solo que su familia no solo llenaría el góspel de la iglesia sino también las

banquetas. No tiene parientes, tiene dos puñeteros equipos de rugby. Y eso, además de la actitud con la que me han estado pasando de manos, se siente terriblemente mal. No solo porque yo sea tímida y mi familia estuviera compuesta por un matrimonio fallido y su hija única, lo que ya supone un contraste: a fin de cuentas, si vives en una comunidad vecinal como la mía, le terminas perdiendo el miedo a la interacción social. Es porque pensaba que tendría que mentirle a una madre, a un padre y cuatro hermanas, y resulta que voy a tener que hacer el papelón hasta delante del tío abuelo medio ciego venido de Singapur con su novia veinteañera.

Soy de las que piensan que una mentira es más mentira conforme más gente la sabe y no por la gravedad de la trola en sí. Y teniendo en cuenta que este paripé va delante de un ejército de gente rubia con los ojos verdes —joder, parecen el sueño ario de Hitler—, voy a ir al infierno con doce cadenas perpetuas.

Gracias al cielo, Óscar me conduce lejos de la escena del crimen. Solo que ni Ágatha Christie mezclaba tantos personajes en una sola novela.

Dios mío, ¿se nota mucho que me agobian las grandes multitudes?

—¿A dónde vamos? —balbuceo.

—Lejos del interrogatorio al que te habrían sometido si nos hubiéramos quedado en ese salón dos minutos más.

—Pensaba que se trataba de eso, de fingir delante de ellos. De vender un cuento.

—Es mucho más creíble que te lleve aparte a que te empuje a los brazos de mis parientes como si estuviera presentándote en sociedad. Nunca he sido la clase de tipo que airea a su novia.

—No, si está claro que las has tenido en secreto. Habían apostado que no traerías a nadie, ¿sabes? Y tu madre dice que soy un milagro. Es evidente que piensan que eres gay. O asexual.

Después de subir tantas escaleras que me empieza a doler el trasero —ahora es cuando debo darle la razón a Tamara: bajándolas no haces ningún ejercicio—, Óscar se detiene delante de una habitación.

Me lanza una mirada exasperada.

—¿Vamos a volver a eso otra vez?

«Tantas veces como sea necesario».

—No.

—Bien.

Abre la puerta y me hace un gesto para que pase. Doy un paso al frente y me detengo bajo el umbral. Mi barbilla casi abre un boquete en el suelo al ver el papel de pared con florecillas rosas, los posters de las Pussycat Dolls, la colcha fucsia y lila y la alfombra de pelo blanco. Sobre las estanterías hay unas cuantas novelas románticas apiladas y varios peluches, además de macetas y figuritas coleccionables de distintos tonos.

Cojo aire y lo retengo en los pulmones antes de decir lo que lleva persiguiéndome desde que he

puesto un pie en esta casa.

—Estás a tiempo de confesar que soy tu tapadera.

Óscar pone los ojos en blanco.

—Mi hermana Violeta se fue de casa muy pronto y me tocó quedarme con su habitación porque mi padre quería usar la mía como despacho. Los detalles decorativos me importaban un carajo; pasaba por aquí exclusivamente para dormir y me iba a independizar a al año siguiente, así que la dejé tal cual.

Acaricio con los dedos los cristales de colorines que cuelgan de la lamparita de la mesilla. Desde ahí arqueo la ceja en su dirección.

—Es imposible que todo tenga una explicación lógica.

—¿Qué es «todo»? —replica, con cierto aire beligerante.

—Todo lo que hace que la gente piense que eres gay. Mira, esto no son prejuicios. —Aireo las manos, tratando de abarcar hasta lo que dejamos en Madrid—. Hay cosas que se asocian a los gays porque ellos mismos quieren que se les represente así. Porque, históricamente, quienes se han sentido identificados con ciertos gustos femeninos, han tenido que tolerar que los discriminasen y se armaron con ellos para usarlos como escudo. Como bandera. No puedes tomar todo lo que define a la mayoría y decir que no eres gay, porque no es creíble, y encima te estás apropiando de...

—¿Qué es lo que he tomado? Vamos, dímelo. Puedes hacerme quince preguntas sobre esos gustos y aficiones de los que crees que me he apropiado.

—¿Por qué quince?

—¿Ese número no es el de la niña bonita?

No estamos en un momento tenso; no le he acusado, solo he expuesto un tema, y él no se ha ofendido, sino que intenta corregirme. Por eso me permito la vanidad de sonreír como una tonta.

—Adulador.

—Puedes llamarme algo mejor.

—Y algo peor.

—¿Como qué?

—¿Baboso? —Levanto las cejas—. Explícame racionalmente tu pasión por las novelas románticas.

—Muchos hombres leen novela romántica —se queja, cruzado de brazos—. Yo en concreto disfruto de todos los géneros, pero no podía prestarle mis relatos de terror o policíacos a Lali o Caliope. Y antes de que preguntes, mis amplios conocimientos sobre cine sentimental parten del mismo deseo: encajar en una casa llena de mujeres.

—Te depilas —le acuso.

—Como muchos hombres —insiste—. Yo lo hago porque el vello me frena al nadar y antes,

mientras estudié en la universidad, competía.

—Te echas cremas faciales. Edu me lo ha dicho. Y ves *RuPaul's Drag Race*, un programa de *drag queens*. No conduces, escuchas a Enya y sabes distinguir entre rosa, salmón, magenta y... todos esos tonos.

Óscar me mira divertidísimo.

—Tengo la piel atópica y o me la trato con especial cuidado o me despellejo vivo —empieza a enumerar, sacando el dedo gordo—, distingo esos tonos porque no soy daltónico, la de Enya es la música idónea para hacer yoga y pilates, *RuPaul's Drag Race* es mucho más que los maquillajes o los bailes, como un programa graciosísimo, y... ¿Y qué tiene que ver que no conduzca?

—Edu tiene esa teoría de que los gais o no saben conducir, o hacer matemáticas o cocinar. Nunca completan ese triángulo.

—No me interesa conducir porque en Valldemossa todo está muy cerca y Madrid no necesita más contaminación.

—A los heterosexuales no les importa el medioambiente.

Óscar suelta una carcajada.

—¿A ti no te importa el medioambiente?

—Lo suficiente para reciclar los plásticos, pero no tanto como para hacerme vegetariana. Y tú eres vegetariano y comes ecológico; me lo ha dicho Edu.

—Si mis hermanas traen niños al mundo no me gustaría que se toparan con un planeta destruido —se defiende—. ¿Eso es todo lo que tienes?

—Fuiste a un bar gay.

—No te hacen pasar por un escáner de homosexuales para entrar en un garito de esos, Eli. Iba porque a mis amigas siempre les ha encantado ir a discotecas de gais: no corrían el riesgo de que les sobaran el culo al ponerse a bailar.

Tiene sentido.

—Sabes de maquillaje y te encantan los bebés.

—Tengo unos veinte sobrinos por parte de primas hermanas. Si no me gustaran los bebés estaría jodido. Y después de esperar a mis hermanas durante horas para ir a cualquier sitio porque necesitaban tener el maquillaje perfecto, a ver quién es el listo que no aprende a distinguir entre máscara de pestañas y *eyeliner*.

—Coleccionas zapatos —añado.

—No colecciono zapatos; solo tengo muchos pares porque no me han crecido los pies desde los diecisiete y cuando haces senderismo, vas a la sierra, nadas, juegas al fútbol y al golf, necesitas diferentes calzados especializados.

—Genial, entonces no eres gay y estábamos todos confundidos. Solo eres un pijo —bufo—. ¿En serio? ¿Golf?

Los ojos de él brillan.

—Tú tampoco pasas por una humilde ciudadana del mundo. Sé que tu padre es prácticamente millonario y te has movido por las cocinas de los mejores restaurantes parisinos.

—Pero para cocinar solo necesitas unos zapatos cómodos.

—Y veinte tipos diferentes de vino para servirte en la piscina, ¿no? —Entorna los ojos—. Cada uno tiene sus vicios. Tú misma lo dijiste: todos somos frikis de algo. Yo, habiendo hecho INEF, estoy loco por el deporte y los practico todos. Tú, como amante de la cocina, vienes con el buen paladar incorporado. ¿Tienes alguna duda más?

Vacilo antes de rebuscar en mi memoria alguna de las otras acusaciones.

—Tienes una casa muy femenina.

—Supongo que eso es lo que pasa cuando la decora una mujer.

—Yo no vi a ninguna mujer ayudándote a decorar nada.

—Debe ser porque pillé el piso ya amueblado. Es en el que solía vivir mi abuela paterna antes de mudarse a Valldemossa, y no me ha permitido mover ni una vela.

—Entonces... ¿las velas no son tuyas?

—Algunas sí. Me ayudan a concentrarme y relajarme cuando hago yoga.

Maldita sea, no me puedo creer que la Gran Conspiración se esté haciendo añicos delante de mis ojos. Una parte de mí lo celebra, aliviada; si se molesta tanto en convencerme de que es heterosexual, será porque lo es, ¿no? Y aunque no pretenda hacer nada con su heterosexualidad, como por ejemplo ponerla a prueba, una humilde acosadora no puede evitar emocionarse por esta noticia sobre su amor platónico. Pero hay otra parte que lamenta haber estado equivocada.

No me puedo creer que la investigación más ardua de mi vida —y de la de Tay y Edu— haya concluido en que simplemente tiene zapatos específicos para jugar al golf y le gustan los bebés porque es el hombre perfecto. Como mujer a la que le impone demasiado respeto eso de la perfección, y más en un hombre que es el puro virtuosismo físico, debo decir que habría sido mejor que le fuera la carne. El caballero ideal es tan o más terrorífico que el kraken, porque no enamorarse de él es imposible.

—Entonces ese póster de las Pussycat Dolls es de tu hermana.

—No, es mío. Me gustan las Pussycat Dolls. Tienen mucho talento, su música es perfecta para hacer deporte y además son lo suficientemente monas para no desentonar en una pared.

—¿En serio? ¿*Monas*? ¿Por qué no dices que están buenas y ya está?

—Siempre me ha parecido desagradable hablar así de la gente, como si fuera un pedazo de carne. Y no se puede decir que Nicole Scherzinger sea guapa, que es el término que uso. Es... despampanante. Un monumento. Pero no guapa.

—Sigues sonando como si te costara decir que una mujer te pone.

Óscar me mira de una forma muy extraña.

—No es algo que haya querido decir nunca en un contexto como este.

—¿Porque eres gay y la gente muy mala?

—¿Porque eres muy pesada?

—Cincuenta kilos de vino blanco. Encantada de conocerte.

Él suspira.

—¿En qué contexto o situación dices que alguien te pone? Es algo privado. Me resulta desagradable comentar con amigos estos temas íntimos, y no porque los considere un tabú, sino porque a nadie debería importarle una mierda a quién meto en mi cama.

»De todos modos, Nicole no es mi tipo. —Encoge un hombro.

—No puedes ser así de perfecto —rezongo antes de medir mis palabras. Casi doy una patada al suelo para desahogar mi frustración—. No es justo.

—¿Perfecto?

—¿Es que no lo ves? Eres tan educado y respetuoso con las mujeres que directamente te han considerado gay.

—Eso no es mi culpa, sino de que algunos expresen su masculinidad siendo unos acosadores o babosos.

—¿Ves? —Lo apunto con el dedo—. Encima eres consciente de los defectos de tu sexo, estás a favor de la igualdad sin ir de activista o ultra defensor, solo tratando a todo el mundo de la misma forma; no te da miedo ser diferente...

—Es que no soy diferente, Eli. A lo mejor no voy chillando que pondría a cuatro patas a una modelo de Victoria's Secret, pero lo pienso y eso ya hace que sea como los demás.

—No eres como los demás —insisto—. Fíjate en el cuarto que tenías. Fíjate en tu alumno, ese Fernando; te escupió la palabra terminada en «on» como si fuera una enfermedad letal. Eso no le pasa a todo el mundo.

Él cabecea.

—Es verdad que lo he pasado mal por lo que lo suelen pasar mal los gais. Te discriminan por tus gustos femeninos y por tener más amigas que amigos o aficiones reservadas a las mujeres.

—Tu infancia debió ser un infierno. He estado en un instituto y sé cómo tratan a la gente de la comunidad LGBT.

—Los siguen tratando así —me concede—, pero no fue un infierno porque no lo permití. Sabía muy bien quién era yo, y no era quien querían que fuese para burlarse de mí. Imagina cómo me habría sentido si hubiera sido gay de verdad. Habría sido terrible porque me habrían odiado por algo que no puedo controlar y que ni siquiera hace daño. No es solo el desprecio de quien te rodea lo que te trastorna, sino llegar a creer que tienen razón. La mayoría de los niños LGBT no están en guerra con los demás; están en guerra consigo mismos por culpa de esos prejuicios. Se creen que son una aberración y eso es terrible.

»Pero como te decía, yo sabía que era hetero y por eso no he interiorizado del todo esa discriminación por la que tú me estás poniendo como la última esperanza del género masculino. No me uses a mí para hablar de homofobia, sino a los que de veras la padecen.

—No te he usado para denunciar la homofobia, sino para resaltar que no eres como los demás.

—¿Qué «demás»?

—Los hombres que tienden la mano a otros hombres en lugar de darles dos besos, como si les fueran a contagiar algo. Los que tienen miedo a llorar o admitir que les gusta algo que supuestamente es solo para mujeres. Los que reivindican su grandiosa masculinidad gritando barbaridades por la calle...

—He recibido una buena educación —resume con humildad—, e intento predicar la misma para que mis alumnos la vayan asimilando y se conviertan en gente decente.

—¿Tienes algún alumno en una situación parecida a la que tú pasaste?

—¿Niños afeminados que reciben burlas, dices? Claro. Hay un par en el curso. Lo típico: se ríen de ellos porque prefieren el rosa, o disfrazarse de princesa o jugar a ser sirenas en el recreo. No tienen por qué ser gais solo por eso, pero es lo que tú has dicho antes: son cosas que representan a una mayoría y eso es innegable.

»Intento integrarlos en la medida de lo posible, igual que a los niños de padres inmigrantes, que también son discriminados —agrega—. Creo que lo consigo, pero yo no controlo lo que sucede fuera del aula... y solo Dios sabe qué pasa entonces. Reconozco que dedico mucho tiempo al día a pensar en cómo tratan a esos niños en su casa. Hay uno, Pablo, al que le dejan pintarse las uñas. Su madre es adorable. Pero el otro, Alfonso... He tratado a su padre y creo que lo pasa peor en casa que en el colegio, lo que ya es decir estando rodeado de críos como Fernando.

Óscar se sienta en el borde de la cama de la princesa del guisante y se queda un momento en silencio.

No había tratado hasta ahora con su faceta de docente entregado, y he de admitir que me impresiona que no solo se curre los aspectos prácticos de la asignatura o le guste lo que hace: también quiere a sus niños. Pretende protegerlos. Y ese descubrimiento genera en mí el irreverente deseo de protegerlo a él, como si un tío con unos hombros que no caben por la puerta necesitara alguna clase de guardaespaldas.

—Entiendo que puedo parecer original —continúa—. Ya sabes. Todas esas cosas que has dicho. Pero también tengo las peores cualidades de un hombre.

—¿Por ejemplo? —lo animo, sentándome a su lado.

—Por ejemplo... —Remolonea un momento antes de mirarme a la cara con una sonrisilla culpable—. Tenía pensado invitarte a cenar, acostarme contigo y no volver a llamarte. Pero entonces dijiste todo eso de los hombres que se acercaban y aprovechaban de ti y reculé.

Parpadeo varias veces, catatónica.

—¿Cómo?

—Lamento tener que arruinar mi reputación de caballero, pero quería llevarte al huerto.

—¿Quién dice «llevar al huerto»? Solo un caballero.

—O alguien que no quiere decir «follar» —me corrige—. Me parece muy poco elegante, y después de haber oído a mis amigos de la infancia decirlo con esa falta de aprecio hacia la otra persona, lo tengo como un concepto peyorativo. Cuando dos personas follan me imagino que no se preocupan la una de la otra y buscan su placer individual, lo que va totalmente en contra del acto. Así es tal y como yo lo veo, al menos.

No me puedo creer que hayamos pasado de la homosexualidad a las Pussycat Dolls y ahora estemos a punto de descomponer la palabra «follar» en monemas. Lo prefiero cuando se pone más modosito, básicamente porque yo soy modosita y esta sinceridad tan cruda me inquieta. Y con «inquieta» quiero decir que hace que se me vayan los ojos a donde no se tienen que ir, y mi cabeza rescate retazos de fantasías nocturnas en las que me ponen contra el buzón. ¿Por qué ha tenido que decir esa palabra? ¿Y lo de invitarme a cenar? Menos mal que no lo hizo. Detesto la comida vegetariana y los alimentos ecológicos me dan asco.

—¿Me estás diciendo... —Carraspeo— que te fijaste en mí?

—Sí. Temblabas tanto ese día en el ascensor que no podría no haberte visto. Creo que incluso temblaba el propio ascensor por tu culpa.

Le doy un manotazo en el hombro. Él me agarra la mano y la aprieta contra su pecho.

—En serio —insiste, sin tener en cuenta lo mucho que pelagra el ritmo de mi pobre corazoncito de pollo—. Me gustas. Pero me dio la impresión de que alguien te había hecho daño y preferí no meter el dedo en la herida. Además de que no parecías la clase de mujer que se acuesta con alguien al azar.

—No sabes qué clase de mujer soy —digo de golpe.

¿Hola? ¿A qué ha venido eso?

Ah. Al alcohol.

Pero por supuesto que sabe qué clase de mujer soy: la que se aferra a la remota y ahora falsa esperanza de que sea gay para no tener que afrontar sus sentimientos y así pueda seguir huyendo de él sin necesidad de aportar motivos ridículos por los que lo rechaza, como que, por ejemplo, le da un miedo aterrador que le dé un gatillazo estando en la cama con ella.

—¿No? —Baja la voz una octava—. ¿Me he equivocado?

Trago saliva.

No, todos aquí sabemos que no se ha equivocado, y en el fondo odio que sea así. Odio que sea observador y perceptivo. O, siendo justa, y trasladando la culpa a quien la tiene de verdad, lo que odio es ser tan fácil de leer cuando llevo toda mi vida matándome por ocultar mis sentimientos.

No me he puesto máscaras, no he fingido ser otra persona, pero sí he guardado muchos

silencios para evitar discusiones o conversaciones que pudieran desvelar mis debilidades. Ha funcionado con la mayoría, que ha terminado deduciendo que no tengo corazón, o que me creo superior a los demás, o que carezco de historias para contar... pero no con la persona que quería que funcionase.

Justamente *él* se ha tenido que dar cuenta de que me rompieron el corazón por una estúpida frase que dije.

¿Y qué, Eli? ¿Cuál es el problema? Pues el problema es que le gusto por lo poco que sabe de mí, y me conozco suficiente para saber que, conforme más aspectos de mi personalidad descubra, más cerca estará ese incipiente sentimiento de morir.

A nadie le gustan las mujeres emocionalmente vulnerables. No les gustan las mujeres que se quedan quietas en la cama y prefieren hacerlo con la luz apagada. No les gustan las mujeres que, en el fondo, muy en el fondo, sueñan con el príncipe azul.

¿Qué puedo hacer yo para gustarle sin que sepa quién soy en realidad, cuando la verdad me sale por los ojos y los labios y él está alerta para que no se le escape nada? ¿Qué hago para que se quede con la imagen falsa de lo que soy, la única que está a su altura y merece la pena?

Debe pensar que bajo mi timidez hay un temperamento volcánico, una diosa voluptuosa deseando que la desaten... cuando en su lugar hay una niñita asustadiza y sensible a la que los sentimientos le vienen grandes. Y aunque me duela saber que le intereso por una imagen ideal que se ha formado de mí, me gustaría seguir siendo su prototipo. Me gustaría ser esa Eli que se ha inventado para siempre. Pero para mantener esa ilusión tengo que mantenerme lejos o se quebrará bajo el peso de la triste realidad —que no es otra que soy patética—, y lamentablemente él no tiene la menor intención de permitir que abra un espacio entre los dos. Lo deja muy clarito al inclinarse sobre mí para besarme. Y yo lo dejo más claro aún —como también que soy una blandengue— permitiendo que me recueste sobre la cama de *Barbie Fairytopia*.

—Sobre eso de mi lado respetuoso y educado... —murmura cerca de mis labios. Me acaricia la cara con la yema de los dedos—. ¿Lo has dicho porque te gusta, o porque preferirías que te dijera guarradas?

—No sé...

Mi cabeza tiene presente que esto no puede suceder: la reputación de mujer sexy e inalcanzable de Eli debe permanecer intacta, y para eso hay que ser una frígida. Pero mi cuerpo se rebela todo el rato, como si no supiera ya que el sexo no es tan divertido como lo pintan y quisiera probarlo de nuevo a pesar de todo.

La voz de Tamara me persigue cada vez que cierro los ojos en compañía de Óscar: «No tiene por qué ser igual con él».

—¿Y qué es lo que te gusta? —Ronronea un sonido interrogante que me pone el vello de punta. Me agarro a sus brazos para no terminar de tocar el colchón con la espalda—. ¿Te gusta que...?

¡¡¡¡AAAAHHH!!!!

Óscar se aparta de mí como si le hubiera dado la corriente, y lo hace tan bruscamente que rueda por la cama y cae de costado sobre la alfombra.

Hiperventilando por Dios sabe qué, me incorporo a toda prisa.

—¿Qué ha pasado?! ¿Qué ocurre?

Él se recupera del shock y del golpe y señala la pared con un dedo. Tardo en entender a qué se refiere, porque lo único que reconozco a primera vista, camuflado entre los pósters, es un bichejo con las patas muy largas. Una araña normal y corriente.

Hasta que, al ver su cara de susto, asimilo que el problema es justamente ese.

La araña.

—Mátala —me ordena, sentado aún en el suelo.

Pestaño.

Un tío de metro ochenta y algo, cuadrado y seguro de sí mismo, pretende usarme para deshacerse de un pobre y desvalido artrópodo.

—De pobre y desvalido nada —me espeta. *Vaya, parece que lo he dicho en voz alta*—. No soporto las arañas. Me aterran.

—¿Me lo dices en serio?

—De crío me pasó algo parecido a lo que le ocurrió a Batman con los murciélagos.

—Lo estás adornando para no quedar tan mal, ¿no?

—Si cierro los ojos aún siento a las arañas corriendo por mi cuerpo... —Se estremece violentamente—. Mátala, Eli.

—De matarla nada. Es un ser vivo. Merece respeto y consideración. ¿No tienes algo parecido a un *tupper*? Hace poco vi un vídeo de Elsa Pataky rescatando a una araña que debía pesar un kilo.

—¿Puedes por favor reservarte las aventuras arácnidas de la mujer de Hemsworth y quitar ese bicho del medio?

No puedo ocultar una sonrisilla divertida.

—El Capitán América puede ser, pero olvídate de que te promocionen a Capitán Australia. Allí hay cada «bicho» que...

—Eli.

No me lo tiene que pedir otra vez. Rescato a la araña con mis propias manos y la encierro con cuidado de no tocarla demasiado. No es de las que pican, sino de esas con patas largas totalmente inofensivas. Aun así, Óscar me mira como si acabara de desactivar una bomba.

—¿La estás tocando de verdad? ¿Qué eres, la jodida Pervinca Periwinkle con su tarántula?

—¿En serio te has leído *Fairy Oak*? —Levanto las cejas—. ¿Cabe la posibilidad de que fueras gay de pequeño, te tomaras algo —unas gachas especiales, o las espinacas de Popeye— y se te haya pasado?

Me fulmina con la misma mirada que usa para perseguirme hasta que dejo al pobre animalito en la ventana.

—Yo siempre me he identificado más con Shirley Poppy que con Pervinca —añado. Óscar sigue inmóvil sobre la alfombra. Una sonrisa perversa aflora en mis labios—. No me lo puedo creer. Eres tan tierno.

—¿Y eso me suma puntos?

—¿Por qué? ¿Quieres una sartén gratis?

—¿No hay nada más en el catálogo?

—Creo que una mochila y un cronómetro. Tendré que consultar la web de la gasolinera.

—Eres dura —me dice—. ¿Qué tiene que hacer un hombre para que Eli Bonnet le diga algo bonito?

—¿No asustarse con arañas?

—Entonces parece que sí te va el hombre masculino.

Suspiro.

—¿Por qué quieres que te diga algo bonito?

—Quizá porque eres la única que no me lo dice y eso hace que sienta curiosidad.

La sonrisa muere en mi boca al asimilar el contenido detrás del comentario, uno del que tal vez ni siquiera él se haya percatado. Solo confirma lo que intuía.

Le gusto porque soy inalcanzable, porque presento un reto, porque soy la única que no lo perseguía —aunque sí lo vigilaba gracias a la proximidad de las ventanas—, y eso hace que me idealice como individuo e inconscientemente crea que soy mejor que el resto: solo porque le costará mucho más «conseguirme». Y no soy ni mejor ni más difícil.

No voy a poder aguantar esta fantasía suya por mucho más tiempo. Si sigue besándome se dará cuenta de que Eli Bonnet no solo es lo peor que un hombre se puede echar a la cara —o en la *cama*, más bien—, sino que no soy en absoluto especial porque he babeado por él tanto o más que el resto. Ahí acabará la magia.

Los hombres que no miden el valor de las mujeres por su atractivo físico utilizan su grado de inaccesibilidad para definir cuánto valen. Y se acostumbran a ponerse su seducción como reto. Óscar, por muy distinto que parezca —y gracias a lo que he observado—, no se libra de esta generalización.

—¡Óscar! —chilla la madre desde el piso inferior. Salvada por la campana—. ¡Ya está preparado el almuerzo! ¡Bajad ya!

Pero Óscar no baja ya. De hecho, no baja la mirada tampoco. Me observa con una mezcla de incompreensión y curiosidad, como si acabara de darse cuenta de que ha dicho algo mal y no supiera el qué.

No seré yo quien se lo diga.

—Entonces lo que tienes que hacer es esperar un milagro. No regalo mis halagos a cualquiera.

—Pero yo no soy cualquiera. Soy tu novio.

—No en esta habitación —le recuerdo. Él suspira.

—Qué pena. Es donde más me gustaría tener el título. Pero bueno, he sido estudiante y ahora soy profesor; sé que los títulos hay que trabajarlos para merecérselos.

—Depende. ¿Fuiste a la Universidad Rey Juan Carlos I? —Él se ríe muy flojito—. Venga ya... Tú no quieres ese título de verdad. Solo quieres el beneficio físico.

—La pregunta es: ¿Qué quieres tú?

Me muerdo el labio para contener una respuesta sincera. Después de tanta trola, una confesión del estilo «a ti, entero» sería el acabose. Sobre todo porque no es del todo cierto: no sé si lo quiero a él o quiero gustarle tanto que nada de lo que pueda hacer o decir le decepcione, solo por satisfacer mi vanidad. Tal vez desee gustarle tanto que nunca deje de mirarme como lo está haciendo ahora. Y sé que los «nunca», al igual que los «siempre» están anclados en algún punto de la «eternidad» y por eso conllevan cierta responsabilidad: la asumiría si no supiera ya que no existe aprecio imperecedero. No hay nada más terrible que ver cómo la decepción y el aburrimiento se van apoderando de los ojos de la persona por la que respiras. Esos ojos que una vez te miraron con adoración.

Yo no respiro por Óscar. En realidad, nunca he respirado por nadie. Pero algunas veces se me ha olvidado cómo coger aire al recordar el primer fracaso, y también me quedo sin aliento cada vez que pienso en fracasar de nuevo. O en *ser el fracaso de alguien nuevo*.

Al final, me pongo de pie y suspiro.

—Lo imposible.

Capítulo 14

¿Quién da más?

Las primeras dos horas en Valldemossa han fluido. He podido evitar satisfactoriamente las zonas de la casa que me traen malos recuerdos, manejar con cuidado ciertos temas al conversar con mis parientes y mantener una enorme sonrisa de ex convicto rehabilitado en el proceso. Pero dudo que haya conseguido colársela, porque son mi familia —incluso el tío al que veo una vez al año me conoce tan bien como para saber que estoy fingiendo— y mi sonrisa no deja de ser eso: la de un hombre que acaba de salir de un infierno y necesita convencer al público de que está cabal para que no lo lleven de regreso.

Sabía que, a pesar de las ventajas —un rato con mis seres queridos; respirar el aire de mi tierra— la visita no iba a ser agradable. Era algo que tenía asumido por experiencias anteriores; volver a Mallorca como si no hubiera pasado nada, hace unos cuatro años, fue una de las peores decisiones que podría haber tomado. Por eso llevaba casi un par sin poner un pie en la zona.

Confieso que no tenía la menor intención de volver a tomar un avión y presentarme ante la puerta azul de la casa de mis padres. Estaba preparado para rechazar amablemente la invitación e inventarme cualquier pretexto absurdo, a riesgo de que mi tío armara un escándalo y no me dirigiera la palabra durante eones. Pero, de alguna manera, Eli me dio ese impulso. O me lo di yo a través de Eli. Quién sabe. En un beso, los límites de un amante y otro están tan borrosos que lo último que recuerdas es cuál de los dos lo empezó y qué motivo había detrás.

Al contrario que yo, Eli ha pasado unas primeras horas infernales. Durante el almuerzo bajo la pérgola del jardín, mi madre la ha llevado de un lado para otro como si fuera su bolsito de mano —apretándole tan fuerte el brazo que parecía que quisiera detener una profusa hemorragia—; solo la ha soltado para que mis hermanas se la fueran pasando igual que si se tratara de la patata ardiente del juego. Haciendo caso a su expresión de «sálvame» he intervenido todo cuanto he podido, pero ni siquiera un Calero puede contra una horda de «Caleros».

Lo positivo es que pasadas ya las horas de gracia en la que la gente ha decidido darle el visto bueno, Eli está ahora relajada conversando sobre comida —su terreno neutral— con una de mis tías, que tiene una tienda de pasteles en Menorca. Lo negativo es que a mí ya me empieza a costar mantener la pose.

Control. Control. Control. Intento que no se me note, intento distraerlos con una charla insustancial, pero no me deshago del acertado presentimiento de que están esperando que suceda: están esperando que me rompa. O peor aún... *que hable de ello*. Lo veo en sus caras. Mis tías me

miran con lástima, y las que no, con curiosidad. Incluso con cierto asombro. Hay quien me ha preguntado sutilmente, y con uno de esos apretones en el hombro que sirven de consuelo en un entierro, si «ya estoy mejor».

Todo el mundo me vigila igual que vigilarían a un depredador, y aunque una parte de mí quiere tirarse del pelo, la otra no quiere darle la tarde a nadie. No, nadie sería feliz si empezara a gritar. No les estaría dando ninguna clase de gusto, porque me quieren y esto es simple preocupación. Tampoco la razón: la manera que han tenido de acoger a Eli demuestra que estaban ansiosos por aumentar la familia por mi lado; que no querían temerse lo peor. Pero supongo que durante este tiempo desaparecido les he dado motivos de sobra para que una parte de ellos dude de este paripé, de mi sonrisa de anuncio de dentífrico y de la propia Eli, a la que algunos dirigen su compasión cuando creen que no me doy cuenta.

Después del almuerzo, pongo como excusa que tengo que hacer una llamada al centro deportivo para darle instrucciones a mi sustituto y entro en casa.

Hasta ahora habíamos estado yendo y viniendo por el jardín, el indiscutible lugar preferido de mi madre, una amante hasta el trastorno de todo ser vivo que haga la fotosíntesis. Está muy orgullosa de su colección de plantas y nada más sale un rayito de sol le falta tiempo para sacar las mesas, poner el toldo y hacer una barbacoa.

En Valldemossa no nos podemos quejar por el clima; de hecho, a los Calero nos han apodado «los salvajes» en la zona porque estamos acostumbrados a evitar los techos y hacer nuestra vida a la intemperie. Quizá por eso habría preferido que, por una vez, mi madre celebrara su banquete familiar en el comedor. Porque he reído, llorado, bromeado, bailado y vagueado en compañía en ese jardín tantas mañanas y tantas noches, que la sombra que proyectan todos esos recuerdos ya no solo me pisa los talones, sino que me tiene tiritando de frío.

Nada más meterme en la cocina, tropiezo con un corrillo de marujas cotilleando. Las marujas no son otras que las cuatro elementas que tengo como hermanas, con los hombros apoyados en los de las otras igual que si estuvieran en el patio de parvulitos. Muy pocos resistirían la tentación de pegar la oreja; si ya despierta la curiosidad el qué hablarán las mujeres cuando están solas, los temas a los que las Calero van saltando son dignos de retratar. Pero yo prefiero respetar su intimidad —y ahorrarme descubrimientos desagradables, porque apuesto lo que sea a que con ese «¿creéis que la quiere?» se refieren a mí— así que carraspeo para hacerme notar.

Igual que si hubieran tirado una bomba fétida al centro del círculo, las cuatro se disgregan rápidamente.

—¿Hablando mal de mí?

—No necesariamente mal —responde Allegra.

Ahora está de pie junto al fregadero, que suele usar como cenicero cuando no tiene uno a mano. Un cigarrillo cuelga de sus labios pintados de rojo, a juego con la clase de vestido corto que

podría provocar un accidente.

Me consta que los hombres la temen, pero ninguno puede quitarle los ojos de encima. Es el milagro de esas tragedias de tráfico que sacan el lado más morboso de uno, solo que menos sangrienta —no por ello menos agresiva—; aunque les da pánico que ella los fulmine de un vistazo, se quieren arriesgar a que les rompa el corazón. Además de la guapa de la familia, es una cínica de manual, le sobra arrogancia y por algún motivo que aún no hemos descubierto, está enfadada con el mundo.

Sentada a su lado está Caliope, la mayor, una fuente de sabiduría inagotable. Acumula en el disco duro los mejores consejos y se merece compartir cada risa que te inspira. Es divertida y familiar, y además de con juegos de mesa, se entretiene quejándose de su peso, de su frente y de su boca, aunque sea la persona menos superficial del mundo y ni todos los defectos habidos pudieran restar encanto a sus hoyuelos.

Violeta ocupa un espacio sombreado por donde debe correr una brisa más fría; se abraza los codos con la postura dejada de siempre. Ese es su adjetivo. *Dejada*. Ropa oscura y sin forma, y ni amago ni intención de agradar al público con una sonrisa. Supongo que tiene muy interiorizado que no le merece la pena, y esa es la actitud de la que debe armarse para criticar grupos musicales emergentes. Se dedica a aplastar las ilusiones de los demás, lo que en cierto modo justifica que parezca consumida. Los remordimientos envejecen a cualquiera.

Y luego está Eulalia, a cuyo paso podrían crecer las flores. Es la Rapunzel de *Enredados*, solo que ella tiene mucha maña para recogerse la melena rubia y en vez de cargar una sartén, lleva el iPad a todas partes. Es una prolongación de su brazo.

—¿Qué estáis tramando esta vez?

—Nada. Si estuviéramos tramando algo ya te habríamos llamado para que fueras nuestra cabeza de turco —resuelve Violeta.

—El pequeño siempre se come los marrones, ya.

—¿Se puede saber qué haces ahí parado? —me espeta mi madre a la espalda, que aparece cargada con una pila de vasos encajados—. Ayúdame a traer los platos.

Es la paradigmática ama de casa. La eterna luchadora; la leona; la madre de todos. Pero no únicamente eso. Mantiene un empleo a tiempo completo, la floristería de sus amores, y como ya se ha visto aún le sobran unos minutitos para increparle a su hijo menor.

En serio. Nada de «mimado» o «caprichoso». El pequeño es el que se come los marrones siempre.

—¿Por qué no los traen ellas? —rezongo—. Estaban aquí cuchicheando cuando he llegado. Míralas, si hasta están jugando a las cartas.

—¿Qué cartas? —se desentiende Caliope.

—Las que estás escondiendo a la espalda.

—¿Cuál es el problema? Los mentirosos se juegan rápido —defiende.

—Y son siempre ellos los que pierden —apostilla Allegra, dirigiéndome a la vez una mirada que lo dice todo—. ¿No se pillan antes que a los cojos?

—¿Por qué creéis que la gente miente? —pregunta Violeta, enrollándose un mechón oscuro en el dedo—. ¿Producirá alguna hormona parecida a la de la felicidad?

—Teniendo en cuenta que requiere de una gran imaginación, no me extrañaría que los espíritus creativos lo considerasen un hobby —aporta Allegra.

—Además de que es una señal de inteligencia. Se sabe que las almas más retorcidas y las mentes perversas son capaces de idear los peores engaños —concluye Caliope.

Lali está demasiado ocupada con sus cartas, y mi madre ha dejado los platos a un lado para alternar una mirada al corro de marujas chaladas y al pobre que las tiene que padecer. Sin volver a rechistar, me sitúo junto a mamá y le voy pasando la vajilla usada.

—Yo lo que tengo claro es que los mentirosos no deben estar muy satisfechos con su realidad, o de lo contrario irían con la verdad por delante —retoma Allegra con aire distraído. Da una calada al cigarrillo—. Me parecen unas criaturas amargadas e inseguras.

—Depende del tipo de mentiroso —aporta Lali, que siempre está preparada para arrojar un poco de luz sobre todos los temas—. Hay quienes mienten para hacer felices a los demás.

—¿Se puede saber a qué se debe esta disertación sobre los genios engañadores? —bufa—. Ya que estamos todos aquí podríamos pasar a otro tema menos filosófico. Son solo las tres y media de la tarde. Esta noche estaréis leyendo a Kant en voz alta.

—Es lícito que sea de lo que se nos ha ocurrido hablar teniendo en cuenta que estamos haciendo la digestión —dice Violeta—. Algunas estamos aún digiriendo algunas mentiras.

—Pero, si quieres, podríamos hablar de *tu novia* —propone Allegra, con una de sus escalofriantes sonrisas sin dientes—. Guarda su relación con el tema.

—Sí, ¿por qué no? —murmuro, distraído con los platos que le voy pasando a mamá—. ¿Qué os parece?

Mi madre lanza un suspiro al aire. Coge el paño húmedo para limpiar la encimera y me da un latigazo en la cadera. De los que *duelen*.

—¡Eh! ¿A qué viene eso?

—¡Hay que ver, si es que no te enteras de nada, y mira que has vivido con estas cuatro elementas toda tu vida! —se queja.

—De verdad, chico, si es que hasta a la piedra de Rosetta aprendieron a descifrarla más rápido —agrega Caliope.

—Me he perdido.

—Cariño mío. —Mamá me pone una mano en el hombro—. Ya sabemos que te has traído a la boda a la primera que has pillado.

—Te lo pusimos demasiado fácil apareciendo en el momento oportuno —admite Violeta—. Quién sabe si la habrías traído de no haber sido por el beso de Judas. Yo desde luego había apostado que ni vendrías a la boda del tito.

—Yo aposté que vendrías solo —confiesa Allegra.

—Yo dije que la traerías pero no la presentarías como tu novia; nos dirías que soltaste lo de tu noviazgo en el momento por la tensión de la «pillada» y lo mucho que impone la idea de decirle a mamá que te estás tirando a alguien sin comprometerte, pero que en realidad no es nadie —dice Cali.

—Pues yo ya sabía que te gustaba —se mete Lali—, así que no aposté nada.

Desde dentro, la tendencia de las Calero de apostar por cualquier cosa se tiene como una tradición encantadora; desde fuera comienza a adquirir los matices de «enfermiza» y «obsesiva». Yo ahora lo veo desde una posición lejana y debo convenir con los que las acusan de ludópatas. Se han gastado más dinero en sus suposiciones y complots que un asiduo de los bares en la máquina tragaperras.

Luego me preguntan que por qué no me molestan los vecinos. Ya quisieran los habitantes de la calle Julio Cortázar llegar al nivel de conspiración y compenetración de estas palurdas.

Verlas maquinar es todo un espectáculo; se montan unos diálogos improvisados que ya quisieran algunos comediantes para sus guiones. Pero insisto en que hoy ha dejado de entusiasmarne que hayan puesto su dinero en el ruedo.

¿Cómo que «me han pillado»? ¿Cuándo? ¿Qué he hecho para que se den cuenta? Es bastante obvio que me gusta Eli y no estoy tratando de ser un caballero distante; todo lo contrario. Me he acercado a sobarla discretamente en alguna que otra ocasión para reforzar mi coartada. ¿En qué se supone que he fallado? ¿Debería haber sido más evidente...?

No voy a decir que no valgo como actor porque no estaba actuando, pero está claro que si tuviera que vivir de las mentiras que cuento, me moriría de hambre.

—Os parecerá muy divertido apostar sobre la vida sentimental de vuestro hermano.

—Seguro que no es tan divertido como traer a una desconocida para que finja ser tu novia —rezonga Allegra.

—Menos mal que te gustó más *El día de la boda* que *La boda de mi mejor amigo*, o en vez de convencer a alguien para acompañarte te las habrías arreglado para quitarle el novio al tito, igual que Julia Roberts —ironiza Violeta.

—A ver si la que ha visto demasiadas películas no eres tú —me defiende.

—Yo las veo y tú te las montas. Hacemos un tándem perfecto.

Si es que no hay manera de sonar convincente. No suelo mentir, y menos a mis hermanas, que están tan acostumbradas a sus mentirijillas piadosas (y a sus terribles engaños calculados) que saben reconocer bien rápido el porcentaje de verdad de una afirmación.

Mierda. ¿Y si lo saben porque Eli se lo ha dicho?

Tonterías. ¿Por qué iba ella a decirlo?

—Si es que no sé cómo se te ocurre —masculla mi madre, indignada. Se acerca a la silla que Cali ha dejado libre y se sienta en el borde con los brazos en jarras—. Mira que siempre pensé que terminarías trayendo a alguien para que nos calláramos, y por lo menos no es ninguna *putilla* de esas que cobran por horas y hacen una fortuna mientras van a la universidad... Pero igualmente me has decepcionado muchísimo, Óscar.

—Te estoy diciendo que no...

—Corta el rollo antes de volver a mentirle a la cara a la mujer que te trajo al mundo —se mete Caliope, primera y máxima defensora de la *sua mamma*.

—Deberíais haberos preparado mejor el teatro —me regaña Lali—. ¿Por qué no inventasteis una historia conjunta? O si no podrías haberla cogido de la mano, o haberle dado un beso delante de todos...

—Por lo menos ha traído a alguien que le gusta —suspira Violeta—. Imaginaos que se lo pide a la vecina. Espera... ¡Pero si es su vecina! No te quebraste mucho la cabeza, ¿eh, campeón?

—El pobre tampoco tiene la culpa de que los clichés a veces conquisten la vida real —me defiende Allegra.

Después de unos segundos en el shock más profundo, consigo resurgir meneando la cabeza. Está claro que ya no tiene sentido seguir sosteniendo la trola inicial.

—Vale, no, no es mi novia.

—¡Lo sabía! —exclama Cali—. Sabía que poniéndolo entre la espalda y la pared conseguiríamos sonsacárselo. Mis veinte pavos, Violeta.

Ella pone los ojos en blanco.

—¿Eh? —baluceo, confuso—. ¿Qué es lo que habéis apostado ahora?

—Violeta estaba segura de que no lo ibas a admitir. Y Lali tenía la remota esperanza de que no fuese cierto, así que...

—Pero yo dije que le gusta y es verdad. No tengo que pagar nada.

—Eh, eh, eh. ¿De dónde habéis sacado que me gusta? Eso no es cierto. La traje porque es atractiva y nada más.

Ya sé, la mejor forma de deshacer una mentira no es soltando otra, especialmente cuando esta es menos creíble si cabe... y tampoco estoy quedando muy bien convirtiéndome en el ridículo tío que para ir de duro con el público se refiere a la mujer con la que sale como si tuviera las mismas y únicas atribuciones que su mano derecha. Pero las veo predispuestas a emparejarme con Eli aun sabiendo que el noviazgo es fingido —aprovechándose de ello, incluso—, y no voy a tolerar el revoloteo de cinco cupidos como cinco soles durante dos días consecutivos. Cuarenta y ocho horas puede parecer un periodo de tiempo muy breve, pero mis hermanas y mi madre son como la

jodida gota china, con veinte minutos de tortura ya estás rogando por la eutanasia.

Las cinco intercambian una de esas miradas cómplices que me he pasado veintiséis años intentando descifrar sin el menor éxito.

Si los Calero somos una secta, las mujeres Calero son la secta de la secta.

—Es verdad. ¿De dónde has sacado eso, Lali? —bufa Caliope—. ¿Cómo le va a gustar Eli a Óscar? ¿Es que no la has visto?

—¿Qué le pasa a Eli? —pregunto.

—Bueno, a ver, si lo pones así... Es verdad que no es una belleza —apoya Violeta, ignorándome—. Pero Óscar no es de los que se guían por el físico, ¿verdad que no?

—Al físico de Eli no le pasa nada. ¿De qué hablas?

—Tienes razón —aporta Allegra—. Es muy poca cosa para nuestro pequeño Óscar. No solo en cuanto al físico. Se nota que la chica es aburrida.

—¿Poca cosa? ¿Os estáis oyendo? Sois mujeres, se supone que tenéis que apoyaros unas a otras. Y de poca cosa nada —insisto, irritado—. Eli es preciosa.

—Entonces te gusta —se mete Eulalia.

—¿Qué? No.

—Pero has dicho que es preciosa.

—Eso no significa nada. Tú también me pareces preciosa.

—Pero yo soy tu hermana. Ella no.

—Podría serlo —suelto. «¿Qué coño?».

—Claro que no significa nada, porque Eli no es una chica «gustable» —aporta Violeta.

—Es perfectamente «gustable» —me vuelvo a meter—, sea lo que sea eso.

—Lo dices por experiencia, ¿no? Porque te gusta —acuerda Eulalia.

—Ya he dicho que no.

—Y no te gusta porque... —me anima Caliope.

—Pues porque no.

—Es demasiado galante para decir que le parece fea y sosa. Pobrecito nuestro Óscar —lamenta Allegra—, encerrado en su cárcel de buena educación y...

—No me gusta porque no me gusta y se acabó.

—Solo sabe que no sabe nada —resume Violeta.

—Pues me alegro de que no te interese, porque no me ha caído bien.

—A ti no te cae bien nadie, Allegra —espeto—. Y ni siquiera la conoces para decir eso.

—¿Por qué? ¿Crees que si la conociera me gustaría?

—Sí. Rotundamente.

—Pues tú la conoces y no te gusta —me pincha Violeta, dándose unos toquecitos en la barbilla—. Qué inconveniencia.

Allegra menea la cabeza.

—¿De qué deberíamos fiarnos? ¿De tu palabra o de tus actos?

—Es una pena que no le guste, porque la chica está coladita por él —continúa Caliope.

—Ni que lo digas —confirma Lali—. Esa mujer no lo mira como se mira a alguien que ha eructado delante de ti, sino como Brad Pitt a Angelina Jolie en la alfombra roja de 2009, esa a la que llevó el vestido azul. En parte por eso no era creíble.

Parpadeo.

—¿En serio me mira así?

—¿Por qué? —me interroga Violeta, atravesándome con sus ojos profundos—. No es como si te importara, ¿no? Si no te interesa es como si no existiera.

—De que no te interese alguien a no reconocer su existencia hay un camino.

—¿Y cómo reconoces su existencia? ¿Como algo agradable, parcialmente agradable, o extremadamente agradable? También está la opción de «neutral».

—Joder, sois peor que un grano en el culo —claudico, harto—. Sí que me gusta. ¿Y qué?

Lali da un saltito y todas sonrían satisfechas.

—¡¡Lo sabía!! Lo llevo sabiendo desde que me la mencionaste por teléfono por primera vez. Sabía que acabarías pidiéndole que viniera a la boda.

Lali no lee el futuro, pero es tan ridículamente romántica que no me sorprendería que se hubiera montado el guion de Nicholas Sparks en la cabeza. En el planeta Lali, como nos referimos siempre a ese mundillo particular en el que todo son vino y rosas, siempre hay arcoíris y la gente monta en unicornios a pelo, las cosas suceden naturalmente como en las películas que protagoniza Katherine Heigl. Y cuando no, corten y vuelvan a grabar la toma. Lali es tan sensible a que le digan que la vida no es una comedia romántica como un niño a la existencia o invención de los Reyes Magos. Solo que a los niños se les confiesa la verdad o eventualmente se dan cuenta. Eulalia va a cumplir veintiocho años y todavía no se entera.

—Lo que es muy obvio es que a ella le gusta él —medita Caliope—. Pobre chica... Mira que tener que aguantar a un tío que no es ni capaz de decirle a sus hermanas que le gusta. Seguro que ha accedido a todo este paripé sin que tuvieras que pedir nada a cambio.

—Es una buena chica —la defiende.

—Está coladísima por ti —anuncia Lali—. Se lo veo en los ojos.

—No quiero meter el dedo en la herida, pero hasta hace poco pensabas que el repartidor de Amazon estaba enamorado de ti porque te sonreía al entregarte los paquetes.

—¡Esto es distinto!

—¿En qué es diferente? ¿Y te has olvidado de la historia de amor que montaste en torno al chico de tu clase que te pedía los apuntes todos los días? Creías que era para llamar la atención y solo se aprovechaba de ti.

—No es lo mismo...

—O aquella vez que te chocaste con un hombre por la calle y pensaste que lo había hecho adrede para llamar tu atención.

—Luego no me llamó. —Y hace un puchero.

—Todos aquí sabemos que, para Lali, la sencilla cortesía de dar los buenos días es un acto de amor a la altura de poner un candado en el puente Milvio —se mete Allegra—, pero a Eli le gustas muchísimo. *Finito*.

Eso ya lo sé. Me fue muy fácil desentrañar el motivo de su timidez cuando descubrí que era el único que evitaba y conseguía alterarla con solo estar presente. No son nuevas noticias. Pero entonces ¿por qué me molesta tanto que me lo diga? ¿Por qué no lo quiero escuchar, aun cuando llevo un tiempo sabiéndolo?

Si fuera porque no pretendo hacer nada al respecto, comprendería mi propia reacción: la propia de un tío tan resignado a no mojar por culpa de su rígida moral que no quiere ni oír hablar del tema. Pero ya he decidido que no voy a ser un caballero y la seduciré en cuanto se me presente oportunidad. ¿Cuál es el problema, pues? No me molesta gustar a otras mujeres. No me molestan las fanáticas del yoga, ni las perseguidoras y perseguidores convencidos del edificio, ni las azafatas, ni las que me han declarado sus afectos en distintas épocas de mi vida y han tenido que lidiar con un rechazo. Pero sí me molesta atraerle a alguien cuyo interés es recíproco.

Prefiero no pensar en las causas.

—Lamento que os hayáis dado cuenta de la trampa, pero por favor, no se lo digáis a nadie más... Y menos aún a Eli. No quiero que se sienta incómoda aquí.

—Cariño, todos aquí saben que no es tu novia. Desde el tío Juan hasta Petra, que se ha metido a pedirnos que os deis un beso solo para regocijarse. La niña esa es el diablo —masculla Violeta.

La miro directamente.

—Ah, ¿sí? ¿Y qué me ha delatado? —En cuestión de un latido, algo dentro de mí quiebra y las palabras salen precipitadas de mis labios—. ¿No será que en el fondo estabais todos desesperados por confirmar lo que lleváis años sospechando: que soy incapaz de pasar página?

—Desde luego esto lo ha confirmado —dice Allegra sin entonación.

Su acusación velada me enerva y no mido mi reacción.

—Traer a alguien para cerraros el pico dice más de vosotras que de mí: dice que me habéis acomplejado y perseguido hasta tal punto que tengo que fingir delante de mi propia familia. Lo único que confirma es que como no sois capaces de respetar el tiempo de duelo de una persona, esta ha tenido que contar una trola de proporciones épicas para poder pasar un fin de semana tranquilo.

—No te enfades, cariño —me pide mamá, con el ceño fruncido.

—Encima que has venido con el cuento y nos lo has intentado colar, te haces el digno —

refunfuña Violeta.

—No me hago el digno. Estoy harto. De vuestras llamadas a deshoras, de vuestras investigaciones, de las apuestas, de las conversaciones que tendréis a mis espaldas, de la cuenta falsa que creaste en *Tinder* a mi nombre —señalo a Lali, que hace un pucherito avergonzado—, de las amigas tuyas que crees que me interesará conocer —apunto a Caliope con el dedo, que se exculpa alzando las palmas—, y de todo lo que tiene que ver con cómo decido llevar mi vida.

—Ser madre significa estar todo el día preocupada —se defiende mamá—. Entiéndelo.

—Y tener familia significa que debes acostumbrarte a que se metan en tus asuntos y opinen sobre ellos —añade Allegra.

—Pues en tu vida no dejas que nadie se meta; a ver si somos un poco menos hipócritas y más consecuentes con lo que decimos —le increpo.

—Venga ya, ¿qué vida has decidido llevar? —espetea Allegra—. ¿Una de mentira?

—Si querías engañarnos es porque sabes que no estás bien, Óscar —murmura Lali—. Porque sabes que te encuentras en una situación preocupante y ya tienes bastante con tu propia inquietud para soportar la del resto.

Esconder mis emociones no me ha servido de nada. Se derraman de todos modos como el agua por los laterales de una olla a presión.

—¿Qué queréis de mí, joder? —Extiendo los brazos y las miro a todas y cada una de ellas alternativamente—. Cuando traigo a alguien le ponéis pegas, tanto si me gusta como si no; si no lo hubiera hecho, habríais pasado todo el finde incordiándome, incluso tratando de emparejarme con cualquier mujer del pueblo. ¿Qué hay que hacer para contentaros?

—No podemos estar contentas por ti si tú no eres feliz, Óscar —explica Cali con suavidad—. Es tan sencillo como eso. Y sabemos muy bien que no estás en tu mejor momento.

—Lo que es más: has hecho de tu peor momento el nidito en el que habitar. Estás abrazado a una zarza espinosa —agrega Violeta—. Y duele ver que andas tan hundido en tu propia situación que ni siquiera puedes sacar la cabeza para entender por qué esto nos tiene alarmadas.

—¿Por qué lo es? ¿Por qué es preocupante querer estar solo?

—No es preocupante querer estar solo. Es preocupante que sigas con ella.

Mi corazón se detiene abruptamente.

No es porque hable de Nieves; tanto si me gusta como si no, es una constante en mi vida, un pensamiento anclado al subconsciente que se mueve por mi mente despierta con la naturalidad de alguien que ya se ha paseado por tu casa, que ha vivido en ella; que una vez dominó tu corazón e incluso ahora y a pesar de todo, lo sigue arrojando. Pero no estoy acostumbrado a que Allegra, precisamente *Allegra*, sea la que la mencione.

De pronto es como si no hubiera nadie más en la cocina.

—¿Qué dices? —murmuro.

—La tienes tan presente que por un momento he podido verla —expresa con comedimiento—. Ella ve a través de tus ojos. A veces siento que es ella quien me mira cuando te diriges a mí... ¿Y todavía te preguntas por qué no nos ha convencido tu actuación?

—Hay hombres que salen con mujeres por aburrimiento, pero tú no eres de esos y jamás estarías con alguien a quien sabes que no le puedes dar todo tu corazón —explica Violeta—. Y por lo poco que he hablado con Eli, me ha parecido sobradamente inteligente para no enredarse con alguien para quien sería la segundona.

Sacudo la cabeza.

—La gente cambia. La gente... evoluciona. Podría haber tenido una novia ahora aunque hace tiempo ni se me hubiese ocurrido.

Mi madre me sonrío con ese afecto velado por la compasión.

—La gente cambia y evoluciona cuando se mueve, cariño. Tú llevas años en el mismo sitio.

No se me ocurre nada que responder.

—Eli no sabe nada de esto.

—Ahora tiene sentido que esté aquí poniéndote ojitos —afirma Violeta—. ¿A qué esperas para decirle que no estás emocionalmente disponible?

—No se lo dice por compasión. Es una cortesía de las tuyas, y esta debo admitir que la comprendo. Habría sido demasiado que le hablara a la chica de su verdadero y único amor —dice Allegra—. Hay cosas que no se deben decir y que se sabe que no gusta escuchar; por eso se lo ha ahorrado.

—O porque no quiere que se dé en retirada —expresa Lali, siempre preparada para dar la visión más positiva y romántica. Me mira con una chispa de esperanza—. No se lo dices porque sabes que es orgullosa de sobra para no permitir que la coloques en un segundo lugar, y te dolería que te dejara porque tiene tablas para reparar tu corazón.

Solo Eulalia puede decir esas tonterías románticonas y quedarse tranquila. Lástima que la serenidad que ha heredado y que comparto con ella me ha abandonado hace un buen rato.

—No tenéis ni idea de la clase de relación que tengo con Eli. No somos nada, para empezar. No he le hecho ninguna promesa, ni la he traído aquí para... Vosotras no... —Las palabras se esfuman. Por un instante no sé qué decir, y ante la falta de defensa solo se me ocurre darme en retirada—. No sabéis nada. Nada de eso de dejarme, o del segundo lugar, o de... Nada ha pasado.

—Pero pasará —me promete Caliope—, y es nuestro trabajo advertirte.

Capítulo 15

Los príncipes azules destiñen

Nunca se me ocurrió que ser educada me daría problemas. Precisamente la única gracia de componer sonrisas de plástico, dar dos besos a gente que detestas y poner buena cara cuando te hacen un regalo horrible es que te ahorras discusiones. Pero la verdad que me habría gustado mucho más evitarme la conversación entre Óscar y sus hermanas, y lo habría hecho si no me hubiese molestado en ayudar a traer los platos sucios a la cocina. Del almuerzo hacen ya unas largas horas, pero no dejo de darle vueltas a lo que él ha compartido sobre mí.

Mi madre me enseñó a no escuchar detrás de las puertas cuando se enteró de que pegaba la oreja para oír sus peleas con papá. Decía que era de mala educación inmiscuirse en conversaciones ajenas, y por ese entonces —en la bendita infancia uno se lleva la palabra de su madre a misa— le hice caso sin cuestionármelo. Ahora me doy cuenta de que la verdadera razón por la que uno no debe hacerlo, es porque en el noventa por ciento de los casos, uno acaba enterándose de algo que no debe... y, a veces, de algo que le va a doler.

Me ha dolido que dijera que no le gusto. Esa es la verdad. Sí, ha dicho que soy atractiva, incluso preciosa, pero no le intereso de verdad.

Es importante recalcar que a mí, cuando me duelen las cosas, me regodeo. Me revuelco y rebozo en ese dolor, igualita que los filetes empanados. Llevo horas dándole vueltas al tema y por mucho que me esfuerzo no consigo dar con un motivo por el que le diría a su familia —esa a la que hemos venido a engañar— que no soy nada para él.

¿Y si he estado flipando todo este tiempo y en realidad nunca le he gustado? La única conclusión coherente a la que he llegado es a que Óscar creyó que no le ayudaría si no se inventaba que se siente atraído por mí. Pero ¿a qué quería que lo ayudase entonces? ¿A quedar como un capullo que crea falsas esperanzas a las mujeres... delante de, ¡bingo!, un grupo de mujeres? ¿Pretende poner celoso a alguien? Si fuera así, ¿por qué no me lo especificaría?

Es cierto que nunca me he esforzado demasiado en transmitir la imagen de persona en la que se puede confiar, pero tampoco llevo la *resting bitch face* de Gloria, una de las vecinas, y no parece que ninguno tenga problemas en contarme su vida, pedirme consejos y escuchar mi opinión. De hecho, es muy bien valorada en el edificio de los locos porque soy racional, lógica y comprensiva. ¿Óscar pensaba de veras que no comprendería su situación, sea la que sea? ¿Por quién me ha tomado, que se ha creído que mentirme era la única solución viable...?

Supongo que por la clase de lunática que le da un manotazo cuando intenta comerse un

bizcocho y al quedarse atrapada en el ascensor con él reacciona como si acabara de sacar el cuchillo jamonero.

Por un momento he pensado en preguntarle a qué viene todo este paripé; abordarlo directamente con qué juego se trae conmigo en particular, pero he reulado porque:

1. Tendría que admitir que he escuchado parte de la conversación y eso no es muy francés.
2. Seguro que la respuesta no me hace ninguna gracia, y no quiero pasarlo mal.
3. No tengo por qué pedirle explicaciones. *¿O sí?*
4. Óscar parecía turbado. No era un buen momento.
5. Revelaría que me ha dolido porque guardo sentimientos por él, y una mujer tiene su orgullo.

No voy a declarar sin tapujos que me gusta cuando acaba de quedar claro que está riéndose de mí.

Podría añadir más inconvenientes, pero estaría siendo redundante y, en esencia, el problema es que antes de que él descubra cómo me siento, tengo que gestionar yo, en soledad y con madurez, que me han dado ganas de llorar.

Llorar. Dios santo. Yo casi nunca lloro. Menos aún por un tío. Y menos todavía en una casa llena de extraños. Gracias al cielo que he conseguido alejarme y perderme un poco con la excusa de «dar una vuelta de reconocimiento», o habría acabado con la cabeza como un bombo. O a lo mejor Óscar habría terminado con la cabeza como un bombo. Ganas de arrearle un sopapo no me han faltado.

¿Por qué es tan raro? Ya no hablo de la cuestión homosexual; eso ya son simples estereotipos asociados por costumbre, y después de haber escuchado a Enya en profundidad, confirmo que todos los seres humanos de este mundo —sin importar su orientación— deberían hacerlo porque calma cualquier corazón huracanado. Hablo de que *no lo entiendo*. No sé de qué va, ni qué quiere, y su horóscopo no dice nada claro. Los astros apuntan a que no es un tío de fiar, y como viene siendo tradición, me tendré que pirrar por él para no romper la estética de mi colección de capullos raros con las cosas muy poco claras.

Hombres... Me tienen que arruinar hasta el atardecer desde el balcón del cuarto de Óscar, que no es poca cosa. Como la casa está situada en una elevación, las vistas son una auténtica maravilla; el mar se alza entre los vertiginosos acantilados por los que un grupito de pirados ha estado arrojándose hasta hace un rato. Desde aquí se ve mejor el pueblo, formado por modestas casitas de piedra blanca y beis, calles empedradas y estrechas coloreadas por las macetas y flores que cuelgan de azoteas y balcones... todo ello medio oculto entre la frondosa vegetación de la zona. Es un lugar de cuento de hadas y tiene un encanto familiar muy distintivo. No me cuesta imaginar a nadie viniendo para empaparse de la calma que se respira.

A pesar del histerismo inicial y de lo que he escuchado, el ambiente me ha ayudado a suavizar los nervios. Y pensaba que le pasaba a todo el mundo, pero Óscar es una notable excepción. Ya al aterrizar se ha sumido en un silencio meditabundo de los que hay que temer, y horas después, está

directamente intratable. Parece que no se siente cómodo. Y también parece que no me voy a enterar de por qué.

—¿Por qué no estás todavía vestida? —exclama alguien a mi espalda.

Me doy la vuelta y me topo con el hada de este pueblo de cuento. Eulalia lleva un vestido ligero de color azul, que resalta su bronceado natural, la melena rubia que debe pesar un quintal libre sobre los hombros y los ojos verdes y sonrientes más grandes que he visto nunca.

—Nadie me ha dicho que tuviera que vestirme.

—¿Cómo que no? Esta noche es la despedida de soltero del tío Juan. Vamos a ir al bar playero de siempre a beber como cosacos.

—¿Una despedida? Pero... Yo ahí no pinto nada.

—No tienes que pintar nada, Monet, solo tienes que sorber de una pajita y mover el esqueleto.

—¿No se supone que deberían ir solo hombres, para empezar?

—Esa separación por sexo es ridícula. Además, desde que el tito ha salido del armario le gusta que le hablen en femenino, así que cuenta como mujer. —Airea la mano—. Vamos, ven conmigo. Te prestaré algo con lo que estarás monísima. Haremos que Óscar se caiga de espaldas. —Y me guiña un ojo.

Accedo porque esta Campanilla tiene encanto para dos y porque creo que ser simpática con las Calero entra en mi contrato no firmado de noviazgo aparente (y que resulta que es un fraude). En otro orden de cosas, sospecho que como no le haga un placaje a Óscar o le meta un rodillazo en las pelotas no va a haber otra forma humana de hacer que se caiga de espaldas. Porque, por si no lo sabe, para eso tendría que gustarle.

Si es que me encanta hacerme mala sangre.

—¿Qué talla tienes?

—Treinta y seis... o XS.

Voy a decirle que tengo ropa para usar, pero la decoración de su cuarto me deja pasmada. Es una de esas habitaciones indudablemente femeninas en las que el dosel cae sobre la cama doble como una nube de algodón y los tiradores de los cajones están decorados con pompones. Lo que más me llama la atención es el corcho tamaño torpedo que cuelga de la pared. Incluso teniendo en cuenta que es organizadora de bodas, sorprende toparme con una serie de recortes de revistas de vestidos de novia, muestras de flores ya marchitas, fotos de banquetes, listas de posibles regalos y quién sabe qué más.

Lali, que no se avergüenza de su obsesión, me sonrío orgullosa.

—Ese corcho tiene más de quince años.

—Nadie puede decir que no te estés ganando la vida con lo que te gusta.

—Es mi vocación —expresa apasionadamente. Acaricia el borde de uno de los recortes, en el que aparece un vestido «cola de sirena». Lo sé porque lo ha escrito con rotulador, no porque tenga

ni idea de costura—. Este corcho en concreto es el de mi futura boda.

—¿Vas a casarte pronto?

—Algún día. Lo tengo todo preparado. —Después dice, dejándome pasmada—: Solo me falta el novio.

—Eso es optimismo —murmuro—. Con tanta energía y positividad no tardarás en encontrarlo. Me recuerdas mucho a una de mis mejores amigas.

—¿Mejores amigas? ¿En plural?

—Ajá.

—¿Eso no contradice el propio término? O sea, tienes una mejor amiga porque es mejor que todas las demás.

—Puede haber dos personas mejores que las demás.

—Pero esas dos también están sujetas al criterio al que has sometido a las otras, y alguna saldrá ganando.

—No podría elegir entre una y otra. Matilda lleva toda la vida conmigo y es... dulce, generosa, divertida. Tamara es un huracán para lo bueno y para lo malo y no puedo imaginarme un mundo sin ella. —Me encojo de hombros.

—Yo creo que siempre hay alguien a quien se quiere más —medita—. Lo mismo pasa en el aspecto sentimental. No creo en los triángulos amorosos.

Pues claro que no cree en ellos, si es la abanderada de la monogamia y el tradicionalismo. Solo hay que ver dónde estamos; parece el hangar de *La Casa de Papel*, pero en vez de un atraco, describe sus planes para llevar a toda la humanidad al altar... Lo cual es igualmente escalofriante.

—El encanto de los triángulos amorosos es que defienden que se puede querer a dos personas a la vez de maneras diferentes. Quiero decir —carraspeo al ver que me dirige una mirada curiosa—, Tamara y Matilda son muy distintas. Cada una aporta una cosa a mi vida; con cada una tengo un tipo de relación, y ninguna es mejor o peor. Creo que es imposible tener a una sola persona en el corazón, y exigirle a alguien que elija es una crueldad.

Lali deja me observa con ojos brillantes. Tiene una mirada vívida, limpia y alegre, como si estuviera riéndose por dentro, pero ahora me da la impresión de que está... *agradecida*. De que le he dicho justo lo que quería oír.

—Buena respuesta.

Sonriente, desaparece detrás de la puerta del armario para rebuscar medio minuto. Cuando aparece, lo hace con manos ocupadas y gesto satisfecho. Me enseña un vestidito azul marino y levanta las cejas varias veces.

—¡Dios, qué bonito!

—¿Verdad? Sabía que te gustaría. Tengo un don.

—¿Para qué? ¿Para acertar el estilo de vestir de alguien?

—Ese es uno de los talentos que derivan de mi don —cabecea—. Digamos que conozco a las personas. Solo con mirarlas ya sé qué es lo que quieren.

—Un don que le habría venido bien a Ryan Gosling en *El Diario de Noa*.

Ella vuelve a sonreír de oreja a oreja.

—*What do you want?* —imita al actor, bajando el tono. Niega con la cabeza y pone la voz en falsete—. *It's not that simple... What do you want?* Es más divertido cuando lo hago con Cali. En fin, está claro que quieres este vestido. Póntelo y vayamos a partir la pana.

Quitando que eso de «partir la pana» podría haberlo dicho la abuela que *no* tengo, habría sido una conversación de lo más agradable. Pero después de prepararme con sus complementos y zapatos —tengo el mismo pie que Violeta—, y cuando ya estamos bajando las escaleras de la casa para unirnos al festivo grupo, tiene que hacer *esa pregunta* que arruina todo lo anterior.

—Bueno, ¿qué tal con mi hermano?

Es una pregunta lícita, pero me dan ganas de responderle que no es obligatorio que entre mujeres limitemos la charla a nuestros hombres; sobre todo cuando no son nuestros hombres y nos han utilizado con Dios sabe qué retorcido pretexto, y especialmente cuando se han puesto una camisa celeste y encabezan la marcha con ese aire circunspecto de los buenorros del Hollywood de Oro.

Qué injusticia.

Mi corazón se salta unos cuantos latidos al ver a Óscar en el grupo de la despedida, con las manos metidas en los bolsillos y el pelo algo alborotado. Aunque tiene una sonrisa ligera dibujada en los labios, se nota que solo atiende lo que le dice su tío por cortesía. De hecho, parece algo incómodo, fuera de su salsa.

Así ha estado toda la tarde.

Literalmente este hombre me ha dejado como la *follamiga* sin importancia delante de su familia: ¿de verdad quiero preguntarme qué le pasa? ¿En serio voy a preocuparme por lo que sea que parece que le atormenta?

Supongo que sí.

—¿Eli?

—¿Con tu hermano? —respondo enseguida—. Pues... Bien. Es un chico muy agradable. Educado. Respeta el medioambiente, a las mujeres y a sus mayores.

Eulalia se ríe.

—Cuéntame algo que no sepa.

—Es un buen besador. Si eso ya lo sabías me voy a preocupar —añado.

—Lo sabía, pero no por experiencia. Llevo toda la vida aguantando las babas y obsesiones por él de parte de nuestros amigos en común, a quienes nunca ha temido llevarse a la cama. —Y pone los ojos en blanco—. Por una vez es interesante estar con alguien a quien no conociera de antes.

Seguro que ya te lo ha dicho mi madre, pero estamos todos muy felices de que te haya traído. No lo esperábamos. Es un gran alivio.

A lo mejor no he mencionado cuántas veces me han dicho esas tres frases, juntas o por separado, pero después de toda una tarde escuchándolas con educación empiezas a notar cierto tufillo. No puedo evitarlo y, aprovechando que todos se están metiendo en el bar playero mencionado, me detengo justo a la entrada para preguntarle directamente.

—Si lo dices porque estabais todos preocupados porque Óscar fuera gay, me parece que esos comentarios son muy desacertados. Respeto a toda la familia, pero es evidente que os ha aliviado que fuera una mujer y no un hombre, y eso, de donde yo vengo, se llama de una manera. Solo por sacaros de dudas —agrego—, me consta que tuvo una novia.

Empiezo a pensar que Lali solo sabe sonreír. Ni ceños fruncidos, ni pucheros, ni muecas de ninguna clase. Solo sonrío; esta vez, con un rastro de compasión.

Me coge de la mano y me la aprieta.

—Sé muy bien que tuvo una pareja. Era de mis mejores amigas.

Enmudezco de golpe, consciente del ridículo que acabo de hacer.

—Oh.

La he acusado de homófoba entre líneas. Como mínimo debería quitarse el guante y abofetearme. Pero no es eso lo que hace, sino darme una explicación que no me merezco.

—No nos alegramos porque seas una mujer, sino porque pensábamos que no iba a volver a interesarse por el amor. Lo de Nieves lo dejó muy tocado.

—¿Cómo de tocado? ¿Fue su novia mucho tiempo?

Si no me lo dice él, tendré que encontrar información en otra parte.

—Su novia lo fue solo desde los dieciséis. Como esposa duró tres años.

La sonrisa irreverente que la ironía había puesto en mis labios se esfuma.

Nunca pensé que «esposa» podría convertirse en una de esas palabras con una sonoridad apabullante. Se queda atrapada en mis oídos y se repite como un eco lejano. Toda yo reacciono: la piel se me pone de gallina, mis ojos vuelan a la zona de la barra donde está Óscar, pero mi boca no logra articular una frase.

Entonces recuerdo ese detalle: ese anillo que lleva y al que yo me referí como señal de su castidad cuando estuve en el apartamento.

No era un anillo de castidad, ni siquiera algo decorativo.

Era su jodida alianza.

—Dios mío —murmuro—. ¿Está divorciado?

Eulalia me sonrío con tristeza.

—Viudo, aunque cuando aquello sucedió estaban en proceso de separación.

Segundo golpe de gracia. Me tambaleo al cambiar el peso de pierna.

—Pero... Solo tiene veintiséis años. No entiendo... Yo...

Me callo al comprender lo que mi estúpido balbuceo insinúa: que no tengo ni idea de quién es la persona con la que supuestamente salgo. No parece que esa sea la conclusión a la que Lali haya llegado, de todos modos. Ni mucho menos algo a lo que pretenda prestarle atención ahora que mis ojos se quedan pegados a la figura de neón de Óscar. Ajeno a mí y a la conversación, atiende a una historia que su hermana Caliope le cuenta con grandes aspavientos.

—No me extraña que no te lo haya dicho. Odia que le digan que no lo ha superado —explica Eulalia en voz baja—. Te lo cuento porque sé que si te lo explicara él se dejaría muchas cosas: cosas que él no ve. De las que parece que no se da cuenta.

—¿Como qué?

Lali hace una mueca.

—Tengo sentimientos encontrados. Siento que eres la última persona a la que debería decirle esto, pero a la vez, la única que merece saberlo.

Apenas me reconozco cuando casi ruego:

—Dímelo.

Qué fina es la línea que separa el cotilleo del verdadero interés. En la curiosidad también subyace siempre un interés, claro, pero del tipo amarillista, y en mi caso no estoy ansiosa por conocer una buena historia. Estoy ansiosa por conocer a Óscar.

—No nos preocupaba su luto porque fuera incapaz de salir con otras mujeres. Cada persona necesita su tiempo. Lo terrible es que sigue teniéndola presente —explica—. No lo entenderás del todo porque no lo conociste antes, durante y después de la relación, pero Nieves se llevó una gran parte de lo que Óscar era.

—¿En qué sentido?

—Tenían una relación muy tormentosa. Ella... Odio hablar así de ella, porque era mi amiga y la adoraba, pero era tan insegura, temerosa y desconfiada que asfixiaba a Óscar. Él siempre fue un tipo deportista, extrovertido, fiestero y coqueto, y su relación con Nieves lo obligó a quedarse más en casa, a renunciar a ese flirteo sano, a esas relaciones bonitas con amigas de siempre, a sus competiciones, incluso, por la obligación de desplazarse... Y ahora dudo que conozcas a alguien más hermético que él. Ya nunca habla de sí mismo; nunca dice nada que pueda comprometerlo.

Me humedezco los labios resacos.

—No estoy segura de que deba ser la abogada del diablo, pero es imposible que uno siga igual después de la convivencia con otra persona. No sé mucho de amor; solo lo suficiente para saber que, cuando es verdadero, nos transforma. Y cuando no lo es... arrampla con todo.

—No es lo mismo. Por ella tuvo que hacer muchas renunciaciones, y las hizo sin darse cuenta: por eso no es capaz de ver que mantiene las obsesivas costumbres de Nieves para sentirla cerca de él.

—¿Qué obsesivas costumbres?

—Ahora es profesor de yoga. Por ella; es en lo que trabajaba. La música de Enya, la meditación, el ritual de las velas, lo de evitar a las mujeres y rechazar cualquier coqueteo: solo lee libros que leyó cuando estaba con ella, solo viaja a destinos que visitó con ella. Está haciendo la misma vida que hacía con Nieves, cada detalle milimétricamente calculado, y no se da ni cuenta. Pero es lo bastante listo para evitarnos a nosotras, su familia, quienes sabe que se lo dirán sin tapujos.

No sé qué es lo que espero ver al revisarlo de arriba a abajo: dudo que la cicatriz de la viudedad sea visible, o se les marque la frente como en los Miércoles de Ceniza. Pero aunque no noto ningún cambio respecto a la última vez que le eché un vistazo, el impacto no es el mismo.

Es como mirar a otra persona.

Creo que no solo me afecta porque no haya tenido la amabilidad de contármelo, sino porque ni se me había pasado por la cabeza. Y es aquí y ahora cuando me doy cuenta de que lo tenía y sigo teniendo idealizado por su comportamiento dócil, por su actitud respetuosa; por su carácter afable. Me sorprende esta nueva realidad porque daba la impresión de que nada puede turbarlo, de que la miseria no llega a su vida. Sin embargo, ahora que lo miro, tal vez porque lo sé, me parece una de las personas más tristes del mundo. Nada me asegura que, donde yo veía serenidad, no había simple resignación; de que donde había paciencia, prevalecía el aburrimiento, la falta de interés por su entorno y porque su entorno lo conozca. De que su educación solo era una manera de poner distancia.

—Me dijo que solo se ama una vez —me oigo decir—. Que el resto del tiempo buscas sentirte de la misma manera, y en el proceso utilizas a otras mujeres como consuelo.

—Tan listo para unas cosas y tan rematadamente imbécil para otras —suspira—. No me puedo creer que te dijera eso justo a ti.

—Está bien que sea honesto. Siempre he preferido esa sinceridad hiriente a...

Sinceridad hiriente. Como si me doliera que Óscar no se pueda enamorar otra vez.

¿Me duele? ¿Tendría sentido que lo hiciera?

Por un lado, por supuesto. Así funciona la empatía. Siempre es descorazonador saber que hay gente buena ahí fuera padeciendo aquello de lo que los villanos se libran. Pero es que por eso se les llama *buenos*: porque sienten ante la tragedia. La tristeza es una forma de sentirse vivo y saberse generoso, compasivo; un privilegio al que los crueles nunca podrán aspirar.

Por otro lado, en cambio... No puedo negar el fondo egoísta. No quiero que tenga el corazón roto porque de ser así no podría ambicionarlo con probabilidades de éxito. Igual que, en el fondo, quería que fuese heterosexual para tener una sola posibilidad.

—Te gusta en serio, ¿eh?

Miro a Lali con un suspiro atravesado en la garganta.

—Estoy impresionada, supongo. Es el hombre con el que soñaba cuando era adolescente y me

resigné a no encontrar jamás después de mi primera y única experiencia amorosa.

—Dicen que al primer amor se le quiere más, pero a los siguientes, mucho mejor.

El brillo en sus ojos no es mera simpatía. Es esperanza. Lali está poniendo sobre mis hombros la responsabilidad de salvar a su hermano, la que imagino que será su fantasía más recurrente: no deja de ser una romántica empedernida. Pero es lícito porque se supone que soy su pareja, que soy la mujer que tiene el poder de modificar la situación.

Tomar conciencia de esto me llena de vergüenza y me arrepiento sobre la marcha de no haber sido sincera.

—Oye... Tu hermano y yo...

Lali me mira con calidez.

—Lo sé.

Lo sabe. Sabe que miento.

De repente no noto mi cuerpo. Solo un cosquilleo en la nuca.

—¡Un brindis! —exclama Caliope de golpe, encaramándose con dificultad a la barra.

Ante el descontrol de gritos jubilosos que se desata, experimento una sensación de extrañeza: la de estar en un lugar al que no pertenezco, al que no debería haber venido en primer lugar. En el que no se me ocurriría haber aparecido si hubiera sabido lo que había detrás de todo, una verdad que no solo me ha ocultado, sino que parece que no tenía la menor intención de contarme después.

No duele por la falta de confianza, pues no la tenemos. Duele por las implicaciones que conlleva. Definitivamente ha sido un espejismo: no le intereso en absoluto, pero por una vez estoy segura de que no me he engañado yo sola. Él ha contribuido a que me crea que había un sentimiento genuino tras su decisión.

Hay un estallido de confeti, risas envolventes, aplausos y hurras aullados, parientes con los que no tengo nada que ver apretándose en abrazos eufóricos... Y entre todo eso capturo la mirada de un Óscar que sonríe por obligación al espectáculo. Nos observamos con cautela en la distancia, sin movernos; los papelitos de colores flotan lentamente en el aire, y a ese mismo y parsimonioso ritmo, la incertidumbre e incredulidad que me han estado dominando desde la conversación de la cocina se transforman en una estúpida desesperación. No sé cómo ni por qué, pero Óscar la percibe y su actitud festiva se apaga de golpe.

Ni me molesto en quedarme a ver cuál es su siguiente paso: me doy la vuelta, temblando por la humillación, y salgo de allí.

Siempre he pensado que la peor sensación de todas es la de haber hecho el ridículo. El enfado se puede afrontar con mesura; la tristeza, con un poco de racionalidad. Pero saber que lo que has hecho es absurdo y que otra persona te ha arrojado a esa absurdidad, es desquiciante.

Eulalia lo sabe. Quizá todos allí saben que hemos mentido. Y eso le deja a él como al impostor, pero ¿en qué lugar me pone a mí?

De repente siento que todo es patético. Llevar este vestido, este pintalabios, estos zapatos...

—Te lo han contado.

Me doy la vuelta justo cuando estoy a punto de subir las escaleras para llegar al pueblo. Estrechas, más altas de lo recomendado y muy empinadas; desde el tercer peldaño, le saco tantas cabezas a Óscar que podría jugar a ser Dios si no estuviera expresando toda mi humanidad al temblar de rabia.

Él está tan calmado como siempre, si acaso algo serio. Manos en los bolsillos, un par de botones de la camisa desabrochados, y el pelo mecido por esa brisa que se cuele entre los mechones más largos.

Es increíble la cantidad de connotaciones que pueden adquirir o perder las virtudes de una persona dependiendo de cómo te sientas en el momento: si su atractivo físico fue lo que me llamó primeramente la atención de él, lo que nos acercó, ahora lo siento el culpable de que me distancie, incluso un elemento engañador. ¿Cómo he podido pensar que alguien así, tan perfecto, podría estar interesado en mí? ¿Por qué he permitido que me convencieran —mi subconsciente soñador y mi mejor amiga— de que esto es lo que merezco?

—¿Sabes? Podrías haber sido un poco más concreto cuando me dijiste que necesitabas fingir delante de tu familia. Podrías haberme dicho por qué. No llevo aquí ni veinticuatro horas y he hecho el ridículo tanto como lo llevo haciendo desde que te conozco, y soy muy sensible a eso. ¿Te produce algún tipo de placer dejarme por los suelos?

Él arruga el ceño.

—¿Cómo? Sabía que te lo iban a contar. Era cuestión de tiempo. Y no pensé que mi pasado tuviera nada que ver contigo.

—¿No? ¿No se te ocurrió que debía estar al tanto de qué clase de papel interpretar? No me importa que me traten como si fuera tu novia, pero me molesta que me miren como si fuese el consuelo de un enfermo terminal, o peor aún: su putilla.

Óscar se apoya en la pared para subir un escalón. Me está mirando con esa cara que odio que me pongan, esa de la que huyo evitando alzar la voz: la cara de «estás perdiendo los papeles». La cara de «estás diciendo cosas sin sentido».

La cara de «estás loca».

—¿Qué dices?

Me abrazo a los hombros antes de responder impulsivamente.

¿Es para tanto? A fin de cuentas ya sabía que esto iba a ser una simple actuación. Pero *se siente como si fuera para tanto*.

—Te he oído —consigo decir sin que me tiemble la voz—. Oí lo que le decías a tus hermanas. Eli no te interesa. Eli es solo una cara bonita. ¿Por qué me has traído aquí para pasearme como si fuera tu escort? ¿Qué es lo que quieres demostrar, Óscar? ¿Que ya no piensas en tu ex, es eso? —

espeto—. ¿Para eso necesitabas hacerme quedar como tu entretenimiento nocturno? ¿Me vas a decir de una maldita vez de qué vas?

—Yo no te he... —Se frota las sienes—. Lo que has escuchado en la cocina fue un fragmento de una conversación larga y mucho más compleja que eso. Lo que dije... Joder. —Se pasa una mano por el pelo—. No debería haberte traído.

Una punzada de dolor me atraviesa el pecho.

—Estamos de acuerdo en eso, pero ya no podemos arreglarlo. ¿Qué quieres, que me vaya a un hotel?

—No digas tonterías...

—Yo no digo tonterías: ¡tú las dices! ¡Tú las haces! Y lo peor es que te crees que no tienes que dar explicaciones. Me has metido en un berenjenal sin permiso, me has ocultado los motivos y los matices, y encima me has mentido. —Trago saliva—. ¿Qué necesidad había de decirme que... te gusto para traerme aquí? Te habría ayudado igual. Porque para eso... están los vecinos.

Óscar deja de subir escalones de repente, como si una idea en forma de rayo hubiera colapsado el resto de sus pensamientos. Con una mala sensación en el cuerpo, observo que su mirada se oscurece.

—Lo siento si en algún momento he dado a entender que estaría dispuesto a tener una relación seria. Eres preciosa y encantadora, pero...

Levanto la mano.

—No tienes que romper conmigo. No somos nada, ¿recuerdas? Ni me has hecho ninguna promesa.

—Pero parece que sí te he hecho ilusiones —murmura.

Me gustaría ofenderme, pero tiene razón. Me estaba haciendo ilusiones incluso cuando me reprimía. En algún momento entre mis ojeadas a la ventana de la cocina y la escena presente, mis inofensivos delirios sobre el vecino han traspasado el lado imaginativo de mi cerebro para dominar la visión que tengo de Óscar. Ni siquiera sé aún al cien por cien quién es como hombre y ya siento que cumple todos esos requisitos a los que renuncié hace mucho tiempo. ¿Es de ahí de donde viene mi frustración? ¿De que mi caballero idealizado sea un ser humano con un pasado, una esposa y un pésimo criterio a la hora de tomar decisiones? ¿O de que haya quedado claro que no puede quererme?

¿Para qué necesito yo su amor, en primer lugar? ¿Para darme valor, para sustituir el mal recuerdo del último que me dio el suyo, o porque presiento que podríamos hacernos alguna clase de bien?

Qué estúpidas son a veces las corazonadas. Y qué engañosas las expectativas.

—Dime en qué estás pensando —me ruega—. No me gusta la cara que estás poniendo.

—Es la cara de tonta que me has puesto tú, Óscar —suspiro, resignada—. A veces parece que

disfrutas quedando por encima de todos, incluso si para eso tienes que tomar al resto por imbéciles.

—No tomo a nadie por imbécil. Solo quiero tener control sobre la información que se tiene de mí. Dársela a quien es digna de ella.

Una sonrisa amarga se pinta en mis labios.

—Eso no lo arregla, ¿sabes? Parafraseándote, parece que no es a mí a la que le cuesta escoger las palabras adecuadas para hablar. Pero bueno, solo has dejado claro lo que ya sabía: no soy digna de que me des información esencial ni siquiera cuando vas a utilizarme para quedar bien.

—No quería quedar bien. Ni tampoco mal. Solo estar tranquilo.

—Pues espero que lo hayas conseguido, porque lo vas a necesitar para explicarle con tranquilidad a tu madre que me voy a dormir a un hotel. Dile que las acompañantes no trabajan de noche a no ser que se les soliciten otros servicios, y esos no están disponibles por mi parte.

—Eli, joder. No les he dicho que seas ninguna escort. Saben que no eres mi novia, pero también que eres mi vecina y una chica totalmente normal.

—Sí, y creo haber entendido que ese era justo el problema para una de tus hermanas. A lo mejor si hubiera sido lo bastante buena me habrías presentado como una novia de la que estás enamorado, pero imagino que no era creíble por lo «normal» que soy y tuviste que conformarte con que soy el pedazo de carne. Podrías haberme avisado de que iba a tener que hacer este papel, ¿entiendes?

—Eli, espera... —empieza, al ver que mi intención es largarme—. ¡Espera!

No tengo fuerzas ni dignidad de sobra para correr escaleras arriba con unos tacones, así que permito que me alcance. Me coge de la mano y me rodea para cerrarme el paso.

—Ahora mismo no quiero escuchar nada de lo que tengas que decir —concluyo.

—¿Ni siquiera si lo que diga puede resolver el problema?

—No quiero que resuelvas el problema. Quiero saber por qué lo has mezclado conmigo, alguien a quien en realidad no quieres metida en tu vida de ninguna manera.

Mi contestación lo descoloca. Su cara es un poema, y no tarda ni un par de segundos en soltarme la mano. Seguramente acabe de vérselas de frente con sus contradicciones, y no le ha gustado lo que ha visto.

Por lo menos tenemos algo en común: a mí tampoco.

Capítulo 16

La vida misma

Qué noche tan pésima. Y qué mañana aún peor. Con esta experiencia, puedo pronosticar que la tarde será un infierno y por la noche me subiré por las paredes, si es que llego consciente. Teniendo en cuenta que está a punto de comenzar una boda, espero no estar lúcido como para saber qué sucede a mi alrededor.

Por cosas como esta llevo años obligándome a controlar. Controlar mis emociones. Controlar la situación. A veces hasta a la gente que participa en ella, lo que podría contar como manipulación pasiva. Es una forma de evitar que las cosas se vayan de madre, un requerimiento necesario para que, en este caso, Óscar no vaya de un lado para otro como un alma en pena, histérico por si Eli aparece o no aparece.

Esto se me ha ido totalmente de las manos, y lejos de admitirlo, me quedé ahí pasmado esperando que ella me leyera la mente. Que ella solucionara el lío de sentimientos enredados que me estaban y me siguen nublando la razón. Como si no tuviera ya bastante con lo suyo.

Pero aparece a la hora acordada, y eso me alivia, porque así se parece mucho más a la Eli que yo conozco: a la que está muy por encima de irascibilidades y orgullos que no llevan a ninguna parte. Aunque, ¿cuánto la conozco, en realidad? Hasta anoche no se me habría ocurrido que me enfrentaría, ni que lo haría en nombre de esos sentimientos que me está costando que confiese. Es evidente que a nadie le gusta que le oculten información, pero una mujer tan cautelosa y aparentemente imperturbable no se va a dormir a un hotel después de algo así si no es porque lo que siente es mucho más intenso de lo que le gustaría.

Eso fue lo que me dejó sin palabras. Lo que subyacía en esa discusión... Entre otras cosas.

El tío Juan se empeñó en celebrar la boda en la playa, pese a que todos lo avisáramos de que no iba a ser agradable pasar horas bajo un sol abrasador. Como es natural, Lali se ha encargado de todo, y eso significa que la separación entre las sillas forradas de lino blanco es de cinco milímetros exactos, que la melodía nupcial está programada para sonar a las once en punto, repetirse a las once y veintidós y ponerse una última vez a las doce menos cuatro minutos —según la duración del discurso de los enamorados— y que un banquete tropical nos espera al otro extremo de la pasarela.

Viendo que todo el mundo está a punto de sentarse, busco con la mirada a Eli. Mis familiares están dispuestos a fingir que no saben que le pedí a última hora que fuera mi novia, pero igualmente no tiene ningún sentido seguir actuando como tal: aun así, espero con impaciencia a

que corte su conversación con mi madre —prefiero no pensar en qué hablan— para acercarme.

Está impresionante. *Es impresionante*. Lleva un sencillo vestido rosa sin ningún detalle, de tirantes y escotado, largo hasta los pies. La tela se intuye tan suave que tengo que cerrar el puño para no estirar la mano y acariciarlo. Quiero decirle que se la ve mejor que nunca, pero creo que me ha sido vetado el derecho a hacerle halagos, y de todos modos no sería verdad, porque está seria e incómoda.

Ella no me dice nada. Asiente con la cabeza y se coge la falda con una mano para ir hasta nuestros asientos. Por lo menos no me fulmina con la mirada. Aunque el mosqueo siga ahí, ya se ha apagado considerablemente, y no sé si eso es una buena o una mala señal.

—Tenemos que hablar —susurro, una vez estamos sentados.

Eli asiente con la cabeza sin apartar la vista del frente, donde los dos novios se chinchan como adolescentes. Yo también los observo con resignación, sintiendo esa presión ya familiar a la altura del pecho. Hacen una bonita pareja. Una bonita pareja que, hace no mucho tiempo, habría mirado con la enfermiza envidia e impotencia del que estuvo en ese mismo lugar y ya no puede volver.

Siempre sorprende cómo pueden dolernos tanto las cosas que nos han sido arrebatadas; las personas que hace tiempo que no están con nosotros. ¿Dónde está la lógica en que se sientan más vivas que las que permanecen, que las que podemos tocar? Cuando alguien se marcha, se lleva las risas, el calor de su abrazo... Se lleva a sí mismo. Pero deja un vacío tan inmenso que los detalles a los que la memoria se aferraba para crear un buen recuerdo acaban deslizándose por ese agujero.

En *El curioso caso de Benjamin Button* decían que «puedes maldecir al destino, que al final tienes que resignarte». Creo que los fuertes se resignan; ponen el parche de «era inevitable» a ese vacío y dejan de cuestionarse qué habría pasado si hubiera sido diferente. Pero a mí a veces me parece que nunca se me acaban los gritos; que siempre me quedará un hilo de voz para clamar que es injusto, que merecía otra oportunidad.

Tanto ella como yo.

—Debería haber sido más comprensiva —dice Eli de pronto, en voz baja—. Anoche pensé solo en lo que todo el embrollo significaba para mí, pero no se me pasó por la cabeza lo duro que ha de ser para ti lo de estar aquí... En una boda.

Agacho la mirada a mis manos entrelazadas y medio sonrío.

—No tenías por qué empatizar conmigo. Sé que la he cagado y la comprensión no es ilimitada; en cuanto haces algo que afecta al otro, dejas de ser una víctima para ser el verdugo. —Suspiro y me escurro en el asiento—. Créeme, Eli. Lo que quería decirte ayer es que cómo me esté sintiendo no justifica que haya sido un estúpido y te haya involucrado en todo esto contra tu voluntad.

—Pero que no lo hayas hecho por maldad es un consuelo. Solo necesitabas a alguien y yo estaba allí.

La miro de soslayo. Un latido se desprende de mi corazón al ver la tranquilidad con la que ha asumido algo con lo que yo llevo luchando desde hace un tiempo.

Cuando me encaró en las escaleras, no supe darle forma a mi actitud; no entendí qué demonios me había poseído para insistir a mis hermanas en que Eli no significa nada, ni por qué no se lo conté todo desde el principio. Pero tras una noche de reflexión en una cama con dosel rosa, he visto de cara a algunos fantasmas.

Claro que la necesitaba.

A *ella*, no «a alguien».

—Visitar a mis padres lleva siendo jodido unos cuantos años —confieso—. No es que no tolere que me compadezcan; parte del duelo fue fácil, en realidad, porque mis hermanas sufrieron la pérdida de la misma persona y eso nos acercaba. No solo tenía con quien llorar, sino que comprendían por lo que estaba pasando, la conocían tan bien como yo. Pero ellas son más fuertes, tienen más mundo, y lo encajaron rápido. Yo me sentí traicionado porque les costara tan poco seguir adelante y por eso me marché.

—Suenas terrible. Y me consta que lo es cuando eres tú el que lo sufre —dice Eli con suavidad—, pero el mundo nunca va a detenerse por la muerte de alguien. El planeta no pierde órbitas aunque tú sientas que tu vida se ha acabado, y no por ello es insensible.

—¿Qué es entonces?

Ella se encoge de hombros.

—La vida misma. Asimilar la muerte es la única obligación con la que nacemos —contesta con sabiduría—. Me dirás que todo eso es teoría y palabrería vacía, y yo te diré que sí, que es verdad. Cuando mi madre murió yo también me quedaba mirando el calendario como si de pronto no entendiera los números, preguntándome cómo era posible que el tiempo hubiera cambiado de forma. Era como si los días se solaparan unos con otros. Me había quedado anclada en una fecha y me negaba a reconocer que ya estábamos en abril. No me entraba en la cabeza cómo era posible que ya no hubiera ni tardes, ni noches, ni amaneceres... —Coge aire—. Al final comprendes que es el dolor lo que te estaba cegando.

La observo con atención.

—¿De qué murió tu madre?

—Leucemia. Se la detectaron en un estado muy avanzado y en apenas un mes se la llevó. —Hace una pausa—. ¿Qué le pasó a Nieves?

—Accidente de tráfico. Iba a cumplir veintitrés años.

—Lo siento muchísimo.

Asiento con la cabeza como todo agradecimiento.

—Nos casamos muy jóvenes, ¿sabes? Y aunque tuviera sentido porque la conocía como a la palma de mi mano (llevaba toda la vida con ella), recuerdo que, cuando nos estábamos separando,

pensé que fue una equivocación. Que no debería haberme precipitado. Era solo un crío.

—¿Con qué edad te casaste?

—Diecinueve.

—Sí que lo eres —sonríe ella.

—La cosa es que no me siento mucho más mayor o maduro que entonces. Quizá por eso que has dicho del tiempo; me he quedado estancado en esa fecha. En todo caso, podría decirse que ahora estoy más perdido, pero se me hacen raros esos pensamientos que tuve sobre la boda porque ahora lo veo como la mejor decisión de mi vida.

—Es normal, después de una experiencia tan traumática —musita—. Aunque ya sabrás que, con el tiempo, uno suele ver las cosas mejor de lo que eran. Perder a una persona tan joven es terrible. Pero si os estabais separando era porque algo no funcionaba, ¿no?

—Fue mi culpa. Era un cabrón.

Tan pronto como abre la boca para replicar, vuelve a sellar sus labios.

Hace un gesto con la mano para que continúe.

—Yo era muy inconsciente —me cuesta decir—. No me daba cuenta de todas esas cosas que le hacían daño, y ella no quería decírmelas para evitar el conflicto... Hasta que estallaba, y entonces era tarde para cambiar mi comportamiento.

—¿Qué tipo de comportamiento la molestaba?

—Siempre me ha gustado el tonto y salir por ahí. Nieves no era tan extrovertida y pasaba noches enteras preocupada, pegada al teléfono. Los celos la mataban y yo tardé en darle importancia porque no tenía nada de lo que preocuparse. Quiero decir... —Sacudo la cabeza—. Jamás la habría engañado, pero ella estaba convencida de que lo haría porque siempre había mujeres revoloteando a mi alrededor. No confiaba en mí.

—¿Le dabas motivos para desconfiar?

—No lo sé. Ahora todo está muy borroso. Pero ¿acaso importa? La hice muy infeliz, y hacer infeliz a una persona desde los dieciséis a los veintidós años es como haberle jodido la vida. —Tuerzo la boca—. Míranos ahora. Ni siquiera tengo una relación seria contigo y casi te vuelvo loca. Está claro que el problema es mío.

—No creo que seamos dos personas parecidas o estas sean situaciones comparables. La discusión de ayer no ocurrió porque lo hicieras todo mal, sino porque... no me eres indiferente. Las emociones también tienen parte de culpa, solo que nunca la quieren aceptar.

Al girarme para mirarla directamente, ella ladea la cabeza y clava la vista en el suelo, como si no quisiera que la viese. El color inunda sus mejillas, y con razón. Acaba de admitir que algunas de sus emociones llevan mi nombre.

Un cosquilleo tonto me recorre el estómago.

—Las emociones no son las únicas que no quieren aceptar las cosas —respondo, bajando el

tono—. A mí también me está costando asimilar algún que otro sentimiento.

Eli no me pregunta cuál es porque ya lo sabe.

Cualquier otra persona en su lugar —o en el mío— ya habría puesto las cartas sobre la mesa, pero nos frenamos. Somos conscientes de que hay una inexplicable complicidad entre nosotros y de que lo lógico no es flagelarnos por sentirla, sino que deberíamos transformarla en algo útil o que por lo menos nos quite la tensión del cuerpo. Pero seguimos dando vueltas, callados, y parece que, por el momento, esta extraña relación nuestra es la que funciona.

No sé para ella; para mí es extraño querer saberlo todo sobre una persona. Es extraño sentirme cómodo y a la vez exaltado en la compañía de alguien. Es extraño que me mortifique por haberla defraudado, decepcionado o solo molestado. Y en esa extrañeza solo hay descontrol e incertidumbre, algo que no quiero experimentar.

Pero no puedo seguir negándolo como hice delante de mis hermanas. Ni puedo darle una falsa explicación a mi intención de esconderle la historia de Nieves. Es cierto que no se lo dije porque no es algo que contar a la ligera, pero también porque no quería ahuyentarla. Porque no quería que supiera la clase de hombre que soy: uno capaz de arruinar la vida de una mujer.

Un tío como yo no debería haber pasado por el altar ni debería inmiscuir a alguien como Eli en sus movidas. Pero soy egoísta. La quería aquí, como dijo Álvaro, igual que la quería ver cuando me rehuía y por eso la observaba mientras cocinaba desde mi ventana, del mismo modo que le quiero quitar el vestido o me esfuerzo tanto por sacarle conversación.

—Queridos hermanos, estamos aquí reunidos...

—Ja, ja, muy gracioso —bufa el tío Juan—. Corta el rollo religioso y vamos al grano, que tengo hambre y esta gente está muriéndose de calor.

Una sonrisa entre divertida y melancólica se dibuja en mis labios.

—Por lo menos no va a haber manera de que esta boda me recuerde a la mía —murmuró—. Yo me casé solo con Nieves en el registro civil y luego se lo comunicamos a mis padres. Nada de grandes fiestas ni muchos invitados. Todo fue en la más absoluta clandestinidad. Así lo quisimos. Aun así...

—Son una pareja, y eso ya lo hace difícil —resume Eli.

La miro, sorprendido porque lo haya entendido tan bien.

—Exacto. Hay algo en las parejas felices que me genera una dolorosa punzada en el pecho. Mi tío y Raúl lo son.

»El matrimonio es tan frágil como la vida y, sin embargo, uno atiende al momento en que intercambian los anillos con el corazón encogido, como si esa promesa de fidelidad eterna no fuese más que circunstancial. Como si no pudiese romperse de mil maneras diferentes.

Nada más decirlo, Eli apoya su delicada mano sobre la mía. Al notar su peso, más sorprendido aún, me giro hacia ella. Y ella me sonríe sin enseñar los dientes, con esa humildad tan atractiva de

su personalidad: la que le sale naturalmente al quitarle importancia a todo lo que hace, cuando la tiene.

Ella la tiene.

Entrelazo los dedos con los suyos y devuelvo la mirada a la feliz pareja de enamorados. Y entonces se me ocurre una locura.

Sí, mirarlos es doloroso... pero a lo mejor lo que duele no es lo que he perdido, sino lo que me estoy perdiendo.

Capítulo 17

Manos arriba: esto es un atraco

No estoy en mi salsa, y que diga esto una cocinera puede entenderse como un chistecito culinario. Durante la boda ha sido fácil pasar desapercibida: había una lindísima pareja gay dándose el sí quiero en un altar atestado de floripondios a la que mirar mucho antes que a mí. Y si me han mirado, no me he dado cuenta. Francamente, no me estaba preocupando tanto por el ambiente familiar en el que no pinto nada como por el hecho de que se me estaba acelerando el pulso por culpa de un tío que aún no ha superado a su exnovia, y que da la casualidad de que me gusta a rabiar. Pero ahora, en medio de la celebración, vuelvo a convertirme en el bicho raro que no sabe por qué demonios ha venido. Soy la salsa de soja y ellos el alioli, o la brava, o la picante de mostaza. O por lo menos me siento así hasta que empiezan a sacar los vinos.

Parece ser que el tío Juan pasaba de grandes fiestas, porque decidió junto a su prometido que celebrarían su boda en un chiringuito con bodega cercano a la playa. Ellos lo del baile nupcial, cortar la tarta, lanzar el ramo y todas esas patochadas que caracterizan una boda tradicional se lo han pasado por el arco; han sustituido a Luis Miguel por reguetón, los dulces por una serie de tapas típicas de la zona y creo recordar que Juan es alérgico al polen, lo que no deja de ser paradójico teniendo en cuenta que regenta, junto a la madre de Óscar, una floristería. Se nota que el garito en cuestión lo llevan viejos amigos de la familia. Es un bar corriente, con sus luces bajas, su barra pegajosa, sus taburetes y su zona con luces de neón para seguir el ritmo de los pesados altavoces.

TAMARA (23:24): ¿Cómo fue la parranda?

Con una sonrisa algo incómoda, me distancio del grupo y me dirijo a un lugar más apartado para responder los tropecientos mensajes que me ha mandado mi amiga. Matilda también se pregunta qué estoy haciendo.

Esa misma duda tengo yo. ¿Qué estoy haciendo?

Sin duda, haber pasado la noche en un hotel que casi no puedo permitirme para pensar en que Óscar me ha traído aquí para sacar a la luz todas mis inseguridades me ha dado una pequeña idea. Pero esa idea se ha emborronado cuando he recordado que no tiene una fibra de maldad en todo su cuerpo serrano y tampoco está de más ser comprensiva de vez en cuando. En fin, uno no pierde todos los días a su esposa veinteañera.

ELI (23:27): Está todo fatal. Han servido vino tinto con tapas mediterráneas. Muchas de ellas incluyen pescado. ¿Quién estará al mando de todo esto?

TAMARA (23:29): Eso no era lo que te estaba preguntando. Me vale vergas el vino.

TAMARA (23:30): Por cierto. No te vas a creer lo que ha pasado...

—¿Qué hay de malo en el vino tinto?

Doy un respingo y me giro para mirar a Óscar, que se ha tomado la libertad de revisar los mensajes por encima de mi hombro. Quiero fruncir el ceño, pero está tan guapo con su *outfit* ibicenco que lo que me cuesta es no sonreír como una idiota.

—Según mi experiencia, con la comida ligera y mediterránea combina mucho mejor un rosado, y con los mariscos siempre debería beberse blanco. El tinto se reserva para asados, parrillas y platos algo más elaborados.

—¿Y eso por qué?

—Es sentido común. El vino blanco quedaría anulado con una comida de sabor fuerte y el vino tinto le daría un regusto metálico a los platos más ligeros como el que podría ser el pescado.

Óscar me atiende como si le importara un carajo lo que digo. Me coge de la mano de repente y tira de mí.

—Ven; seguro que a mi tío le encantará saberlo.

Dejo que me arrastre por medio bar con una sonrisa de circunstancia. Sé lo que pretende: integrarme en el grupo. Es de agradecer... y también una pésima idea, por eso me resisto cuando ya hemos atravesado la mitad del sitio.

—Óscar... —murmuro. Él me mira atentamente—. La verdad es que no... Todo está bien, ¿vale? Tu familia es estupenda, pero yo... Sabiendo lo que saben, preferiría no involucrarme demasiado, ¿sabes? Es un poco vergonzoso para mí y... Sé que no me juzgan. Aun así...

Óscar baja los hombros y asiente.

—Lo comprendo. Pero eso no impide que me acompañes a la bodega, ¿verdad que no?

¿Acompañarte a un sitio húmedo, oscuro, solitario y tremendamente romántico para la hija de un hombre que posee dos tercios de los viñedos bordeleses? Por supuesto, ¿por qué no haría yo eso, sobre todo ahora que he reconocido para mí misma que eres una gran tentación y no estás emocionalmente disponible?

Niego con la cabeza, seducida por el brillo en su mirada.

¿Qué? Esa era la respuesta corta. Y contradictoria, pero qué más da: todos pensamos y hacemos cosas diferentes.

—Miguel es muy amigo de la familia y nos deja sacar de la bodega lo que nos da la gana, cuando nos da la gana. Sobre todo en días tan señalados como este —me explica, sin soltar mi mano. Es ahí donde yo tengo los ojos clavados, en nuestros dedos entrelazados.

¿Por qué me toca? He captado la indirecta, de veras que sí: he entendido que todavía no ha superado lo que sucedió con Nieves, que, según Eulalia, vive por y para ella; que no va a amar a nadie como la amó, y que yo soy... un culo muy bonito, aunque se resista a denominarme de esa

manera. En mi tierra, que no debe ser muy distinta de la suya aunque la península y las islas estén casi en latitudes diferentes, todo este rollo se resume en que él y yo no vamos a ninguna parte. Pero me habla como si quisiera que le conociera. Me cuenta que, cuando era un crío, le gustaba jugar al escondite en las bodegas; que era el mejor lugar donde refugiarse cuando el insoportable calor veraniego apretaba, y que se emborrachó por primera vez allí mismo, con motivo de descorchar unos lotes de whisky escocés que Miguel quería probar antes de recomendar.

—Yo de whisky no sé mucho —murmuro—. Supongo que no suelo beberlo porque mezclar es muy mala idea y, si tengo que elegir, prefiero el vino.

—Te he visto beber varios vinos diferentes.

—Pero mezclar vinos es distinto, y yo estoy acostumbrada a la degustación de Savarin, que decía que a uno le sientan bien si los consume empezando por los más alegres y termina con los perfumados. Primero los jóvenes, luego los añejos; los ligeros, y después, los potentes; mucho antes irán los frescos que los templados, y los dulces sientan de maravilla tras los secos... —Pestañeo al darme cuenta del rollo que le he echado en apenas un segundo, y para que no se dé cuenta de que me he ruborizado, doy una vuelta por el pasillo de la bodega hasta llegar a donde se conservan las botellas—. Aunque estas reglas pueden romperse, claro.

—Como todas —oigo que dice a mi espalda—. Han servido anchoas, langosta y ensalada. ¿Qué vino cogemos para eso?

Como si estuviera en el salón de mi casa, estiro el brazo hacia la vitrina.

—Cava, champán, vino blanco gallego, albariño y godello, *chenin blanc* de Loira... —enumero, cogiendo los que me convencen—. Un jerez fino y un rosado, por si acaso. El tal Miguel tiene de todo...

Vuelvo a dar un respingo cuando me doy la vuelta y casi choco con el pecho de Óscar. Él me ayuda con el peso de una botella y la descorcha con un sacacorchos que llevaba en el bolsillo trasero del pantalón.

—¿Siempre llevas eso a mano?

—No, lo he cogido ahora para probar antes lo que se va a servir. Lo que se quede abierto y no nos guste se le regalará a alguna de mis hermanas. A ellas les dan igual tus criterios, se beben lo que sea con cualquier cosa, y algunas a palo seco. —Dicho eso, se lleva la boquilla a la nariz y lo huele antes de hacer ademán de tragar. Lo evito agarrando la botella del canto.

—¿Qué haces? Esa no es la manera de beberse un vino como este. Hay que olerlo con interés, no como si solo quisieras asegurarte de que no es amoniaco.

Él sonrío muy despacio y se acerca a mí. Me quedo inmóvil cuando se inclina sobre mi cuello y lo roza con la nariz, al tiempo que inhala profundamente. Casi se me caen las botellas que tengo abrazadas cuando noto sus dedos retirándose el pelo. Su aliento me hace cosquillas en el escote.

—No es amoniaco —aclara tras su sensual deliberación—. ¿Cuál es el siguiente paso?

—Pues... en realidad... solo al servirlo se puede ver si el color es el adecuado.

Óscar entrecierra los ojos sobre mis mejillas. Sé que estoy roja como un tomate; es mi puñetero sino.

—El color es el adecuado. Me gusta ese rosado.

Me muerdo el labio y miro hacia un lado, como si ahí pudiera encontrar la ayuda que necesito para huir de un momento íntimo que se avecina y que no sabré cómo evitar yo sola.

No tengo fuerza de voluntad. Soy una mujer cachonda a la deriva.

—¿Has bebido? —balbuceo.

—Solo un par de copas; no tantas como me gustaría, ni de la manera en que tú lo haces. Pero estoy dispuesto a remediarlo.

Quiero decirle que emborracharse no es la mejor manera de sobreponerse a la pena: en todo caso solo sirve para esconderse de ella un rato. Alison, que es psicoterapeuta y sabe mejor que yo lo que dice sobre la mente humana, no deja de repetir —le hace mucha gracia la rima— que «la evitación nunca es la solución».

Observo que da un trago y me ofrece lo mismo. Beber whisky de una botella puede tener su estética bohemia, poética y romántica, pero chupar vino caro de la boquilla es una aberración. Y no lo digo yo, lo dice mi progenitor, que sabe mucho mejor de lo que habla.

—¿Por qué pones esa cara?

—Mi padre siempre decía que los buenos vinos han de servirse en cristal fino y paladearse a conciencia.

—¿Decía? ¿Ha fallecido?

—No, solo vive en Francia. Aunque para los españoles que se toman muy a pecho el tour ciclista, ser francés y estar en el infierno es lo mismo.

Óscar suelta una carcajada.

—¿Insinúas que tu padre irá al infierno? —Yo me encojo de hombros, esquivo, pero él no se rinde—. Vamos, sé sincera. Aprovechemos el cálido cobijo de la bodega para abrir nuestros corazones.

Me hace gracia el tono con el que lo dice.

—¿Qué te propones?

—Usaremos la botella como testigo que cede la palabra. Ahora la tienes tú en la mano, así que puedes preguntarme algo; cuando yo la sujete, te tocará aceptar mi interrogatorio.

—¿Y esa va a ser tu pregunta? ¿Si creo que mi padre irá al infierno?

—Estaba entre esa y qué tipo de ropa interior llevas puesta.

—Un tanga color carne.

—Guau. —Exagera una mueca de asombro—. Parece que hemos tocado el tema que te pone más nerviosa que a los que se llega coqueteando. Yo pensando que tu zona prohibida es del

ombligo para abajo y resulta que se trata de tu padre. ¿Qué te hizo?

¿Qué me hizo?

Meneo la botella en círculos, pensativa.

—Nada, supongo. Ese es el problema.

—Creo que te entiendo. A mí también me molesta que algunas personas no me hagan nada. Es increíble lo que te puede atormentar pasivamente la distancia de una persona.

Lo miro de reajo, preguntándome si eso ha sido una indirecta.

—Él no ponía distancia. Estaba muy encima de mí. Pero era autoritario y tan exigente que no ejercía de padre. Más que familia, parecía mi jefe. Y una adolescente que acaba de perder a su madre necesita que le digan que la quieren, no que le enumeren la lista de tentempiés que tendrá que tener listos para el cóctel de la noche —recuerdo con amargura. Tuerzo la boca mientras observo el fondo de la botella. Se horrorizaría tanto si me pillara bebiendo a bocajarro... No es como si pudiera verme, pero yo sí puedo regocijarme y siento curiosidad por cómo se sentirá, así que empino el codo y doy un larguísimo trago.

Óscar me mira apoyado en la pared.

—¿Por qué te fuiste con él cuando murió tu madre?

—Tengo la botella yo —le recuerdo, agitándola. Ni siquiera finge estar interesado en el reto que ha propuesto él mismo: sigue observándome, y la única manera de que tolere la intimidad de su mirada comprensiva es volviendo a beber—. Era lo único que tenía. Estaba muy perdida y necesitaba consejo para decidir qué camino iba a tomar respecto a mi futuro. Y le encantó marcármelo: se lo pasó de maravilla modelando a su hija a su antojo. Me enseñó todo lo que hay que saber sobre la viña y me matriculó en cursos de alta cocina. Le gustaba pavonearse sobre lo maravillosa que era, aun cuando todo el prestigio que gané lo obtuve solo porque me enchufó en restaurantes.

—Por eso volviste. Porque querías ganarte la vida por tu cuenta, sin ayuda de nadie.

Esbozo una sonrisa temblorosa que consigo ocultar dando otro trago.

—En parte —resumo, ambigua—. Me sentía sola y traicionada.

—¿Por tu padre?

«Y por él».

—La experiencia no fue como imaginaba. Ninguna de las que viví. Ni la de la alta cocina, ni la de los viñedos, ni la de ser la hija de Bonnet, ni... —Sacudo la cabeza—. Odio decir esto. Siento que me victimizo, y que, si lo he pasado tan mal en cada lugar en el que he estado, con cada persona con la que he compartido mi tiempo, es porque yo soy la del problema.

Óscar viene hacia mí y me quita la botella. Gracias al cielo, porque ya he bebido suficiente para que se me suba a la cabeza y todo me dé vueltas.

Mala noticia.

—Mientras haya una sola persona o un solo espacio en este mundo en el que puedas ser tú misma, no eres el problema. Ni tampoco tiene por qué serlo el otro. Lo normal es sentirte fuera de eje en todas partes menos en lo que te es familiar; excepto en lo que consideras tu hogar.

Cabeceo, pensativa. Levanto la barbilla hacia él.

—¿Qué consideras tú tu hogar? —susurro.

—Yo mismo. Mi autocontrol. A lo mejor hay veces en las que me siento incómodo y no estoy en paz, pero he construido mi fuerte en mí mismo para no tener que ir a ninguna parte... y para que nadie pueda destruirlo.

Le sonrío con compasión.

—Eres muy ingenuo si piensas que nadie puede destruir lo que hay dentro de ti. El amor, el deseo, las expectativas... Todo eso está en nosotros, sí, pero va dirigido a los demás y al final estamos en sus manos.

—Eso es lo más preocupante, ¿no crees? —susurra. Me acaricia el borde de la barbilla—. Estar en manos de alguien.

—Desde luego, con la cantidad de despistados que hay... —empiezo a balbucear, nerviosa—. Por ponerte un ejemplo, el otro día, Tay estuvo diez minutos buscando las llaves teniéndolas agarradas. Da pánico pensar en lo que podría hacer con un corazón a su cargo.

»Y piensa en toda esa gente que no se las lava después de ir al baño, o que lleva las uñas llenas de roña —continúo, envalentonada—. Si no se cuidan las manos, ¿por qué iban a cuidar lo que les damos para que sostengan?

Óscar se ríe.

—Acabaré brindando esta noche por todos esos *asquerosos manos sucias* —pronuncia, poniendo la voz de Draco Malfoy—. Pero te prometo que las mías están desinfectadas y, de hecho, uso crema para que no se me despellejen con el frío. Puedes usarlas si quieres bailar un rato, y cogerlas cuando necesites a alguien...

Trago saliva al sumergirme en los matices de sus ojos verdes. Me está diciendo que él y yo podríamos funcionar siempre y cuando no esperase una historia de amor para toda la vida: nada que no supiera.

—No sé yo... —murmuro. Suelto su mano y la cojo para acariciar distraídamente las líneas de su palma—. Creo que han aguantado demasiado para tener que levantarme a mí si me caigo. Y me caigo con mucha frecuencia, porque soy insegura, temerosa y no soporto decepcionar a los demás.

—Créeme, brujita. Mis manos pueden soportarlo todo. Es mi corazón el que a veces siento que no aguanta. Pero a ese no quieres llegar, ni mucho menos quedarte colgando de él... ¿verdad?

Niego con la cabeza mecánicamente, aun cuando no lo he pensado. Y no lo he hecho porque sé cuál es la respuesta: claro que quiero llegar a su corazón. Me gustaría estar en cada parte de su cuerpo, incluida su mente, y en cada plano temporal de su historia como individuo, excluyendo el

pasado porque no puedo viajar en la máquina de Doc, pero contando el futuro.

—¿Qué hacéis ahí? —grita una voz femenina. Me asomo por encima del hombro de Óscar para ver a su hermana Caliope haciéndonos gestos desde las escaleras—. ¡Subid a bailar!

Óscar se gira hacia mí con aire risueño y sonrisa burlona; pero no se ríe de mí, sino de a quien se refiere al decir:

—¿Qué opinaría tu padre de eso?

—Bailar reguetón sería impensable.

—En ese caso, ya estamos tardando. —Guiñándome un ojo consigue que parte de mis recelos se derritan, aunque quizá tenga algo que ver que tengo medio estómago ahogado en jerez—. Vamos, brujita; pierde los modales. ¿Para qué te han servido hasta ahora? Podría entender que quisieras complacer a alguien a quien admiras, pero si lo único que le tienes a tu padre es rencor... Dime de qué sirve acatar sus normas.

—No las acato adrede. Solo estoy acostumbrada. No es tan fácil borrar todo lo que te han enseñado.

—No —reconoce. Vuelve a tirar de mí con una sonrisa prometedora en los labios—. Pero seguro que el alcohol y mis manos limpias ayudan a que se te olvide por un rato.

Capítulo 18

A bailar se aprende bailando

—¿También se te da bien bailar? —tartamudeo, permitiendo que me coja de la mano y tire de mí para guiarme al centro de la pista. Las luces de colores (y por qué no decirlo: también el alcohol) hacen que no capte del todo bien los matices de su sonrisilla, pero me recuerda a uno de esos piratas de novela romántica erótica que tanto le gustan a Virtudes.

Él entrelaza los dedos con los míos y me anima a acercarme hasta que nuestras frentes se tocan.

—Ahora lo descubrirás. ¿Por qué? —Empieza a mover los hombros sugerentemente, siguiendo la cadencia de una cancioncita de Romeo Santos—. ¿La considerarías una de mis virtudes femeninas o masculinas?

—Depende de si te va el ballet o el *breakdance*.

Él se ríe con mi respuesta y me separa de un empujón sutil antes de darme una vuelta. No me doblo los tobillos ni me piso el vestido largo de puro milagro.

—Fui a ballet un par de años —me reconoce—. Era bastante bueno, pero me acabé decantando por la natación.

—¿Por qué? ¿Porque eras mejor?

—En realidad, no: era un matado al principio. No sabía cómo empezar a abordar las competiciones. Era un misterio para mí cómo hacían el viraje. Pero con ganas y siendo muy persuasivo... conseguí convencerla al final de que estábamos hechos el uno para el otro.

No sé si es porque está hablando de la natación como si fuera una mujer o porque parece que intenta decirme algo, pero se me hace un nudo en el estómago que solo aumenta cuando me pasa las manos por las caderas y las acerca a las suyas. La bachata salsa que estaba sonando termina y los últimos acordes se fusionan con los primeros de una famosa canción de reguetón que él ha memorizado.

—*Si las buenas van al cielo y las malas a todas partes...* —Sonríe muy cerca de mí, mirándome a través de las pestañas. No deja de mover su cuerpo seductoramente contra el mío—, *¿dónde vas tú con tu juego? Hay algo que yo quiero demostrarte...*

Mi primer impulso en un caso como este habría sido escabullirme, pero mis caderas tienen otros planes, y lo agradezco. Incitada —o quizá poseída— por el alcohol y el ritmo criminal de la canción y de mi acompañante, me muevo como suelo cuando me voy de parranda con Tamara: sin

la menor inhibición, sin importarme cómo lo estoy haciendo. El arte del *twerk* se me escapa, pero no parece que Óscar lo eche de menos al jadear, viendo cómo doblo las rodillas y pongo a prueba la tela del vestido para sacudir las caderas como una endemoniada. Le echo las manos al cuello para que no dude de que estoy bailando con él, para que no permita que nadie más se me acerque; Óscar afianza las manos en mi cintura y me la rodea para acercarse a la curva de mi trasero.

—*Te garantizo que te llevaré al paraíso* —canta con la boca pegada a mi oreja excitada. Tiene los labios húmedos—, *confía en mí, mujer, no tengas miedo... Esta noche solo hay un camino.* —Su voz se enronquece al agregar—: *Hagámoslo en El Matadero.*

Cierro los ojos y me dejo embriagar por el marcado golpe rítmico del reguetón. No es mi canción preferida, pero es a lo que mis sentidos prestan menos atención cuando tengo su cuerpo caliente pegado al mío, me susurra una letra insinuante y va bajando las manos hasta agarrarme las nalgas. En un vestido tan fino como este es como si estuviera tocando piel, y no solo la toca: me pega a él un momento antes de darme la vuelta y seguir bailando.

*No sé porque cuando te busco empiezas a cuestionarme
Pa donde voy a llevarte
Si sabes que conmigo tú no tienes que preocuparte
Prepárate a entregarme tu cuerpo hoy*

Creo que mi proyección astral está totalmente escandalizada al presenciar mi vergonzoso comportamiento. He bailado así con gente muchas veces, pero no con la única y clara intención de excitar al hombre. Cuando empujo el culo hacia atrás y me muevo para sentir la erección de Óscar entre mis nalgas, lo hago precisamente para que él me abrace por el vientre y me apriete con más ganas. Su deseo desgarrado me seca la garganta, y el bulto contra el que me froto asienta un delicioso bombeo en el estómago que solo se aviva con cada roce.

Nadie nos está mirando porque cada uno baila con su pareja, se entretiene a su manera: hay tantos cuerpos sudorosos, tantas risas al margen de mí, que nosotros pasamos desapercibidos incluso si los dedos de Óscar descienden y presionan mi entrepierna para excitarme más. Pero eso es lo que me hace reaccionar; lo que devuelve toda la timidez a mi baile y hace que me avergüence de haberme desmelenado. Me aparto de Óscar enseguida, temblando, demasiado excitada para articular palabra o correr, y salgo sin mirar atrás.

La canción sigue sonando cuando el aire fresco de la playa me acaricia las mejillas ruborizadas y tiembla un poco mi elevada temperatura.

No me detengo en la entrada: bajo hasta la orilla del mar con un puño agarrando la falda y otra mano, abierta, apretándome la boca.

¿Qué he hecho? ¿Cómo he podido atreverme a moverme de esa manera? Ahora tendré que

pensar en cómo me las voy a arreglar para mirarlo a la cara. Me da miedo haberme sobrepasado, pero no me aterra lo que piense: sobre todas las cosas estoy... sorprendida de mí misma. Y al borde de las lágrimas porque quiero hacerlo; quiero ir esta noche al Matadero, o lo que sea que haya cantado Plan B. Pero...

—¿Tan mal bailo?

Doy un respingo al escuchar a Óscar a mi espalda. Siempre me enfadaba cuando Normand me seguía después de mosquearme, cosa que pasaba con poca frecuencia porque no quería irritarlo — y porque a él le costaba mover el culo—, pero en cierto modo me alegro de que haya venido... y a la vez no. Verlo tan guapo, con el pelo revuelto y los ojos brillantes, con la camisa abierta y la sonrisa remolona es demasiado para mí. Estoy loca por un tío que no ha superado a su ex: esto solo puede darme problemas.

Y aun así, no deja de ser un problema que me metería en la boca.

—No... —baluceo. Sacudo las manos delante de mí. Lo enfrento, preocupada por si se ha molestado—. Siento que... Mira, es que en realidad soy... soy yo la que baila mal, ¿entiendes?

—¿Que bailas mal? —Da un paso hacia mí—. No sé a qué Eli has visto tú bailar, pero la que me acaba de dejar con un calentón de narices sabe bailar y sabe muchas más cosas.

Me relamo los labios, notando el sabor del vino y del carmín. No me muevo aun cuando todo me grita que debo alejarme para no dar la impresión equivocada.

—Lo siento... Siento ser tan contradictoria, y...

—Eli... —Frena a un palmo de mi nariz. Sus ojos envían destellos hipnotizadores—. ¿Te gusto?

—Claro que sí. Yo... —Intento tragar saliva, pero tengo la garganta seca—. Dios, Óscar, es que no quiero hacerlo mal. Porque... te lo haría fatal.

—En ese caso deja que lo haga yo; no es por fardar, pero creo que te lo pasaras bien.

—No lo entiendes. Hay cosas que tienes que saber de mí...

Pierdo la voz cuando él pasa una mano por mi nuca y me acerca a sus labios. Al pillarme en medio de una excusa, no le cuesta introducir la lengua en mi boca y besarme como nadie me ha besado en mi vida: tan sucio que un estremecimiento me tensa desde los pies hasta los hombros. Me echo a sus brazos y devuelvo los embates de su lengua incluso gimoteando; él, sin perder el tiempo, me baja uno de los tirantes del vestido y con eso accede fácilmente a mi pecho izquierdo. Sus dedos juegan y pellizcan el pezón.

—Óscar, es... escucha... —atino a articular en cuanto me deja libre. La cabeza me da vueltas y un latigazo de placer me nubla la vista cuando se inclina para meterse el pezón en la boca—. Ah... Óscar... Por favor...

Sus dientes sueltan el duro guijarro de mala gana, pero su mano vuelve a cubrirlo y estimularlo sin dejar de mirarme.

—Te escucho.

—Soy... muy aburrida en la cama —advierto.

—Ajá. ¿Y qué más?

—Me quedo muy quieta. Y no hago nada.

—De acuerdo. Continúa.

Cierro los ojos cuando me baja el otro tirante y frota el pezón derecho con la palma. El vestido, que se sostenía solo gracias a esa sujeción, cae sobre la arena como un rumor de satén. La brisa fresca y su manera de tocarme me ponen la piel de gallina.

—Estoy demasiado delgada, no tengo apenas pecho, y...

—Lo que estás es demasiado buena —corta en un tono muy sexy. Mordisquea el lóbulo de mi oreja y desciende por mi garganta dando pequeños y cortos besos.

—Creía que no te referías a las mujeres de esa manera.

—A veces me gusta hacer excepciones. Solo cuando la situación lo requiere o lo merece. Tienes unas tetas perfectas —ronronea sobre mi mejilla—. Me he tenido que contener mil veces para no meter las manos debajo de tus camisetas de propaganda y sobártelas hasta dejártelas coloradas. Tienes que comprarte ropa, brujita... Se te marcan los pezones con esas prendas tan desgastadas y no hay derecho a volverme loco.

Gimoteo antes de abrazarme a sus hombros.

—¿Algo más que no me hace falta saber pero que pareces empeñada en decirme?

—Hace mucho que no me depilo —tartamudeo, ruborizada.

—Me da igual.

—Y nunca me corro.

Óscar se separa lo suficiente para mirarme a los ojos con los labios entreabiertos.

—Eso ya lo veremos.

Vuelve a conquistar mi boca con un beso despiadado y seguro. Su barba de varios días me pincha en las mejillas y sus manos no sueltan mis pechos hasta que yo, impulsivamente, se las aparto para poder desabrocharle la camisa. Me tiemblan tanto los dedos que no consigo vencer a los botones, y acabo abriéndosela y sacándosela a tirones por los brazos. Las luces parpadeantes de la cabaña llegan a nosotros y todo lo que no puedo ver por culpa de los neones, lo siento al pasar las manos por el vello de su pecho trabajado y los relieves de los músculos hinchados. Le hago un completo y atropellado reconocimiento acariciando sus hombros, sus brazos, su vientre. Está caliente y le gusta cómo le toco, porque jadea y me anima a continuar guiándome por las muñecas, apañándoselas para, a la vez, recorrer mi rostro con besos.

—Joder, es que estás buenísimo —tartamudeo.

Él suelta una carcajada que amortigua su propio suspiro.

—Adoro a la Eli borracha.

—Eso ha sonado fatal. No sé cómo tomármelo.

—Como que adoro otra parte más de ti.

El corazón me empieza a latir muy deprisa cuando lleva mis dedos nerviosos hasta el pantalón vaquero.

Ahí dudo.

—La única manera de bajar eso es bajando la cremallera —me avisa.

—No sé yo —tonto—. Llevar la bragueta abierta se considera de muy mala educación.

—A mí me parecería más maleducado que la dejaras arriba. La cremallera, digo. Y lo otro, pues también.

Óscar se quita el cinturón y desabrocha el botón. No se queda parado: hunde los dedos en mi pelo y me atrae hacia sí. Solo llevamos la ropa interior, y estoy tan nerviosa que dejo que haga todo lo que sigue: con besos que respondo desesperadamente, me tiende sobre la arena, muy cerca de la orilla, y recorre con las manos todo mi torso, desde las clavículas hasta los huesos de las caderas.

—Me pone triste que tu tanga no anuncie nada —lamenta entre jadeos, acariciando la hendidura de mi entrepierna con la yema del dedo índice.

—S-sí que lo anuncian. —Con mucha dificultad, me doy la vuelta y me pongo de rodillas para enseñarle la tira.

Miro por encima del hombro, pero él no observa el nombre de la empresa de vibradores de la tela —vibradores que Tamara guarda como oro en paño—: aprovechando que estoy a cuatro patas, me coge de las caderas y me pega a su erección. Pierdo de inmediato la capacidad de sostenerme y hundo las manos en la arena.

Siento que me baja el tanga muy despacio hasta que se enreda en mis rodillas. El aire me acaricia al principio los labios hinchados, y después lo hace su mano. Gimoteo, asustada por si mi tímida respuesta lo decepciona, pero en lugar de chasquear la lengua, emite una exclamación admirativa.

—Joder, qué cachonda estás —murmura. Me penetra con dos dedos y yo, en lugar de retirarme, me echo hacia atrás para notarlos más profundo. Él me complace rotándolos en mi interior.

No puedo ver lo que está haciendo. Eso solía ser un motivo para tenerme al borde del pánico, por no hablar de lo humillante que esta postura era para mí. Pero él murmura palabras que me hacen sentir incluso venerada, como si se pudiera llenar el corazón de alguien solo poniendo tu cuerpo en sus manos. Eso es justo lo que hago al sacudir el trasero hacia él, pidiendo una atención que me da plantando besos y mordiscos en mis cachetes. Aprieta la carne entre sus dedos y me da un azote que me hace suspirar.

—¿Te gusta así? —me pregunta. Yo solo puedo asentir mientras lo aprieto entre mis muslos—. Ah, no... No te encariñes mucho con esto.

Escucho el sonido del envoltorio de lo que puede ser un condón al rasgarlo. No sé de dónde

sale este pensamiento tan impropio, pero lamento no poder ver su erección. No habría pestañado mientras se ponía el plástico y por fin se enterraba dentro de mí, pero saber que va a hacerlo, que ya se está preparando, crea igualmente ese nudo de expectación y deseo en mi estómago.

Siento el torso de Óscar rozando mi espalda. Su vello me hace cosquillas y me contoneo. Se ha tendido casi sobre mí y, ahora, sus brazos me franquean por los costados.

—Pídeme que te folle, Eli —susurra contra mi pelo. El prepucio juega con mi inflamada hendidura, tentándome—. Sé que quieres decirlo. Sé que quieres decirme muchas cosas...

Cierro los ojos, sobrecogida por lo fácil que le resulta leer mis deseos. Sí que quiero gritarlo. Y me habría gustado quitarme las bragas delante de él en una habitación atestada, o llevármelo a los baños del garito para que me clavara contra la pared; incluso he fantaseado con hacerle una mamada en el ascensor cada vez que hemos coincidido, por no mencionar todo lo que pasó por mi cabeza en el túnel del terror. Si me atreviera, lo habría empezado a desnudar allí mismo, sin temer al escándalo público. Si me atreviera haría tantas cosas que no hacerlas es desesperante.

Siempre necesito un empujón para reaccionar. Y él me lo da al pedírmelo.

—Fóllame —gimoteo, con voz estrangulada. Arqueo la espalda para estar más en contacto con él y lo repito más alto, sabiendo que, si puedo, es porque estoy borracha—: Quiero que me folles, Óscar.

—¿Cómo?

—Hasta que me corra.

Él me retira el pelo de la nuca para dejar un beso ahí.

—Deseo concedido, brujita —murmura, justo un segundo antes de ensartarme de golpe.

He tenido suficientes sesiones de sexo para temer el dolor, pero no me duele esta vez porque el calor está tan concentrado entre mis piernas, y tan bien repartido por el resto de mi piel, que ha caído como algo que necesitaba... algo que anhelaba. Me pongo colorada de pensar que pudiera haber soñado hasta lo enfermizo con acostarme con un hombre. No lo admitiría en voz alta, pero, *joder, cómo me pone*. Siento hasta las orejas ardiendo cuando empieza a follarme de verdad a base de golpes de cadera; se empuja tan dentro de mí que sus testículos marcan el ritmo al rebotar. Todo mi cuerpo tiembla, y escucharlo gemir a mi espalda es la experiencia más erótica que he vivido nunca. Siento que se incorpora, pero no me da tiempo a echarlo de menos. Al principio amasa mis nalgas y cuela una mano ahí donde estamos unidos para frotar el clítoris entre sus dedos, y cuando un calambre me avisa de que quizá voy a tener mi primer orgasmo, me cubre los pechos y los araña.

—Dime un número —me pide con voz ronca.

—El... el... cuatro.

—Muy asequible. Chica sensata. —Hace algo con la cadera y se clava justo en ese punto que me haría explotar—. Empieza a contar. Este es el número uno.

Como si conociera mi cuerpo mejor que yo, me veo desde mi proyección astral siendo presa de una sacudida brutal que desmiente lo que solía pensar que era un orgasmo: no más que un instante de placer abortado en medio de un polvo denigrante. El orgasmo es una fuerza poderosa que me oxigena todo el cuerpo durante segundos, un instante en el que me parece estar volviendo a la vida; no puedo respirar ni ser consciente de nada más que de que necesito apretarlo más entre mis piernas. Ni siquiera controlo cómo jadeo y pido más.

Cuando siento que esa sensación va desapareciendo gradualmente, y a pesar de que cada movimiento en medio del clímax me excita hasta tal punto que me parece intolerable, me esfuerzo por moverme más rápido, por rascar otro segundo de placer, y casi de milagro, esa energía pura se engancha con la casi extinguida para regalarme un orgasmo consecutivo.

—Joder, nena —bufa él, volviendo a moverse—. Eres un portento.

Me agarra de los pechos para levantarme y me sostiene con un brazo que es como un cinturón. Con la mano libre, se cuela en mi entrepierna y separa los pliegues buscando el clítoris.

—Vamos a por el tercero.

Cierro los ojos y me echo hacia atrás, sobrecogida por la mezcla de sensaciones. Él mueve el pulgar muy deprisa, y yo no puedo mirar a ninguna parte. Tengo los ojos cerrados y solo sé que respiro y estoy viva porque me llena y me abandona; me llena y me abandona. Él se hace grande por momentos y yo no sé cómo lo aguanto, cada vez más hinchada.

—Sigue —me oigo decir, desesperada y con lágrimas en los ojos: esto es lo que me merecía. Esto es lo que me estaba perdiendo. Esto es lo que quiero... y se lo digo porque mi deseo supera por mucho mi vergüenza—: Por favor... No dejes de follarme.

El tercer orgasmo lo agarramos juntos, sudando como pollos, respirando de milagro. El primero y el segundo han sido míos, solo míos; pero en el tercero soy muy consciente de con quién estoy, de quién lo ha hecho posible, y para el cuarto siento tan necesario poder mirarlo a la cara que lo pido, y me es concedido sin necesidad de rogar. Mis manos titubeantes encuentran la fuerza para abrazarlo con firmeza, y lo envuelvo con las piernas por la cintura en cuanto vuelve a instalarse.

—Me voy a dejar aquí hasta el alma —rechina entre dientes, con la boca pegada al hombro. Me da un mordisco justo ahí—. Y no me importa una mierda.

Le clavo las uñas en la espalda y aprieto los muslos para que note a todos los niveles que yo también querría que se quedara ahí para siempre. Sé que se corre cuando estira el cuello, surcado de venas, y grita mi nombre antes de dar un golpe con el puño cerrado a la arena. Y yo me entrego un instante después, justo cuando estrella su boca contra la mía y, después de besarme a cámara lenta, dice:

—Tú sí que sabes matar de aburrimiento a alguien.

Capítulo 19

Enterradme sin duelo entre la playa y el cielo

Qué cobardía la del Creador al no partirle la barbilla a todos los hombres del mundo. Aunque por otro lado entiendo que a no todos les iba a quedar tan bien ese hoyuelito como a Óscar, así que reformularé.

Qué cobardía la del Creador al no hacer más hombres a su imagen y semejanza.

Está tendido a mi vera con solo los pantalones puestos, una mano sobre el pecho y la cabeza ladeada hacia mí. Creo que alguien solo duerme tan profundamente cuando ha quedado satisfecho, y supongo que eso es un punto para Francia. Pensaré qué hacer con el puntaje. A lo mejor me convalida otro polvo.

Joder, ¿quiero otro polvo? ¿Qué me pasa?

Aunque soy alta y tengo muy buena tolerancia al alcohol, el lago de vino que tengo en el estómago se mueve como si Nessie hubiera asomado la cabeza cuando quiero incorporarme. Sigo medio ciega. *Mejor*. Y me alegro de que me duela la cabeza. Y de que el cansancio físico no me deje apenas pensar. Me conozco lo suficiente para saber que, en cuanto amanezca, voy a darle tantas vueltas a lo que acaba de pasar que muy probablemente termine tomando un billete solo de ida a las Maldivas. Quizá me cambie el nombre, me tiña el pelo y me ponga el nombre de americana por antonomasia, algo así como Barbara, Tiffany o Alison.

Ya empiezo a estremecerme de pensar en las barbaridades que he dicho. Si mi madre se enfadaba cuando decía «mierda», no quiero ni pensar en lo que habrá cruzado su mente al verme suplicarle a un hombre que me...

Por favor, ni siquiera estoy en condiciones de repetir esa palabra para mis adentros.

Hago la croqueta en la dirección opuesta y busco el móvil entre los bolsillos de mi vestido. Mientras la ilusión le gane el pulso a la ansiedad de haberme transformado en alguien que no soy, he de aprovechar para relatar a Tamara el relato tórrido que le debo... y de paso rogarle que me disuada de que soy una furcia barata y la he cagado a lo grande montando el gimnasio de sexo a orillas del mediterráneo. Ahora no me saco la canción de Serrat de la cabeza: «Escondido tras las cañas duerme mi primer amor; llevo tu luz y tu olor por dondequiera que vaya».

Trago saliva y dirijo una mirada a Óscar que sé que anhela todo lo que ve.

Ojalá hubiera sido él mi primer amor. ¿U ojalá hubiera sido yo su primer amor? A veces no sé qué es más difícil —confieso haberlo pensado—, si sacar de su cabeza a Nieves o quitarme a mí el amargo sabor que me dejó Normand. Una cosa está clara y es que la gente cuyo nombre empieza

por «N» es mi cruz personal. No en vano mi padre se llama Noël.

Intentando no pensar en ello, marco a duras penas el teléfono de Tamara y me alejo lo suficiente para que Óscar no oiga mis susurros.

No pasan ni tres pitidos hasta que me responde.

—*Di que chingaron* —suplica nada más descolgar.

—¿Tan predecible soy? —balbuceo, en shock—. Que yo sepa no ponía nada en mi horóscopo de que fuera a hacer maldades en medio de una playa pública.

Dios santo, mañana habrá niños haciendo castillos de arena donde yo me he corrido cuatro veces. Y ¿no existe una palabra menos guarra para referirme a eso? No me puedo parar a pensarlo: Tamara me perfora el oído con un aullido que casi me deja sorda.

—*¿Que ha sido en la playa?! ¿Como en la canción de Big Yamo! Amanecí en la playa después de un par de botellas... y a mi lado la mujer más bella, seguro que no estábamos contando estrellas...*

—Sé cuál es la canción que dices, no me la tienes que recitar entera.

—*¿Quiero detalles! Bueno, queremos* —corrige—. *Es noche de póquer. Estamos en la sala común del bajo. Espera, voy a poner el manos libres y saludas a Edu y a los demás.*

—¿Qué? ¡No, no pongas manos libres, no quiero que nadie...!

—*¿Eli ha confirmado que Óscar es hetero!* —exclama con voz de pregonera.

—*¿Que lo ha confirmado? ¿Cómo?* —se mete Edu—. *¿Ha encontrado documentación escrita?*

—*Habrás encontrado un orgasmo, o eso espero. ¿Misionero, o a cuatro? Descarto que haya sido contra la pared, porque no hay paredes en la playa. Espera... ¿De pie en el agua?*

Me froto la cara con exasperación.

Sea creíble o no, estoy tan acostumbrada a estas cosas que ni siquiera siento vergüenza.

—*Qué alegría me dais. Bueno, Eli* —se mete una voz femenina. La reconozco como Susana—. *¿El pranayama te ha servido para algo? Lo pregunto en serio; yo no noto que me ayude a relajar más la pelvis en pleno acto.*

—*El pranayama, dice... Lo que le habrá servido es el vestido de madama que ha llevado a la boda. Hasta a mí me dan ganas de morder unos pezones femeninos si se transparentan bajo un vestidito de seda* —bufa Edu—. *Si es que... Parecía tontita cuando la compramos, y mírala, arrastrando a los maricones a la acera equivocada. No hay nada más peligroso que las que se hacen que la Virgen les habla.*

—*A mí no me sorprende. Se pone lencería* —apunta Susana—. *Las mujeres que llevan ropa interior cara son en realidad unas bestias en la cama; no lo digo yo, lo acredita la ciencia.*

—*Junto a las que llevan las uñas de las manos y los pies a juego y se sueltan el pelo en el gimnasio* —agrega Tay.

—¿De qué estáis hablando? —se mete alguien. Se le escucha entrecortado, pero parece Álvaro.

—Nada, que Óscar es heterosexual por culpa de Elisenda.

—¿Han zumbado? ¿De verdad? Pues mira, ya tenéis primicia —zanja Álvaro—. ¿Quién va a avisar a las del bloque de enfrente? El otro día, una me soltó un billete de cincuenta para que fuera a informarla si descubriría algo sobre el estado civil de Óscar.

—¿En serio? ¿Y qué hiciste?

—Le pregunté que por qué clase de persona me tomaba; que yo no me meto en la vida de mis amigos. No por menos de cien —apostilla. Una carcajada general me obliga a bajar el volumen y a mirar por encima del hombro. Óscar sigue durmiendo.

Quiero matar a Tamara por no haberme avisado con antelación, pero tampoco soy tan ingenua como para creer que esto no se convertiría en el notición de la centuria. Tendré que dar gracias si el periódico local no aprovecha una esquina libre en la sección de cotilleos para hablar del tema. Lo que no sé es cuál sería el titular: ¿Elisenda por fin folla, o queda confirmado que Óscar es heterosexual?

—No descartemos que sea bi —se mete Susana—. A los hombres guapos les gusta experimentar. Mirad a los actores de la época dorada de Hollywood: estaban liados todos con todos. Como James Dean con Marlon Brando.

—No me parece una barbaridad poner a Óscar a la altura del James Dean de Rebelde sin causa; a los dos les dejaría rellenarme como al pavo de Navidad, pero todos aquí sabemos que el gran amor de Dean fue la italiana esa más tonta que un botijo que se atrevió a dejarlo por otro.

—No conocía yo esa historia...

—La dejamos para luego, ¿sí? Quiero que Eli nos dé detalles —insiste Tay.

—No pienso dar detalles si no quitas el manos libres —intervengo al fin, con la cabeza como un bombo. Y solo es el principio de la conversación—. No os ofendáis, pero no estoy por la labor de describir la mecánica de un acto que todos conocemos a nadie más que a mi mejor amiga.

—Aguafiestas —me abuchea Edu—. Se te acabaron los cupones gratis en la peluquería. Y olvídate de las muestritas de suavizante.

—No le hagas caso. Está de mal humor porque se ha peleado con Akira. Fíjate si se han cabreado, que se ha venido a jugar al póquer cuando sabe que lo desplumamos —se ríe Susana.

—¿Os habéis peleado? —Pestaño, perpleja. Me incorporo un poco y me cubro el pecho con el vestido—. ¿Por qué?

—Porque dice que estoy más pendiente del vecino que de él. Yo le he dicho que eso es técnicamente imposible porque con quien me meto en la cama por las noches y al que empiezo a hacer cosquillitas en el muslo con el pie, es él, no Óscar. Y te quedas muerta con lo que me

dice: «Eso es porque Óscar pasa de ti». ¿Perdona? Óscar no pasa de mí, y si lo hace es porque Dios se dejó un alambre suelto al crearme. Pero eso es otro tema.

—No me parece ninguna locura —confieso—. Le has estado prestando más atención a la orientación sexual del vecino que a tu prometido, y tiene delito si cuentas que estáis con los preparativos de la boda.

—Pero ¿vosotros os estáis escuchando? —replica con voz de pito. Con eso me queda claro que no soy la primera ni la única que lo ha regañado al respecto—. *Lo anormal sería que una peluquera maruja como yo no se pusiera a investigar sobre el nuevo vecino; lo habría hecho tanto si hubiera sido el Capitán América como si se hubiese parecido a Jack Black. Chismorrear y meterme en vidas ajenas es mi trabajo secundario y el de muchos de los que estáis aquí, así que haced el favor de no jorobarme y poneos de mi parte, que es lo que tenéis que hacer como amigos que supuestamente sois.*

—¿Y qué si no lo hago? Puedo vivir sin tus suavizantes mágicos —replico—. Edu, no puedes enfadarte porque Aki se haya puesto celoso. ¿Lo habéis arreglado?

—No. Se ha largado a pasar la noche con su hermano, que vive por el barrio de la Latina, y me ha dicho que ya me llamará. Es que no me lo puedo creer. No lo he visto tan enfadado en mi vida. Estábamos cenando y ni siquiera he dicho el nombre de Óscar: me he referido a que la película que quiero ver ganó un premio Óscar, y ya se le han puesto los ojos del muñeco diabólico y ha empezado a gritarme.

—¿Akira gritando? —repito, perpleja.

—Sí, sí, lo he oído todo —confirma Susana—. Le ha dicho que si no tiene suficiente con él, que lo diga... y muchas otras cosas.

—No entiendo a los hombres. Eli, fállame hasta quitarme lo locaza de encima —exagera Edu con la voz en falsete—. Es obvio que, gracias a ti, a Óscar se le ha pasado la tontería; eres la mejor terapia de conversión.

—Las mujeres no son mejores, amigo —le promete Álvaro—. Únete a mi club.

—¿Al club de incels? Y una mierda. Vosotros los misóginos hacéis que esté más orgulloso que nunca de partirme el culo en compañía.

»En fin... —continúa quejándose, más acelerado que nunca—. Y todo esto para nada. La que se ha liado para que al final sea yo el único de todo el edificio al que le gusta la leche Clavel. Si Óscar fuera un soplanucas entendería que Akira estuviera cabreado, pero venga ya, por favor, si llevaba todo el mes oliéndole el culo a Elisenda para que lo mirase un poquito.

—Eso no es verdad —me quejo.

—Eso es verdad como que yo me llamo Eduardo Mario de la Rosa y conocí a Lindsay Lohan en persona. —Suspira profundamente—. Dame una buena noticia. Dime que la anaconda de la que huía Jennifer Lopez es una culebra coja al lado de su rabo y que es de los que te besan en

la boca después de que se la comas.

—*Nene, que las paredes son de papel y hay críos durmiendo arriba* —se queja Susana—. *Cuando menciones los rabos, mejor bajito, o si no, que quede claro que te refieres a los de los personajes de Marsupilami.*

—*Si lo dices por tu hijo, ese ya anda pasando fotos de su tranca a todas las niñas de su clase; estoy seguro. Y cuidadito con él, que con ese carácter y esa cara se lo van a rifar de lo lindo.*

—*Eli, cuéntanos* —insiste Tamara—. *¿Cómo ha sido?*

El silencio se hace al otro lado de la línea.

Yo, por un momento, me quedo en blanco y no sé qué decir. Una sonrisa trémula se dibuja en mis labios al recordar cómo ha escuchado todas mis excusas, ya firmemente determinado a desnudarme. Ahora me pregunto si le habría detenido que le soltara alguna bomba, como que estoy embarazada o una trola por el estilo. Quizá no. Se ha vuelto tan loco por mí que ni siquiera me ha llevado a casa, o al hotel donde trasladé mis cosas, o siquiera a algún lugar cerrado. Nos hemos rebozado en la arena como dos animales, y yo... Yo lo he disfrutado.

Lo he disfrutado.

Me vuelvo a tender sobre la arenilla y clavo los ojos en las estrellas. Ni una sola lágrima me entorpece la preciosa visión del cielo despejado.

Ellos no lo entenderían: no entenderían por qué lo evitaba, por qué me resistí tanto... Ni mucho menos por qué, ahora que ya ha pasado, tengo más miedo que nunca. No disfrutar con Normand era lo habitual, y que él no lo pasara bien jamás, uno de los motivos por los que me sentía una fracasada. Ahora queda demostrado que *puedo pasarlo bien*. Que tengo una casa en el cuerpo de Óscar. Pero ¿tengo una casa en el mío?

¿Y qué hay del propio Óscar? ¿Habrá sido tan decepcionante para él como para Normand? Sé muy bien que el alcohol me ha desatado y mis sentimientos a flor de piel no han ayudado a detenerme; más bien lo contrario. Pero, cuando salga el sol, yo habré dejado de ser la Cenicienta reluciente de los zapatos de cristal y me convertiré de nuevo en la insípida Eli que no sabe hacer disfrutar a un hombre, y que no se quitaría la ropa mientras pudieran verla.

Si ya me sentía un cero a la izquierda y una patosa patética al lado de Normand, ¿cómo quedaré al lado de Óscar, que es un maldito dios? Como lo que han deducido sus familiares: una anodina y vulgar veinteañera que, solo a lo mejor, puede servir para un polvo.

Lo que hemos echado.

—*¿Eli?* —me llama Tamara—. *¿Sigues ahí? Estamos esperando.*

Agarro el teléfono con fuerza al incorporarme. Me cuesta ponerme el vestido, pero lo hago tan rápido como me lo permite el cuerpo tembloroso, procurando no hacer demasiado ruido al sorber por la nariz.

—¿Qué habías preguntado?

—*Que cómo ha sido.*

Me giro hacia Óscar otra vez y me acuerdo, de nuevo, de la canción de Serrat... De todas esas asquerosidades que he soltado, guiada por la euforia del momento, y que me habrán hecho ver ridícula y desesperada; justo lo que un hombre no quiere a su lado.

«A fuerza de desventuras, tu alma es profunda y oscura».

—Ha sido demasiado bonito para ser cierto —resumo al final, con voz queda—. Es una pena que haya que volver a la realidad.

Capítulo 20

Métete en nuestros asuntos

No es por perpetuar un estereotipo manido hasta la saciedad; sabe Dios que odio generalizar. Pero he tratado a las mujeres lo suficiente para saber que, cuando dicen que no les pasa nada, sí que les pasa algo. Y Eli, por mucho que me haya insistido en que «todo está bien» y que «no tengo de lo que preocuparme», forma parte del grupo de mentirosas compulsivas.

¿En serio espera engañar a alguien? Me ofende que me tenga por la clase de orangután obtuso que pregunta qué tal por cortesía y se queda tranquilo cuando le responden «nada» sin mirarle a la cara. Y esa es precisamente la dinámica que hemos reproducido durante el viaje de regreso a Madrid: miles de intentos por mi parte para llamar su atención y las otras correspondientes miles de salidas elegantes por su parte para cortar la conversación.

Debe dar gracias a que estoy tan confuso que ni siquiera me he planteado arrinconarla hasta que lo suelte. ¿O a mi educación? ¿O a que me gusta considerarme lo bastante transigente y comprensivo como para no insistir a alguien si no le apetece hablar?

En cualquier caso, Eli ha dado con la horma de su zapato. Después de aterrizar, sin ningún ataque de pánico por su parte, la he dejado tranquila.

—¡No! —exclama Álvaro. Como estoy frustrado, he decidido venir a verlo. Me he sentido casi bendecido cuando ha quitado la última película de *Fast and Furious* para que nos echemos un FIFA—. Óscar, tío, si algo sé de mujeres, es que no puedes pasar de ellas cuando están enfadadas. Quieren que les insistas.

—No estoy seguro de que todas las mujeres del mundo sean así.

Y me siento tentado de preguntarle si la suya lo tenía acostumbrado a cabrearse más si no le hacía caso, pero prefiero ser prudente. Presiento que si le hago una preguntita personal me echará de su habitación y no volveré a saber de él, y no es una sospecha infundada: la última vez que sugerí que debería largarse de casa de sus padres, se pasó dos semanas sin dirigirme la palabra. Todo muy maduro. Como el comportamiento de Eli. ¿Quién sabe? A lo mejor eso de «pasemos de Óscar» es deporte nacional y no me he enterado.

—En realidad no es una cosa de mujeres, sino del ser humano: de sentido común, en realidad. Piensa en cuando tú te cabreas con alguien que te importa. Quieres un poco de colaboración por la otra parte, ¿no?

Todo eso lo dice sin apartar los ojos de la pantalla. Aprieta los controles a velocidad supersónica mientras yo los pulso con desgana, sin apenas prestar atención a lo que hace el

Granada.

Sí, he elegido al Granada porque claramente quiero que me machaque.

—Como «colabore» más de lo que lo he hecho, tendría material para ir a comisaría y ponerme una orden de alejamiento. Hubo un momento en el taxi de ida al aeropuerto en el que me cronometré: intentaba iniciar una nueva conversación cada minuto y medio exacto, y ella se las arreglaba para cortarme el rollo.

—No es ningún secreto que la chica es calladita. ¿Es con el sexo atrevida? —Levanta las cejas hacia mí, seductor—. ¿Qué pasa, no conoces la canción de Bad Bunny?

Sacudo la cabeza.

—El taxista me bajó el precio del viaje porque le di pena. Debió confundirnos con una parejita que volvía de la luna de miel, porque me dijo que se temía que nuestro matrimonio duraría mucho.

—En el caso de que fuera cierto, deberías alegrarte: en vista de que los matrimonios no duran para siempre, mejor que se acaben lo antes posible —contesta sin mirarme—. Pregúntale a Tamara. Seguro que ella sabe qué le pasa, y como es una bocachancla de libro, fijo que te lo dice.

Levanto las cejas, sorprendido porque la sugerencia no se me hubiera ocurrido a mí. Enseguida entiendo cómo es que ni se me pasó por la cabeza: porque no soy de esa gente que invade la intimidad de los demás, y porque me gusta saber que tengo confianza de sobra con alguien para que me diga qué ocurre.

—Estas cosas me dan rabia —confieso—. No he hecho nada para que de repente se comporte así.

—Tengo entendido que le hiciste el salto del tigre, o sea que algo sí que le harías. Muy mal se te tuvo que dar para que ahora se haga la sueca, por otro lado. No es por hacerte sentir presionado, colega, pero si fuera cierto que eres un bute en la cama, decepcionarías a mucha peña de este edificio. —Y señala la pared con el pulgar.

Me muerdo la lengua antes de hacer un comentario sobre mis intimidades. Sé que es, en parte, una provocación para que le hable de cómo pasamos la noche. No voy a caer ni a hacerme el macho delante de un tío que me ha abierto la puerta preguntándome cómo tiene las tetas. Pero sí que me quedo pensando en lo que ha dicho, contrariado.

¿Por qué iba a cabrearse justamente después de acostarnos? Se me dio de puta madre y ella estuvo de Óscar, nunca mejor dicho. Aunque ahora que lo pienso, más que molesta, durante el viaje de regreso parecía decepcionada.

—¿Qué esperaba? ¿Que me pasara la noche entera dale que te pego? —farfullo, presionando con fuerza los botones. Mi defensa consigue evitar que Piqué marque un golazo—. Soy un ser humano: necesito descansar.

—Pues parece que ese descanso te ha costado la churri.

Fulmino a Álvaro con la mirada.

—No me ayudas.

—Si quieres ayuda, busca a la psicóloga, no te jode. Yo no tengo la respuesta a cuestiones cósmicas como lo son la clase de mierda que haya en la cabeza de una mujer.

La puerta de la habitación se abre antes de que pueda replicar que la cabeza de Eli no está llena de mierda: en todo caso, de inseguridades y dudas, pero igual que la mía y la de gran parte de la gente que sale de su cuarto para relacionarse con otra.

La persona que asoma la cabeza bajo el umbral debe pensar con la misma frecuencia que yo que Álvaro no está en posición de hacer juicios y sí que debería, en cambio, hacer más vida social: su madre, María Sebastiana, lo mira resignada y también aprensiva antes de dirigirse a ambos.

—Veo que lo estáis pasando bien. ¿Queréis merendar?

No es la primera vez que se ofrece a hacer magdalenas caseras para la compañía de su hijo de treinta y siete, pero me quedo igual de perplejo que siempre y, por supuesto, declino educadamente.

—¿Sabes ya qué era ese ruido que se ha oído esta mañana en el bajo? —pregunta Álvaro, después de pausar la partida—. Las chonis de la peluquería son unas verduleras, pero lo de hoy ha sido especialmente anormal.

—¿No te has enterado? —Sebastiana hace una mueca de pena—. Akira ha dejado a Edu.

—¿Qué? —exclamamos los dos a la vez. Álvaro sigue hablando—. ¿Por lo de Óscar?

Frunzo el ceño.

—¿Qué tengo yo que ver con eso?

—Pues todo. —Álvaro encoge un hombro y se ahueca la camiseta de algodón tirando del cuello—. Parece que al japo le ha molestado que flipas que Edu te preste más atención a ti que a él. Y yo no lo puedo culpar. Si fuera un tío, tendría muy claro a quién ponerle el culo en la cara para que me hiciese caso.

No le voy a preguntar quién sería ese para no darle alas, pero supongo que se refiere a mí. Según dice, Akira no tiene sangre en las venas y no se figura cómo es posible que estén juntos. O estuvieran, no sé.

—¿Y cómo está Edu? —le pregunto a Sebastiana, preocupado.

—Pues no sé, hijo, no he tenido oportunidad de hablar con él. Me lo han contado las vecinas. Por lo visto ha tenido abierta la peluquería esta mañana, pero ha cancelado las citas por el resto del día y no hay nadie en su casa, así que...

—Joder —murmuro. Dejo el mando inalámbrico a un lado y me levanto.

—¿A dónde vas?

—Pues a decirle algo.

—¿Qué le vas a decir? Fijo que eres la última persona a la que le apetece ver.

—Oye, yo no tengo la culpa de nada. —Lo apunto con el dedo—. Mi conciencia está muy tranquila.

—Yo en tu lugar no la tendría tanto. No sé, tío, le has estado coqueteando a Edu. Admítelo. Con la imaginación que tiene ese hombre para que tú encima lo espolees a pensar cosas que no son...

—Perdona, pero el que más flirtea con Edu en todo este edificio eres tú.

—Pero todo el mundo sabe de sobra que a mí no me da ni Dios por el culo. Lo tuyo no estaba tan claro y le has hecho esperanzas. Apechuga con lo hecho, colega.

Pongo los ojos en blanco mientras me ato los cordones de las zapatillas.

En el fondo puede que Álvaro tenga su parte de razón. No he hecho más que masajearlo cuando se ha ofrecido con la clara intención de averiguar si estaba interesado en él y darle los dos besos muy cerca de la boca: me gusta provocar, ahora que me está permitido, y lo he hecho con quienes me provocaban a mí. Pero no me extraña que Edu se lo tomara como una invitación al catre. Ni tampoco que Akira haya perdido la cabeza. Nieves se enfadaba y me hacía el vacío por mucho menos de lo que Edu ha hecho. Y con eso del vacío vuelvo a pensar en Eli, y en que se parece a mi ex incluso en las cosas desagradables.

¿A qué coño viene tanto secretismo? ¿Tan difícil es hablar como las personas adultas?

—¿Me vas a dejar la partida a medias? —bufa Álvaro. Le hace un gesto a Sebastiana—. Venga, mamá, toma el relevo. Juegas con el Granada.

—¿El Granada?

—Si seguro que lo manejas de puta madre, no te quejes.

—Álvaro, no me gusta que digas palabrotas en casa.

—Perdona, guapísima. Siéntate aquí, justo... Toma.

No me paro a observar o criticar la facilidad con la que me reemplaza y me despido. El padre de Álvaro, el señor Román, está sentado en su sillón preferido del salón, el que debe tener la forma de su trasero. Cuando me ve pasar, lanza un suspiro y recuerdo que no hace más de una semana me abordó en la cocina para pedirme que le diera un toque de atención a su hijo. «A lo mejor se inspira a independizarse teniéndote como referente», me dijo. Una ingenuidad por su parte. Ya debería saber que los referentes de Álvaro son Lionel Messi, Michael Sorrentino de *Jersey Shore* y J Balvin, y francamente dudo que esos consiguieran menearlo de su fuerte repleto de posters de mujeres medio en pelotas y medallas de los campeonatos de fútbol que ganó en la adolescencia.

Cuando salgo, me sorprende que el edificio esté en silencio. Nadie me creería si le dijera que todos y cada uno de los días hay algo montado: una noche de póquer, una tarde de dados o petanca, una fiesta temática en la piscina o una simple reunión de marujeo. Y es sorprendente cómo se las ingenian para ponerse de acuerdo cuando no hay ni uno solo en el paro y los horarios difieren por mucho. Ahora se nota más que nunca que los vecinos son un solo ser, y que la

discusión —o separación, aunque espero que solo haya sido una pelea sin importancia— les ha afectado a todos por igual, porque el silencio que reina en el ambiente es característico de los funerales.

Tal y como me ha avisado Sebastiana, no hay nadie en el apartamento de Edu, pero por si acaso toco al timbre un par de veces más.

En el fondo, a quien quiero encontrarme es a Akira. Yo no supe manejar en su momento los celos de Nieves, así que no tengo ninguna experiencia ni esperanza convenciendo a alguien de que el amor de otro es verdadero y leal. Pero aun así, me gustaría intentarlo. Creo que sé cómo se ha debido sentir.

Ninguno de los dos abre. No me queda otro remedio que volver a casa y esperar a que, gracias a la gran sonoridad del edificio, me entere de que Edu ha vuelto y quiere hablar.

¿Qué tanto la he cagado para romper una relación? ¿De verdad tengo la culpa? ¿Será por esto por lo que Eli está cabreada...?

Al pasar por el salón para ir al dormitorio, atisbo por el rabillo del ojo y gracias a la ventana que Eli está en su lugar preferido del mundo: liada entre sartenes, con una copa de vino tinto sobre la encimera y un auricular puesto. No creo que esté escuchando *El Matadero* como yo sí lo he hecho doce veces desde que la bailé con ella. Si hubiera sabido que una canción la iba a convencer de meterse en la cama conmigo, habría puesto en bucle *Physical* de Olivia Newton-John hasta que cayera entre mis brazos.

Me aprovecho de su obsesión con la cortesía —sé que no correría las cortinas de sopetón para prohibirme la vista— y me siento en el sillón que pega a la ventana. Desde aquí puedo captar cada movimiento que hace.

No creo que esto pueda considerarse acoso, pero me regodeo en mi *voyeurismo* al verla bailar tímidamente mientras echa más harina a lo que parece una masa de pizza.

Confieso que me produjo un placer indescriptible averiguar que ella también usa la ventana para estudiarme: más de una vez me he dado una vueltecita medio en pelotas por delante, por si hubiera suerte y la vecina se coscaba de que había un tío joven y sexualmente activo viviendo a su lado. Y eso significa que he sido mucho más paciente de lo que parece. Llevo esperando a que me mire o me diga algo desde que la vi. Antes era más sutil al flirtear. Ahora que sé que la atención de Eli cuesta un esfuerzo extra, me ahorro eso de andarme con cuidado y abro la ventana de par en par haciendo el mayor ruido posible: Eli escucha el chirrido de las bisagras y se gira en mi dirección.

La saludo con la mano.

Ella me sonrío por educación y vuelve a lo suyo.

Maldita sea. ¿Qué hay que hacer para que me mire durante más de dos fracciones de segundo? ¿Si acaso sabrá de qué color es la camiseta que llevo puesta?

Con los brazos en jarras, echo un vistazo exasperado alrededor. Ya sé que poner música a toda hostia no me asegurará un gran resultado, pero por si acaso, conecto el móvil a mis altavoces, acostumbrados al canturreo casi élfico de Enya y pongo *Physical*. Como siempre le digo a mis alumnos, escuchar música con mensaje a la hora de hacer deporte es muy enriquecedor. Sobre todo si tu objetivo es hacer ejercicio con otra persona. Bueno, esa puntualización no se la hago a críos de once años, aunque estoy muy a favor de que se les den charlas de educación sexual. No quiero pajeros y niñas asustadas por la regla escondiéndose en el vestuario.

Pero ese ya es otro tema.

Eli me mira de reojo al ver que subo el volumen más de lo que debe estar permitido.

*I've been patient, I've been good
Tried to keep my hands on the table
It's gettin' hard this holdin' back
If you know what I mean^[6]*

*I'm sure you'll understand my point of view
We know each other mentally
You gotta know that you're bringin' out
The animal in me^[7]*

Yo, con la tranquilidad del que sabe que está haciendo lo que ha de hacer, agarro una libreta A4 que tengo sobre la barra de la cocina abierta y garabateo unas palabras. Me acerco a la ventana muy convencido y espero, con paciencia, a que las lea.

«No quieres hablar, de acuerdo». Le doy la vuelta al folio. «¿Qué te parece esta revolucionaria forma de comunicación?».

Debe hacerle gracia mi desesperación, porque sonrío y se limpia las manos en el delantal antes de dar una vueltecita en busca de algún soporte. No pasan ni unos segundos cuando ella pega su respuesta a la ventana, cerrada a cal y canto.

Justo como ella.

«No es revolucionaria. Lo hacía Taylor Swift en *You Belong With Me*».

«Ya decía yo que me sonaba de algo», garabateo antes de que se lo piense mejor y decida volver a ignorarme. Sobre la marcha, escribo en grande: «Me he enterado de lo de Edu. ¿Han roto de verdad?».

Eli se muerde el labio mientras escribe. Tiene el pelo recogido en una coleta desordenada y los mechones sueltos no paran de molestarla. Me gustaría ser *elastiboy* y alargar el brazo para

peinárselos con los dedos.

«Eso parece. Edu está devastado».

«No ha podido ser solo por los celos», escribo yo.

«Es asunto de ellos».

Arranco otro taco de papeles. Hago suficiente ruido para que ella, que pretendía volver a la cocina, tenga que prestarme atención.

«Hablemos entonces de **nuestro** asunto».

Eli retira la mirada rápido, como si no quisiera haberlo leído. En lugar de bajarlo y escribir algo más, me quedo donde estoy, con los ojos clavados en ella y los dedos con los que sujeto el folio mucho más que crispados. A regañadientes, Eli duda sobre lo que escribir en el suyo antes de plantarlo otra vez contra el cristal.

«No hay nada que hablar».

No escribo nada más. Agarro el rotulador y subrayo «nuestro asunto» hasta que casi gasto la tinta y vuelvo a mostrarlo con la misma solemnidad que Greta Thunberg con aquel cartel de «huelga escolar por el clima». Con mi insistencia no logro rascar la menor reacción en ella, así que lo intento de otro modo.

«No es justo que todo el mundo se meta en nuestros asuntos menos tú».

La frase debe darle en qué pensar, porque suspira y coge otro folio.

«Fui a la boda y fingí ser tu novia», escribe. Usa uno distinto para agregar: «Ese era el trato». Vacilante, añade algo más: «Vuelta a la normalidad».

No doy crédito a lo que leo. Tengo que hacerle un gesto para que no lo retire enseguida y así poder cerciorarme de que *de verdad se cree que podemos hacer como si nada*. No sé con qué clase de energúmeno se habrá cruzado, pero está empezando a mosquearme que me trate como si fuera de los que la meten en caliente y luego hacen bomba de humo.

«No puedes quitarme del medio así, sin más», escribo.

«Yo no he hecho eso».

«Es verdad», anoto. «Ni siquiera me has dado una explicación». Intentando contener las ganas de gritarle que abra la ventana y me escuche, apunto: «Ven aquí y hablaremos».

Ella no responde. Me mira con fijeza desde la seguridad de su fuerte y niega con la cabeza.

Muy bien: hora de sacar la artillería pesada.

«¿Follarme era todo lo que querías?».

Nada más leerlo, Eli se queda helada. Sé muy bien que no es tan retorcida, pero parecía la única manera de obtener una reacción. Por lo menos lo consigo, aunque no de la manera en que me habría gustado.

«No quiero ni que menciones lo que pasó», escribe con letras toscas y subrayando toda la frase. Yo anoto enseguida una serie de interrogaciones para manifestar mi confusión, pero para

cuando voy a enseñárselas, ella ha corrido las cortinas.

Aunque sé que no va a escucharme, lo suelto para desahogarme.

—¡Para que lo sepas, eso no ha sido nada francés!

Capítulo 21

Strike Three

En fin. Dos no hablan si uno no quiere.

Es decir... Puedo soltar un monólogo estudiado o ponerme a balbucear hasta cansarme, pero no la retendría contra su voluntad y ella sería libre de dejarme solo desvariando. Y aunque no soy un tío especialmente orgulloso, creo que ya me he esforzado suficiente; como lo haga un poco más, acabaré en comisaría por molesto o reviviendo un pasado al que no quiero volver.

Salvando las distancias, Nieves me tenía muy acostumbrado a este tipo de actitud. Cuando decidimos separarnos, tenía bastante claro que había sido en parte mi culpa: no porque tuviera la errónea creencia de estar en mi derecho a dirigirme e interactuar con los demás como me pidiera el cuerpo, siendo demasiado simpático para su gusto. Ese era el origen del problema, y yo estoy hablando de cómo lo manejé: mal, porque en cuanto ponía una mala cara, me arrastraba hasta lo absurdo por averiguar qué la tenía mosqueada. Y a ella le gustaba recibir esa atención. La necesitaba para sentir que me importaba. Así que yo la perseguía, le insistía, le rogaba... Hasta que se apiadaba de mí y decidía señalarme cómo la había cagado.

«Le guiñaste un ojo a aquella turista que nos preguntó cómo ir al bar de tangos»; «Te pusiste muy cariñoso con la amiga de Eulalia, y lo hiciste adrede porque sabes que a ella le gustas»; «¿Por qué tuviste que bailar con esa mujer delante de mis narices?».

—Joder, lo siento mucho si te molestaba que aceptase el cariño que me ofrecían las demás por todo lo que tú me lo negabas —mascullo por lo bajo, con los ojos clavados en la pantalla negra de la televisión. Me veo reflejado, y soy la viva imagen del fracaso—. A lo mejor no habría bailado con nadie si a ti no te hubiera dado vergüenza hacerlo en público. Ya sé que te daba en la autoestima, pero yo también tenía mi corazóncito.

Cierro la boca al darme cuenta de que me he puesto a pensar en voz alta.

Me froto las sienes, hastiado.

Volverme loco era lo que me faltaba.

Nieves ya no está aquí y sigo discutiendo con ella. Debe ser eso a lo que se referían mis hermanas. Incluso Eli dejó caer en la boda su opinión, que no es otra que debería dejar de atormentarme por alguien a quien perdí mucho antes de que tuviera el accidente.

Las cosas se rompieron, ¿no es cierto? ¿Qué sentido tiene que quiera arreglarlas ahora? En mi cabeza es obvio. Incluso cuando una relación se rompe, uno nunca pierde la esperanza de que

alguno de los inescrutables caminos de la vida acabe, eventualmente, conduciéndolo de nuevo a su punto de partida. Durante la separación, pensaba muchas veces en que a lo mejor coincidíamos cinco años más tarde, siendo maduros, estando mejor asentados, y lo retomábamos donde lo habíamos dejado.

Un divorcio no es un adiós. La muerte sí.

¿Y por qué demonios tengo que pensar en Nieves ahora? Ah, claro: porque parece que todas las mujeres con severos problemas de comunicación me tocan a mí. Solía pensar que estaba preparado para manejarlos; mi hermana Violeta no es una persona fácil y estoy orgulloso de todos los avances que he logrado con ella. Nieves no iba a ser más complicada. Pero incluso a mi ex la veía venir si la comparo con Eli. Al menos, llegado cierto punto de la relación, ya podía hacerme una idea de por qué iba a negarme la palabra. Pero con Eli estoy en la inopia absoluta. Y no puedo simplemente secuestrarla, atarla de pies y manos y encerrarla en el sótano hasta que lo suelte.

¿O sí?

Mejor ni me lo planteo.

—*Por fin asomas la cabeza* —escucho a alguien en alguno de los pisos de abajo. Cuando estoy en el salón me entero de todas las conversaciones: es lo que tiene que la ventana dé al patio interior y deba tenerla abierta para no asfixiarme con este asqueroso bochorno veraniego—. *¿Dónde has estado hasta ahora?*

—*Con el Gaspar. En su casa* —contesta Edu—. *Ha insistido en que fuéramos a beber unas birras y al final me he dejado. Total; Akira no me cogía el teléfono.*

—*No pareces borracho* —responde la voz. La reconozco enseguida: es Susana.

—*Pues claro que no. ¿De verdad te creías que iba yo a beber esa bazofia? Vergüenza debería darle a Gas ir a esos bares donde ponen Extremoduro a pedir que le inyecten Alhambras en vena. Un marica en un tugurio de rockeros se expone a lo mismo que una gacela yendo a la guarida de las hienas.*

—*La intención era buena: quería que te despejaras un rato. ¿Quieres subir a mi casa y nos tomamos unos vinitos?*

—*Sí, por favor. Quiero estar en cualquier sitio menos en ese apartamento del diablo.*

Se me hace raro escuchar a Edu con la voz apagada. Comparado con lo enérgico y parlanchín que es, ahora parece prácticamente un silencioso penitente. No me gusta meterme en vidas ajenas, pero no estaré tranquilo si no hablo con él: más que nada porque siento que algo he tenido que ver ahí.

Salgo del apartamento y bajo un par de pisos. Susana vive en el segundo.

Los pillo justo cuando está metiendo la llave en el cerrojo.

—¿Y Eric? —pregunta Edu—. Que no seré yo un ejemplo de moral cristiana estando sobrio, pero no quiero que el niño me vea ponerme morado: que cuando bebo mucho me convierto en la

máquina de los tacos.

—Está en la calle con la bicicleta y con Minerva: sus dos cosas preferidas —responde con una pequeña sonrisita. Por fin consigue abrir la puerta.

—Pues mira, con todo el respeto del mundo, tu hijo tiene un gusto pésimo en niñas. Minerva es una cabrona consumada ya con diez años. Dale tiempo y en unos años la verás paseándose con una felpa y con su sirvienta Dorota por el Upper East Side. —Se gira para decir en voz muy alta—. Lo siento si lo habéis oído, señor y señora Olivares, pero es que la verdad duele... Anda, mira quién está aquí.

Bajo el último escalón y me acerco con una sonrisa amable. Le paso el brazo por la espalda y le doy una palmadita.

—He oído lo de Akira. No estoy muy enterado de los detalles, pero... Espero que se arregle. Creo que hacéis una muy buena pareja.

Edu me mira con sus ojazos negros como si estuviera a punto de echarse a llorar. No hay rastro de lágrimas, y tiene la clase de piel sensible que hace que se note cuando se ha desahogado, lo que significa que está aguantando como un campeón. Quizá porque todavía no se lo puede creer.

Lo comprendo. Yo tardé días en asimilar lo de Nieves.

—Yo también lo creía —suspira—. Anda, entra y te lo cuento. La última vez. Que como tenga que hacerlo todos los días, al final acabaré berreando como un estúpido.

—Han sido seis años de relación, Edu. Eso no se borra como si nada. Tienes derecho a berrear como un estúpido: nadie te juzgará —interviene Susana. Me hace un gesto para que entre—. Anda, pasa. Espero que te guste el vino.

Es lo último que me apetece ver u oler, pero no lo comento y entro en la casa de la misteriosa madre soltera cuyo hijo lleva solo su apellido. No ha sido hasta hace poco que ha dejado al *sugar daddy* que le pasaba dinero para caprichos y se ha buscado un trabajo mundano. La gente del edificio comenta esto sin hacer el menor juicio: la única que la ha criticado por vivir de la generosidad de su político quince años mayor es Sonsoles, la cristiana del segundo, que aun así le hace el favor de cuidar a Eric cada vez que lo necesita. Yo tampoco cuestiono sus decisiones ni con quién o por qué se meta en la cama. Es una buena persona y lo ha demostrado en incontables ocasiones, como ahora mismo al acercarse a Edu y darle un abrazo con el que quedan demostradas sus habilidades de madre.

—Lo siento —repito, mirándolo desde la silla de la cocina. Susana se separa para sacar la botella y Edu me mira con los ojos vidriosos y una ceja arqueada.

—¿El qué sientes?

—Álvaro me ha comentado el origen de vuestra ruptura. —Vacilo, consciente de lo ridículo que suena, antes de agregar—: Por todo el tema de tus dudas sobre mi orientación sexual.

Edu suelta una carcajada seca y se sienta frente a mí. Cruza las piernas y clava la mirada en un

punto de la pared.

La verdad es que es un tío guapo, de esos que miras y te hacen lamentar qué te falta para ser como ellos. En mi caso, me queda el estilo de parisino a la moda: Edu lleva cuellos vueltos incluso en verano, pantalones de pinzas y zapatos caros, y su melena negra no tiene nada que envidiarle a la de las bailaoras gitanas que se llenan la cabeza de ondas antes del espectáculo. Pero cuando digo que hacía una estupenda pareja con Akira no es por el físico, aunque ambos, juntos, parecieran material de portada de revista: es por cómo se compenetraban.

Edu es una cabeza loca, el tío de las mil manos: el que, si no se la sabe, se la inventa y te convence. Una persona con unas habilidades sociales innatas, un sentido del humor desternillante y un talento increíble para toda clase de estilismo, no solo relativo al arte de moldear las melenas de señora. Akira, al que he tratado menos, es también fácil de calar. Me recuerda al amante japonés de Isabel Allende: un hombre sereno que encuentra el placer en las pequeñas cosas, lo que demostraba su constancia revisando las hojas de los bonsáis que dejaba sobre la repisa de la ventana; alguien paciente y con sentido común que no se deja llevar por las apariencias y vive muy alejado del mundanal ruido.

Puedo decir, sin miedo a equivocarme, que todo el edificio estaba maravillado por cómo dos personas tan diferentes habían encontrado el punto de equilibrio para llevar una relación en la que no se veía ningún fallo.

Pero parece ser que sí lo había.

—Es verdad que lo tuyo le ha cabreado muchísimo, pero no te crearás tan guapo como para pensar que puedes con mi relación de casi siete años, ¿verdad? —se burla—. El problema ha sido el habitual cuando dos personas se quieren y ninguna ha cometido una infidelidad: la falta de comunicación y que queremos cosas diferentes.

—Esos son dos problemas —apunta Susana, acercándose con tres copas de brindis de Nochevieja.

—Ya, pero él solo ha mencionado uno. El otro lo he deducido yo porque, por si acaso ese pedazo de japonés arrogante y paliduzco no se ha dado cuenta, lo conozco como si lo hubiera parido y sé lo que le pasa antes de que me lo diga.

—Pues para conocerlo tan bien, no te diste cuenta de que estaba jodido con lo del matrimonio.

—Claro que me di cuenta, Susanita —suspira Edu. Espera a que haya llenado el culo de la copa y se la bebe entera de un trago—. Si estaba tan pendiente de Óscar y de otras tantas gilipolleces, era porque en casa las cosas estaban muy raras. Sabía que no se quería casar conmigo, pero me lo pidió porque es imbécil y prefiere contentarme a contentarse a sí mismo.

—Imbécil, japonés arrogante y paliduzco... Creo que echaré de menos que no lo vuelvas a llamar tu dios del Lejano Oriente —lamenta Susana, con una sonrisilla. Edu apoya la barbilla en la mano y se queda mirando el zócalo de la cocina.

—Los dioses también pueden ser arrogantes y estúpidos. Ha quedado demostrado —murmura. Luego se dirige a mí—. No te sientas culpable, Capitán. La relación estaba estancada antes de que tú intervinieras. He sido un cerdo con muchos hombres y Akira jamás ha dudado de mí; lo ha hecho ahora porque se siente inseguro.

—Créeme, sé muy bien a lo que te refieres —respondo en el mismo tono, cansado. Edu me observa con curiosidad—. Mi mujer tenía un problema de autoestima brutal. Me dejó precisamente porque no podía lidiar con mi manera de ser, o eso fue lo que dijo: yo estoy seguro de que el problema era que no lo hablábamos. Tienes que llamar a Akira y solucionar esto, Edu.

—Tiene el móvil apagado, lo cual tampoco es muy raro porque él vive en el retiro espiritual; nada de conexión a Internet ni cajas tontas —bufa—. Pero te insisto en que lo conozco, Óscar. Lo conozco muy bien, y esto, dicho mal y pronto, se ha ido a la mierda. Queremos cosas diferentes.

—Si es lo del matrimonio, se puede discutir —interviene Susana—. No creo que sea tan importante poner nada por escrito. Tú mismo has dicho hace poco que lo de casarte solo es por la fantasía ñoña de ponerte guapo y bailar pegados en un corro.

—Casarse es lo de menos. —Esboza una sonrisa desdeñosa al servirse vino de nuevo—. Se ha agobiado al entender que eso significaría pasar toda la vida conmigo. Y yo he vivido y sigo participando en parrandas y fiestiquis: casarme no me arrebatará ninguna libertad. Pero él no ha tenido noches de desenfreno y creo que quiere... —Sacude la cabeza—. Estoy elucubrando demasiado. Sea como sea, esto es lo que hay.

—No te rindas y vuelve a llamarlo —insisto—. No te resignes, Edu. Es lo peor que podrías hacer.

Nada más escucharme a mí mismo, siento que estoy siendo hipócrita. Yo me resigné en su momento y me resigno ahora porque estoy hartos de lidiar con los problemas que los demás tienen consigo mismos. Pero decir que son *sus* problemas y a mí solo me rozan es un análisis muy simple. Y seguro que igual que hubo matices que se me escaparon de los sentimientos de Nieves, me queda mucho por entender de Eli.

Me pongo de pie casi sin darme cuenta.

Son las nueve y siete minutos de la noche.

—¿A dónde vas? —pregunta Susana.

—Tengo que hacer una cosa. Perdón... —Le doy una palmada en la espalda a Edu y luego un beso en la mejilla—. Sea lo que sea que necesites, ya sabes dónde estoy.

Salgo escopeteado antes de cambiar de idea. No puedo ser paciente, ni tampoco voy a tragarme todo lo que pienso y lo que siento para no incomodar; eso era justo lo que odiaba de Nieves, y lo mismo que ha acabado con la relación de Edu. Con Eli no quiero cometer esos errores.

Me planto en el cuarto B y toco a la puerta con los nudillos. La puerta está entornada, y enseguida descubro por qué: Tamara ha dejado un *post-it* en la cómoda del recibidor avisando que

va a por la cena, que no tardará y que, para no molestarla y no arriesgarse a perder las llaves, no va a cerrar del todo. En cualquier otro caso lo vería una medida un tanto arriesgada, pero teniendo en cuenta que viven en un edificio donde los vecinos son prácticamente familia, creo que solo allanarían una morada para preparar una fiesta sorpresa.

Dejo la entrada tal y como me la he encontrado y voy a la cocina. Eli no está ahí. Tampoco en el salón o en el baño. Lleno de frustración y con una actitud mucho más agresiva que asertiva, empujo la puerta de su dormitorio y digo su nombre. Ella, que estaba bajo las sábanas, da un respingo y sale de la cama de un salto.

Está colorada, despeinada y solo lleva las bragas y una camiseta. Eso, unido al recuerdo de su voz rasgada rogándome en la playa, me desconcentra un momento.

—¿Qué haces aquí? —jadea, sin voz—. ¿Sabes que esto puede considerarse un delito? Entrar en casas ajenas sin haber sido invitado...

—¿Por qué no quieres que lo mencione? —le pregunto sin rodeos—. No creo que sea porque no lo pasamos bien. ¿Es que sigues cabreada por la mentira a mis padres o la discusión que tuvimos antes de la boda? Si quieres que te hable de Nieves, te lo contaré todo.

Eli abre la boca para hablar.

—Eh... No... A mí no me... —Lanza una mirada preocupada a las sábanas arrugadas y se pasa una mano por la cara sudorosa—. No tiene que ver con eso. Óscar, por favor, no me insistas.

—No insistiré cuando me hayas dicho la verdad. No puedes liarle con alguien y luego pretender desaparecer: sobre todo cuando esa persona vive a literalmente cuatro pasos de distancia de ti. ¿Qué pasa, es que te acostaste conmigo para luego contarle a los vecinos que no soy gay? ¿Era tu pequeño experimento?

Ella me mira con los ojos abiertos como platos.

—Claro que no. ¿Cómo puedes pensar eso?

—¿Entonces? ¿Hice algo mal?

—¡No! Óscar, por favor...

—¿He dejado de interesarte después del polvo? ¿Era eso lo único que querías de mi parte? —continúo interrogando—. ¿O te gustaba la idea de ponerte el reto, a ver si lo conseguías? No es ningún misterio que aquí la gente se disputaba el honor de meterse en la cama conmigo, fuera por las razones que fuesen. ¿Te interesaba porque era «inalcanzable»? —Hago las comillas con los dedos.

—¿De qué estás hablando?

—De la frase de Cortázar. De la que han puesto este mes en la entrada al edificio, justo en la pizarrita del portal. —Apunto a la pared como si estuviera ahí colgada. Avanzo hacia ella, que no deja de retorcer el borde de la camiseta entre sus dedos crispados—. «Creo que no te quiero, que solamente quiero la imposibilidad tan obvia de quererte, como la mano izquierda enamorada de

ese guante que vive en la derecha». ¿Es eso? ¿Te gustaba porque era el tío imposible y ahora que has visto que lo nuestro es viable te echas atrás?

—¿Qué es eso de... «lo nuestro»? —balbucea—. Óscar...

Pretendo seguir haciendo preguntas: no quiero guardarme para mí ni una sola de todas las suposiciones que me han impedido dormir estos tres largos días, que pueden hacerse interminables cuando tienes al motivo de tu frustración a una ventana de distancia. Pero ella me interrumpe, y no como me gustaría —con una explicación o con un empotre salvaje—; se pone a llorar de repente, y yo enseguida me alarmo.

—¿Qué te pasa? —Me acerco y la cojo por los hombros—. ¿Qué es lo que he dicho?

—Es que yo... —Sorbe por la nariz. Se cubre la cara con las manos y me deja de piedra al gimotear—: Estoy tan cachonda que creo que me voy a morir.

Pestañeo dos veces. No he debido oír bien.

—¿Qué?

—Me he convertido en una guarra del tres al cuarto. Desde lo de la playa... No puedo parar de... Tengo fantasías con... —tartamudea. Guiado por quién sabe qué, ladeo la cabeza hacia la cama y me fijo en la minúscula mancha que oscurece el blanco de la sábana bajera.

Como si hubiera pulsado un botón, mi cuerpo se calienta.

—¿Te estabas masturbando cuando he llegado? —Ella me mira como si la hubiera cazado enterrando un cadáver en medio del bosque—. ¿Qué tiene eso de malo? Aparte de que te haya interrumpido, pero claro, eso no sería tu culpa.

—Es que... Yo no quiero... Lo siento mucho. No era mi intención que pensaras que cometiste algún error, o que no me gustas. Yo... Sentí un montón de cosas esa noche, y cada vez que me acuerdo... Nunca he sido así.

—¿Cada vez que te acuerdas? ¿Te has estado tocando pensando en mí?

Eli me da un manotazo.

—No lo digas en voz alta. Me da vergüenza.

—¿Por qué cojones te estás tocando en vez de llamarme? ¡Me tienes al lado, joder!

—¡Porque soy patética! —me espeta, igual de desesperada. Voy a replicar a eso enseguida, pero algo en su expresión me frena y me conmueve hasta lo más hondo—. Te lo intenté decir en la playa. Eres el segundo hombre con el que me acuesto, y el primero... Con el primero todo era tan horrible por mi culpa que... Óscar, yo no sé complacer a nadie, ni siquiera a mí misma. Si aquella noche lo hice bien fue porque estaba borracha, y porque tú estabas borracho y no te fijaste en lo pésima que soy, y porque estábamos a oscuras, y porque...

—No sé cómo de alcoholizado crees que estaba, pero me acuerdo perfectamente de cada detalle —interrumpo, sin soltarla de los hombros. Tiembla bajo mis manos de tal manera que no puedo resistirme a abrazarla—. Joder... ¿Por qué me estabas evitando? Me cuesta creer que te

quedaran dudas de si me lo pasé bien o no después de haber estado aguantándome persiguiéndote por todo el edificio.

—Tú no sabes cómo soy en la cama en realidad. Ni siquiera me has visto desnuda. Es que no entiendo... No sé cómo... puedo... gustarte —consigue decir al fin. Me mira con temor—. Y no es solo eso. Cada vez que me acuerdo de esas cosas que dije... Me siento sucia.

—¿Por qué? ¿Te sentiste obligada a decirlas?

—No.

—Entonces lo dijiste porque querías. Porque te sentías así.

Ella aparta la mirada.

—Todo lo que hago y digo en la cama me parece denigrante —dice con un hilo de voz.

—¿Por qué? —Eli se muerde el labio y sacude la cabeza—. Venga, dime por qué. Puedes confiar en mí.

—Tendrías que sentarte. Y será mejor que no te sientes ahí —murmura, mirando la cama con aprensión.

Mentiría si dijera que no me parece adorable su retraimiento, pero es porque todo lo que tiene que ver con ella me encanta; desde los colores que elige para pintarse las uñas hasta cómo blasfema en francés cuando no quiere que nadie se entere de lo que dice. Y solo por llevarle la contraria y ruborizarla un poco más, me siento en el borde de la cama y espero que ella haga lo mismo. Lo hace algo reticente y con la cabeza gacha. Las puntas de sus orejas asoman entre los mechones de pelo castaño.

—El hombre con el que perdí la virginidad... era mi novio —especifica en voz baja.

—Me lo imaginaba. ¿Cuánto tiempo estuvisteis juntos? —pregunto, solo por animarla a continuar y para demostrar que de verdad me importa lo que tiene que contarme.

—Lo conozco desde los once años, pero hasta los dieciséis no empezamos con el tonto. Me pidió salir a los diecisiete, y desde entonces hasta hace más o menos dos años hemos estado rompiendo y volviendo.

—Rompiendo y volviendo —repito. No me gusta por dónde va esto—. ¿Por qué?

—Tiene un carácter muy voluble y... es francés.

—Y a ti te dan miedo los aviones —agrego con aire divertido.

Ella medio sonríe y se retira el pelo de la cara, aún sin mirarme.

—Confieso que tampoco habría comprado billetes para ir a verlo si me encantase volar. Yo nunca he tenido nada en Francia; la relación con mi padre era la de un dictador con su mano derecha, solo que sin la parte en la que brindan juntos tras las derrotas militares, y Normand siempre lo ha admirado tanto que se le han pegado los aspectos más desagradables de su personalidad. Es un calco. Los dos dan órdenes en lugar de pedir por favor, no tienen en cuenta la opinión de nadie y se creen que mi único deber es estar guapa y sonreír mucho.

No sé por qué me viene a la cabeza la típica imagen del capullo despatarrado en el sillón, con una cerveza en la mano y una sonrisa de sobrado en la boca, llamando a gritos a su novia para darle un azote en el culo y susurrarle que lo espere en la cama.

Prefiero no pensarlo.

—Empecé a salir con él porque mi padre quería —admite unos segundos después—. No es que no me gustase. Normand es un hombre muy guapo. Carismático. Tan opuesto a mí que pensé que me aportaría cosas buenas; que de alguna manera encajaríamos. Con un poco de suerte, a mí se me pegaría su vitalidad y su encanto personal, y él sería algo más prudente.

—Tú tienes tu propio encanto. No necesitabas ni necesitas que nadie te contagie el suyo.

Ella esboza una sonrisa desvalida.

—En aquella época no creía demasiado en mí misma. Mi madre acababa de morir, estaba de vuelta en Burdeos y solo quería estar rodeada de gente que hiciera su ausencia menos dolorosa. No creas que no sirvió: dejar la casa que compartí con ella y mudarme a otro país, cambiar el ambiente hogareño por la clase alta francesa y sustituir la cercanía y el aprecio maternal por el trabajo duro me ayudaron a superar poco a poco su muerte. Pero en el camino me dejé llevar y manipular. Ya te dije que permití que mi padre trazara mi futuro, y en cierto modo, también me presté a todo lo que Normand pensó que me iría bien.

—¿Como qué? —pregunto.

Hasta yo detecto la nota de pánico que se filtra en mi voz.

—Nada grave. Es mucho más habitual de lo que crees. Organizaba todas las salidas sin tener en cuenta si me apetecían, siempre nos movíamos en su círculo de amigos... Fue una época en la que me sentí muy sola porque no tenía mi propio grupo y en el suyo no terminaba de encajar. Pero él era agradable conmigo, Óscar. No pienses que era un desgraciado que me maltrataba. Lo único...

Se calla al llegar al punto problemático.

—Es vergonzoso hablar de esto justamente contigo.

—Entonces imagina que soy otra persona. Soy la pinche Tamara.

Ella se ríe muy flojito antes de volver a su semblante taciturno.

—Creo que yo no era... Él esperaba cosas de mí en la cama que yo no sabía cómo darle. No sé por qué, pero no me... excitaba. Odiaba que me diera besos, que me tocara íntimamente, y odiaba mucho más... tocarlo yo. Normand lo respetaba. No me obligaba a hacer nada de eso. Pero siempre que se le presentaba la ocasión, me lo decía. «Es como si me estuviese follando a un muñeco» —parafraseó—. «Ya que no me haces mamadas, por lo menos muévete un poco». «No sé ni cómo puedo ponerme cachondo contigo, con lo inútil que eres y lo anoréxica que estás»...

Es evidente que tiene muchos más detalles que aportar, pero la voz se le quiebra antes, y en el fondo lo agradezco. Con esas muestras creo que he tenido suficiente.

—Odio contarte esto a ti —solloza. Se seca las lágrimas con el dorso de la mano—, pero no quiero que pienses que es tu culpa...

—Y yo no quiero que pienses que es la tuya. Está claro que el que tenía el problema era él, porque no coincido en absoluto con su opinión de mierda.

—Es porque estaba borracha —insiste. Se gira para mirarme por fin a los ojos, pero lo hace con aprensión—. Es verdad que empecé a fijarme en ti porque pensaba que eras imposible. Así no tenía que contar lo de Normand, ni decepcionarte una vez llegáramos a... eso. Soy una novia horrible y una amante aún peor. Por eso te evitaba. No quería que lo descubrieras. Suena estúpido, lo sé, pero me gustaba mucho gustarte por lo que creías que era y no me habría perdonado destruir esa imagen que me hacía ver especial.

—¿Cuál se supone que es la imagen que tengo de ti? Eli... ¿Te has parado a pensar en que, a lo mejor, debes contrastar algunas opiniones antes de tomar como una verdad absoluta lo que un palurdo con, aparentemente, disfunción erectil, ha dicho?

—No tiene disfunción erectil. —Hace una pausa—. Al menos no la tuvo con su mejor amiga.

Joder...

—Mierda —es todo lo que puedo decir.

—No me dolió. Las infidelidades suelen demostrar que la persona no te quiere tanto, y eso yo ya lo sabía. Lo que me partió el alma fue lo que dijo para justificarse. Parece que yo me lo había buscado por no darle lo que quería; que era obvio que esto acabaría pasando si seguía comportándome como una frígida —musita.

—No te lo tomaste en serio, ¿no?

—He tenido tiempo para reflexionar sobre ello y, créeme, sé que Normand es un imbécil. Pero yo tampoco soy la amante del año. Es verdad que me quedaba casi en shock cada vez que nos acostábamos. Lo odiaba —insiste, con la vista clavada en las puntas de los pies—. Lo odiaba tanto...

—Pero si pudiste disfrutarlo conmigo es porque no lo odias en general; solo lo odiabas con él. Es completamente normal no disfrutar con una persona. No tenemos química con todo el mundo, Eli, y si estabas en una época en la que aún gestionabas la muerte de tu madre, es comprensible que no tuvieras el ánimo para acostarte con nadie. Uno no supera la pérdida de un ser querido en un año, ni en dos; hay gente que no la supera jamás.

Ella me mira de reojo, como preocupada porque eso pudiera ser cierto.

—No creo que mi madre tenga mucho que ver con eso. He estado acostándome con él hasta hace tres años, y va a cumplirse una década desde que ella falleció. Por cierto; parece que quiere seguir haciéndolo. Intenta contactarme todo el rato.

El corazón se me para de golpe. No sé muy bien qué decir para que no piense que me meto donde no me llaman, pero tampoco puedo quedarme callado. Está tan sensible que puede

interpretarlo como una clara falta de interés.

—¿Le contestas? —tanteo.

—No. No quiero saber nada de él.

Apenas me doy cuenta de que respiro aliviado. Y no puedo ignorar por un minuto más por qué me tranquiliza tanto que Eli esté disponible, que se encuentre a mi derecha y que me haya convertido, en realidad, en el primer hombre que le hace disfrutar. Está claro que ella se ve con los ojos de la persona que más daño le ha hecho en este mundo: la gente a la que le cuesta quererse a sí misma tiene esta costumbre tan nociva. Pero yo la miro y no veo nada humillante o vergonzoso. Veo que quiere lo mejor para los demás, o para mí en este caso, y no sabe que se equivoca al deducir que me está librando de una buena intentando poner distancia.

Y ahí tengo parte de culpa, porque no le he dicho con claridad qué es lo que supone para mí que me haya elegido... consciente o inconscientemente.

—Estoy loco por ti —confieso. Ella gira la cabeza hacia mí, impertérrita, y me observa con esos dos ojos grandes, redondos y azules que tanto me gustan—. Por cada parte de ti. Incluso las que me ponen de mal humor, como tu tendencia a esconderte cuando eres tú la que no quiere verse, no yo el que no quiere estar contigo. Y eso no lo va a cambiar que lo hagamos con las luces encendidas, Eli.

Ella pestañea rápido para contener las lágrimas.

—¿Suena muy raro si te digo que... es lo más bonito que me han dicho?

—No suena raro, suena reconfortante. —Le guiño un ojo antes de tenderla sobre la cama. Ella se deja, aún un poco tensa, con los ojos clavados en los míos—. Me gusta ser «el que más» de tu vida. El que más cosas bonitas te dice, el que más orgasmos te da... Y ya iremos acumulando otros cuantos, ¿te parece?

—¿Qué significa eso?

Le retiro el pelo de la cara con la mano con la que no mantengo el equilibrio sobre ella, y luego, lo bastante despacio para darle tiempo a decirme que me detenga, la dirijo a sus piernas. Le separo las rodillas para encajarme y dejar un beso en su cuello.

—Que quiero estar contigo —susurro—. Me parecería un delito que no explorásemos la química que tenemos. Creo que nos llevamos muy bien.

—No me escuchas cuando hablo —balbucea—. Yo...

—¿Quieres estar conmigo? —corto. Ella se ruboriza y asiente con la cabeza—. ¿Lo único que te frena es eso que me has contado? Porque si es así, solo se me ocurre una manera de salir de dudas. —Finjo una mueca de cansancio—. Vamos a tener que follar otra vez para descubrir si eres tan terrible. Y si lo eres, habrá que follar hasta que se te dé de lujo.

—Creía que... que no... que no te gustaba esa palabra. La ves peyorativa y desagradable.

Sonrío y rozo su nariz con la mía.

—Me encanta desde que la pronunciaste tú. Ahora me suena a liberación, y quiero que te liberes del todo.

Ella cierra los ojos y se abraza a mí. Y por un momento me creo que todo está bien, porque interiormente siento que he tomado la mejor decisión y estoy desesperado por consumarla. Pero Eli no tarda en tensarse y apartar la cara para que no la bese.

—¿Todo bien? —susurro.

—Sí. Sí... Es maravilloso. Solo que... Ahora mismo estoy poco deprimida por lo que te acabo de contar y no sé si... me apetece. No te enfades, por favor.

Su ruego me forma un nudo en el estómago.

—¿Por qué iba yo a enfadarme? —Le planto un beso en la frente—. Lo entiendo. Si quieres, me voy y te dejo con tu faena.

—No es ninguna faena —se apresura a explicar, roja como un tomate. Me tiento convencerla de ponerla así de colorada en todas partes, pero en su lugar me aparto y me arreglo las arrugas de la camiseta—. Había terminado ya, de todos modos.

—Me alegra oír eso, nena.

Ella se incorpora enseguida.

—¿Te vas?

—Tengo que preparar unas cosas para mañana. Pero libro por la tarde. Podrías pasarte por mi casa a ver una película. Alguna con un beso bajo la lluvia que no hayas visto todavía.

—¿A tu casa... a ver una peli?

—O a lo que tú quieras. Hay infinitas posibilidades.

—¿Y tengo que elegir una? —se atreve a preguntar—. ¿No puedo quedármelas todas?

Sonrío desde la puerta.

—Todas son tuyas, brujita. Pero habrá que empezar por alguna, ¿no? Roma no se construyó en un día.

Capítulo 22

Entre el pretérito y el pluscuamperfecto

—¿Qué se supone que tengo que ponerme?

Tamara aparta la mirada del televisor y me mira mientras mastica una alita de pollo. Siempre me fascinará cómo se las ingenia para que el pintalabios no se le corra ni un poquito; sobre todo cuando es una auténtica guarra de barbilla para abajo. Esta vez se ha puesto su babero americano para no mancharse el pijama tanto como los dedos de las manos.

—Algo fácil de quitar —resuelve.

—Se supone que es una cita.

—Todo el mundo sabe que eso de «quedar para ver una película» es una excusa para chingar —bufa.

Últimamente es mucho menos paciente con mi falta de conocimientos socio-afectivos... ¿O socio-sexuales? En fin. Yo no tengo la culpa de haber vivido dos años en celibato absoluto.

—¿Crees que me va a meter mano? —pregunto, alarmada—. No sé si estoy preparada para eso. ¿Qué debería hacer si intenta quitarme el pantalón?

—¡No puedes llevar pantalón! —me regaña. Aparta el plato de alitas y se chupa los dedos antes de mirarme con toda su sabiduría—. Eso os quitaría tiempo, ¿entiendes?

—Claro. Debería ir en bragas directamente.

—No, no hace falta ser tan vulgar, y no queremos que piense que estás desesperada... ni tampoco que eres una frígida, lo que darías a entender con unos vaqueros *apretaos*. Una falda es más accesible, mucho más cómoda con este pinche calor que hace, y encima te sientan de maravilla con esas piernas que tienes. Si no te quieres poner nada debajo, eso ya es tu decisión. —Encoge un hombro, coqueta.

—Vale... ¿Me pongo entonces la falda azul?

—¿La de vuelo? Ni de broma. Con una falda como esa se daría cuenta de que te la has puesto para que le sea cómodo meterte mano. Lleva una corta, pero rígida: así tendrá que esforzarse por quitarte las bragas. Si llevas, obvio.

—Claro que voy a llevar bragas —rezongo.

—No veo la necesidad de ensuciar algo que va a estar en el suelo toda la noche, pero allá tú. —Me hace un gesto vago con la mano y vuelve a mirar la tele—. ¡Noooo! Pero ¿cómo ha podido caer?

Arrugo al ceño y me asomo a la pantalla.

—¿Qué estás viendo?

—*La isla de las tentaciones*.

—Suenan guay. ¿No es la que protagoniza DiCaprio?

—No, esa es *La Isla Siniestra* y no entendí una verga de lo que estaba pasando. Esto es un programa en el que unas cuantas parejas van a una isla y se encierran en casas diferentes, una llena de morras y otra llena de *weys*. Los *weys* están en la de las morras, claro, que están todas bien buenas y no paran de flirtearles... en el caso de ellas, igual. Así ponen a prueba su amor.

Arrugo la nariz desde la puerta de mi habitación. Mientras, observo de reojo mi figura embutida en una sencilla camiseta de tirantes ajustada. Da igual lo que me ponga: voy a seguir sintiendo que será muy evidente mi desesperación por causarle una buena impresión... como si no nos conociéramos ya.

—¿Y cuál es la gracia de ver en la tele cómo unos cuantos desconocidos les ponen los cuernos a sus parejas? Me parece auténtico terrorismo emocional.

—No hace gracia, pero da morbo. Es como *Señor y Señora Smith*: tiene más encanto verla cuando sabes que, en esa peli, Brad y Angelina se enamoraron y le puso los cuernos a Jennifer Aniston. ¿Te has vestido ya...?

Alguien toca a la puerta con el canto del puño. El corazón se me acelera de pensar que pueda ser Óscar: de que venga a decirme que lo ha estado meditando largo y tendido y se ha precipitado.

Sé que esta no es la actitud positiva con la que una debe enfrentar el hecho de que está a punto de embarcarse en una especie de relación, y que Óscar no me ha dado motivos para compararlo con Normand, pero sigo asustada. Y no ya por cómo termine desenvolviéndome en la cama sin la ayudita de una botella. Ese, en realidad, no es el motivo por el que me da pánico empezar algo con él, sino la advertencia que me dio Eulalia.

¿Cómo de larga es la sombra que Nieves ha proyectado sobre él? ¿Tanto como para cubrirme a mí?

Me da tiempo a quedarme al borde del ataque ansioso en los cinco segundos que Tamara tarda en abrir la puerta, y todo para que se trate de Susana.

—Akira ha vuelto —anuncia con voz de pregonera—. Ha entrado en el apartamento hace unos minutos y está hablando con Edu.

No tiene ni que decir «venid». Tamara y yo salimos escopeteadas escalera abajo para pegar, literalmente hablando, la oreja a la puerta.

Sé que he dicho mil veces que no soy una cotilla, pero esto no lo considero cotillear puesto que Edu nos lo iba a contar con detalle en cuanto le preguntáramos: en realidad le estamos haciendo un favor evitando que narre la historia más de diez veces.

—¿Oís algo? —pregunta Susana.

—No. ¿Vamos a la terraza?

—Lo he intentado en la terraza y no hay manera. Parece que están hablando en alguna de las habitaciones. ¿Sabéis si Julian y Matilda están en casa? En el ático se tiene que oír de maravilla.

—Después le preguntamos —acuerdo yo—. Si no se oye es porque no se están gritando, al menos.

—Y supongo que tampoco lo habrán resuelto en la cama. ¿Se oyen gemidos? ¿Los muelles del somier?

—Qué va —lamenta Tamara—. ¿Has visto si entraba usando su llave, o ha tocado al timbre?

—Ha tocado al timbre. Por eso me he enterado de que ha venido. Malísimas noticias —suspira Susana. Eso capta mi atención.

—¿Por qué?

—Se tuvo que llevar las llaves para cerrar la puerta por fuera; si no las ha usado es porque ya no considera que esa sea su casa.

Es la clase de conclusión a la que yo nunca habría llegado, igual que desconozco por completo el juego de seducción implícito en algo tan sencillo como el tipo de falda que eliges para ver una película.

Tengo tantas cosas que aprender...

—Parece que vienen. Oigo pasos. ¡Escondeos!

Las tres corremos como alma que lleva el diablo, y nos quedamos inmóviles, justo a los pies de la escalera, cuando se abre la puerta: igualitas que unas crías participando en el escondite inglés. Akira es el primero en salir, lo que Susana recalca como otra mala señal; una que yo confirmo al ver que lleva una bolsa de deporte en la mano, ojeras y carita de perro pachón.

Edu tiene los ojos colorados. Y si yo no trago saliva después de eso, es por miedo a ponerme a llorar.

—Ay, no —gimotea Tamara por lo bajo.

Es insólito ver a Edu con los hombros gachos y la cara congestionada, pero no tanto como desolador. Presenciar el derrumbamiento de alguien que siempre tiene una sonrisa para todos siempre sobrecoge.

—Quiero mantener el contacto contigo —le dice Akira en voz baja—. Llamarte de vez en cuando.

—¿Llamarme de vez en cuando? Yo no soy tu tía la de México. Ya te lo he dicho muy claro: si te vas, te largas con todo lo que eso conlleva.

Akira suspira.

—Edu... No estás siendo racional.

—Estoy siendo mucho más racional que cuando acepté irme a vivir contigo. Anda, vete ya. Y dame tus llaves.

Tamara y yo nos miramos de reojo, aguantando la respiración.

Hay tres cosas que siempre he tenido claro que no llegaré a ver: el veganismo como dieta generalizada en la población mundial, la abolición de la tauromaquia y la ruptura de Akira y Edu. Después de esto, veo que cada vez es más posible que prohíban la consumición de carne.

Akira saca las llaves del bolsillo y se las entrega. Da un paso hacia el frente, vacilante, sin apartar los ojos de él.

—Sabes que te quiero, ¿verdad? —susurra. Lo dice tan bajito que no estoy segura de haberlo entendido, pero la reacción de Edu habla por dos.

—Sí, ya se ha visto cuánto. Piérdete.

—No te despidas así de mí. No es justo para ninguno.

—No —le espeta, agitado—. Lo que no es justo es que...

La voz se le quiebra a mitad y, lleno de impotencia, decide batirse en retirada. Edu no es ninguna persona cobarde, pero ahora veo que las emociones no son generosas con nadie. Él apenas consigue contener las lágrimas antes de cerrar la puerta justo en las narices de Akira, que se veía con intención de seguirlo.

—Mi pobre Edu. Tengo que ir a verlo —decide Tamara—. Si es que ya lo decía la madre de Bridget Jones. Los japoneses son una raza malvada.

—No hay necesidad de tomar bandos. Ni de ser racista —apostillo—. Un especialista debería observar tu tendencia generalizada a odiar a las parejas de tus amigos.

—No necesito que me lo observe ningún especialista para saber que soy una envidiosa y una amargada —bufa.

Su respuesta me deja sorprendida, pero no me da tiempo a replicar. Tamara baja haciendo ruido los escalones en los que nos habíamos sentado para observar; así capta la atención de Akira, al que no le sorprende nada nuestra curiosidad.

—Supongo que me alegro de que estéis aquí. Así puedo despedirme.

Tamara no va a dar su brazo a torcer: para ella, las rupturas son una guerra, y es evidente el bando que ha elegido. Pero Susana y yo intercambiamos una mirada conmovida y nos acercamos a Akira para darle un abracito grupal.

—Confío en que te pasarás por aquí con frecuencia.

—No dudéis que os llamaré para saber cómo estáis, pero pasándome por aquí estaría desafiando el reinado de Edu. —Echa un vistazo alrededor, visiblemente emocionado—. Este edificio es casi de su propiedad.

—No quiero que te vayas —se queja Susana, antes de volver a abrazarlo. Él apoya la barbilla en su hombro y medio sonrío.

—Si algún día se pone alguno de los apartamentos buenos en venta, puede que regrese. Ha sido un placer conocerlos. —Se separa de Susana y vuelve a agarrar la bolsa de deporte, que había dejado en el suelo—. Vendré pronto a recoger el resto de mis cosas. Nos veremos entonces.

No da pie a más sentimentalismo. Akira es muy diferente a como imaginamos a los japoneses, pero encarna totalmente el aire romántico de melancolía que se plasma en muchos de los *animés*. Me lo quedo mirando hasta que desaparece escaleras abajo y me pregunto, con un nudo en la garganta y muy mal cuerpo, cómo es posible que una vida en común pueda hacerse añicos a una velocidad tan alarmante; cómo se le puede poner punto y final a una relación y a todo lo que ello arrastra simplemente cerrando una puerta.

Nunca dejaré de temer y a la vez admirar la fragilidad de los vínculos humanos. Si le tenemos miedo a todo lo fugaz porque nos recuerda que no somos eternos ni estaremos aquí siempre, como la enfermedad o la misma muerte, ¿por qué parece tan extraño asustarse cuando empiezas a caminar hacia el futuro de la mano de alguien? ¿Acaso una relación no corre el mismo riesgo de marchitarse? ¿O es que no morimos un poco cuando alguien que queremos nos abandona?

—¿En qué piensas? —me pregunta Susana, mirándome con fijeza—. Se te ha quedado una cara muy rara.

Me abrazo los brazos, en los que noto la piel de gallina.

—En lo peligroso que es enamorarte de alguien y que no te corresponda.

Susana me mira como si me entendiese, y por un momento me parece intuir en su sonrisa un ligero tinte de amargura. Pero enseguida se encoge de hombros y me da una palmadita.

—Eso a las chicas guapas no nos pasa. —Me guiña un ojo. Se gira hacia Tamara, que lleva un rato tocando al timbre de la casa de Edu—. ¿No quiere compañía?

Edu abre la puerta de golpe y asoma su carita triste.

—Nenitas, hoy no me apetece ni rumba ni té con pastas. Voy a hacerme bola en el sofá un rato y luego abro la pelu, que ya está bien de cerrar porque se me ha metido la *penamora* en el cuerpo. Cada segundo que pasa estoy perdiendo dinero.

—Entonces iré a que me cortes las puntas —anuncia Susana—. Así hablamos un ratito.

—Vas a hacer lo que te salga del moño te diga lo que te diga, así que muy bien. —Luego mira a Tamara—. Lo mismo te digo a ti. —Se gira hacia mí—. Y tú vete a tu cita de una puñetera vez. Y ponte una falda accesible.

Su comentario me reactiva. No me importaría nada decirle a Óscar que esta tarde me quedo con Edu: me necesita mucho más que él, y a decir verdad, siempre preferiré un rato con las chicas que causarme un aneurisma de los nervios en compañía del hombre de mis sueños. Pero si lo rechazo, tanto Óscar como todos los aquí presentes sabrán que lo hago para no enfrentarme a lo que de verdad quiero, porque si es por hombros en los que llorar, Edu tiene suficientes para formar un equipo de rugby.

Lo despido con un abrazo fuerte.

—Cualquier cosa, me llamas.

—Sí, claro, estaré calculando para joderte el polvo. No digas chorradas —me espeta—. Y

ahora dejadme en paz. Una mujer tiene derecho a llorar a solas.

Me siento fatal dejando la situación en manos de Tamara y Susana, pero no va a tener mejor compañía. Y, conociendo a los vecinos, no tardarán en llegar en tropel para recordarle cosas que ya sabe: que es muy guapo, muy buena persona, muy divertido, y que con solo chasquear los dedos en Chueca lo levantarán en vilo y lo pasearán por la calle como si de una procesión de Semana Santa se tratase.

En casa desfilo como toda mujer insegura que se precie: me cambio de ropa siete veces, me suelto y me recojo el pelo otras diez, y todo para ponerme al final lo menos provocativo. A las nueve y media justas estoy delante de la puerta de su apartamento, preguntándome si de verdad merece la pena pasar por toda esta agonía solo porque estás pillada por un tío. Que, ahora que lo pienso, ese es justo el problema: que estoy pillada.

¿Dónde conseguiré un despillador? *El despillador que me despille, buen despillador será.*

La puerta se abre antes de que toque al timbre y Óscar me recibe despeinado, con un pantalón de chándal y una camiseta de algodón. Está tan bueno que me dan ganas de hacerme el harakiri; si no lo hago ni lo digo es porque a partir de hoy, las menciones a la tradición japonesa están prohibidas. Igual que deberían prohibir su cara y cómo enrosca el brazo en mi cintura para darme un beso en la boca.

—Al final te has puesto la falda —dice, divertido—. Me alegro.

Joder. Cómo odio las paredes de este edificio.

—No es porque quiera que me metas mano —me apresuro a explicar, inmóvil en el recibidor. Después de cerrar la puerta, Óscar me mira con una sonrisa socarrona.

—¿No quieres que te meta mano?

—No es eso.

—¿Entonces sí quieres?

—No juegues conmigo. Me estás poniendo nerviosa.

—Qué tontería —exclama. Me coge de la mano y tira de mí hacia el salón—. Si ya me conoces, Eli. Por lo menos tenemos descartado que sea el hombre del saco, o ese asqueroso exnovio tuyo. A partir de ahí solo se puede ir a mejor, ¿no crees?

Visto de esa manera, tendría sentido que la respuesta fuera afirmativa, pero la verdad en mi caso es que no lo es. Con Normand me era fácil interactuar precisamente porque su cercanía no me afectaba de este modo tan ridículo. Mi timidez es muy exquisita y solo aparece con la gente que me impone respeto o que me gusta. Ah, y con aquella a la que le pedí que me follara en medio de un espacio público. Ni siquiera sé cómo puedo mirarlo a la cara: sobre todo porque no es solo arrepentimiento lo que se me pasa por la cabeza al recordarlo. También me invade el deseo de llegar de nuevo a ese punto, en el que me importa todo tan poco que soy capaz de abrirme en canal y gritar lo que siento.

—Ahí tienes las películas. Ponte cómoda; voy a por algo de beber. Y antes de que digas que quieres vino, esta noche prescindiremos de él.

—Me parece bien —murmuro.

En cuanto desaparece en la cocina, me siento en el adorable sofá de Ikea y echo un ojo a las portadas de DVDs que reposan sobre la mesilla de cristal. Sonrío como una palurda al ver que están todas y cada una de las que mencionamos la mañana que coincidimos en el ascensor: *Cuatro Bodas y un Funeral*, *The Quiet Man*, *Les Jeux d'Enfants*, *Match Point*... Cojo una al azar y la abro: el disco grabado tiene una fecha anotada y una dedicatoria.

«La vi y pensé en ti. N».

La sonrisa se me congela en la cara. Suelto el DVD enseguida, como si me hubiera dado una descarga eléctrica, y me quedo mirando las demás con recelo. Agarro otra, dudosa: dentro hay otra dedicatoria. «La de la primera noche que pasamos juntos. N». Vuelvo a dejarlo donde estaba, con el corazón latiéndome muy deprisa. Me seco las manos empapadas en los muslos y me levanto, sin saber muy bien qué hacer.

Esto es lo último en lo que quiero pensar, pero como si la advertencia de Eulalia hubiera activado una especie de radar dentro de mí, empiezo a fijarme en los detalles del salón: en las velas aromáticas para hacer yoga, costumbre y trabajo que ejercía Nieves; en los portafotos que conserva en las estanterías, en los cuales reconozco a todas sus hermanas y también a una chica de pelo castaño y ojos claros.

Debe ser ella. Es evidente por la manera en que se miran y se agarran de la mano.

A lo mejor esto es pura neurosis, pero al fijarme en la alfombra, en las cortinas, en los libros que se amontonan en los estantes, no puedo evitar preguntarme hasta qué punto influyó Nieves en la escasa decoración de la que él se encargó. Tras revisar que no hay moros en la costa, saco una de las novelas en cuestión. *El prisionero del cielo*, de Carlos Ruiz Zafón. Un título que me parece muy apropiado cuando, al separar las solapas, veo una dedicatoria con la misma letra. Óscar no parece esclavo de los recuerdos a simple vista, pero es porque pocos dejan que las miserias se les graben en la cara. Puede que sí sea prisionero del cielo, si es que es verdad que existe y Nieves deambula por allí.

—¿Has elegido ya?

Me giro hacia Óscar y, en cuanto reconozco su sonrisa cálida, me dan ganas de golpearme por estúpida. ¿Qué esperaba? ¿Que hubiera tirado a la basura todos los regalos de Nieves; que actuara como si nunca la hubiera conocido y no conservase ni un solo recuerdo? Es verdad que yo me deshice de muchas de las cosas de mi madre porque no quería que me persiguiera; porque creía que así sería más sencillo. Pero cada uno lleva los duelos a su manera. No soy quién para juzgar.

Pero sí soy quién para dudar, ¿no?

—*Desayuno con diamantes* —elijo sobre la marcha—. Es un clásico.

Y la única que Nieves no le dedicó.

Estoy siendo demasiado irracional con este asunto. Creo que se me olvida más rápido de la cuenta que estuvo casado con esa mujer. Que se enamoró tanto y tan intensamente que decidió pasar por el altar a los diecinueve años. ¿Dónde estaba yo a los diecinueve años, aparte de dejándome manipular por cada uno de los hombres de mi entorno, solo porque no me veía capacitada para tomar decisiones por mí misma?

—¿Sabes que descubrí que era heterosexual gracias a la escena de Audrey cantando *Moon River*?

Ese comentario relajado, unido al gesto de tenderme una Coca-Cola y sentarse a mi lado, disuelve mis pensamientos y parte de la tensión general.

Espero que él no la esté notando.

—¿En serio? ¿Cómo «descubres» que eres heterosexual? Yo creo que se es heterosexual o se descubre que se es gay. Ya sabes, por todo el rollo de que no te permiten tener una revelación al respecto al dar por hecho que vamos a sentirnos atraídos por personas del sexo opuesto.

—Todo el mundo estaba convencido de que era gay, así que en mi caso sí que tuve que salir del armario.

—¿Y lo hiciste con Audrey Hepburn, que no se conoce precisamente por ser una diosa del destape? ¿Audrey Hepburn con el pañuelo de limpiar en la cabeza?

—Me pareció una escena muy bonita. Él, mirándola admirado desde arriba... No me costaba imaginarme como Paul Varjak.

—¿Beso bajo la lluvia incluido?

—Y con un gato entre los brazos —apostilla, divertido.

—Me sorprende que no descubrieras tu sexualidad con alguna mujer en pelotas. Eso que has mencionado suena a admiración sana por la belleza y el encanto de una mujer. Yo también me quedaba embobada mirándola.

—Con seis años no piensas en acostarte con nadie, pero quería que Audrey fuera mi esposa y a día de hoy se mantiene el prototipo. Alta y elegante.

—Me parece ofensivo que definas a Audrey Hepburn de esa manera tan cutre.

—A mí me lo parece más que estés sentada en la otra punta del sofá.

Es verdad. No sé cómo lo he hecho. Ha debido ser inconsciente, porque no recuerdo haberme ido alejando hasta sentarme en la otra punta. Mucho más emocionada porque quiera que me acerque de lo que sabría expresar con palabras, me acomodo con cuidado bajo el brazo que me pasa por los hombros.

—Siento si parece que no quiero estar aquí —susurro—. No es eso, ¿vale? Solo soy demasiado tímida. Si te sirve de consuelo, en una realidad alternativa en la que tengo los ovarios tan bien puestos como Tamara, estaría sentada en tu regazo besuqueándote el cuello como una

adolescente.

Óscar me sonrío sin enseñar los dientes y, en un abrir y cerrar de ojos, me sienta sobre sus rodillas.

Así de sencillo.

—Puedes empezar a besuquearme cuando quieras —anuncia—, no hay prisa ni tampoco presión.

No me atrevo a hacerlo sin más, y ya debe ser penoso: he hecho cosas peores con él para ahora asustarme ante la expectativa de manosearlo. Pero acurruco la cabeza en el hueco de su cuello y me fijo en la pantalla. Audrey llega a su apartamento con el mítico vestido y se prepara para dormir. Y aunque estoy tan cómoda que por un momento olvido dónde me encuentro —que no con quién—, no puedo evitar preguntar algo que me atormenta más de lo que me gustaría.

—¿Hacías mucho esto con... ella?

—¿Con Nieves? —Es agradable ver que no tiene ningún problema con decir su nombre; que soy yo la única con la paranoia—. ¿El qué?

—Ver películas los viernes por la noche.

Él sonrío con amargura.

—Era de las pocas cosas que podía hacer con ella. Ya te habré comentado que era extremadamente introvertida. No se le daba bien la gente ni le gustaba salir: se definía como «una planta de interior». Puede parecer una descripción inofensiva, pero entraña más de lo que se ve: algunas plantas de interior requieren el doble de cuidados que las de exterior, y ella era de esas. Creo que habré visto miles de películas y jugado millones de partidas de *Cluedo*, parchís, oca, *Uno* o *Jungle Speed*. Pero bueno; la compañía merecía el sacrificio.

—Lo dices porque tú preferías salir —deduzco.

—Me encantaba el deporte, ya lo sabes. Y deambular con mis amigos por los bares. Dejé de hacerlo todo por ella.

No suena como un lamento o uno de los motivos por los que le tendría rencor. Más bien lo considera un sacrificio necesario, una obligación con la pareja.

—¿Por eso os separasteis? —me atrevo a preguntar—. ¿Querías recuperar tu vida?

Él aprieta los labios.

—Sí. Y me siento injusto y egoísta por eso.

—¿Qué? —Me separo un poco para mirarlo, sorprendida—. ¿Por qué?

—¿Cómo puedes hartarte de los celos, la inseguridad y los problemas de tu pareja? En la salud y en la enfermedad. En lo bueno y en lo malo —recita—. Y yo me rendí en cuanto lo malo dejó de ser manejable y lo bueno ya no compensaba. Como si se pudiera tratar el amor en los mismos términos que un balance económico.

Frunzo el ceño.

—No es egoísta aceptar que tu felicidad ya no está en el lugar pensado. De hecho, me parece que para asumirlo y dar un paso atrás hay que ser muy valiente.

—Curioso. Yo lo veo como la peor cobardía.

—Oye. —En un arrebato, me interpongo entre la pantalla y él y acuno su rostro entre mis manos. Óscar me presta atención enseguida—. Dejar de querer a alguien no es un delito.

—Es que no dejé de quererla. Solo dejé de querer estar con ella.

«No dejé de quererla» no es lo mismo que «nunca he dejado de quererla», soy consciente. Pero también lo soy de que muy poca gente sabe manejar los verbos en castellano en el lenguaje oral como Dios manda, y me cuesta no asumirlo como que no la ha olvidado. Y eso, lejos de tranquilizarme porque al menos resuelve mis dudas, me parte el corazón.

Que te partan el corazón es una sensación fuera de serie. Dicen que se vive pocas veces, que no podría aguantarse una emoción tan cruda con frecuencia; yo he sentido cómo se me ha roto estando a solas en mi habitación, recordando a mi madre o todo el tiempo que perdí con Normand. Pero cómo se me parte ahora es diferente. Por un momento no puedo moverme, y no sé si es por el dolor físico —porque no pasa desapercibido— o por la fuerza con la que una certeza me ha abofeteado.

No estoy pillada. Estoy enamorada. Y el hombre que tengo delante está enamorado de una mujer con la que no puede reencontrarse.

—¿Qué pasa? —me pregunta, abrazándome por la cintura. Siento rechazo por su contacto, pero no tengo ánimo para apartarlo o quitarme yo—. Has puesto una cara muy rara. ¿Estás bien?

—Sí. —Medio sonrío—. Creo que deberíamos seguir viendo la película.

Y eso hacemos. En lugar de largarme, como habría hecho, quizá, alguien con un poco de amor propio, me acurruco más y lo abrazo con fuerza.

Siempre he tenido muy claro que, en la vida, las cosas no van a ser perfectas; de hecho, en pocos casos serán simplemente como nos gustaría. A lo mejor esta no va a ser la historia de amor con la que fantaseaba, y a lo mejor el hombre de mis sueños ha venido con algunas deficiencias, pero eso se debe a que esto no es una novela romántica, sino la vida real. Y, tratándose de la vida real, que el corazón de Óscar tenga dueña ni siquiera es lo peor que podría pasarme. Incluso inaccesible, poder decir que estoy con él, compartir tiempo a su lado y escucharlo, sentir que de verdad soy valiosa, es lo más bonito que me ha sucedido. Así que, por ahora, no voy a retirarme.

Quizá, más tarde... me lo piense mejor.

Capítulo 23

Maldita dulzura la tuya

Hacía tanto tiempo desde la última vez que no me sentía así que es como si estuviera de estreno.

Hace ya una semana desde que Eli y yo nos quedamos dormidos en el sofá después de ver *Desayuno con diamantes* y vivo con la impresión de haber recibido un regalo inesperado; ese que querías cuando eras crío, pero no te atrevías a pedir a tus padres porque era demasiado caro. No es nada nuevo que disfrute de su compañía, pero desde que puedo tocar a su puerta cuando me da la gana, enfrento el día con otra clase de optimismo. Y es jodidamente liberador no tener que cortarme a la hora de corregir con amabilidad a mis provocadoras alumnas de yoga por miedo a que le vayan con el cuento: es una puta alegría poder irme de copas con mis compañeros del colegio si encarta. Saber que cuando vuelva a casa, y si me paso a darle las buenas noches, no va a recibirme con cara larga o incluso va a estar ella misma de parranda por otro lado, es tan satisfactorio que me sorprende recordar que solía vivir de otra manera. Y cuando lo recuerdo, cuando acuden a mi mente todas esas noches dándole la espalda en la cama a la persona a la que quería abrazar, me pregunto si no estaré cagándola. Si Eli no será como Nieves y en el fondo no soportará que haga mi vida al margen.

En general todo va de maravilla, pero a veces observo que se queda en silencio, que se tensa de repente o no sabe qué decirme, y no sabría explicar si es a raíz de algún comportamiento mío o de sus asuntos personales. Con Nieves era fácil saberlo porque su vida giraba en torno a mí. No tenía a nadie más; yo era la única alegría y la única preocupación. Pero Eli sabe distribuir su tiempo en diferentes ámbitos. Yo solo soy uno de tantos. Y detesto cómo suena esto: el mero hecho de pensarlo me afecta más de lo que me gustaría, pero es un alivio no ser el motivo por el que una persona respira o se levanta cada mañana. Quita una gran responsabilidad de mis hombros.

A lo mejor no viene nada a cuento y no es el momento para buscar ayuda, pero aprovechando que Alison ha anunciado que va a preparar su consulta de psicología en el ático, de donde se marchará su hermano en cuanto llegue septiembre, me he pasado a verla.

—Por supuesto que me gustaría tratar esto contigo —me dijo ella el martes, ajustándose las gafas en el puente de la nariz—. Ahora mismo nos pillas liados con las cajas: justo empezamos a embalar ayer, pero podemos charlar un rato. ¿Te apetece que vayamos a tomar un café?

Nos pasamos por la cafetería de la esquina y nos sentamos al fondo, al lado de la cristalera que

daba a la calle. No me pasó desapercibido que todo el mundo miraba a Alison al entrar, aunque tampoco puedo decir que me sorprendiera. Álvaro tenía razón cuando decía que es espectacular.

Se lo conté todo. Y luego me quedé asombrado por haberlo soltado sin más; por haber dicho la verdad al completo en lugar de solo lamentar la suerte que Nieves corrió. En parte, porque siempre he bloqueado los pensamientos que la culpabilizaban de que nuestra relación se fuera al garete. Y también porque no sé qué es lo que ha desencadenado que de repente quiera deshacerme de los remordimientos.

—Has hecho un buen trabajo tú solo —reconoció—. Aunque nunca es tarde, deberías haber ido a ver a un especialista cuando pasó aquello, pero está claro que con el tiempo has aprendido a gestionarlo y ahora solo te preocupa en qué afectará a tus relaciones futuras. ¿Me equivoco?

—No lo sé muy bien. Ahora mismo estoy eufórico. Con Eli me siento como cuando te encuentras en el fondo del armario una camiseta que te compraste hace años y con la que no te gustaba cómo te veías: te la pruebas ahora, que estás más delgado y te notas a gusto con tu cuerpo, y te queda justo como querías. Está hecha a tu medida, ¿sabes?

Alison me sonrió detrás del café.

—Sé a lo que te refieres. Y tú también. Mira... —Dejó la taza sobre la mesa—. Hay personas a las que queremos, pero son malas para nosotros; es una realidad y es tan importante verla como alejarnos a tiempo. Y, después, hay otras a las que quizá no queremos con esa misma intensidad... pero hacen de nuestra vida algo muy agradable.

Estuve pensando en ello durante días posteriores. Tendré que esperar al mes que viene para darle mi respuesta a Alison. Y mientras la medito, estoy con ella. Me siento a verla cocinar, se acopla a alguna clase de yoga solo para distraerme, cenamos con el resto de los vecinos, vamos al bar de la esquina... Planes de pareja normal y corriente que me motivan. Que me hacen sentir cómodo y no un despojo humano que solo molesta. Pero, a la vez, sigo estando en guerra con mis sentimientos y me niego a resumir sin más que Nieves era mala para mí. ¿Cómo podría hacerle eso después de todo?

Pienso en ella todo el condenado tiempo, incluso estando con Eli, porque se parecen. Físicamente y también en la manera de comportarse. He llegado a la conclusión, en medio de un delirio, de que a lo mejor una parte de Nieves se metió dentro de Eli, o a lo mejor estoy tan tarado que la veo en todas las mujeres a las que me dirijo, en cada sitio al que voy o cada pequeña cosa que hago. Me insisto en que mis corazonadas no importan, pero a la vez que me siento nuevo y lleno de energía para afrontar lo que venga, estoy ansioso. No me deshago de la sensación de que la estoy cagando.

A lo mejor no me lo merezco. A lo mejor Eli debería dejarme. Pero Eli no parece consciente ni de qué somos, y yo tampoco lo tengo muy claro.

Hoy es lunes, veintiséis de junio; tiene la tarde libre y yo finalizo las clases del colegio. Son

las dos y media cuando voy a entrar en el portal. Antes, me detengo para leer la frase de Cortázar que quitarán para inaugurar el mes de julio. Sigue siendo la del guante enamorado de la mano derecha, un concepto que siempre me saca una sonrisa melancólica.

Cuando voy a empujar la puerta, alguien lo hace por mí: Eric, el hijo de Susana, se abre paso como un abanto, agarrado a la mochila con tanta fuerza que se le han puesto los nudillos blancos. No ha debido reconocermé, porque pasa completamente de largo y justo antes de llegar al ascensor, da un par de pasos vacilantes y se sienta en la escalera. Le tiemblan las manos y está colorado de rabia.

No dudo en acercarme a él. No soy tutor de ninguno de los grupos, pero Eric es uno de los mejores de la clase de Educación Física y nadie se atreve a meterse con los críos que saben chutar. Ni mucho menos si tienen el encanto de Eric, que con doce años ya se ha ganado el corazón de las maestras. Aun y con todo, de un tiempo a aquí no me sorprende demasiado que, siendo el más querido del curso, vuelva a casa hecho un basilisco. No todo es perfecto, ni siquiera en el Edén.

—Eric —lo llamo. Él levanta la cabeza de inmediato y una sombra de vergüenza le oscurece los ojos. En lugar de abordarlo enseguida, me siento a su lado y le doy una palmada amistosa—. ¿Has vuelto solo del colegio?

—Mi madre trabaja ahora y no puede venir. Pero mejor —suelta de sopetón. La rabia con la que lo dice me extraña.

—¿Por qué?

Presiento que tiene toda la intención de soltarme un exabrupto, pero recula en cuanto recuerda que soy el profesor de gimnasia. Entrelaza los dedos de las manos sobre el regazo y clava la vista en el suelo; es solo un segundo antes de levantarse, no mucho más tranquilo, y llamar al ascensor.

—Tengo que estudiar —se excusa.

Arqueo una ceja.

—Acabas de terminar las clases.

—Aún tengo que sacarme el B2 de inglés. Hago el examen el dos de julio.

Observo críticamente su tensa postura. Por la decisión con la que ha entrado y se ha sentado en la escalera, diría que tiene por costumbre llegar con ganas de liarse a patadas con todos y esconderse un rato hasta calmarse. Apuesto a que, cuando su madre le abre la puerta, o cuando llega si es que lo hace más tarde que él, Eric ya está lo bastante tranquilo para ofrecerle una sonrisa apaciguadora. Es justo lo que hacía Violeta cada día antes de entrar en casa, hasta que yo mismo la encontré llorando en la parada del autobús.

Intento sonar conciliador al decir:

—Eric, ven aquí. —Me lanza una mirada huraña y recelosa—. Solo será un momento.

Muy a regañadientes, Eric gira sobre sus talones y se acerca. Le pido que se siente a mi lado,

en la escalera, y espero unos segundos a que se acompase su respiración. Esta vuelve a entrecortarse nada más me oye decir:

—Sé que Fernando te anda molestando. —Hago una pausa—. Podemos hacer algo.

—Puedo manejar a ese gilipollas perfectamente —espeta entre dientes. Vuelve a ponerse rojo—. Este verano, cuando nos encontremos en el campamento, le voy a dar una paliza y lo voy a matar.

El corazón se me acelera al escuchar la rabia con la que habla; es tanta que no puede desahogarla ni siquiera al expresarse. Se le atraganta y lo asfixia.

—Eric, escucha. Sé que tu tutora no ha podido hacer gran cosa, pero podemos comunicárselo al jefe de estudios. Es un hombre intransigente con esta clase de comportamientos.

—Lo voy a matar —repite, con la respiración acelerada. No ha cambiado de postura: está encorvado sobre las rodillas y aprieta las asas de la mochila como si le fuera la vida en ello.

—No vamos a matar a nadie. No vamos a ponernos a su altura, ¿de acuerdo? Y no voy a pedirte que te pongas en la situación de ese niño. Ahora mismo te será imposible empatizar con él. Pero sí te ruego que no hagas algo de lo que puedas arrepentirte.

Me lanza una mirada furiosa.

—No me arrepentiría.

—Sé que no quieres decírselo a nadie para que no se entere tu madre —replico con suavidad. Él baja un poco la guardia—. Y si le tocas un pelo a Fernando, ella lo sabrá y tendrás que explicárselo todo. Para colmo, pidiéndole disculpas por tu arranque, lo que no te gustará nada hacer si no planeas arrepentirte.

Eric aparta la mirada con la mandíbula apretada. Sintiendo una oleada de empatía por él, cambio de postura y lo enfrento.

—¿Qué es lo que te ha dicho esta vez?

—Lo de siempre —murmura casi un minuto después, cuando ya pensaba que no iba a responder.

—¿Y qué es lo de siempre?

No contesta.

—Puedes ser sincero conmigo.

—Se lo vas a decir a mi madre.

—¿Cuál sería el problema de eso? Debe saber que intentan hacerte la vida imposible.

—Es que no se meten conmigo. —Hace una pausa necesaria para recuperar el aliento—. Se meten con ella.

Me lo imaginaba, pero siempre es duro escucharlo.

—¿Dicen cosas parecidas a la que comentó el día de los disfraces? —Él asiente con la cabeza, casi dándome completamente la espalda—. ¿Por qué no me miras? ¿Te da vergüenza que digan eso

de ella?

—A veces. A veces... me avergüenzo de ella.

Asiento, aunque él no pueda verlo. Yo, en cambio, sí puedo ver cómo se estremece después de decirlo y empiezan a temblarle los hombros.

—¿Hacen comentarios de esos todos los días?

—Todos los putos días —masculla entre dientes. Se le escapa un sollozo entrecortado.

Cierro los ojos un momento.

—No se lo diré personalmente si no quieres —miento—, pero hay que avisar al jefe de estudios. Y citar al padre de Fernando hasta que le ponga un bozal a su hijo o bien lo cambie de colegio. No tolerará esto, ya sabes cómo de serio es.

—Por favor, no. —Me mira con una mezcla de impotencia y pánico—. No quiero que mi madre se entere. Si se lo dices al jefe la acabará citando.

—Seguro que, si se lo pido, lo manejará antes por nuestra cuenta. Es más comprensivo de lo que parece. No te preocupes. —Le paso un brazo por encima y le masajeo un poco el hombro—. Esto se acabará, ¿de acuerdo?

Algo reacio a confiar en mí, asiente. Es comprensible. Debe llevar aguantando unos cuantos meses este acoso y su tutora no ha hecho nada. Tampoco yo he intervenido, creyendo que los que debían encargarse tomarían la iniciativa. *Mea culpa*. No sé cuánto habrá padecido con exactitud y se le nota en la cara que no hablará de ello mientras pueda evitarlo.

Lo animo a levantarse y le doy una palmadita amistosa.

—Vamos, te acompaño a tu casa. ¿Escaleras o ascensor?

—Escaleras.

—Así me gusta, haciendo deporte. —Le guiño un ojo y él medio sonríe, solo un poco más tranquilo.

Lo peor de toda esta situación, por extraño que pueda sonar, es que entiendo que no quiera contárselo a Susana cuando se trata de ella. No es que su madre sea lo más valioso que tiene; es que, por lo que sé, es la única constante en su vida. La persona en torno a la que gira toda su concepción de la familia y el amor. Apuesto lo que sea a que causarle la más mínima decepción o daño lo estaría mortificando para siempre, sobre todo ponderando el sentido de la lealtad del chico.

—Tu madre es una mujer maravillosa —le recuerdo, justo antes de que se abran las puertas. Él me mira con seguridad.

—Ya lo sé.

No puedo añadir nada más. Susana abre la puerta en cuanto escucha el ascensor.

—¿Qué horas son estas de llegar, niño? —le regaña, exagerando el tono de sermón. Eric esboza una sonrisa des preocupada y mira a su madre como si fuera una amiga pesada.

—No empieces a chaparme —le suelta. Pero antes de pasar por su lado, le da un abrazo. Uno de verdad; nada que ver con los que desgastados y breves que los alumnos dan a sus familiares en la puerta del colegio, avergonzados por si sus colegas hacen alguna burla.

Nunca dejará de asombrarme ese aspecto de la adolescencia, cómo se demoniza demostrar afecto a un pariente. Como si querer a alguien fuese algo de lo que uno debiera esconderse.

Eric se gira hacia mí en cuanto tira la mochila al suelo del recibidor.

—Gracias, Óscar.

Le hago el saludo militar.

—A mandar.

Susana nos observa alternativamente con una ceja alzada.

—¿Lo has entretenido tú?

—Sí. —Me corroen las ganas de explicarle por qué y cómo me lo he encontrado; de contarle lo que sucedió en el carnaval de hace un mes, pero viéndola tan tranquila, tan maternal, me parece una injusticia meterme. Anoto mentalmente llamar al jefe de estudios en cuanto tenga un momento libre y le sonrío—. Cosas de chicos.

—Apuesto a que sé más cosas de chicos que tú —se burla. Agarra el pomo de la puerta—. Hasta luego.

Repito el saludo y, después de que entre y cierre la puerta, me quedo unos segundos de más en la antesala, pensativo. Tengo suficiente confianza con Elliot, el jefe, para enviarle un mensaje, así que le escribo algo por WhatsApp para que me llame lo antes posible y me dirijo a mi apartamento. Ya nos han dado las vacaciones; no se verán hasta septiembre si no coinciden en el campamento de verano. ¿Realmente merece la pena intervenir ahora? ¿No sería más sencillo para Eric y para su madre cambiar a Fernando de clase, ahora que pasan a la E.S.O?

Cuando entro en casa, todavía con muchas cosas en la cabeza, no me lo pienso dos veces y me dirijo a la ventana que da al patio. Es la hora de comer y Eli, como siempre, está cocinando. Hace tanto calor como para que lleve solo un top y unos shorts de talle alto, además de la ya mítica pinza del pelo.

Doy unos toquecitos en el cristal para llamar su atención. Ella me sonrío en cuanto me ve.

Algo tan sencillo como eso me llena el estómago de emoción, igual que cuando llegas al punto alto de la montaña rusa y estás a punto de precipitarte hacia la caída más peligrosa.

Cojo los papeles que dejé tirados aquella vez que hablamos por primera vez a través de mensajes y garabateo algo.

«Hola, guapa. ¿Estás sola?».

Ella se chupa el pulgar para limpiar una mancha de salsa antes de responder. Cómo asoma la lengua tímidamente entre los labios me deja turbado.

«Según tú, estoy guapa».

«Eres guapa. Y estás sola».

«Ajá». Se tira un buen rato escribiendo para hacerme un desfile de folios con una sonrisa graciosa en los labios. «Tamara ha quedado para comer con un tío bueno que le ha salido en *Tinder*. Dice que ya está bien de conocer a la gente en la nocturnidad: ha pensado que, si comen en una terraza pública, es improbable que acabe abriéndose de piernas. Sus palabras, no las mías».

«¿Y qué estás haciendo?».

Eli le echa un ojo a la sartén antes de apartarla del fuego.

«Risotto. ¿Quieres?».

«¿Me invitas a comer?».

Aunque ardo en deseos de salir y tocar a su puerta, sacudo la cabeza. Sé lo mucho que le gusta pasar tiempo sola y lo que le cuesta tener la casa para ella. «Me puedo invitar a merendar».

«No tengo merienda hecha».

Le muestro mi respuesta y la acompaño de un significativo vistazo de arriba a abajo.

«Eso es lo que tú te crees».

Eli se muerde los labios para no sonreír. Esta vez no consigue contagiarme, porque justo aprecio que tiene el botón de los pantalones desabrochado. Suda por culpa de la odiosa temperatura de finales de junio y parece de muy buen humor. En cuanto a mí... Hace ya algún tiempo desde que me acuesto pensando en qué estrategia llevar a cabo para convencerla de que tenemos que toquetearnos otra vez.

Tiro a la basura el rotulador gastado y cojo un permanente nuevo.

«Bonito sujetador». Me lo pienso antes de agregar: «Quítatelo».

Ella lo lee y se queda petrificada, pero no en el mal sentido. A mí también me ha pillado por sorpresa, y quizá por eso se me acelera el pulso de pensar en todas las probabilidades que hay de que me rechace. Y estoy casi seguro de que va a escribir que lo olvide cuando, para mi sorpresa, se lleva las manos a los tirantes y se lo saca por la cabeza.

Un cosquilleo muy oportuno me recorre la espalda al verla desnuda de cintura para arriba. Eli, no tan avergonzada como ansiosa por —espero— lo mismo que yo, se rasca el cuello y entrelaza los dedos sobre el regazo, obligándose así a resistir la tentación de cubrirse y darme a mí una vista espectacular de sus pezones duros.

Me siento en el alféizar de la ventana y le enseño la sonrisa tierna que me pica en los labios.

«Muy sexy», escribo. La mano me tiembla un poco. «¿Y los pantalones?».

Eli se ríe nerviosamente antes de asomarse y revisar que no hay nadie tendiendo. Después tiene su característico instante de vacilación para, al final, meter los pulgares en el interior de los vaqueros.

Por un momento me da la impresión de que lo estoy soñando. De que esto no me puede estar pasando. De que ella no se atrevería a hacer algo así, a plena luz del día y solo porque está harta

de cocinar... Pero claro que se atrevería. Yo soy el primero que confía en su poder sobre sí misma. A fin de cuentas, cuando se atreve, no está saltando barreras que ella se haya puesto, sino las que otros impusieron. Y eso es tan excitante como toparme de pronto con unas bragas que se intuyen tan suaves como lo es el rubor de sus mejillas.

Es la cosa más adorable y sexy que he visto en mi vida, y nunca se me ocurrió que dos adjetivos tan aparentemente dispares pudieran ir de la mano.

«Sé que tienes un espejo en la cocina», escribo. «¿Por qué no te miras?».

Ella pestañea un par de veces, confusa.

Me fascina la Eli de cine mudo. Esa a la que hay que leerle las expresiones corporales para entender qué es lo que quiere decir. Y no es que «me guste cuando calle porque está como ausente». Precisamente es al no hablar cuando ella tiene más presente que nunca dónde está, porque soy yo quien la ha dejado en silencio y eso entraña una plena conciencia del poder que tengo sobre su cuerpo.

Observo que tiene la intención de responderme; agarra el rotulador para ello, pero vuelve a soltarlo donde lo había dejado e, insegura, se da la vuelta hacia el espejo en cuestión. Me contó que lo puso Tamara porque a veces se graba cocinando para su cuenta de Instagram y no le gusta tener que ir al baño a corregirse el maquillaje o bajarse el escote para «lucir bien chingona».

Eli se pone de perfil a mí. Tiene las suficientes curvas para que me excite este nuevo plano.

Los vaqueros ceñidos evitan que mi erección sea muy notable, pero noto cómo intenta ganar protagonismo. El calor se va expandiendo por todo mi cuerpo conforme ella se observa críticamente, con el ceño fruncido, hasta que sucede algo insólito. Sus hombros tiemblan por la carcajada que está reprimiendo, y cuando se gira hacia mí, tiene una ligera sonrisa en la boca. Sigue colorada, sudorosa y despeinada; sus pezones encogidos suplican una merecida atención, y tener su ombligo a la vista hace que sea tentador tomar carrerilla desde mi apartamento y saltar al suyo, aun con el riesgo que eso supondría.

Escribo muy despacio en el folio solo por el placer de advertir por el rabillo del ojo cómo aumenta su expectación. No sabría explicar el erotismo que tiene estar tan lejos de ella y, a la vez, a una puerta de distancia.

«¿Te tocarías como lo hiciste aquella vez que te interrumpí?»., anoto. «¿Para mí?».

Eli se pone tan roja que tengo que hacer un gran esfuerzo por no reír. No es que me haga gracia su mortificación: lo que me emociona es haber descubierto que la mayoría de las veces que se ruboriza, lo hace porque le he leído el pensamiento. Porque he dado de lleno en un deseo que tiene y que no se atreve a expresar.

«No sé si puedo hacerlo de pie», escribe ella.

«Ya verás que sí».

Estaba casi convencido de que no lo haría, pero una vez más me sorprende; y digo «una vez

más» porque eso es lo que ha hecho desde que la conozco. Incluso cuando sabía qué era lo que iba a hacer a continuación, cuando creía que podía anticiparme a sus reacciones, ella me ha demostrado que estoy muy equivocado y que puede desafiar sus propios recelos para dejarnos a todos pasmados. Desde donde estoy quieto, con la nuca empapada y la entrepierna ardiendo, no pierdo detalle de cómo mete la mano en el interior de las bragas y coge una bocanada de aire antes de empezar a tocarse.

Mis ojos se quedan estancados en su fina muñeca, en los dedos que desaparecen bajo la tela, pero cuyo relieve puede intuirse precisamente por la compresión de las bragas; en la tensión que se apodera del brazo al usar su mano como un vibrador.

Quiero centrar los cinco sentidos en lo que sucede al otro lado e imaginarme cómo suenan sus gemidos cuando no soy yo quien la toca, algo que tengo que imaginarme porque tiene la ventana cerrada. Sin embargo, no puedo contenerme y me desabrocho el vaquero para imitarla. Ella ha cerrado los ojos, pero como si supiera que me muero por acompañarla, los abre y un destello de deseo cruza su mirada al pillarme en la misma posición. Se humedece los labios y empieza a mover las caderas, a restregarse con su propia mano y apretar los muslos con ganas. Y yo, sin apartar los ojos de mi espectáculo privado, me agarro con más fuerza y me masturbo, tan caliente que escupo el aliento al jadear como un dragón. Noto la fiebre en la nuca, en el pecho, en el vientre, entre las piernas... Apuesto a que estoy tan rojo como ella cuando aumento el ritmo e, hiperventilando, me imagino con sus pechos en las manos o en la boca; con su cuerpo encima, montándome como fantaseo con que lo haga.

Sé que se va a correr cuando la veo inclinarse hacia delante y apoyar la mano sobre el cristal. Involuntariamente contagiado, pego también la palma y observo, con la vista algo borrosa, que se estremece y apenas puede tenerse sobre las piernas cuando el orgasmo la atraviesa. Agacha la cabeza, ocultando su rostro de mí. Al principio me quedo inmóvil, preocupado por si se esconde para huir de la vergüenza, pero cuando estampa el folio contra la ventana me doy cuenta de que solo estaba escribiendo.

«VEN AHORA».

Me quedo a las puertas del clímax, justo cuando mi cuerpo ya empezaba a temblar por los espasmos previos. Y me da igual. Salgo escopeteado del salón, sin darme tiempo a abrocharme el botón; no importa, porque apenas Eli me abre la puerta, gloriosamente desnuda y roja por las zonas en las que debe estarlo, vuelvo a bajarme la bragueta. Me agacho para cogerla por los muslos y encuentro su boca con un gemido de liberación.

—Ahora vas a ver que se puede hacer perfectamente de pie —consigo avisar entre besos. Cierro la puerta de una patada y la cierro con llave; dos segundos que pierdo antes de apoyar su espalda contra la pared y meter la mano entre sus piernas—. Joder. Estás chorreando.

Ella me mira respirando con dificultad y algo salta dentro de mi pecho. No dejan de

estremecerme esos momentos en los que nuestros ojos coinciden y soy de repente fulminado por lo que su carita despierta en mí; por la facilidad con la que algo tan superficial como la belleza logra conquistar por completo mi corazón.

La tomo de la barbilla y tiro de ella hacia mí para besarla suavemente en los labios.

—Mi niña de ojos dulces —murmuro con admiración—. ¿Hoy no vas a pedírmelo?

Eli se abraza a mí y vuelve a por mis labios. Ese latido secreto de antes, el que rebota entre mis costados al abrazarla, percute en algún lugar de mi interior: igual que cada vez que ella ha tenido la menor iniciativa conmigo. Estoy tan desesperado por su libertad y he ansiado tanto su cariño, su atención, que tiemblo cuando me acaricia.

—Fóllame —susurra, con voz algo temblorosa.

Me separo para mirarla y ella me sostiene la mirada, aun cuando se nota que le cuesta. Agradecido y tan excitado que me arden las orejas por detrás, le doy un beso lento que concluye justo al terminar de colocarme el condón y penetrarla.

Eli rompe el contacto para apoyar la cabeza en la pared y gritar.

—Ah... Sí, por favor. Hazlo.

—¿El qué?

—Muévete.

No tiene que volver a pedirlo. La embisto con las caderas y entierro la cara en su cuello. Siento el pulso acelerado bajo los labios con los que recorro su garganta, tanto o más embriagado por su perfume que la noche en la playa. Allí la sentí; ahora la puedo ver, y su expresión de gloria absoluta es impagable. Noto sus uñas en los hombros, en la espalda; la torsión de su cuerpo al intentar pegarse más a mí, y cómo me acoge por dentro, con toda la intención de exprimirme. Sus músculos me aprietan tanto que me cuesta separarme para volver a penetrarla.

—Eres perfecta —gruño—. Me tienes loco.

Ella me abraza más fuerte y me besa en los labios, en las mejillas, en la sien... No sé por qué, pero sin importar lo que cocine, siempre huele a masa de galletas, a un toque de canela en polvo y a ese delicioso champú de flores de cerezo que me transporta muy lejos de donde estoy, de cualquier lugar en el que haya podido estar, para sumergirme en una realidad en la que solo estamos ella y yo. Justo como ahora.

Adoro cómo huele, y sabe aún mejor. Y sobre todo adoro ese impulso visceral suyo por que nuestras pieles se fundan en una, porque nace de lo más profundo de su cuerpo y no hay nada tan puro como eso. Nunca nadie me ha deseado de esta manera ni me ha elegido para ser el hombre a través del que va a descubrir sus placeres, sus gustos y su lado más sexual... Y, ahora que lo pienso, tampoco para ser la persona que saca lo mejor de sí misma. El honor hace burbujear mi pecho.

Me empujo más contra ella, que se pelea con mi camiseta para quitármela y tirarla al suelo. Sus

deditos nerviosos me acarician por todas partes. Pensar que pueda ser el primer torso que reconoce por gusto me excita y me entenece. Y quiero decirle que soy todo para él. Que, en algún momento entre esa boda en la que me dio la mano y este, en el que se ha desnudado para mí para que la admire desde mi ventana, cediéndome toda la confianza que no se tiene a ella misma, me he dado cuenta de que esto no solo es lo que quiero. Ni tampoco lo que necesito. Es, simplemente, lo que no dejé de buscar hasta que la encontré.

Me agarro a sus muslos como si quisiera dejarle la marca de mis dedos y me empalo tan hondo que lanza un gemido lastimero. Coge una gran bocanada de aire, preparándose para lo que ambos sabemos que se acerca, y cruza los tobillos a mi espalda para sobrevivir al orgasmo. Al hacerlo, sus músculos me succionan con tal energía que me lleva consigo al clímax; y justo cuando voy a soltar la cabeza sobre su pecho, esforzándome por mantener el equilibrio, ella se rinde a todo con un abrazo.

Y cuando digo todo, es a absolutamente todo, porque escucho y alto y claro lo que murmura contra mi oído.

—Creo que me he enamorado de ti.

Capítulo 24

La costilla del hombre

—¿Que le dijiste qué? —exclama Tamara, con los ojos abiertos como platos. También abre la boca, lo que me permite apreciar con todo lujo de detalles entre qué muelas se le han atascado los hilillos de la carne que estaba masticando—. ¿Te has vuelto loca?

Me dejo caer en el sofá, aunque sin el dramatismo que requiere la situación. Soy un adorable bloquecito de hielo desde anoche, o peor aún: un robot. Estoy tan tensa que podría romperme si intentara agacharme.

—Me salió sin querer.

—Un pedo te sale sin querer, no un te quiero, Elisenda. ¿Cuánto lleváis quedando? ¿Una semana y media?

—Pero lo conozco desde hace meses —me defiendo—. Oye, no es como si pudiera controlar lo que siento, ¿vale? Se supone que estabas de mi parte. Que me apoyabas.

—Claro que te apoyo. Apoyo que salgáis juntos, que os prometáis en matrimonio, que tengáis ochocientos retoños, que celebréis vuestras bodas de oro y que os enterréis en el mismo nicho y grabéis vuestros nombres entrelazados en Comic Sans MS. Lo que no apoyo es que lo echas a perder diciéndole que estás enamorada tan pronto.

Tiene razón. La he cagado. Pero no he podido resistirme.

Es verdad que soy tímida, pero la impaciencia ha sobrepasado con creces mi intención de aplastar cualquier emoción hasta que nadie pueda intuirlo. Y cuando digo que estoy impaciente, me refiero a que no sé cómo voy a sobrevivir mientras espero a que se olvide de su exmujer. Me conozco y sé que no voy a estar en paz hasta que sepa con certeza que ella ya no domina sus pensamientos. Y no sé cómo demonios va a ayudar a sacarla que yo le diga que quiero un lugar de prestigio en su cabeza igual que él ocupa uno importante en mi corazón... Pero, por si acaso, tenía que hacer el intento de inspirarlo con mis sentimientos. Quizá eso le anime a darme más protagonismo.

—Supongo que esa es una de las cosas que me quedaron del Anormal —suspiro, con las manos apoyadas en el regazo y la vista clavada en el televisor apagado—. Él también tiende a decirle a la otra persona que la quiere cuando está a punto de perderla.

—¿Cómo vas a estar a punto de perderlo, mensa? Si lo acabas de ganar. Ni siquiera te ha dado tiempo a asimilar la victoria. Apuesto a que ni te has pasado la medallita por los morros y por la raja lo suficiente.

Miro a Tamara muy consciente de mi cara de agobio.

—Creo que todavía quiere a su ex, Tay.

Ella baja las garras y me observa pensativa, con la costilla todavía en la mano y la boca manchada de salsa barbacoa.

—¿Y por qué habría empezado nada contigo si eso fuera así? No lo conozco tan bien como tú (y créeme que eso me apena), pero Óscar no parece la clase de macho que sale con una mujer solo por echar un polvo, y menos aún para cubrir el vacío que deja otra.

Me cuesta no sonreír con amargura.

—Yo no he dicho que lo haga conscientemente.

Tamara abre la boca para replicar, pero tiene que cerrarla enseguida. Y si ni a ella se le ocurre una respuesta ingeniosa que tire abajo mis sospechas, es que estamos muy jodidos.

—Pregúntaselo. Usa las pancartas esas que he visto que guarreas para lanzarle mensajitos mudos desde la ventana.

—¿En serio crees que me diría la verdad? —murmuro—. No niego que yo le guste, Tay, pero no sé hasta qué punto, ni... Todo esto es tu culpa. ¿Por qué tuviste que meterme en tus conspiraciones sexuales?

—¿Mis conspiraciones sexuales? Primera noticia de que soy yo la que tiene sexo, no te jode —me bufa. Se tira a mi lado en el sofá y aparta la costilla, con esa cara de asco que pone cuando le hemos cortado el apetito. Utiliza una servilleta de *Frozen* para limpiarse la boca con la elegancia de una señorita victoriana y clava en mí sus preciosos ojos negros—. ¿Y qué pasó después de que le soltaras la bomba?

—Nada. Todo bien. Como si no hubiese dicho nada.

—A lo mejor no lo oyó.

—Sí que lo hizo. Se le notaba en la cara que lo había dejado descolocado.

—Madre mía, es que a mí me dice «te quiero» un *wey* a la segunda chingada y me cago encima. E imagínate el percal que eso habría sido, toda llena de mierda en pleno coito.

—Dije «creo» —recalco—. Siempre estoy a tiempo de retirarlo. Imagina: ¿recuerdas que te dije que creo que estoy enamorada de ti? Pues nada, falsa alarma. Resulta que me lo creí un momento, pero no es cierto.

—No, no, nada de eso. A lo dicho, pecho.

—Es «a lo hecho, pecho».

—Pues «a lo dicho, *pintxo*» —replica—. ¿Vamos a por unos? Me apetecen tapas vascas y tú necesitas irte de parranda.

—Te acabas de comer medio costillar —apunto.

—Exacto. Medio. ¿Dónde está mi otra mitad?

—¿Te refieres a tu otra mitad sentimental o a la del costillar?

—Cualquiera me vale. Al fin y al cabo, las dos se pueden comer, y yo me muero de hambre.

Suelto una carcajada y me levanto sin muchas ganas. Es posible que ese medio costillar me lo hayan incrustado a mí entre mis propios huesos, porque me pesa el cuerpo como si acabara de darme un banquete y en realidad llevo un día sin comer nada.

—Pues yo no tengo ninguna —suspiro, frotándome el vientre—. Podrían haber avisado de que las mariposas que revolotean por el estómago son el remedio definitivo y perfecto para adelgazar.

—Otra razón más para enamorarme —dice Tamara—. Si es que son todo ventajas, coño.

Le lanzo una mirada irónica que ella esquiva para meterse en su cuarto. «Quince minutos para vestirte», dice. A mí me sobra tiempo con diez, pero me hace gracia que Tamara siga pensando a día de hoy, después de haber pasado veintinueve años conociéndose, que puede estar lista para salir no antes de tres horas de encerrarse en su dormitorio.

Entro en el mío sin ningunas ganas de cambiarme, pero con toda la intención de despejar la mente. Apenas me he sacado la camiseta cuando mi móvil empieza a sonar: un número desconocido. A pesar de no saber quién es, lo puedo deducir al ver el prefijo de Francia.

Dudo antes de descolgar.

—¿Sí? —respondo en francés.

—*Eliodora.* —Reconozco la voz ronca y autoritaria de mi padre. Sufro un micro-infarto—. *Llevo un mes intentando contactar contigo. ¿Por qué no coges el teléfono?*

Trago saliva y me obligo a cuadrar los hombros.

—No sabía que eras tú. Podrías haberme llamado desde tu número personal.

—*Me sorprende que teniendo un negocio no atiendas llamadas, sean de contactos agendados o sean de desconocidos.*

—Lo siento —interrumpo con voz áspera—. Pero es que mis servicios de cáterin no están disponibles para el territorio francés.

—*Ya me lo imaginaba. Con tu falta de ambición es difícil cruzar fronteras.*

Aprieto el móvil.

—¿Qué es lo que quieres? Estoy ocupada.

—*Te he comprado un billete a Burdeos para el jueves. Lo tienes en el correo; no hace falta que lo imprimas para escanear el código en el aeropuerto.*

Suelto una risilla, incrédula.

—Papá, te dije muy claramente la última vez que nos vimos que no pensaba volver.

—*Y yo no te pediría que vinieras si no fuera importante.*

—¿En qué momento de la conversación me lo has pedido? —ironizo—. Se me ha debido pasar. Hay muchas interferencias durante las llamadas internacionales.

—*No te lo pido porque es tu deber como Bonnet estar aquí el jueves. Quiero que estés presente cuando me reúna con los abogados.*

—¿Abogados? —repito, alarmada—. ¿Hay algún problema legal?

—*Ningún problema. Dejo los viñedos.*

Pestaño una vez. Esa, junto a «te quiero, hija» es una de las dos frases de tres palabras que jamás creí que oiría de los labios de mi padre. Y, francamente, habría preferido escuchar la primera; aunque solo sea porque sería bastante menos chocante. Siempre he pensado que era más difícil que mi padre dejara de amar su trabajo que empezara a quererme a mí.

—¿Por qué? —logro balbucear.

—*Espero que estés aquí el viernes.*

—Tengo trabajo, papá. Y una vida.

—*Y también tienes un padre. No va a pasar nada porque por una vez lo pongas como prioridad.* —Y me cuelga.

Me quedo mirando la pantalla apagada con cara de póquer.

Siempre igual. «Porque soy tu padre». «Tienes un padre, aunque se te olvide». «Eres mi hija». Son sus frases preferidas, y lo peor es que consigue salirse con la suya, como si el vínculo que nos une —y que ninguno de los dos cuidó para que de ahí surgiera el verdadero afecto— fuese suficiente para mantener una relación padre e hija. Supongo que el peso de las responsabilidades familiares le puede a cualquier cosa, incluso al rencor o al deseo de rebelarte quedándote en tu casa. Aunque, en esta ocasión, debo admitir que ante todo hay curiosidad.

«Dejo los viñedos».

¿Por qué? Mi padre ha dedicado a ellos cada minuto de su vida. Su madre lo trajo al mundo en la mansión del pueblecito de Burdeos donde crea su elixir divino; de crío se entretenía correteando por la viña y jamás se le pasó por la cabeza dedicar su vida a algo diferente. *El vino es su sino*: le gusta decirlo y a mí me parecía bien escucharlo porque no he oído nunca nada que haga semejante alegoría a la verdad.

Salgo de mi dormitorio con la cabeza como un bombo. Tamara sale también, perfectamente maquillada, pero sin vestir.

—¿Qué haces con eso puesto todavía? Nos vamos en tres minutos.

—Tay, tardas una hora de reloj en elegir la ropa que vas a ponerte. No te engañes a ti misma —suspiro. Cierro la puerta tras de mí y me apoyo en ella con cansancio—. Me ha llamado mi padre.

Tay abre los ojos como platos.

—¿En serio? ¿Qué quiere?

—Que vaya a Burdeos.

Tamara lanza un gritito emocionado.

—¿Puedo ir contigo? Me hace ilusión. A lo mejor hay algún francés buenorro y estirado deseando enamorarse de una mexicana bien nalgona.

—O a lo mejor hay alguna mexicana bien nalgona deseando enamorarse de un francés buenorro

—corrijo.

—¿Qué mexicana nalgona? Espero que no te refieras a mí, porque yo preferiría a un empotrador italiano.

—Entonces te avisaré cuando vaya a La Toscana. No puedes venir porque ha comprado un solo billete y me reuniré con sus abogados. Y supongo que con Normand también.

Tamara hace una mueca.

—Para una noche que quiero ir a comer *pintxos* y me lo tienen que jorobar las malas noticias. Ándale, descorcha alguna botella y saca la cámara. Nos quedamos aquí a lamentar nuestras vidas, pero que quede constancia del maquillaje tan chingón que me he hecho.

Ese plan ya me gusta algo más.

Sonríó y me dirijo a la cocina, pensando en la combinación de vino tinto y el medio costillar que ha sobrado.

«Dejo los viñedos».

La frase no deja de dar vueltas por mi cabeza, rebotando de una esquina a otra como el símbolo del salvapantallas de los reproductores DVD. Estaba convencida de que mi padre no diría eso ni en su lecho de muerte: lo sustituiría por algo parecido a «Dejo los viñedos en manos de mi reencarnación. Vosotros ni los toquéis, mamones», o su equivalente en francés, que por supuesto suena mucho mejor.

Por favor, debe tratarse de algún tipo de encerrona. ¿Cómo va a dejar los puñeteros viñedos? ¿Qué será lo próximo? ¿Que Tamara se comprometa con la dieta de verdad? Ni siquiera es comparable. Si la salud y rentabilidad de sus vinos dependieran en algún modo del peso de mi mejor amiga, Noël Bonnet se las arreglaría para que pesara cuarenta kilos.

—*Ya. Lo sé* —escucho una voz masculina al otro lado de la terracita.

Me agacho para sacar el vino de la mini bodeguita que tenemos y no presto atención: no es la primera vez que me entero de las conversaciones ajenas por culpa del eco del edificio, ni tampoco me estreno en eso de respetar la intimidad ajena y hacerme la sorda. Pero enseguida reconozco la voz de Óscar, y me cuesta no asomar la mitad de la cabeza por la ventana abierta.

—*Tampoco tienes que ponerte así... No todos estamos desesperados por vivir una... Pues no le dije nada.* —Pausa. El corazón se me acelera. ¿Habla de mí?—. *Me quedé en shock, Lali. ¿Qué te crees, que yo no me siento mal por no haberle respondido?*

Me asomo un poco más, lo suficiente para ver que tiene también la ventana abierta —no me extraña con el calor que hace— y camina de un lado para otro del salón.

Se pasa la mano por el pelo, nervioso.

—*Sí. No hace falta que me recuerdes que yo lo empecé todo, ya lo sé... No me estoy echando atrás, Lali. ¿Que por qué te llamo? Pues porque no sé qué hacer.* —De nuevo se queda en silencio. Suspira y se deja caer en el sofá.

Justo cuando presiento que va a girar la cabeza hacia mí, me escondo debajo de la ventana, entre las botellas.

Tamara aparece en la cocina.

—¿Qué ha...?

No la dejo acabar: me pongo un dedo en los labios, y ella, más que entusiasmada por hacerlas de espía, se pone a cuatro patas y gatea hasta mí para esconderse.

—¿Por qué hacemos esto? —susurra.

Vuelvo a pedirle que se calle. La voz de Óscar retumba por las cuatro paredes de la terraza, y llega hasta mí en la forma de un eco.

—*Eli es lo mejor. Ya, ya... Se parece muchísimo a Nieves, ¿sabes? Es... sensacional, pero...*

Tamara hace la mueca que yo no me atrevo a poner al mirarme. Ese orden es el equivocado, parece querer decirme. Lo bueno siempre tiene que ir después del «pero»; si no, es como si lo malo lo aplastara.

—*Claro que tiene que ver con Nieves. No puedo simplemente...* —No escucho del todo bien lo que dice a continuación—. *Es que no lo entiendo. Esto no debería haber pasado, ¿entiendes? Demasiado rápido, demasiado fácil.*

—Pinche puto. ¿Tú, demasiado fácil? ¿Cómo puede decir eso conociéndome a mí?

Le cubro la boca con la mano. Y no sé por qué; no quiero oír nada de lo que está diciendo. Odiaría que le diera la razón a mis inseguridades. Pero es lo que hace.

—*Siento que la estoy traicionando. Debería ser solo ella y no puedo darle esa exclusividad. Ni siquiera siento ya que esté en el medio como antes: es que lo acapara todo, y... Creo que no estoy siendo justo.*

Cierro los ojos y asiento muy despacio, como si así pudiera decirle, desde donde estoy, que lo comprendo. Que sé que soy «la otra» y que, como ha dejado claro en incontables ocasiones, antes y después de que me besara y todo mi mundo se pusiera a sus pies, solo amaré una vez. El resto del tiempo se conformará.

Conmigo se conforma. O se conformaba. Suena a que va a tomar una decisión radical.

Me pongo de pie y, con cuidado de no distraerlo de su conversación, cierro la ventana y bajo las persianas.

—Nos van a comer los mosquitos si la dejamos abierta —murmuro.

Tamara se pone en pie a trompicones y me mira con un puchero.

—Le odio —se desahoga—. Debería haberse quedado gay.

—Me parece que nunca lo ha sido como para «haberse quedado así» —puntualizo, intentando sonreír.

Me siento como si me hubiera pasado por encima una locomotora y todo lo que pudiera hacer fuese quedarme tendida sobre las vías, mirando cómo el cielo cambia de color. Pero en realidad

hago mucho más que eso: cojo el rotulador y escribo algo antes de buscar el fiso y pegarlo al cristal por el lado del mensaje.

—¿No vas a ir a decirle nada? —me espeta Tamara. También me persigue hasta el sofá—. Eli, tenéis que hablar sobre eso.

—Yo creo que ya está todo dicho.

—De su parte, puede. Pero ¿y de la tuya?

Me froto las sienes.

—Mira, Tamara. No es nada que no supiera o no me hubiese advertido de alguna manera. Ya está. Me quedaré con lo bueno de la experiencia. Por lo menos he descubierto que no soy una criatura asexual. —Me fuerzo a sonreír, pero se me tuerce la boca—. No tengo nada en contra de las criaturas asexuales, ya sabes, pero me alegra que... Por lo menos ya no... —Envío una mirada impaciente al techo y entrelazo los dedos en el regazo para ocultar el temblor—. Tú me entiendes, ¿verdad?

—No —reconoce, con una sonrisa humilde—, pero te quiero. Así que, si necesitas un abrazo...

No espero a que me lo pida otra vez y me tiro a sus brazos.

Tamara siempre tiene la piel ardiendo, además de suave como la de un bebé. Creía que el olor de mi madre sería el que me devolvería a casa, y que una vez la perdiera no volvería a sentirme cómoda en ninguna parte, pero he levantado en el perfume de Tamara —una fragancia a magdalenas recién hechas y azúcar glass con un toque de picante— mi nuevo hogar. Aunque ella diga que no, abrazarla siempre significa sentirse comprendida y querida. Incluso perfecta.

—Sabía que habría sido demasiado bonito para ser cierto, pero aun así tenía esperanzas —murmuro, con la boca pegada a su hombro. Ella me estrecha con esa pasión que desborda para todo lo que hace—. Es el hombre ideal para mí. No es justo que otra lo desgraciara para que ahora no pueda quererme.

—A lo mejor no te quiere ahora, pero ¿quién sabe? Algún día, no muy lejano...

—Prefiero no pensar en ello. Sería mejor que hiciera una lista de sus defectos para ir olvidándome, porque no voy a rebajarme a ser el consuelo de nadie.

—Esa es mi nena. —Aplauda, con una sonrisa de oreja a oreja—. Muy bien, enumeremos sus defectos. —Se palmea los muslos con ilusión y pone la que Daniel dice que es «su cara de pensar». Enseguida me mira con una mueca—. ¿Se te ocurre alguno?

Apoyo la mejilla en su hombro y suspiro.

—Ni uno solo. Ahora mismo solo puedo lamentar que resultara ser hetero.

Capítulo 25

La niña de ojos dulces

«Cerrado por vacaciones». Eso es lo que Eli ha escrito y pegado a la ventana; lo que Tamara me ha recordado cuando he ido a su apartamento para hablar muy seriamente con ella. Me ha abierto de mala gana y me ha mirado de arriba a abajo como si fuera un molesto insecto.

—¿Es que no lees las señales? —Y apunta a su espalda con un pulgar manchado de mayonesa, que lame nada más se dio cuenta. Continúa hablando con el dedo en la boca—: Pone «*cedado po vacacione*».

—¿Qué significa eso?

—¿No te haces una idea?

Pestaño, impertérrito. Tamara no me ha hablado con tanto desprecio jamás.

—Bueno, ¿y sabes dónde puedo encontrar a Eli?

—Aquí no está. Llámala por teléfono. —Justo antes de cerrarme con la puerta en las narices, agrega—: Mucha suerte esperando que te lo coja.

Doy un respingo al recibir un portazo casi en la cara.

Sé de sobra que desde aquí no voy a averiguar nada que no sepa ya; que, si Eli estuviera en casa, lo sabría. Pero aun así me quedo donde estoy e intento mirar a través de la mirilla.

No hay resultados.

He dejado que pasen veinticuatro horas sin vernos porque, aparte de que los días de entregas de notas en el colegio son abrumadores para los profesores de gimnasia, que tenemos que entretener a los niños mientras duran las tutorías, necesitaba encontrar las palabras adecuadas para expresar lo que siento. Al final, y pese a mis quejas sobre su incapacidad para hablar con claridad, Eli ha demostrado tenerlo mucho más fácil a la hora de confesar sus sentimientos. O, al menos, ser bastante más valiente que un humilde servidor, que se quedó como un pasmarote y creyó que sería inteligente hacerse el sueco.

Vuelvo a entrar en mi apartamento y doy un paseo, nervioso. Se me ha olvidado hacerle preguntas de otro tipo a Tamara, como, por ejemplo, cuándo vuelve su mejor amiga y a dónde se ha largado. Normalmente, cuando Eli va a algún sitio por motivos laborales, Tay suele marchar con ella. Pero por lo que he visto, solo la ha acompañado en el sentimiento de odiarme: si Tamara

tiene esa actitud tan borde, es porque a Eli no le sentó bien mi respuesta. O, más bien, mi falta de ella.

Me paso los dedos por el flequillo para apartarlo de la cara y me fijo en los papeles que reposan sobre el alféizar de la ventana. Ese «cerrado por vacaciones» me está poniendo histérico. Me muero por que vuelva de una maldita vez, sentarnos a hablar y sacarme esta angustia que me corroe. No es exactamente un agobio asfixiante; es bastante más agradable. Con Eli todo lo es. Pero quiero sustituir esto por un poco de orden y concierto. Y paz interna.

Ahora que no tengo ni actividades extraescolares que atender, ni clases de yoga que cubrir, ni un horario lectivo que afrontar, los minutos pasan más despacio. Siento cómo me voy desquiciando: da la una y Eli no vuelve. Las tres. Las seis. Las diez de la noche. No puedo soportarlo más y escribo un mensaje.

ÓSCAR (22:21): ¿Cuándo voy a verte?

Me quedo mirando fijamente las tres palabras hasta que el «escribiendo» de WhatsApp me devuelve el alma al cuerpo.

ELI (22:25): Deberíamos hablar sobre eso.

Vaya, nunca pensé que viviría para verla proponer una conversación.

ÓSCAR (22:25): Estoy de acuerdo. ¿Cuándo vienes? Quiero hacerlo en persona.

El siguiente «escribiendo» se mantiene durante dos largos minutos. Me esperaba la Biblia en verso, pero aunque contesta un buen párrafo, es bastante escueto. Y eso significa que ha estado comiéndose la cabeza acerca de cómo plantearlo.

ELI (22:27): Eso no va a poder ser. Y tampoco hace falta que nos veamos las caras para zanjar lo que tenemos pendiente. Óscar, no sé qué es lo que hemos empezado, pero se tiene que acabar ya. Es obvio que no estamos preparados para lo que podría salir de una «relación».

La sangre se me hiela.

ÓSCAR (22:27): ¿A qué te refieres? Mira, me puedo imaginar por qué lo dices, y antes de nada me gustaría dejar algo claro, pero no quiero hablar de esto por mensaje.

ELI (22:28): Solo puedo por WhatsApp ahora mismo.

ÓSCAR (22:29): Entonces esperaré a que vuelvas a casa.

ELI (22:29): No sé cuándo voy a volver.

Frunzo el ceño.

ÓSCAR (22:29): ¿Cómo que no sabes cuándo vas a volver?

Ella no responde. Se queda en línea. Nada de «escribiendo». Hasta que desaparece: sale de WhatsApp. No me lo pienso dos veces y pulso el botón de llamada. Ella demora cinco pitidos en responder.

—*Te he dicho que solo puedo enviar WhatsApps.*

—Pues no te he visto respondiéndome. Eli, no me gusta una mierda hacer esto. Odio insistir

cuando sé que no quieres, pero es que no soporto estar en un sinvivir. Creo que lo comprendes.

—Sí, Óscar. —Se la oye cansada—. *Yo lo entiendo todo.*

—Entonces háblame. ¿A qué viene eso de «zanjar»? ¿Qué es lo que hay que zanjar? Si lo dices por eso que me dijiste el otro día...

—*Tiene que ver con eso, pero no tanto como puedas pensarte. Comprendo que nadie se enamora tan rápido, y si yo no lo hice nada más hablar contigo la primera vez fue porque estaba haciendo todo lo posible por resistirme. Y no te pediría que me quisieras ahora. Pero saber que no vas a enamorarte nunca me afecta, y yo no... No quiero volver a conformarme, ¿entiendes?*

Lanzo una mirada dudosa a los folios que descansan sobre el alféizar, la mayoría con los mensajes plasmados que le he enseñado. Pero también hay otros que he garabateado a modo de prueba y que no le he mostrado.

—¿Cómo que no voy a enamorarme nunca?

—*Tu corazón ya tiene dueña* —declara con seguridad—. *Lo dijiste tú mismo.*

—Yo jamás he dicho nada parecido.

Su suspiro se quiebra al llegar al final.

—*Venga ya, Óscar. Aquella vez, cuando se me montó el músculo en la clase de yoga, al hablar de las novelas de viudos de Virtudes; cuando Tamara nos encerró en el baño. Incluso cuando vimos Desayuno con diamantes. Has dejado claro, por activa y por pasiva, que no crees que se pueda querer más de una vez. Y ya te has enamorado una primera, lo que a mí me convierte en un parche, o un premio de consolación. No quiero ser eso para nadie.*

—Claro que no eres eso para mí. Lo que decía entonces se queda cuando lo dije: entonces. Hace meses. No tiene nada que ver con lo que piense o sienta ahora.

—Óscar... —Suspira de nuevo, esta vez entrecortada—. *Tengo una experiencia muy limitada en esto del amor y puede que no se me den bien los hombres, pero créeme si te digo que he calado perfectamente cuál es tu postura. Quiero que entiendas la mía. No puedo verte y estar contigo sabiendo que tienes a Nieves en la cabeza, que la echas de menos, que aún la adoras. ¿Te parece muy descabellado?*

—Por supuesto que no me parecería descabellado si eso fuera cierto. —Me tiro del pelo para retirármelo de la cara—. Eli, lo que me pasa con Nieves es mucho más complicado que eso. Pero tú...

—*Yo estoy en el medio, ¿verdad? Y no quieres traicionarme.* —Frunzo el ceño sin comprender—. *Te estoy poniendo las cosas fáciles, Óscar. No te va a ser muy difícil acostumbrarte a que no nos veamos con frecuencia y seamos corteses el uno con el otro. Hacen solo unos meses desde que nos involucramos y...*

—Creo que ha habido un malentendido. Esto no podemos dejarlo así; ni siquiera sé qué

hacemos hablando por teléfono de algo tan...

—*Estoy enamorada de ti* —interrumpe. Yo me quedo congelado—. *No sé cuándo ni cómo ha pasado, pero adoro los detalles de tu personalidad; tu lado femenino, cómo te prestas a ayudar, lo mucho que te importa tu familia, lo bueno que has sido conmigo, la cantidad de referencias que puedes soltar en apenas diez minutos de conversación y la complicidad que tenemos para divertirnos. Me encanta que hayas visto todas mis películas preferidas y pueda hablar contigo como con una amiga; que tengas opiniones y des valor a cosas que los hombres ven como una pérdida de tiempo, y que me hayas hecho sentir la mujer más guapa del mundo. Sé que eres una persona maravillosa y no has hecho esto adrede; que no pensabas de forma consciente que estabas sustituyendo a Nieves por mí hasta que te ha dado en la cara..., que no nos comparabas para que yo saliera perdiendo. No me cabe duda de que si la vida fuera tan espectacular como creo que los dos merecemos, tendríamos una oportunidad. Pero comprendo que ella te ha marcado como tú me has marcado a mí, y si eso es así, no la vas a olvidar nunca.*

—Eli...

—*Te pido por favor que lo dejemos aquí. No estoy hecha para pasarlo mal con estas cosas.*

—No quiero que lo pases mal —murmuro—. Todo lo contrario. Por eso tienes que escucharme.

—*Tengo que dejarte. Ya va a despegar el avión* —me dice con voz triste—. *Gracias por todo. De verdad.*

No me da tiempo a decirle que no tiene que agradecerme nada, porque esto no se ha terminado; ni tampoco a preguntarle qué hace en un avión. Me cuelga, y cuando marco su número de nuevo, me sale que está apagado o fuera de cobertura.

«Y una mierda se queda esto así».

Salgo otra vez de casa y toco de nuevo al timbre del cuarto B. Tamara me abre con cara de pocos amigos. Esta vez tiene un snack de palomitas con ketchup bajo el brazo. Para ser cocinera, es curiosa la pasión que siente por toda clase de cochinadas sin ningunas proteínas o vitaminas.

—¿Qué?

—¿A dónde ha ido Eli? —pregunto sin rodeos.

—A Francia. —Se pone a masticar—. ¿Por?

Voy arrugando el ceño muy lentamente.

—¿Francia?

—Sí. Su padre la llamó de urgencia hace dos días y ella ha cogido sus bártulos y se ha ido.

—Bueno, pero... —balbuceo, cada vez más nervioso—. Volverá pronto, ¿no? Si se fuera mucho tiempo creo que me lo habría dicho. Y no creo que sean vacaciones porque no le gusta Burdeos.

Tamara compone una mueca de lástima.

—Mira, ya que tienes tanto interés en saberlo, te lo diré. —Coge aire—. Se va un año entero a Burdeos porque su padre necesita que atienda los viñedos ahora que se va a jubilar. Y quien dice

un año, pues dice varios, ¿sabes? A lo mejor se queda allí a vivir para siempre.

—Eso son chorradas —balbuceo con el corazón en un puño—. ¿Cómo va a dejar el cáterin desatendido? Si se largara, los vecinos le habrían hecho una fiesta por todo lo alto, y tú estarías comiendo gofres y otras chucherías que te acercan peligrosamente a la diabetes, como cada vez que te pones triste.

—¿Cómo sabes lo de los gofres?

—Lo sabe todo el edificio.

Tamara alza las manos con las palmas apuntando hacia mí.

—Mira, muñeco, yo te he dicho lo que sé. Eli se va a Burdeos y no se sabe cuándo vuelve; me ha dejado claro que puede que se quede allí para siempre. Y me parece de muy mal gusto que me pongas esa cara de palurdo cuando tú tienes buena parte de la culpa.

—¿Yo? ¿Qué he hecho yo?

Ella bufá.

—Para chulearte de que has visto todas las películas románticas del mundo, no pareces haberte enterado de cuál era la moraleja de *Ghost*. Tienes que dejar ir a los muertos, ¿sabes? Y de eso yo sé mucho, que en mi país natal se los celebra como si estuvieran vivos... pero solo por un día, no los trescientos sesenta y cinco, y menos pretendiendo echarte otra novia.

Sacudo la cabeza.

—¿De qué estás hablando?

—De tu conversacioncita del otro día, menso. —Me apunta acusadoramente con el dedo índice—. Parece mentira que no sepas todavía que aquí nos enteremos de todo. Si querías hablar con tu hermana Campanilla sobre lo mucho que amas a tu mujer sin que Eli se diera por aludida, podrías haberte encerrado en el baño.

Abro la boca para insistir en que no sé qué milongas me está contando, pero justo caigo en la cuenta: hace tan solo un par de días llamé a Lali, sofocado por la culpabilidad, y le estuve contando lo que me atormentaba. No recuerdo exactamente qué es lo que dije, pero desde luego no tiene nada que ver con lo que Tamara propone.

«Yo estoy en el medio, ¿verdad? Y no quieres traicionarme», ha dicho Eli.

Y entonces, encaja.

—Joder —mascullo—. Lo ha entendido todo mal.

—¿Perdona?

Clavo los ojos en Tamara, que me sigue mirando como si oliera mal. Esta mujer lleva sus lealtades al máximo nivel; le da igual mandar al infierno sus simpatías si no le vienen bien a sus seres queridos más cercanos.

—Estaba hablando de Nieves.

—Sí, eso es lo que te he dicho. Que te vayas a hablar de Nieves donde no se te escuche...

—No. —Sacudo la cabeza—. Lo que dije.

—¿Cómo era? —Se da unos toquecitos en la barbilla—. Ah, sí... «Siento que la estoy traicionando. Debería ser solo ella y no puedo darle esa exclusividad. Ni siquiera siento que esté en el medio: es que lo acapara todo, y... Creo que no estoy siendo justo». Eso que dijiste fue muy inteligente. No estabas siendo justo para nada. Mi Elisenda es una reina mora y no me sale a mí del moño que juegues con ella, ¿te has enterado?

—¿Qué es lo que se ha liado aquí, y sin mí presente? —rezonga Edu, asomado a la escalera. Va vestido como para salir—. ¿Por qué discutís?

—No me refería a Eli al hablar de la traición, ni de la exclusividad. Es más complicado, es... —Enfrento a Tamara con la mandíbula desencajada—. Nieves es la mujer a la que estoy dando de lado. A la que no puedo retener en mi cabeza ni en mi corazón.

—¿Y cuál es el problema entonces? —rezonga Tamara.

—Que...

Que es difícil soltar a alguien a quien has estado agarrado desde que incursionaste en el amor. Sobre todo cuando ese agarre está lleno de púas; de espinas afiladas que te atraviesan y al mínimo movimiento se te hunden más aún. Creía que lo más sabio era dejarla estar y aceptar en su lugar los errores que no pudo corregir, cuya culpa ni siquiera llegó a asumir. Era lo mínimo que podía hacer en su nombre, después de todo. Cargar con ese peso para siempre: con el suyo, el de todas las cosas que no le dio tiempo a emprender y que se perdió por estar sufriendo a mi lado, además de mi culpabilidad. Pero un paso hacia Eli es un paso que estoy más lejos de ella, y no la echo de menos. No quiero mirar atrás. No quiero darme la vuelta y abrazarme de nuevo a la zarza, aunque sienta que debo; aunque los remordimientos me maten. Porque lo que yo quiero es a mi niña de ojos dulces, la que me hace los amores más sencillos y a la vez tremendamente excitantes; a la que aunque las dudas ahoguen y se le haga la vida cuesta arriba, se levanta cada día con el propósito de superarse. La que, si retrocede, es porque necesita impulso para sorprenderme con su valor, y no porque desee que me estanque con ella.

La que me quiere y me lo dice incluso cuando se queda muda. Y no de cualquier manera... sino como necesito. Como me hace bien. Exactamente como yo la quiero a ella.

—Mira eh, manda cojones que os pongáis románticos cuando yo me quiero rajar las venas a la vertical —se mete Edu, al que se le han humedecido los ojos—. No falla, oye. Rompes con el novio y ya no puede uno ni salir de su casa sin que le metan el romance por todos los orificios. Y quiero mis orificios desinfectándose por un tiempo.

—Ni caso, que lo que has dicho es muy bonito —exclama Tamara. Qué fácil ha sido enterrar el hacha de guerra para ella: me coge de las manos y me mira muy emocionada—. Se lo tienes que decir a Eli.

—Está volando. Y no sé cuándo vuelve. A no ser que me desplace yo, estoy viendo que me voy

a comer los mocos como mínimo todo el verano.

Tamara llega a la misma conclusión que yo, y casi a la vez: no sé en qué momento hemos desarrollado la complicidad de entender nuestro lenguaje no verbal, pero con esa ceja arqueada me está invitando a hacer lo que yo mismo he propuesto.

—¿No has terminado el cole? Pues ándale al computador y te consigues unos boletos para el imperio galo ahora mismo —me anima—. Yo no desaprovecharía la oportunidad de pasar con Eli unas vacaciones en la costa francesa.

Ni ella ni nadie con dos dedos de frente. Pero alguien va a tener que conservar la cabeza fría y la lógica intacta para no subirse a un avión para ir a declarársele a una mujer.

Naturalmente, ese alguien no soy yo, sino Edu.

—Espera a que aterrice y la llamas. Que el precio de establecimiento internacional sale por un ojo de la cara, pero no por más de un billete de avión a última hora. ¿Por cuánto puede salir viajar a Francia con un día de antelación? ¿Más de doscientos, cuando se puede conseguir por diecinueve?

—Tengo dinero ahorrado.

—La gente se ha vuelto loca —dice al aire, observando cómo regreso a mi apartamento.

Tamara y Edu me siguen con curiosidad, pero yo me quedo parado en cuanto pongo los pies en el salón y me fijo en el libro que Eli había cogido la noche del cine: *El prisionero del cielo*, aquel que me regaló Nieves cuando cumplí veinte. Y como si en el momento mi cabeza hubiera bloqueado la mitad de mis recuerdos, estos se despliegan ahora en tropel para mostrarme a una Eli husmeando entre las estanterías y quedándose blanca al ver que todas las películas que elegí las había visto antes con Nieves.

«Imbécil. Parece mentira que conozcas a las mujeres».

«La tienes tan presente que por un momento he podido verla», me dijo Allegra. Está claro que mi cabeza ha organizado un complot para hacerme consciente de la miseria en la que he estado dando una vuelta alrededor del apartamento. No hay una maldita cosa que no perteneciera a ella, que no me regalase ella, o que no hubiera comprado solo porque pensé que le gustaría a ella. Me revuelve el estómago sospechar que Eli pudiera haberse dado cuenta, y que solo una de todas las palabras que han salido de su boca puedan haber tenido su parte de verdad.

—Necesito vuestra ayuda —murmuro, aún con el libro en la mano—. Tengo que...

Mis ojos se cruzan con los de Edu. A diferencia de Tamara, quien me atiende con atención, me observa con seriedad. Porque él si sabe lo que cuesta deshacerse de algo que fue de alguien que quisimos. Ha estado metiendo colecciones de manuales para cuidar de bonsáis todo el fin de semana, entre otras muchas de las pertenencias de Akira; el sentimiento ni le es desconocido ni le pilla demasiado lejos para no identificarse. Pero a diferencia de mí, Edu no quería deshacerse del cepillo de dientes. Yo, aunque me temblarán los dedos, sé que necesito llevar algunas cajas al

trastero, y dejar otras donde pertenecen: en el pasado.

—¿Estás seguro de que quieres tirar todo eso? —me pregunta, cruzado de brazos.

—No todo. Solo lo que sobre.

Edu asiente y se remanga.

—Pues vamos a ponernos manos a la obra, porque me parece que es bastante más de lo que se ve.

Capítulo 26

La France

Haber nacido y vivido en Francia durante unos cuantos años de mi vida no convierte al país en mi tierra natal, ni tampoco siento esas cosquillas de familiaridad en el estómago cuando desembarcas en el lugar de origen. Mi madre no era francesa de nacionalidad, sino catalana, y supongo que por sentirme más afín a ella, además de haber vivido más años en España, me siento española de pura cepa.

Tampoco se me escapan las causas psicológicas por las que me produce malestar físico recorrer las hectáreas de viñedos en coche en dirección a la que fue mi casa: una de ellas es que las peores épocas de mi vida las he pasado aquí, y no puedo olvidar que siempre que he venido ha sido porque no me ha quedado más remedio. Porque mi madre había muerto y no se me ocurrió otro lugar mejor al que acudir.

Pero lo que de verdad me pone nerviosa es la compañía. Cuando el taxi aparca justo a la entrada de la majestuosa verja oscura, lanzo una mirada de aprensión por la ventanilla, como si desde tan lejos pudiera ya averiguar quién me está esperando dentro.

Sé que mi padre va a recibirme. Y sé que, por extensión, Normand lo hará un respetuoso paso por detrás. Es él a la persona a la que no quiero enfrentar. Sobre todo después de haber dejado a Óscar por teléfono para pasarme luego una hora en el avión llorando sin parar. Ahora cargo una migraña insoportable, y sabe Dios —y sabe quien me las aguanta— que cuando me duele la cabeza no estoy para tonterías.

Pago al taxista y me adentro en las profundidades del infierno, que es muchísimo más agradable a la vista de como uno imagina. El caminito de tierra que lleva a la mansión está franqueado por unos jardines bien cuidados; tanto que me da la impresión de estar en primavera al casi tragarme el polen del aire y advertir las manchas de colores que son las rosas y tulípanes de los maceteros. Hay unos cuantos jardineros trabajando mientras paso hacia la gran escalinata principal; la que me conducirá a mi peor pesadilla.

En realidad estoy exagerando. No le tengo miedo a mi padre, ni tampoco le odio. Entiendo su manera de ser y simplemente he asumido que choca demasiado con la mía para tener una agradable relación de padre e hija. No puede decirse que yo no lo intentase: pero si la única manera de convertirme en la niña de sus ojos y ganarme su aceptación era siguiendo la senda que había preparado para mí, naturalmente no iba a funcionar. La gente, y con este sustantivo colectivo estoy refiriéndome a Noël Bonnet y a Normand, suele dar por hecho que los tímidos somos

imbéciles, porque para los hombres de negocios no hay mayor manifestación de inteligencia que el carisma. Y mientras ellos se echan para delante, yo daba pasos hacia atrás. Diferencias irreconciliables, en fin: lo que aportó mi madre como razón para divorciarse de mi padre hace unos quince años.

—*Mademoiselle* —me saluda el ama de llaves—. Su padre la espera en el despacho.

Asiento y le doy las gracias a la vez que mi pequeño equipaje de mano; no llevo más que un vestido largo, porque conociendo a mi padre intentará llevarme a algún cóctel o reunión importante, y el pijama, aunque mi intención es largarme enseguida.

Recuerdo el bochorno que pasé al mudarme a España y contar a mis nuevos amigos que tenía «servicio» en casa, todo porque mi mente infantil creyó que no era en absoluto extraño y menos aún signo de nobleza. Estuvieron metiéndose conmigo por pija y niñata ricachona hasta que terminé el instituto. Si hubieran sabido que vivía prácticamente en la miseria con mi madre, a lo mejor no se habrían reído tanto.

El ama de llaves pretendía guiarme al despacho, pero no ha pasado tanto tiempo desde que me largué y no he olvidado dónde se ubica la habitación que más respeto me daba de la casa. Cuando era una cría, pasaba por delante de la puerta entornada casi con actitud solemne: me imponía muchísimo respeto asomarme y ver a grupos de hombres trajeados y bien peinados degustando su vino y charlando con mi padre. Pero lo que más me fascinaba era el comportamiento de mi padre. Sonreía, era amable: lo pasaba bien con sus socios y amistades. Yo fantaseaba con que fuera tan bueno conmigo como lo era con ellos, por eso un día me colé en una de sus reuniones. Después de la bronca que me echó, no solo no volví a asomarme, sino que empecé a mantener las distancias.

Ahora lo pienso y me dan ganas de viajar al pasado para darle un soplamocos a esa niña asustadiza. Quizá, si no me hubiera tomado tan a pecho su ira, habría mostrado mayor predisposición a ser su aliada unos pocos años más tarde.

Además, no era como si fuera a encontrar oro en esas reuniones. A los diecinueve me permitió formar parte de ellas por primera vez y eran lo siguiente a soporíferas.

Toco a la puerta con suavidad. Desde donde estoy se oye la tranquila conversación de dos personas, un hombre y una mujer. Al asomarme, descubro que mi padre tiene las manos de una señora más o menos de su edad entrelazadas con las suyas, y la mira con una pequeña sonrisa.

No sé qué es lo que me impulsa a interrumpir; mis modales franceses no, desde luego.

—Hola.

Mi padre se gira hacia mí y cambia de expresión casi de inmediato. Yo pestañeo, casi sin creerme lo que veo.

Noël Bonnet siempre ha sido un hombre guapísimo; está mal que lo diga yo, porque en fin, es mi padre, pero no solo me baso en que todas mis conocidas hicieran cola además de gamberradas delante de mis narices para acostarse con él, sino en la armonía de las facciones. Tiene el pelo

oscuro peinado hacia atrás, con apenas unas pinceladas plateadas en las patillas, la piel morena como un gitano y los ojos del mismo azul brillante que yo. Debe medir al menos un metro ochenta y cinco, y para haber cumplido cuarenta y ocho años, se conserva de maravilla.

Lo que me sorprende es que haya parecido rejuvenecer diez años desde que lo vi la última vez. Y que no lleve traje, sino unos vaqueros normales y corrientes y una camisa desabrochada por un botón.

Me hace un gesto para que pase que, para no variar, parece más bien una orden.

—Adelante, Eliodora.

Obedezco y observo que intercambia una mirada cómplice con la mujer. Esta es una rubia de metro y medio, insípida y con los labios de un tono demasiado llamativo para su edad.

Vaya, qué descripción tan desagradable. Se ha notado que no me gusta que esté aquí, ¿no?

—Colombe, esta es mi hija Eli.

La tal Colombe se gira hacia mí con una sonrisa que es imposible no devolver. Me da los tres besos que dicta el protocolo.

—Tenía ganas de conocerte —dice con un impecable acento parisino—. Tu padre no deja de hablar de ti.

—No te habrá contado demasiadas lindezas.

A diferencia de Noël, que frunce el ceño, Colombe suelta una risita musical y me aprieta la mano, que no sé en qué momento ha pensado que puede estrechar.

—Más de las que tú misma podrías decir de ti misma —me asegura en tono cálido—. Bueno, no quiero molestar. Será mejor que me vaya. Te espero a la una en el restaurante, Noël.

Mi padre asiente algo taciturno. La expresión se le transforma completamente en un gesto relajado cuando Colombe lo besa con suavidad en los labios antes de marcharse.

Apenas se ha ido cuando yo me cruzo de brazos y lo enfrento con el corazón latiéndome muy deprisa.

—Nunca pensé que una mujer te haría renunciar a los viñedos. Aunque supongo que eso es porque ni mamá ni yo pudimos.

No sé a qué viene ese comentario venenoso: debe ser la migraña, que lo de Óscar está en carne viva y que no puedo ni ver una sola parejita dándose carantoñas.

Mi padre se queda igual de pasmado que yo.

—Colombe no ha hecho que renuncie a nada. Ya había decidido nombrar a mi sucesor mucho antes de conocerla a ella. Y por tu madre habría renunciado a cualquier cosa —añade. Solo él es capaz de dejar de piedra a alguien diciendo algo que podría sonar dulce pero entona como si se estuviera cagando en tu nación. Lo suyo es talento, y lo demás, tonterías.

No me muevo de donde estoy y lo sigo con la mirada hasta que se sienta detrás de su escritorio. Aunque las bodegas están en el sótano y las uvas a unos cuantos kilómetros, el despacho huele a

ese toque amaderado del vino seco, y eso sí es muy familiar para mí: me recuerda a los pocos momentos agradables que he protagonizado con mi padre, dando paseos llenos de explicaciones y anécdotas a lo largo y ancho del almacén.

«¿Por qué no lo hiciste?», me dan ganas de pronunciar.

—Supongo que es tu novia —digo en su lugar, incómoda.

—Mi esposa —corrige, más incómodo todavía.

Se me olvida cómo respirar.

—¿Te has casado y no me has dicho nada? —consigo articular. Él apoya los codos en la mesa y me mira con gravedad.

—¿Alguna vez te he dicho yo: «has formado una empresa de cáterin y no me has dicho nada», «has dejado a Normand y no me has dicho nada» o «te has ido de Francia y no me has dicho nada»?

Aparto la mirada. Tiene razón. Y decide regodearse.

—La mala comunicación siempre es bilateral —zanja—. No te he pedido que vengas para discutir; creo que eso ya lo hicimos suficiente hace unos cuantos años. Quiero ponerte al tanto de lo que va a pasar a partir de ahora, por si algo te importase la empresa (o yo, ya puestos) y te interesara tomar parte en el cambio.

—¿Qué cambio?

—Ya he mencionado que me retiro. Nunca dejaré esto del todo; moriré aquí, porque esta es mi casa. Pero yo no tengo las mismas fuerzas de antes y quiero a alguien joven al cargo.

Pestaño.

—No pretenderás dejármelo a mí, ¿no?

Él sonríe con amargura.

Esa clase de gestos, viniendo de mi padre, son una puñalada en el corazón. No soy tan estúpida como para pensar que no me quiere: lo hace, a su manera, de la mejor que sabe, pero solo lo demuestra cuando le decepciono o digo algo que le hace daño. Siempre he pensado que el amor para él se reduce solamente a eso, al dolor, a la decepción. Y puede que yo no le haya ayudado a limpiar esa imagen que tiene de los sentimientos.

Espero que Colombe sí lo haga mejor.

—Ya sé que tú no tienes el menor interés en esto, pero eres una experta, además de muy inteligente y mi hija. Me gustaría que continuara la tradición; que tú estuvieras presente, aunque fuese de nombre, en todo el proceso. Igual que tus hijos, y tus nietos...

—Claro que tengo interés. Me encanta lo que se hace aquí. Pero siempre se te olvida mencionar lo que de verdad es importante en estas cuestiones: que no vivo aquí, que tengo otro trabajo que me llena, y que todos mis amigos están en Madrid.

—Sí, estoy al corriente de que todo lo que siempre te ha importado está muy lejos de Burdeos

—acota con sequedad, buscando unos papeles en el cajón de uno de los soportes del escritorio—. Por eso descarté que ponerte al mando. Pero quiero que seas la propietaria. Conmigo. No tendrías que venir con frecuencia; solo tres o cuatro veces al año, para eventos muy señalados.

—¿Quién sería el supervisor? ¿Quién trabajaría por ti?

—Normand.

Se me escapa una carcajada irónica.

—Vaya. Me alegro de que lamerte el culo le haya servido de algo. Lo de salir conmigo también lo hacía por ese puesto, ¿me equivoco? Es una idea que siempre ha rondado mis pensamientos pero me costaba digerir.

Mi padre me mira con gesto adusto.

—No sé qué es lo que hay, hubo o pasó entre vosotros. Eso es vuestro asunto. Y si crees que apartaría a un hombre leal, trabajador e inteligente para que tú pudieras quedarte tranquila; tú, que no has hecho nada por nosotros, estás muy equivocada.

Me trago el nudo de congoja como buenamente puedo.

—Yo no te he pedido que apartes nada. Pero estás igual de equivocado si crees que interactuaría con Normand por voluntad propia, aunque solo fuera en eventos señalados.

—Muy bien. —Deja de buscar los papeles y cierra el cajón de un golpe—. En ese caso, hemos acabado. Puedes volver a Madrid y desentenderte de todo.

La manera en que lo zanja me deja patidifusa, y no únicamente porque sea la clase de hombre que impone, persuade o en última instancia te chantajea. Es porque se le nota en la cara que ya sabía mi respuesta.

—¿Ya está?

—Era obvio que no ibas a aceptar. Solo te he llamado porque uno nunca pierde la esperanza —murmura, con la vista clavada en el tirador del cajón—. Y porque es la única maldita excusa creíble que se me ha ocurrido en años para pedirte que vengas.

La boca se me abre sola para replicar que no ha habido una petición por su parte en ningún momento. Pero la vulnerabilidad que deja entrever al decir eso me frena.

—Podrías haberme pedido que viniera sin poner ninguna excusa —replico. No me permito pestañear, por si me perdiera algún matiz expresivo clave para entender qué hay en su cabeza.

Él levanta la mirada.

—Me harías un favor si no me tomaras por tonto. Todo lo que has hecho desde que naciste es evitarme, y ha querido la vida ponértelo fácil desde el divorcio. —Se pone de pie y se sacude los pantalones, presiento que solo para tener las manos ocupadas—. Aprovechando que muy posiblemente esta es la última vez que nos vemos, creo que no estaría mal despedirnos siendo honestos. —Clava en mí sus fieros ojos azules, que ahora tienden, sin embargo, a una tristeza muy mal disimulada—. No has sentido nunca ninguna clase de apego por mí.

—Eso no es cierto —me apresuro a replicar—. ¿Esta es tu manera de hacerme sentir mal para que acepte?

—No: estas son las verdaderas causas por las que no aceptas, unas que yo ya había barajado antes de llamarte y que supongo que no admitirás porque sigues teniendo el buen corazón de tu madre. Sabes bien que si ella no hubiera fallecido nunca habría vuelto a verte la cara, y no porque yo no lo intentase, sino porque tú tuviste muy claro desde el primer momento con quién te irías.

—Tenía doce años —replico, mirándolo horrorizada—. Mi mente no era la más madura y racional del mundo. Elegí a mamá porque ella es la que siempre ha estado ahí. Tú no. Y cuando has estado, ha sido para machacarme una y otra vez por no ser lo que tú quieres.

—¿Qué se supone que es lo que quería?

—Que fuera como tú.

—Pues te equivocas. No quería que fueras como yo. Solo esperaba...

Se queda en silencio.

—¿El qué? —insisto.

—Quería dejar alguna mínima huella en ti.

—A costa de moldearme a tu antojo.

—Estabas perdida y quería que te quedaras conmigo —replica de mal humor—. Fue lo único que se me ocurrió para no volver a perderte la maldita pista. Cosa que de todos modos pasó, por cierto.

—¿Y acaso no eres en parte culpable de que quisiera largarme? Era infeliz. Estaba deprimida. ¿Es que no lo veías?

—Eres tú la que no quería ver que podía haber encontrado su lugar aquí.

Sacudo la cabeza. Por un segundo me planteo largarme, dejarlo solo en el despacho con sus palabras; unas que llegan tarde.

Esto es mucho para mí.

—Me presionabas demasiado —murmuro, mirando al suelo—. ¿Crees que así podía sentirme querida? Regresé con el corazón roto porque sentía que no le importaba a nadie.

—Claro que me importabas —replica, rodeando la mesa para acercarse—. Eres mi hija.

—¿Y me quieres por algo más que porque me hayas transmitido tus genes, eso que tanto aprecias por el hecho de pertenecer a ti mismo?

—¿Aparte de porque tienes los genes de tu madre? —pregunta, dejándome de una pieza—. Porque eres generosa, inteligente, educada, paciente, buena, prudente, disciplinada, responsable, y miles de millones de adjetivos más, incluida tu timidez, tu cabezonería y el hecho de que me rehuyeras constantemente.

—¿Y cómo puedes saber mis virtudes o mis defectos si no estabas ahí para conocerme?

—¿Cómo pude saberlos si tú no estabas ahí para que te conociera? —contraataca.

No tengo palabras para responder a eso. Es evidente que no vamos a llegar a un acuerdo, pero tenerlo delante de las narices, admitiendo que se sintió tan abandonado como yo, en cierto modo me reconforta.

—Tú eras el adulto. Debiste hacer el esfuerzo de acercarte a mí.

—Lo hice, solo que no como tú querías. Y a lo mejor llego tarde con este consejo; estoy convencido de que ya lo habrás experimentado todo y no necesitarás que te eche una mano con nada. Pero la gente no va a amarte como a ti te venga bien.

Ladeo la cabeza, incapaz de seguir mirándolo a la cara. De todas las cosas con las que me esperaba toparme en el despacho, esta no era una de ellas.

—Siempre se necesita un padre —musito, un segundo antes de armarme de valor para conectar miradas. Su expresión se suaviza lo suficiente para que pierda ese gesto severo de hombre impenetrable—. Por muy cabrón que sea... y aunque no te invitara a su boda.

—Si hubiera sabido que querías venir, lo habría hecho.

Asiento con la cabeza.

¿Será posible que él también se sintiera despreciado por mi parte? ¿En qué tantas otras cosas me habré equivocado al asumir que tengo la razón absoluta y mis ideas no son fruto de malentendidos?

Al parecer tengo tanta culpa como él, solo que no había querido verla. Yo no lo quería como le habría gustado, y él a mí, tampoco. Pero eso no significa que no podamos llegar a un acuerdo, ¿no? Uno en el que no sea obligatorio que pasemos el resto de nuestra vida viviendo en países diferentes y sin llamarnos por teléfono.

—Espero que ella te haga feliz —murmuro al fin, sin saber qué decir.

—Trabaja en el mundo de la enología, así que me entiende y eso me hace feliz, lo que es mucho más importante que ninguna otra cosa.

—¿Mamá no te entendía? —pregunto antes de meditar si es una buena idea.

Siento los celos que ella habría experimentado de estar viva, porque aunque estaban separados, no dejaba de llamarlo para saber cómo se encontraba y a veces la pillaba llorando después de colgar.

Él niega con la cabeza.

—Al principio sí, pero la gente crece, cambia, modifica su rumbo, y a veces no coincide con el de la persona que tiene al lado. Ella ya no quería esto, y sabiendo como sabía que esto era mi sueño, no me habría pedido que lo dejara para irme a Madrid. Además de que el aire español no me habría hecho menos cabrón, ni menos insoportable —añade con una sombra de sonrisa amarga.

Me cuesta no fantasear con otra infancia, con una adolescencia distinta, y sé que me sale la voz de una niña de doce años al decir:

—Mamá era muy paciente. Te habría tolerado hasta el final.

—Un final demasiado repentino —murmura, con la mandíbula apretada—. Eli... Sé que somos personas muy diferentes, pero al menos tenemos ahí un punto de unión. Los dos la quisimos. Podemos aferrarnos a eso para... ser amigos. —Y entonces se hace el segundo milagro de tres palabras que pensé que jamás oiría—: Te quiero, hija. Tu madre va a ser siempre el amor de mi vida, y tú, por extensión y también por méritos propios, eres heredera de todo ese afecto.

Pestaño.

—Sí que te ha venido bien dejar los viñedos y echarte novia. De pronto parece que tienes sentimientos.

—Es porque me estoy volviendo viejo y un sentimental.

Le devuelvo la sonrisa.

—Yo te veo mejor que nunca.

Esto es muy raro. Sobre todo porque no me deshago de la sensación de que estoy soñando, y de que me he aferrado a la fantasía porque es la clase de final feliz que merezco después de lo mal que lo he pasado sollozando en el avión. Pero es real: o por lo menos se sienten reales los brazos que me envuelven.

—De acuerdo, tu chantaje emocional ha funcionado —balbuceo, con la boca pegada a su hombro—. Acepto ser propietaria. ¿Cuánto valen tus acciones?

—A ti te las dejo gratis. Y menos mal que ha tenido resultados, no habría sabido a qué otra cosa recurrir.

Suelto una sola carcajada antes de separarme y mirarlo. Tiene los ojos brillantes. Este hombre rejuvenece por segundos. ¿Será el segundo caso de Benjamin Button? Sería poco creíble que existiera uno en América y no en Europa cuando los yanquis nos lo copian todo.

—De verdad que todo esto me importa —insisto—. Es solo que...

—Hiciste tu vida en Madrid y yo era un dictador. Lo sé. Me ha quedado claro.

—En ese caso espero no volver a oír un reproche por tu parte.

—Jamás. —Hace una pausa—. Bueno, procuraré evitarlos, pero no prometo tener demasiado éxito.

—Ese juramento suena más honesto. Gracias.

Mi padre sonrío y me hace un gesto hacia la puerta.

—Vamos. Con el buen día que hace no vamos a reunirnos aquí dentro. Los abogados esperan.

Capítulo 27

Lluvia significa beso, y «beso» significa final feliz

Dicen que, cuando una puerta se cierra, se abre una ventana. Yo prefiero no pensar mucho en ventanas, porque me traen recuerdos demasiado buenos y, para quien no lo sepa, duelen mucho más esos que los malos; los malos los puedes gestionar, bloquear y, de últimas, mandar al subconsciente. Los buenos se quedan contigo para siempre en la superficie de la memoria, de donde, por cierto, he podido desterrar a Óscar gracias al entretenimiento que ofrecen mi padre y su... esposa.

No me acostumbro, y dudo que lo vaya a hacer nunca. Desde que soy una cría, lo he visto ir de un lado para otro casi asfixiado por las obligaciones, demasiado ocupado para prestarme toda la atención que necesitaba. Pero parece que ahora se sabe organizar mejor y le va a dedicar sus años de prejubilación a Colombe. Y estaría mintiendo si dijera que no estoy celosa. Es obvio que es lo único que sé hacer últimamente: envidiar a pobres mujeres que no me han hecho nada, y que seguro que eran buenas personas a pesar de sus pequeños defectos. El gran defecto de Colombe es que no se la ve muy consciente de las fallas de mi padre, porque lo mira como si fuera Dios encarnado, o algo así. De cualquier modo, me va a escocer ver parejitas igual que le escoció a Óscar durante la boda de su tío.

Arg, ahí está él otra vez, haciéndose con el protagonismo en mis pensamientos.

El único motivo por el que estoy presente en la mesa del amor, donde mi padre y su esposa se hacen carantoñas entre otros tantos socios que me suenan familiares, es que me parecía de muy mala educación firmar por cientos de hectáreas de viñedos y tomar el siguiente avión a Madrid. Sobre todo cuando he firmado una tregua con Noël Bonnet y se le ve más que dispuesto a enmendar los últimos años de relación fallida prestándome toda la atención que no me ha podido dar por la distancia.

La verdad es que es justo lo que necesito, incluso si para ello he tenido que acceder a pasar la noche entera en la terracita, donde tenía que celebrar una pequeña fiesta para que corriesen sus vinos preferidos. Puedo entender por qué mi madre sentía que no encajaba aquí: a ella no le gustaban las bebidas ni de alta ni de baja graduación, y todo eso de tener que aguantar borrachos día sí y día también se le hacía pesado. A mí también se me hace pesado, así que me levanto y pongo la excusa de que me apetece dar una vuelta por los viñedos. Mi padre se pone muy contento porque lo interpreta como que quiero intimar con mi nueva medio-propiedad, y no está muy

alejado de ello: no mentí cuando dije que me importaban sus posesiones, la historia detrás de las viñas y la elaboración del vino. Pasé muy buenos ratos correteando entre las uvas y comiéndomelas solo para fastidiarlo —puedo ser mala de vez en cuando—. Pero, en realidad, la razón por la que me quiero distanciar es porque me veo rompiendo a llorar de repente y no me hará ninguna gracia que me pillen. Ni que me pregunten por qué, cosa de la que no veo capaz a mi padre, ese gran impedido emocional, pero sí a Colombe, que ha estado todo el rato preguntándome si me pasa algo.

Señora, qué me va a pasar: que no para usted de meterle la lengua en la boca a mi padre.

No me voy a acostumbrar a esto jamás. Y gracias a Dios que no tendré que verlo con demasiada frecuencia. Ni a él ni a la figura con la que tropiezo al atravesar el jardín en dirección al campo: alguien a quien contaba con evitar durante mis veinticuatro horas en suelo francés.

Lástima que no he tenido suerte.

—Eli —murmura Normand—. ¿Qué haces aquí?

Normand tampoco me da miedo. Ni le odio. Creo que el odio es un sentimiento muy poderoso que se parece peligrosamente al amor, y nunca he estado lo bastante cerca de quererlo como para llegar al extremo opuesto. Pero es una presencia *non grata* para mí y cuento con que se me perdonará que ponga a un lado los modales franceses para pasar de largo.

Él me coge del brazo.

—¿No me vas a decir nada?

Miro por encima del hombro la mano a la que me ha agarrado. No aparto la vista del punto en el que nuestras pieles se tocan hasta que me suelta.

—No te dije nada cuando llevaste a cabo tu acoso y derribo telefónico; ¿qué te hace pensar que lo haría ahora? Todo lo que te tenía que decir, te lo solté en su momento, y creo que fui lo bastante clara para que me dejaras en paz.

Normand frunce el ceño. Es la primera vez que lo veo desde que Tamara decidió apodarlo «Anormal», y estaría siendo una cochina embustera si negara que, solo de acordarme de ella diciéndolo, me dan ganas de reírme en su cara.

El tiempo no hace milagros: sigo con un nudo en la garganta al mirarlo y se me revuelve el estómago al pensar en todo lo que me decía. La memoria te quiere y suele seleccionar las malas pasadas para eliminarlas del disco duro, pero en mi caso jamás se irán de allí, porque una vez modifican tu comportamiento y calan la manera en que te ves, no hay vuelta atrás. No obstante, ahora, por lo menos, sé cómo afrontar su maltrato verbal: como lo que es. Una mentira detrás de otra, porque no tenía razón.

Me dan ganas de decirle que he conocido a un hombre que folla, ama y cuenta chistes mucho mejor que él, pero prefiero limitar la conversación a lo que hemos intercambiado.

Por desgracia, no he dado ni cinco pasos cuando se interpone en mi camino y me acorrála.

—No hablamos de ello en profundidad.

—Ya lo creo que sí. Te pillé en la cama con otra y tú dijiste que yo me lo había buscado. Y yo, para que no te molestaras en hacer el camino al infierno, decidí que sería mejor que yo lo hiciera hasta Madrid. A mí me parece que quedó zanjado.

—Fue una tontería —insiste—. Eli, no significó nada, ella...

—Cállate —corto—. Ni siquiera sé por qué has intentado contactarme, ni qué haces cerrándome el paso con cara de pena. Fuiste tú el que me puso los cuernos. Eras tú el que estaba harto de mí. ¿Por qué te cuesta tanto dejarme ir?

—Porque te quiero.

Se me escapa una carcajada, y a esa le sigue otra, y una tercera. Así hasta que me sorprende — y le sorprende a él— partiéndome de risa delante de su cara de pasmo.

—A lo mejor me lo habría creído hace un tiempo, pero ahora sé lo que es el amor y no cuela, Normand. —Ladeo la cabeza y lo miro casi con lástima—. Venga, dímelo. No pasa nada. Ya no me importa.

—¿Qué quieres que diga?

—Dime que salías conmigo por mi padre. Porque querías estar más cerca de él: asegurarte de que algún día heredabas todo eso.

Normand jadea, ofendido.

—¿Eso es lo que piensas de mí? Creo que me he currado suficiente mi trabajo en este sitio para que digas que el puesto que tengo lo conseguí acostándome contigo.

—¿Por qué te indigna tanto esa posibilidad? ¿Has olvidado el esfuerzo que te suponía acostarte conmigo? —espeto con rencor—. Si así fuera, tendría como el hombre más sacrificado del mundo. Levantarte a las cinco y obedecer a mi padre no era nada comparado con lidiar conmigo, ¿o es que malinterpreté tus palabras?

—Mira, *bibou*, siento mucho lo que pasó...

—No me llames *bibou*. Yo ya no soy nada para ti. De hecho, ahora que soy propietaria, no tienes ningún derecho a tratarme con familiaridad; en cuanto a jerarquía, estás unos cuantos puestos por debajo de mí.

Normand aprieta los labios y me mira con desprecio.

—No sé qué coño te han hecho en España, pero has vuelto hecha una zorra.

—Será el polvo que me echaron —le espeto con el mismo lenguaje vulgar—. Al final me sacó el palo que tenía metido por el culo y que tanto te molestaba.

Intento quitarlo del medio, pero Normand me retiene de nuevo, esta vez con violencia. Me sacude del brazo y abre la boca para decir una de las suyas: lo sé porque tengo memorizadas sus expresiones en un registro de cuáles ponía al insultarme.

—No querrás que mi padre se entere de que me estás molestando, ¿verdad? —Arqueo una ceja

— Está en la terraza, justo a la vuelta de la esquina. Como te pille, te matará.

— Me extraña que pienses eso. A tu padre no le importas una mierda.

Aunque ha tocado un punto débil, la puñalada no llega a atravesarme el corazón; tengo demasiado reciente la sonrisa de Noël después de abrazarme.

— ¿Sabes? Ese ha sido siempre tu error. Llevas toda la vida creyendo que, porque a ti no te importo nada, eso es justo lo que valgo para los demás. Y no es cierto.

De un violento espaviento consigo quitármelo de encima y dar un paso hacia atrás. Me froto la muñeca dolorida cuando una gota cae sobre mi hombro. Miro al cielo solo para comprobar que está empezando a llover; clásica tormenta de verano... y me pilla justo con este capullo.

Muy romántico.

— Vamos a cruzarnos a menudo, así que más te vale guardar las formas —le amenazo—. No voy a aguantar tonterías como esta ni un minuto más.

— Te vas a arrepentir de no volver conmigo, Eli. Soy el único tío que te va a aguantar.

Levanto las cejas.

«Eres perfecta», me recuerda el Óscar de hace solo unos días. «Me vuelves loco».

Cojo aire y me preparo para soltarlo de un suspiro liberador. Me dan ganas de gritarle que es un baboso, un desconsiderado; que se creía que meterla y sacarla era todo lo que uno debe hacer para acostarse con una mujer, pero no le haría lo que él me ha hecho a mí, ni siquiera para vengarme. Confío en que algún día, alguna compañera se atreverá a soltárselo en la cara; una a la que, con suerte, le importará un carajo lo que le diga. Esa no soy yo, por desgracia. Yo solo puedo hacerle daño por un lado: por el de mi padre. El de la empresa. Y no se lo haré porque Noël confía en él y, en el fondo, no me merezco el lugar que me ha dado como para atribuirme el derecho a despido.

— De hecho —respondo al fin, despacio; para que no se le olvide—, eres el último tío sobre la tierra al que le permitiría aguantarme.

Nada más decirlo, y como si el cielo quisiera decirme que he obrado correctamente, empieza a chispear. Ese chispeo, conforme voy dejando atrás la casa y a Normand y me adentro en los viñedos, se va convirtiendo en una lluvia copiosa que acompañan unos cuantos truenos.

Siempre me han dado respeto las tormentas, pero abrigada entre las hileras de la viña, sintiendo el barro en mis zapatos —como cuando era niña y disfrutaba chapoteando— y respirando el aire denso y con olor a tierra del campo, me siento tan viva y dueña de mis acciones que no pienso en regresar.

Si ya es curioso sentir cómo se te rompe el corazón, es paradójico y extraño el sabor que se te queda en la boca cuando experimentas la euforia y la pena a la vez. Me gustaría poder llamar a Óscar y contarle lo que acabo de hacer; decirle que, en parte, gracias a ese momento en el que me pidió que mirase al espejo y me demostró que soy más que lo que él decía de mí, he podido

enfrentarlo. Pero las fuerzas se me van acabando conforme mis pies se hunden en el barro y empieza a pesarme el vestido, porque en una guerra en la que batallan la alegría de un momento puntual y la desesperación de saber que pasarás meses, quizá años, lamentando haber perdido algo único, gana siempre lo segundo.

¿Me habré precipitado? ¿Habré sido injusta o habré ido contra mis propios intereses arrebatándole a Óscar la oportunidad de quererme, solo porque ahora mismo es incapaz? Supongo que dudar es humano, pero si tomé la decisión fue porque así lo sentía y no cabe el menor arrepentimiento. No voy a ser la chica que se pasea con los tentempiés en las catas otra vez; no voy a ser la niña guapa y calladita que se lleva del brazo y a la que humillan cuando se les infla la vena, siempre por causas ajenas a ella. Y no voy a ser el segundo plato, incluso si como cocinera reconozco el valor que este tiene y como amante de la comida lo prefiera antes que el entrante o el primero. En definitiva, se acabó esa *Pretty Girl* de la que hablaba Clairó en su canción. No llevaré falditas si me lo piden, ni me callaré cuando me lo digan, ni me perderé por nadie.

—¿Puedes estarte quieta de una vez? Joder, cada vez veo menos, estoy empapado y empieza a preocuparme tu salud mental —me grita alguien a la espalda—. ¿Qué clase de loca se pone a pasear bajo la lluvia?

El corazón me da un triple salto mortal en el pecho, y se queda colgando a la altura a la que ha llegado cuando, al mirar por encima del hombro, reconozco el caminar de Óscar y sus bufidos.

—Tienes un ama de llaves y luego me llamas pijo a mí por tener zapatos de golf —me suelta.

La frase romántica del año.

Pestañeo muy rápido y me quedo donde estoy, tan hundida en la tierra que parecen arenas movedizas.

—¿Qué haces aquí?

—Pues, aparentemente, gastarme la extra del salario del colegio, chapurrear las tres palabras que me sé en francés hasta ridiculizarme delante de tu padre y ahora embarrarme los pies. —Se detiene delante de mí y coge aire—. Pero merece la pena si me haces caso y vuelves conmigo a Madrid. No te quedes aquí.

Me cuesta unos segundos encontrar las palabras para responder. Algún rayo ha debido partirme en dos y no me he dado cuenta.

—¿Cómo que «no me quede aquí»?

—Tamara me ha dicho que te quedas a vivir un año.

—¿Qué? Pero si vuelvo en el vuelo de mañana.

Óscar masculla una palabrota por lo bajo. Yo pienso en mi amiga, que estará descojonándose en el sofá, comiendo doritos a dos manos, y se me escapa una sonrisa. Conociéndola, seguro que ha sido ella la que ha enviado las nubes y la que ha poseído mi cuerpo para decirle a Normand que esto se ha terminado. No me sorprendería, teniendo en cuenta que ha sido ella la que me ha

devuelto a Óscar.

—Bueno, no importa. Tampoco podía esperar para decirte lo que quería.

Abro la boca para replicar, pero Óscar empuja las palabras de nuevo al fondo de mi garganta al acunar mi rostro entre sus manos heladas y besarme. El roce familiar de sus labios derriba mis barreras y me deja la mente en blanco hasta que un furioso trueno nos obliga a separarnos. Su pecho sube y baja, sin aliento. Apenas escucho lo que murmura por culpa de la tormenta: tiene que gritar para que lo escuche.

—¿Eso es lo que me querías decir? Por si no te has enterado todavía, el beso se da al final, cuando ya te has asegurado de que la chica se queda contigo —balbuceo.

—Es que te vas a quedar conmigo. Lo único que te lo impide es que piensas que estoy enamorado de otra mujer, y tengo pruebas... gráficas... —Rebusca en los bolsillos—, y también muy empapadas... de que eso no es cierto.

Dios sabrá por qué motivo, Óscar logra sacar un papel casi seco del interior de la cartera: un folio doblado en Dios sabe cuántas partes. Se usa a sí mismo, encorvando la espalda, para protegerlo de morir empapado. Me enseña unas letras pintadas en rotulador cuya tinta no tarda en correrse.

—«Creo que estoy enamorada de ti». Eso dijiste, ¿no? Pues yo estoy seguro —exclama, señalando el papel. Eso es justo lo que pone. «Estoy seguro de que estoy enamorado de ti»—. He subido la apuesta, como ves. Ahora te toca a ti.

Por un momento no sé qué decir, y si algo hubiera tartamudeado, no me habría escuchado a mí misma: los latidos salvajes de un corazón que estoy a punto de soltar por la boca me taponan los oídos.

—Pero... pero... ¿Y Nieves?

—¿Qué quieres que te cuente de ella? No he añadido nuevos pasajes a esa historia: es tal cual te la conté. Estábamos juntos, nos hacíamos daño y, cuando ella murió, de alguna manera, me obligué a cargar con las culpas de que la relación se hubiera ido al garete porque era el único que estaba ahí para redimirse. Pero la verdad es que no podré hacerlo. Nunca. Porque ella no está aquí para perdonarme, ni para pedirme disculpas, y si lo estuviera, Eli... —Se pasa la mano por la cara, por la que corren chorros de agua—. Aun así te elegiría a ti.

—Dijiste que nos parecíamos —le grito, intentando hacerme oír—. ¿Cómo sé que no me quieres por eso?

—Porque en realidad no os parecéis en nada. Ella no bailaba moviendo los talones como en la época del charleston mientras cocinaba, ni aprendió a actuar como si el rubor en sus mejillas no revelara sus emociones, ni me decía lo bueno que estaba mientras me quitaba la ropa... —Una sonrisa socarrona se dibuja en sus labios—. No voy a decir que a ella no la quisiera, porque lo hice. Pero era una puta tortura. Estar enamorado de ti es lo mejor que me ha pasado, incluso si

tengo que empaparme para metértelo en la cabeza.

Me cuesta tragar saliva y apartar los ojos de él, tan esperanzados como debieron parecer los míos al salir del ascensor el día que lo conocí. Ya entonces estaba segura de que había encontrado a alguien especial, y él, justo ahora, parece convencido de lo mismo.

Una sonrisa trémula se dibuja en mis labios. Le quito el mensaje de las manos, que ya está totalmente desmadejado por la lluvia, y lo piso al dar un paso hacia él.

—Que sepas que ya sabía que esto pasaría. Lo ponía en mi horóscopo —bromeo.

—¿De verdad? —Sonríe y me abraza por las caderas—. ¿El qué, exactamente?

—Que aunque estuviera lloviendo, acabaría saliendo el sol para mí. —Enrosco los brazos alrededor de su cuello y echo la cabeza hacia atrás—. Y ya sabemos lo que significa la lluvia en los finales felices.

»Adelante, Capitán: ahora es cuando puedes besarme.

Epílogo

—Si bien es cierto que se ha discutido mucho acerca de si la novela romántica puede reflejar la igualdad entre hombre y mujer, pues en sus orígenes se daban juegos de poder desdeñosos con la figura femenina y no era raro encontrar un importante tufo misógino, yo, como autora del género (y desde mi obra, que es sobre lo que puedo hablar) reivindicó el derecho de los hombres a ser sensibles u objeto de un cortejo y el de las mujeres a tener su independencia, además de las que toman la iniciativa, sin que se les juzgue a ninguno de los dos.

Virtudes Navas concluye su discurso con una sonrisa humilde con la que termina de ganarse al público. Son muy pocos los adolescentes que no se levantan del asiento para aplaudir, vitorear e incluso gritarle cosas como «reina» o «guapísima».

No me extraña que la mitad del instituto esté loco con ella: no todos los días llega una señora de sesenta años, el pelo teñido de verde y una camiseta con la bandera del arcoíris a promover la igualdad, la abolición de los temidos roles de género y a hacer un discurso LGBT *friendly*. Los alumnos abiertamente gais se han emocionado y se enjugan las lágrimas, igual que los más empáticos y las mujeres que alguna vez han sufrido acoso.

Lo que para Virtudes empezó como un simple artículo de quinientas palabras sobre hombres y mujeres en una revista feminista, se convirtió en un éxito en redes gracias a su fama y, aunque ha recibido muchas críticas, no dudé en proponerle al director que se organizara una especie de conferencia en el salón de actos. Una presentada por ella. Y aquí estamos, apenas unos meses después, nada más iniciar el nuevo curso: presenciando cómo una autora de novela romántica se mete en temas que «no le incumben», como le han criticado algunos de sus seguidores acérrimos, y que «no interesan», han añadido otros que hubieran preferido un relato erótico en vez de un discurso ideológico.

Yo estoy orgulloso. Incluso emocionado. Me he dado cuenta por el rabillo del ojo de que Fernando, ese niño que no paró de molestar a Eric durante el año pasado, ha estado callado y atendiendo con unos ojos que se le iban a salir de la cara. Ha habido dos charlas, por supuesto: una para los mayores de Bachillerato, que podrían entender una explicación más compleja, y otra con un contenido general y sencillo, enfocado a promover la tolerancia sin entrar en detalles técnicos. Con esto no cuestionábamos la inteligencia de los críos, que a los doce están más avisados que nunca; solo quisimos evitar que los padres se nos echaran encima al grito de «putos manipuladores de preadolescentes, los queréis hacer a todos gais». Algunos han insistido en acudir por este motivo y han estado de brazos cruzados y el ceño fruncido durante toda la exposición. Gracias al cielo, los críos demostraron ser más listos que el hambre, y mucho más

indulgentes que sus progenitores, al participar con Virtudes en una de las dinámicas.

—Los hombres también podemos llorar —dijo Eric, muy serio.

—Y las niñas jugamos bien al fútbol —se defendió una de las mejores en gimnasia, Lola, que ganaría por mucho a sus compañeros masculinos si la dejaran participar en los amistosos del recreo.

—¡Y al baloncesto! ¡A todo lo que nos proponamos! —exclamó Minerva. Fue evidente que le había quedado muy claro el objetivo de la charla: una cosa es defender que no haya que acosar o insultar a las niñas por emprender actividades prototípicamente masculinas o viceversa, y otra muy distinta es emprenderlas ella misma. A fin de cuentas, Minerva no solo no tiene ni idea de jugar al baloncesto, sino que no correría ni en un apocalipsis zombi.

—A mí me gusta pintarme las uñas —reconoció otro—. Pero mi padre dice que eso es de... dice una palabra muy fea.

—Mi mochila es de la sección de niñas —apostilló un tercero. La mostró a todos: era una cartera muy bonita con una nebulosa de colorines—. Me gustó, así que simplemente me la compré.

—Muy bien que hiciste —aplaudió Virtudes.

—Yo a veces me pongo ropa de mi hermano mayor. Es más cómoda. Y me siento guay —sonrió una niña de doce años.

—A mí me encantan las pelis de amor —reconoció el chico sentado a su lado. Se le pusieron las mejillas coloradas—. Y el morado es mi color favorito.

Era de esperar que, después del éxito con los alumnos más jóvenes, los mayores la celebraran por todo lo alto. Nada más se da por concluida la charla, se ponen en pie y la rodean para pedirle autógrafos. Hay un chaval con el pelo decolorado que la ha cogido de las manos y le está contando algo tan emocionado que se le caen las lágrimas.

—Habría matado por una charla como esta cuando era un crío —admite Edu. Naturalmente, hemos ido la mayoría de los vecinos; yo tenía que estar como profesor, pero los demás querían ofrecer su apoyo—. Mi vida en el instituto fue desastrosa.

—¿Por qué? —pregunta Susana, sorprendida—. Siempre has dicho que nunca te acosaron.

—Y no lo hicieron, pero porque fingía ser heterosexual. Incluso ponía voz de machorro ibérico.

—Yo quiero oír eso —se descojona Tamara.

Edu se aclara la garganta.

—Guau, nena, estás tremenda —silba, falseando el tono. Suelto una carcajada—. ¿Qué hace una chica como tú en un sitio como este? —Se ríe también y acaba apoyando la espalda otra vez en la pared. Se ha congregado tantísima gente que hemos tenido que quedarnos de pie—. En fin... Si alguien hubiera venido a decirme que no pasaba nada si me gustaba el rosa, *Sailor Moon* y, de paso, las pollas, me habría ahorrado mucho sufrimiento. Bueno, cuando era un niño me gustaba

el detective Conan, no las pollas en sí...

—Haz el favor de no decir esa palabra aquí en medio, corazón —pide Eli, como siempre tan conciliadora. El brazo con el que la rodeaba disimuladamente por la cintura tira de ella para pegarla a mi costado.

—¿Por qué? Si estamos entre adolescentes pajilleros. Estoy asfixiando entre sus hormonas, sus sobacos rancios y el olor a crema antiacné. —Tuerce la cara—. No solo saben lo que es una polla, sino cómo usarla y con quién quieren hacerlo.

Eli y yo nos reímos de manera silenciosa e intercambiamos una mirada rápida. Virtudes regresa con nosotros y, todos juntos —mejor no hablar de lo que cuesta ponernos de acuerdo y empezar a movernos— volvemos a casa —nuestra casa colectiva— para celebrar que ha partido la pana.

—Espera —me detiene Eli—. Tienes una pestaña en la mejilla.

—¿Cómo?

Me pone una mano en el pecho para pararme, justo en medio de la calle, y rescata el pelillo suelto para mostrármelo con orgullo.

—Ahora tienes que pedir un deseo —me dice, con una sonrisa cómplice a un recuerdo de no hace demasiado tiempo. Le devuelvo el gesto, no tan melancólico como divertido.

—Lo justo serías que lo pidieras tú. Para pedir el mío, yo usé la tuya, ¿te acuerdas?

—Es verdad —vacila. Se queda mirando la pestaña con curiosidad científica. Luego clava los ojos en los míos—. ¿Qué pediste? Dijiste que algún día me lo dirías.

Cabeceo.

—Es cierto. —Hago una pausa para aumentar la expectación, y ella, como siempre, espera con la paciencia de una santa—. Pedí estar más cerca de ti.

—Sí, claro. Tú lo que pediste fue «llevarme al huerto», como te gusta llamarlo.

Me río y me inclino para darle un beso en los labios.

—Estar más cerca de ti incluía eso, entre otras muchas cosas —susurro, con los labios casi pegados a su mejilla.

—Vives justo delante de mi puerta. Literalmente. En el apartamento de al lado —me recuerda, observándome con suspicacia.

—Pero es que, a veces, cuando quieres estar cerca de alguien, ser su vecino no es suficiente.

—¿Y qué significa eso?

Seguro que esto no se lo esperaba: saco una copia de la llave de mi piso del bolsillo del pantalón y se sostengo igual que ella sostiene la pestaña.

—Desde mi ventana tengo una perspectiva maravillosa —concedo—, pero que haya unas vistas increíbles implica que el monumento que admiro se encuentre demasiado lejos. Y yo no quiero mirar por la ventana. Quiero mirarte a los ojos. Quiero estirar la mano y poder tocarte.

Contiene la respiración.

—¿Me estás pidiendo que me mude contigo... o venirte tú a mi casa? —balbucea.

—Te estoy pidiendo que uses la llave y esa boca tan preciosa que tienes cada vez que quieras hablar conmigo, en lugar de subir la persiana y garabatear un cuaderno —replico en tono divertido

—. ¿Crees que serás capaz?

—Fuiste tú el que lo empezó —se queja.

—Y por eso soy yo el que lo termina. Es importante cerrar círculos viciosos, tanto como ciclos, ¿no te parece? —Le guiño un ojo. Ella sonríe con esa timidez suya que me mata y coge la llave. Al abrazarme con fuerza, su nariz me hace cosquillas en el cuello. Ahora sostiene la pestaña y la llave, cada una en una mano diferente.

—¿Qué? —le pregunto con los brazos en jarras—. ¿Vas a pedir ese deseo, o no?

Ella se coloca un mechón de pelo tras la oreja y cierra los ojos. Parece un hada a punto de hacer un conjuro. ¿O son las brujas las que conjuran? No estoy seguro. En cualquier caso, ya sabía que es medio brujita.

Eli vuelve a abrirlos unos segundos después. Una sonrisilla florece en sus labios, captando mi atención.

—¿Qué has pedido?

Se encoge de hombros con aire misterioso y me guiña un ojo.

—Algún día te lo diré.

Nota de autora y agradecimientos

De vez en cuando a una le apetece escribir novelas sin tanta carga emocional, y esto es lo que sale. Si os habéis reído (las sonrisas también valen) aunque solo fuera una vez, me doy por satisfecha.

Pido disculpas si habéis cazado alguna errata (aunque seguro que es más de una); por mi parte puedo decir que la novela ha sido revisada hasta el aburrimiento y las faltas que puedan encontrarse habrán sido precisamente causa de tanta revisión. Es imposible que un libro esté perfecto, pero no se dirá que yo no lo publicase lo mejor que pude.

La escena erótica que describo en los capítulos en los que leen fragmentos de novela romántica la he sacado de mi novela *La voluntad del rey*, pero cambiando los nombres de los personajes. Ni afirmo ni desmiento que esté haciéndome propaganda.

Respecto a todo este aire jocoso que hay en torno a las orientaciones sexuales, confío en que nadie se haya sentido ofendido y espero que se haya tomado como lo que es: una crítica o burla a cómo nos vemos cuando hablamos de los mitos de la homosexualidad. Que no quepa la menor duda de que la comunidad LGBT tiene todo mi apoyo y mi cariño, y ha sido gracias a ellos que he conseguido recopilar un montón de historias y sinónimos de «gay» (esto fue divertido) que se dicen por ahí.

Desde aquí mando un abracito a las personitas que inspiraron a los personajes: a mi Cristian, Alex y Edu, y a mis peluqueros, Chema y Toy, porque la fusión de los todos ha hecho posible a un Edu al que quiero más que a todas las cosas; a Valeria, porque me ha ayudado más de lo que podríais imaginar a cuadrar los diálogos de la mexicana linda de Tamara; al rubio guapísimo de aquella clase de inglés, por el que emprendí una investigación para averiguar si tenía alguna oportunidad o «bateaba en el otro equipo»... A las que se lo leen antes de que salga y nos aguantan, al síndrome del impostor y a mí, sollozando que «todo es una mierda» y «no vale un duro»; a la música, por estar ahí siempre para darme escenas de las que merece la pena acordarse mucho tiempo después...

Y gracias a ti porque te has leído esta novela, te estás leyendo esta nota, y porque seguro que vas a dejar una bonita reseña sobre lo que te ha parecido para echarme una manita, ¿A que sí? Incluso me vas a escribir sobre qué personajes secundarios te gustaría saber en próximas secuelas. Porque las habrá, por supuesto... Tiempo al tiempo.

Índice

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Epílogo](#)

[Nota de autora y agradecimientos](#)

[Índice](#)

^[1] Podría hacer cosas peores.

^[2] La frase original de *Dirty Dancing* es «Nobody puts Baby in a corner»: nadie arrincona a Baby.

^[3] *Besos*, El Canto del Loco.

^[4] *Insoportable*, El Canto del Loco.

^[5] *A todos los chicos de los que me enamoré*, Jenny Han.

^[6] He sido paciente, he sido bueno/ He intentado guardar mis manos en la mesa/ Se está volviendo difícil retener esto/ Si sabes a lo que me refiero

^[7] Estoy seguro de que entenderás mi punto de vista/Nos conocemos el uno al otro mentalmente/Debes saber que estás sacando/Al animal en mí